AMY SANDAS



Ella conoce su corazón y sabe que le pertenece a él.

Conquistando al Sinvergüenza

LOS BASTARDOS WRIGHT

Conquistando al Sinvergüenza

Amy Sandas

Contenido

Página del título
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Epílogo

Capítulo Uno

Mayo de 1830
El Bentley (un exclusivo club de juego)
Londres, Inglaterra

Bishop Black no era un hombre que se obsesionara con ciertas comodidades. Podía apreciar un buen brandy o un excepcional whisky escocés, pero le gustaban igualmente la ginebra, el vodka o el whisky. Mientras sus comidas llenaran su estómago vacío, no le importaba si comía la mejor cocina francesa o una hogaza de pan seco y crujiente. No le preocupaba mucho la calidad de la carne de caballo o la capacidad de un elegante faetón si con ello conseguía llegar a donde necesitaba ir. Y cuando se trataba de mujeres, su atracción nunca se había limitado a un tipo determinado. Los había disfrutado todos, en todos los sentidos imaginables.

Pero después de cinco años de viajar en condiciones variadas y a menudo desafiantes a través de múltiples países y algunos continentes, ahora que había regresado al único lugar al que alguna vez había considerado llamar hogar, lo único en lo que podía pensar era en la familiar comodidad de su viejo dormitorio.

Antes de haber dejado Londres para descubrir el mundo, y a sí mismo, su mayor preocupación era que podría estar quemando un puente tras de sí. Pero Roderick Bentley, el empleador de Bishop desde hacía mucho tiempo, rápidamente lo corrigió en ese tema.

«Siempre tendrás un lugar aquí, Bishop. No importa qué tan lejos vayas o cuánto tiempo estés lejos. Este es tu hogar».

El hombre mayor no podría haber sabido cuánto había significado para él esa seguridad. Principalmente, porque Bishop se había asegurado de disfrazar su gratitud con alguna respuesta indiferente.

Sin embargo, tal vez Roderick lo *sabía*.

El Bentley, el club de juego de élite que Roderick había construido de la nada, era el hogar de una serie de inadaptados y marginados. El club podía ser un lugar de placer, de juegos de azar y de vicio para sus miembros aristocráticos, pero era una familia para quienes trabajaban y vivían dentro de sus muros.

Y el dormitorio que Bishop mantenía allí había sido suyo desde el día en que llegó a la puerta del club siendo un muchacho en busca de trabajo. Aunque habían pasado cinco años desde la última vez que había entrado al club, no tenía dudas de que la palabra de Roderick se mantendría y la habitación estaría como la había dejado, cubierta de sábanas y tal vez un poco de polvo. Pero polvo se había convertido en un término relativo para Bishop después de los meses que había pasado en el desierto del Sahara un par de años atrás.

El club todavía estaba lleno de actividad a pesar de que era casi el amanecer, por lo que Bishop tuvo especial cuidado para evitar las áreas comunes y los pasillos por donde era más probable que atravesaran los sirvientes. Con las muchas distracciones posibles durante el viaje, habría sido difícil predecir exactamente cuándo llegaría a Londres. Siempre había existido la posibilidad de que se desviara por alguna razón u otra, retrasando significativamente sus planes. Ciertamente, ya le había sucedido antes. Por ello, no se había molestado en avisar a Roderick ni a nadie más en el Bentley de su inminente regreso.

De cualquier manera, había preferido llegar desapercibido. No había descansado mucho en los últimos días y no estaba de humor para ningún tipo de bienvenida. Era mejor no volver a

verlos a todos hasta después de haber reclamado varias horas de sueño ininterrumpido que necesitaba desesperadamente.

Estaba tan cansado que logró colarse en su antiguo dormitorio, dejando su bolsa de efectos personales junto a la puerta. El resto le sería entregado el día siguiente. Se quitó las botas y el abrigo, luego arrastró los pies camino a la cama en completa oscuridad. Solo se dio cuenta vagamente de que, después de todo, la habitación no estaba cubierta con sábanas para el polvo, sino que se sentía más bien ventilada. Cuando percibió el leve aroma de rosas flotando en la habitación, inmediatamente lo descartó como un anhelo nostálgico provocado por su regreso. Entonces, no fue hasta que se arrojó sobre la cama y sintió el innegable movimiento de otro cuerpo rodando hacia él que se dio cuenta de que no estaba solo.

Con una maldición murmurada, se sentó y se volvió hacia la persona que todavía dormía profundamente a su lado.

Quizá su confianza en la promesa que le había dado Roderick estaba fuera de lugar. La posibilidad le provocó una incómoda punzada en el pecho hasta que recordó que la última carta de Roderick, aunque ya habían pasado algunos meses, había sido cerrada de la misma manera que las anteriores, con la seguridad de que Bishop siempre tendría un lugar en el Bentley.

Entonces, ¿quién diablos se había apoderado de su dormitorio?

Con sus ojos acostumbrándose lentamente a la oscuridad, apenas pudo distinguir el tenue contorno de una forma.

No era una forma muy grande. De hecho, Bishop estaba casi seguro de que el intruso era una mujer. La sospecha contribuyó en gran medida a disipar su irritación. No habría sido la primera vez que una chica encantadora se arrastraba por el club para meterse en su cama. La principal diferencia era, por supuesto, el hecho de que ella no tendría idea de que él estaría aquí.

Aunque era ligeramente posible que una de las sirvientas del club hubiera decidido usar su habitación por alguna razón, parecía más probable que la mujer hubiera venido del burdel que ocupaba el ala oeste del club de juego, cuya entrada estaba a solo una corta distancia caminando por el pasillo.

Aunque la parte principal del edificio estaba reservada para el garito de juego del Bentley, el ala oeste estaba alquilada a un burdel de clase alta dirigido por la formidable Sra. Beaumont. El burdel era un negocio completamente independiente, pero su ubicación dentro del mismo edificio que el del Bentley le permitía beneficiarse de la seguridad del club, así como compartir su clientela rica y selecta.

Con su dormitorio tan convenientemente cerrado, Bishop había pasado una buena cantidad de sus horas libres en el ala oeste y había llegado a conocer íntimamente a todas las mujeres de allí. La que actualmente se encontraba en su cama, aunque no podía distinguir muchas características definitorias, no le parecía familiar.

Si escuchaba con suficiente atención, podía oír los débiles acordes de la música y el trino de una risa distante, sugiriendo que la Sra. Beaumont estaba celebrando una de sus fiestas y todavía estaba en pleno apogeo a pesar de lo tarde que era. Quizás esta mujer había bebido demasiado champán y se había dado vuelta en el camino de regreso a su habitación.

No se le pasó por alto que hace cinco años habría reaccionado de manera muy diferente ante la presencia de una mujer joven en su cama. Esta noche, sin embargo, lo único que quería era dormir. Solo.

Bishop extendió la mano, apoyó su gran mano sobre un hombro delgado pero robusto y la sacudió con fuerza. La mujer dormida emitió un gemido bajo seguido de un murmullo suave y ronco. Luego, nada.

Bishop volvió a empujarla. Un poco más insistente esta vez. «Despierta, amor», murmuró en voz baja pero firme. «No sé de dónde vienes ni por qué estás aquí, pero no puedes quedarte».

Cuando su compañera de cama intentó alejarse de la pesada mano de Bishop, hubo otro gemido de protesta, este más profundo y pesado. Él insistió y ella soltó un suave gemido y murmuró en un espeso insulto, «No quiero ir al teatro... es tan *jodidamente* aburrido».

Bishop curvó los labios por diversión. Era evidente que la muchacha estaba soñando.

«No te preocupes, cariño», le aseguró mientras comenzaba a masajear los músculos de su hombro, con la esperanza de que se despertara más plenamente. «No te haré ir al sofocante teatro. Pero abajo hay una gran fiesta y no me gustaría que te la perdieras».

«¿Una fiesta?». La mujer se sentó con una prisa casi antinatural.

Con su vista más acostumbrada ahora a la oscuridad, Bishop pudo ver que ella iba vestida de blanco y tenía el cabello espeso y oscuro cayendo sobre los hombros. Aunque todavía no podía ver muchos de sus rasgos, pudo distinguir sus movimientos mientras levantaba ambas manos para frotarse los ojos. Luego se pasó los dedos por el cabello, alejándolo de la cara antes de dejarlo caer por la espalda.

Bishop tuvo la vaga impresión de un fuerte perfil femenino antes de que la mujer comenzara a mirar rápidamente alrededor de la habitación.

«No veo a Bramble», murmuró con palabras espesas y prolongadas. «¿Adónde se fue ese chico travieso?».

La mujer estaba diciendo tonterías. Debió haberse emborrachado en la fiesta de Beaumont, lo que también explicaba cómo había terminado en su habitación.

«Vamos, cariño», murmuró suavemente mientras se acercaba a ella, con la intención de ayudarla a levantarse, «será mejor que te llevemos de regreso a tu propia cama».

Cuando ella se volvió para mirarlo, él notó la impresión ensombrecida de unos ojos con párpados pesados y una boca amplia y generosa. Su suave jadeo de conciencia o sorpresa, o algo más, flotó en el espacio entre ellos. Luego levantó la mano hacia su rostro y acunó la espesa barba a lo largo de su mandíbula.

Su toque inesperado envió una sacudida rápida y repentina a través de su cuerpo, paralizándolo en su lugar. Se sentía como si hubiera sido él quien acababa de despertar de un sueño profundo cuando sus nervios comenzaron a zumbar, sus músculos se tensaron y su sangre latía salvajemente por sus venas.

«Has vuelto», murmuró, su tono era soñador y dulce, mientras su pulgar rozaba suavemente sus labios.

Bishop dejó de respirar. El deseo lo invadió. Agudo, brillante e intenso. Habían pasado años desde que experimentó una oleada de lujuria tan profunda y devastadora en su cuerpo.

Pero a pesar de sus palabras, la mujer no podría saber quién era. Antes de irse, Bishop había conocido a todas las mujeres que residían en el ala oeste. La mujer a su lado no era una de ellas. La habría recordado. Obviamente, estaba hablando por un estupor de borrachera y no tenía idea de lo que estaba diciendo.

Envolviendo sus dedos alrededor de su delgada muñeca, suavemente le quitó la mano de su cara. «Me estás confundiendo con otra persona, cariño».

Le sorprendió lo áspera e inestable que se había vuelto su voz.

Ella sacudió la cabeza y, aunque no intentó liberarse de su agarre, sí se inclinó hacia él. «No», susurró, «te recuerdo bastante bien... un hombre que persigue mis sueños...», murmuró suavemente.

Y antes de que Bishop pudiera detenerla, ella se inclinó hacia adelante y presionó sus

labios contra los de él.

El beso fue sin delicadeza de ningún tipo. Lo que provocó que desencadenara un brillante relámpago a través del cuerpo de Bishop, quemando sus entrañas con deseo, hambre y necesidad, resultando tan jodidamente sorprendente. Lo suficiente como para que ni siquiera intentara resistirse a ella. Y cuando ella soltó un suave suspiro y le rodeó el cuello con un brazo delgado para acercarse más, él fue incapaz de hacer nada más que abrazarla. Después de eso, fue algo natural tomar el mando del beso.

Inclinando la cabeza, pasó la lengua por la comisura de los labios y el fuego en su sangre rugió con vida.

Su gemido de respuesta fue cálido y entrecortado antes de deslizar su lengua contra la de él.

¡Santo infierno! ¿Cómo había pasado tanto tiempo sin esto?

Se sentía tan jodidamente bien apretar su cuerpo flexible y perfumado con aroma a rosas contra el suyo. Los suaves sonidos que ella hacía eran una hermosa sinfonía en su mente. Y el sabor de ella...

Ella retorció la lengua con lánguida sensualidad, explorando la forma de su boca como si nunca hubiera conocido algo tan tentador.

Apretó sus brazos y se sumergió más profundamente en el beso. Reclamando cada golpe de su lengua como suyo. Sacando su carnoso labio inferior entre sus dientes. Complaciéndose en la oleada de hambre sexual que tan voluntariamente se había negado a sí mismo durante los últimos cinco años.

Y ella respondió perfectamente. Con señales acaloradas, una lengua atrevida y los labios más suaves. No podía recordar ningún beso anterior que supiera tan dulce, rico y embriagador más allá de lo imaginable.

Excepto uno, tal vez.

Tan pronto como el pensamiento entró en su mente, no pudo liberarlo.

Aquel beso también le había envuelto en el tenue aroma de rosas y también había desencadenado algo rápido y furioso en su ser. Algo que lo había dejado completamente atónito en ese momento. Por su inesperada potencia y por quién era quien había encendido tal vorágine de deseo.

Una sorprendente sospecha se deslizó a través del torrente de pasión que atronaba en su sangre. Y aunque no quería nada más que disolverse en la sensualidad de la mujer que se derretía en sus brazos, la mínima posibilidad de que tuviera razón lo obligó a retroceder.

Lo suficiente para murmurar con fuerza contra sus labios entreabiertos, «¿Quién eres?».

«¿Qué?», su voz era soñadora, suave y confusa.

Pero entonces ella se puso rígida abruptamente. Con su cuerpo todavía medio envuelto contra él, Bishop sintió su repentina alarma como una conmoción que la recorrió. Como si acabaran de sumergirla en agua helada.

O como si acabara de despertarse por completo.

«Espera. ¿Qué está sucediendo?», preguntó, su voz mucho más alta, más clara y más que un poco angustiada.

Lo que había pensado que era un malentendido ebrio, de repente sonó mucho más como un acento arrastrado. Un acento escocés.

Maldita sea, que no tuviera razón, imploró.

Saliendo de la cama con un movimiento rápido, se levantó para encender la lámpara de la mesita de noche. Cuando un suave resplandor inundó la habitación, la mujer detrás de él jadeó de

sorpresa.

Aunque ya sabía a quién vería, el momento no fue menos asombroso cuando se volvió hacia la mujer en su cama.

Cailleach Claybourne.

La hermana menor de Roderick Bentley estaba sentada en el centro de sus sábanas revueltas, vestida con un camisón ridículamente modesto, con su rico cabello castaño cayendo en una masa enredada hasta sus caderas. Su pequeña y fuerte barbilla estaba levantada en un ángulo impertinente, sus fascinantes ojos color avellana estaban fijos en él, con sus hermosos labios entreabiertos por la sorpresa.

Como si acabara de darse cuenta de quién era él. Como si ella no lo hubiera besado simplemente como si él hubiera vertido vida en su alma.

«Bishop», respiró en un ronco susurro.

Capítulo Dos

El tono bajo y reverente de su voz recorrió su interior hasta lo más profundo de él, trayendo a la vida esos conmovedores deseos que casi había olvidado.

No. Nunca los había olvidado.

Los había enterrado. Ignorado. Obligados a dejar de lado en pos de otros placeres y recompensas menos carnales.

Él encontró su mirada inquietante con un arco irreverente en la frente. «¿Qué diablos estás haciendo en mi habitación?».

El desafío se extendió por su expresión mientras inclinaba la cabeza y entrecerraba la mirada. «¿*Tu* dormitorio?», preguntó ella. «No lo creo».

«No juegues, cariño. Sabes muy bien que ésta es mi habitación y siempre lo ha sido».

«Entonces, ¿sabes quién soy?».

Bishop resopló. Por supuesto que él sabía quién era ella. La jovencita no era alguien que pudiera olvidarse fácilmente. Sin importar cuántos años hubieran pasado.

«¿Qué estás haciendo aquí?», demandó él.

Su mirada se desvió brevemente hacia un lado antes de levantar la barbilla para responder con firmeza. «Eso no es de tu incumbencia».

De repente recordó cómo ella se había vuelto hacia él en la oscuridad para acariciarle el rostro con ternura antes de presionar sus labios contra los de él. «¿Vas a encontrarte aquí con un amante?»

«¿Qué?». Sus ojos se abrieron antes de que una risa, fuerte y cordial, brotara de su pecho. «No es muy probable».

Cruzando casualmente los brazos sobre el pecho, Bishop arqueó una ceja. «Ah, entonces, ¿tienes la costumbre de besar a extraños por la noche?».

«Pensé que estaba soñando», respondió ella con un tono ligeramente a la defensiva. «Y no eres exactamente un extraño, ¿cierto?».

El estómago de Bishop se apretó. En lugar de responder a su pregunta, formuló una propia. «¿Roderick sabe que estás aquí?».

Supo la respuesta por la repentina tensión de sus rasgos y lo marcado de su mandíbula.

Con una pensativa inclinación de cabeza, reflexionó. «Me pregunto qué pensaría de esto».

«No me importa», respondió ella. «No soy una niña. Cómo decido pasar mi tiempo es solo asunto mío y de nadie más».

Bishop se rió. «Buen intento, cariño».

Ella era audaz, sin duda. Pero claro, siempre lo había sido. Audaz, confiada y llena de energía. Pero también era hija de un conde y, aunque ilegítima, había sido criada en la nobleza. No había una sola situación concebible que justificara su presencia en un infierno de juegos en mitad de la noche. Incluso si el infierno perteneciera a su hermano.

«Pero tienes parte de razón», añadió él. «No importa por qué estás aquí, siempre y cuando te vayas».

«No me iré», afirmó, poniéndose de rodillas en el centro de la cama. «Esta habitación es mucho más mía que tuya».

Bishop tenía muchas ganas de dar una respuesta desdeñosa, pero las palabras fallaron.

Parecía que no podían superar la repentina oleada de conciencia que lo invadió al verla arrodillada tan orgullosa y desafiante en medio de las mantas revueltas, su fino camisón de algodón cubriendo con grácil tentación su esbelta figura.

Maldito infierno.

Bishop apretó las muelas, obligándose a fijar la mirada en su rostro. Una vez que estuvo seguro de que su reacción había sido contenida adecuadamente, mostró una sonrisa arrogante. «Si estás sugiriendo que compartamos la cama», señaló sugestivamente, «supongo que podría aceptarlo, pero dudo que podamos dormir mucho».

No lo decía en serio. *Obviamente*, no lo había hecho. Y él confiaba en que ella lo supiera. Él sólo había hecho el comentario para motivarla a desalojar la habitación y así finalmente poder reclamar el descanso que todavía necesitaba con urgencia.

Pero la mujer no se mostró en absoluto sorprendida por sus palabras. De hecho, por un breve momento, sus ojos color avellana recorrieron su cuerpo mientras casi parecía considerar su oferta en verdad. Luego ella se encogió un poco de hombros. «Bien, pero no puedes considerar que me vaya ahora mismo. Si logras encontrar otro lugar para dormir esta noche, mañana recogeré mis cosas para que puedas recuperar la habitación». Ella levantó la barbilla. «*Pero*, primero debes prometerme algo».

«Te permitiré quedarte esta noche, pero si vas a pedirme que no le cuente a Roderick sobre esta situación», señaló con una mirada amplia que captó las señales ahora obvias del uso frecuente de la habitación: el cepillo para el cabello y cintas en su mesa de afeitar, la pila de libros en la mesita de noche y el chal de lana sobre la silla, «puedes ahorrarte el aliento».

Él había comenzado a girar hacia la puerta cuando ella gritó. «¡Espera!».

Aunque miró hacia atrás, la aguda nota de mando y desesperación en su voz no fue suficiente para detenerlo. Aun así, se detuvo abruptamente cuando la mujer agarró un montón de su largo camisón y se lo levantó para poder trepar más fácilmente sobre el colchón. La brillante visión de un pie elegante, una hermosa pantorrilla curvada y solo un vistazo de su suave muslo hicieron que su alma prácticamente abandonara su cuerpo.

Apenas podía ordenar a sus pulmones que respiraran, y mucho menos hacer que sus pies se movieran.

Hacía mucho tiempo que había aprendido a suprimir los impulsos un tanto hiperactivos de su libido. Su celibato durante sus viajes había sido una decisión consciente, y una vez que tomó esa decisión, comprometerse con ella no fue tan difícil como esperaba.

Pero esta mujer amenazaba su control más allá de todo lo que había experimentado en los últimos cinco años.

Tenía que salir de esa habitación... alejarse de *ella*. Pero mientras libraba una feroz batalla contra el intenso aumento del deseo en su sangre, la incorregible mujer pasó volando junto a él para presionar su espalda contra la puerta y agarrar la manija, tratando de impedir físicamente que se fuera.

La determinación tensó sus hombros mientras la enfrentaba, pero debería haber dado un paso atrás primero. De repente estaba demasiado cerca de ella. Por un segundo, todo lo que pudo captar fue su embriagador aroma floral, su rápida respiración y la luz rebelde en sus ojos color avellana mientras lo miraba con valentía.

«Prométeme que no le dirás a Roderick que me viste aquí esta noche», exigió ella.

Ocultando las reacciones en su cuerpo, arqueó una ceja insolente e inclinó sus labios en una sonrisa hastiada. «¿Por qué diablos iba a prometer eso?».

Ella cuadró sus hombros con más firmeza contra la puerta. «Porque…». Hizo una pausa y

él no estaba seguro de si todavía estaba tratando de encontrar una razón válida o si estaba reuniendo el valor para decir lo que salió de su boca a continuación. «Si le dices que estuve aquí, le diré que casi me hiciste el amor».

El corazón de Bishop golpeó contra sus costillas. Reaccionando a su amenaza solo por instinto, bajó la barbilla y dio un paso hacia ella antes de poder detenerse. Debía poner más distancia entre ellos, no cerrar el puto espacio.

Pero no corrigió el error. De hecho, cuando sus ojos se abrieron y sus pechos se levantaron con su rápida respiración, Bishop dio otro paso hasta que estuvo a un pelo de presionar todo su cuerpo contra el de ella. Al mirar su rostro vuelto hacia arriba, notó la brillante y obstinada cautela en sus ojos, la postura descarada de su barbilla y el borde de sus dientes donde asomaban entre sus labios entreabiertos.

Maldita sea, era encantadora.

Y tan maravillosamente rebelde. No era solo el deseo lo que lo invadía. Era admiración, respeto y reconocimiento instintivo de un digno adversario.

«En primer lugar», dijo lentamente, bajando la voz a un tono que rayaba imprudentemente en lo seductor, «no me gustan las amenazas y el chantaje. Segundo…». Hizo una pausa para deslizar una fuerte mirada sobre sus tensos y hermosos rasgos. «Estaba muy lejos de hacerte el amor, cariño. Fue un beso. Uno que *tú* iniciaste, debo añadir».

«Estaba medio dormida», argumentó en voz baja y sin aliento. «Apenas sabía lo que estaba pasando. Y no es como si hubieras intentado detenerlo».

«Créeme», se burló mostrando una curva de sus labios, «si hubiera sabido que eras tú, lo habría hecho».

Algo cruzó por su mirada y Bishop casi se arrepintió de sus palabras. Pero eran cien por ciento ciertas. Besar a esta mujer estaba en lo más alto de su lista de cosas que no podía hacer.

Y ahora lo había hecho *dos veces*.

«¿Crees que eso le importará a Roderick?», preguntó ella.

Su cuerpo se tensó porque sabía que no sería así.

Los modales tranquilos habituales de Roderick Bentley tenían un límite estricto cuando se trataba de cualquier cosa que pudiera dañar a su familia. Desde el momento en que Roderick se enteró de que su media hermana menor había crecido en Escocia, había velado por el bienestar de la niña con tanta ferocidad como lo hacía con el de su esposa y sus hijos.

Si su antiguo empleador descubría que Bishop se había atrevido a tocar siquiera un pelo de la cabeza de su amada hermana, nunca lo perdonaría.

Haciendo caso omiso del calor que lo invadió, Bishop arqueó una ceja. «Bien jugado, cariño».

Su respuesta fue un firme levantamiento de su barbilla mientras permanecía vestida de algodón blanco ondulante, con la espalda pegada a la puerta y la mano cubriendo la manija. Su expresión era tranquila pero atrevida. Totalmente feroz. Un contraste directo con la maraña de su largo cabello castaño que parecía como si hubiera dormido intranquilamente.

O simplemente la habían follado a fondo.

Maldición. Ignora ese pensamiento.

Podría desarmar a un idiota borracho con una broma y una sonrisa. Con un movimiento de muñeca, podía hacer que un hombre violento se arrodillara en señal de rendición. En su juventud más salvaje, todo lo que necesitaba era una mirada de reojo y las mujeres tropezaban unas con otras para caer en su cama.

Seguramente, podría manejar a una joven descarada.

«Esto es lo que va a pasar», finalmente dijo él, con voz ligera pero firme. «Ninguno de nosotros dirá una palabra sobre lo que *no* pasó aquí, y una vez que te vayas de aquí mañana, nunca volverás».

Ella cruzó los brazos sobre los pechos e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos con más audacia. Su fragancia sutil y evocadora flotó entre ellos, infiltrándose en su sangre. Ella sonrió rápidamente. «Ninguno de los dos dice una palabra de lo que *casi* pasó aquí y sigo haciendo exactamente lo que me da la gana».

«No puedes».

«Puedo y lo haré».

«No *perteneces* aquí. Y tarde o temprano Roderick lo descubrirá».

Sus ojos se entrecerraron, pero sus labios se curvaron en una sonrisa. «La única manera de que lo descubra es si *tú* se lo cuentas. Pero no te preocupes. Tendrás que sufrir mi presencia a menudo. De hecho, haré un esfuerzo adicional para asegurarme de que rara vez nos crucemos». Hubo una sutil caída en su voz cuando añadió, «*si* planeas quedarte, claro está».

Su sonrisa fue descarada mientras lentamente se inclinaba hacia ella. No pudo evitar revelarlo en el sutil destello de alarma en su mirada o en la forma en que su respiración se detuvo en un dulce e íntimo jadeo. Bajando la cabeza hasta que su boca quedó cerca de la delicada curva de su oreja, susurró. «Simplemente no seas una molestia y no tendremos ningún problema».

Capítulo Tres

Todo el cuerpo de Caillie se agitó cuando Bishop se acercó. Su piel hormigueó donde su aliento flotaba sobre su cuello. Su corazón latía salvajemente y su vientre se retorcía.

Entonces, de repente, abrió la puerta detrás de ella. Cuando chocó contra su trasero, ella soltó un suave gruñido de sorpresa y tropezó hacia adelante, permitiéndole abrir la puerta lo suficiente como para pasar. La puerta se cerró de nuevo con un clic silencioso pero decisivo y así sin más se fue.

Pero solo de la habitación.

Caillie se puso las manos en las caderas, ladeó la cabeza y miró fijamente la puerta cerrada.

Bishop Black había regresado a Londres.

La idea provocó un innegable escalofrío en su sangre. Se llevó las yemas de los dedos a los labios.

La había besado. De nuevo.

Maldita sea. Si tan solo no hubiera estado medio dormida cuando sucedió.

Nunca había sido capaz de despertarse rápidamente de un sueño profundo y a menudo permanecía en un estado de ensueño a pesar de que parecía alerta y consciente. A Worthy, la mujer que la había criado desde la infancia, le encantaba burlarse de ella por las cosas ridículas que decía y hacía mientras luchaba por recuperar la conciencia plena.

Aunque el recuerdo del beso parecía uno de sus sueños más perversos, todavía podía sentir la presión de sus labios. Podía saborear su calor aterciopelado en su lengua.

La primera vez que vio a Bishop Black tenía once años. Había sido su primera incursión en el infierno de juegos de apuestas de su hermano Roderick, y aunque había tenido lugar durante el día y había estado estrictamente vigilada, había estado emocionada sin medida. Su presentación a la mano derecha de confianza de su hermano había sido extremadamente breve y, en verdad, Caillie no había pensado mucho en el joven algo descarado; había estado demasiado interesada en otras cosas. Y aunque había hecho un gesto casual con la cabeza, había mostrado aún menos interés en ella.

Durante los siguientes años y las casi docenas de visitas, planificadas y supervisadas, que hizo al club, probablemente solo vio a Bishop unas pocas veces y siempre a distancia mientras saltaba de un lugar a otro. Tenía una manera de parecer siempre ocupado y nunca, nunca, tener prisa. Le había parecido un tipo intrigante, pero eso era todo.

Y luego vino su secuestro hace seis años, cuando tenía diecisiete.

Al ser una figura prominente y poderosa en el inframundo de Londres, su hermano menor, Max, no había llegado a donde estaba sin crearse algunos enemigos en el camino, uno de los cuales tenía la intención de vengarse y había visto a Caillie como un medio para obtenerla. Afortunadamente, Max había estado al tanto de los planes de su enemigo todo el tiempo y Caillie ni su amante, Elle, que también había sido secuestrada, habían sufrido ningún daño. Pero Max había decidido contratar a Roderick para el rescate y Roderick había llevado con él a Bishop.

Aquel resultó ser un encuentro que Caillie nunca olvidaría.

Incluso en su angustia por la seguridad de Elle y la frustración de que el fuerte brazo de Bishop alrededor de su cintura le impidiera por la fuerza correr en ayuda de la otra mujer, había notado la intensa chispa que sentía ante el contacto íntimo con su cuerpo más grande y más duro.

A pesar de sus esfuerzos por liberarse, Bishop no. Había cedido.

Y luego acercó su boca a su oreja para murmurar en un tono firme pero casi gentil, «no te dejaré ir, cariño, así que será mejor que guardes tu pelea para otra persona».

Las palabras contundentes pronunciadas con un toque cockney en una voz suave y pesada hicieron que sus entrañas temblaran delicadamente. Algo había cambiado dentro de ella en ese momento. Algo irrevocable.

Un despertar.

Para entonces, sin que sus hermanos lo supieran, Caillie ya había empezado a colarse en el club y en la misteriosa ala oeste, que siempre había estado estrictamente prohibida. Sus visitas encubiertas y más frecuentes también provocaron vislumbres más recurrentes de Bishop. O tal vez simplemente se había vuelto más consciente de él después del rescate. De cualquier manera, su atención parecía atraída hacia él cada vez que estaba cerca. O lejos. Siempre que estaba un poco cerca, para ser honesta.

Y había empezado a desear esos rápidos vistazos de su andar largo y casual, su mirada irreverente y esa sonrisa dispuesta. Pero, sobre todo, le encantaba captar el sonido de su voz. Nunca dejaba de provocar un escalofrío de conciencia en todo su cuerpo.

Aunque nunca había habido ninguna razón para que ella tuviera lo suficiente como para experimentar su toque nuevamente. Ni siquiera de la forma más casual o fugaz.

Hasta el verano después de cumplir dieciocho años, casi un año después de su rescate.

Caillie acababa de colarse en el ala oeste de la Sra. Beaumont con la intención de reunirse con sus amigos, cuando literalmente se había topado con Bishop. Solo sus rápidos reflejos la habían salvado de caer por las escaleras. Al instante, quedó claro que todavía estaba un poco borracho por la noche anterior y su estado desaliñado hacía igualmente obvio lo que había estado haciendo en el nivel superior del burdel.

Caillie ya sabía bien que Bishop era un invitado frecuente en esa ala. No solo ayudaba a encargarse de clientes problemáticos, sino que también era un *amigo íntimo* de las chicas. Y aunque la Sra. Beaumont tenía reglas estrictas contra tal fraternización, aparentemente el riesgo valía la pena considerando la forma en que las damas hablaban de su destreza, creatividad y generoso *talento* en el dormitorio.

Caillie tenía la suficiente curiosidad como para querer escuchar cada detalle y, al mismo tiempo, se sentía un poco celosa porque nunca sabría de primera mano qué les gustaba tanto a todas.

Ese día, sin embargo, finalmente pudo probar brevemente lo que se estaba perdiendo cuando Bishop la besó en un impulso de borrachera. La presión de sus labios había sido breve...

Pero muy esclarecedor.

Y luego se marchó.

La había dejado allí parada en el rellano, con el corazón dando vueltas locamente.

Había dejado el club Bentley.

Había abandonado Londres. Por cinco largos años.

Como primer enamoramiento, había sido dramático e intenso. Y aunque inicialmente se había sentido un poquito devastada por su repentina partida, con el tiempo, los recuerdos del apuesto, irreverente e indolentemente encantador exempleado de su hermano se desvanecieron, al menos durante las horas de vigilia. Incluso después de tantos años, el hombre todavía tenía la costumbre de hacer apariciones frecuentes y escandalosas en los sueños de Caillie. Ella había explicado esta rareza reconociendo que él había sido el primer hombre que inspiraba en ella los anhelos sensuales de una mujer adulta. Pero también tenía que admitir que simplemente no había

conocido a ningún hombre desde entonces que fuera digno de reemplazar a Bishop en esas fantasías nocturnas.

Y ahora estaba de regreso.

Ya no era un personaje romántico de los recuerdos y la imaginación, sino un hombre real, vivo, de carne y hueso. Y a partir de su breve encuentro, se mostró tan insolente y sutilmente dominante como siempre lo había sido.

Pero en él también había diferencias. Y no solo en el hecho de que llevaba el pelo mucho más largo que antes, recogido en una cola en la nuca, o la barba que lucía, aunque tenía que admitir que le encantaba el aspecto de ambos. Siempre había tenido una especie de aire libertino, una tranquilidad despreocupada en su apariencia y modales. Pero lo que alguna vez había considerado elegante ahora había adquirido cierta ventaja. Siempre había habido un aura de peligro en él, considerando su experiencia en las duras calles de Londres y la naturaleza de su función en el club. Pero ahora..., Caillie sintió que la dureza bajo su fachada casual había sido más marcadamente honesta.

Intentó recordar lo que sabía sobre dónde había ido y qué había estado haciendo en los últimos cinco años, pero no era mucho. Por supuesto, Roderick se había mantenido en contacto con él por carta, pero la correspondencia había sido escasa ya que aparentemente Bishop se había movido bastante. Y recordó haber escuchado a Roderick quejarse una vez con su esposa, Emma, de lo crípticas y vagas que solían ser las cartas de Bishop, casi como si no *quisiera* que nadie supiera lo que estaba haciendo.

Emma le había aconsejado a Roderick que le diera al joven el espacio y la confianza para hacer lo que sintiera que debía hacer, que todo lo que podía hacer era asegurarse de que Bishop supiera que siempre tendría un lugar al cual regresar.

Quizás ahora que Bishop había regresado, los misterios de sus supuestamente extensos viajes quedarían resueltos. Caillie tuvo que admitir que sin duda sentía curiosidad. Del mismo modo que sentía curiosidad por saber qué podría haber provocado que el hombre volviera y si tenía intención de quedarse.

Como había dejado bastante claro que tenía la intención de recuperar su dormitorio, parecía que estaría en el club al menos por un tiempo.

Ella suspiró y se giró para examinar sus pertenencias esparcidas por el lugar. Había sido un pequeño y encantador escape mientras había durado. Aunque quería creer que Bishop no acudiría directamente a Roderick a pesar de su *acuerdo,* él era un hombre cuya lealtad pertenecía ante todo a su hermano. Quizá si lograba retirar todas sus cosas adecuadamente antes de que el club abriera, tendría una sólida oportunidad de negar cualquier cosa que Bishop pudiera decir sobre descubrir su presencia aquí esta noche.

Aunque le irritaba tener que hacer cualquier cosa que el hombre le exigiera, simplemente no podía arriesgarse a que sus actividades quedaran expuestas.

En su mayor parte, visitaba el club durante las horas del día, cuando el negocio estaba cerrado y las damas del ala oeste estaban mucho menos ocupadas. También, cuando era más probable que Roderick aún no hubiera llegado, ya que pasaba las mañanas y las primeras horas de las tardes en casa, con su familia, y solo iba al club por la noche. Pero ocasionalmente era pillada en el club bastante tarde y simplemente tenía más sentido quedarse a pasar la noche, en lugar de intentar escabullirse sin ser detectada entre la creciente actividad. Su doncella personal, Neda, era infinitamente valiosa por su capacidad para encontrar excusas y desvíos adecuados que garantizaban que nadie en casa se enterara de sus ausencias ocasionales.

Existían ciertos riesgos y peligros innegables inherentes a moverse libremente por el

club, y especialmente sin vigilancia, mientras el negocio estaba en pleno apogeo y sobre todo en el ala de la Sra. Beaumont. Y no era tan imprudente como para ponerse en peligro.

Ocultarse en el dormitorio abandonado de Bishop se había convertido en la mejor opción en tales circunstancias. Estaba cerca del ala oeste y lejos de las principales zonas comunes del infierno. Nunca se usaba para invitados y, como se sabía que estaba reservado para Bishop, el personal general no tenía motivo para entrar en la habitación. Solo había una doncella responsable de mantener el lugar adecuadamente aireado y sin polvo, y Lynette resultaba ser una de las muchas amigas de Caillie dentro del club.

Roderick no era la única persona capaz de ganarse la lealtad.

Cuando el amanecer apenas comenzaba a despuntar en el horizonte, Caillie estaba completamente vestida y tenía todas sus pertenencias debidamente reunidas. Desafortunadamente, no tenía donde empacarlas, así que las envolvió en su chal de lana y luego ató las esquinas. Con su capa sobre sus hombros y su bulto en sus brazos, se sentía un poco vagabunda mientras se deslizaba por los tranquilos pasillos del club hasta la puerta trasera que daba al callejón. De pie bajo la luz apagada de un amanecer color lavanda, lanzó un silbido de pájaro. Momentos después, llegó un carruaje y el conductor, que llevaba una gorra roja amarilla, saltó para ayudarla a subir al vehículo.

«Gracias, Thomas», dijo Caillie con una sonrisa.

«Estuvo cerca, ¿no es así, señorita?».

Ella sonrió mientras se acomodaba entre las sombras dentro del carruaje. «Quizá solo un poquito».

Thomas sacudió la cabeza, pero ella vio el destello de humor en sus ojos antes de que cerrara la puerta y se dirigieran a casa.

Inicialmente, después del secuestro y rescate de Caillie hace seis años, Thomas había sido contratado como una especie de guardaespaldas bajo la apariencia de un mozo de cuadra. Aunque en realidad nunca había estado en peligro, sus otros hermanos y Worthy se habían asustado por todo el asunto.

Caillie supo en el momento en que vio a Thomas que él era más que el mozo de cuadra que le había sido presentado. Con el tiempo, le había sacado la verdad. Lo habían contratado para vigilarla de cerca cuando ella estuviera fuera de su casa o de su familia. Después de eso, no tomó mucho tiempo convencerlo de que trabajara para ella. Con una generosa asignación de su hermano mayor y muy poco en qué gastarlo, pudo aumentar el salario de Thomas lo suficiente como para reclamar su lealtad.

Aunque debía continuar bajo la apariencia de ser su guardia, también debía ayudarla a realizar sus actividades fuera de la casa sin ser detectada. Y en los últimos años había demostrado ser invaluable en ese sentido. Desde la adquisición de un vehículo anodino, la familiaridad con varios disfraces, su conocimiento general de Londres y sus alrededores y varios contactos misteriosos, Caillie supo que nunca sería capaz de hacer lo que hacía sin él.

Ella confiaba en él implícitamente.

Thomas llevó el carruaje silenciosamente a las caballerizas detrás de Wright House y Caillie salió del vehículo, dándole su habitual gesto silencioso de agradecimiento, al que él respondió, como siempre, con la punta de su sombrero rojo. Luego, rápidamente, desapareció entre las sombras y entró a la casa por la entrada de servicio mientras Thomas conducía el vehículo a donde lo dejaba cuando ella no lo necesitaba.

Atravesó la gran mansión hasta su dormitorio sin encontrarse con ninguno de los sirvientes de la casa. En realidad, no era una gran sorpresa. Después de escabullirse durante los

últimos seis años, se había vuelto bastante experta en ello.

Podía tener veintitrés años, pero para sus hermanos siempre sería la hermana pequeña que necesitaban guiar y proteger. Si tuvieran alguna idea de lo que hacía y adónde iba cuando salía de casa, se sentirían obligados a ponerle fin a *todo* eso. Por su propio bien, por supuesto.

Entonces, para proteger sus esfuerzos, se veía obligada a vivir gran parte de su vida en secreto. Caillie odiaba mentirle a su familia y esperaba que algún día todo el subterfugio no fuera necesario. Desafortunadamente, no había llegado *ese* día.

Capítulo Cuatro

Después de una buena ronda de sueño profundo, Bishop esperó todo lo que pudo para regresar a su habitación, donde dejó su bolso de viaje, que contenía una muda de ropa y otros elementos esenciales. Afortunadamente, la muchacha había hecho lo que había prometido y no había señales de que ella permaneciera en su espacio personal. Excepto, tal vez, una leve sugerencia de su aroma a agua de rosas.

Obligando a dejar de lado los pensamientos sobre la mujer, Bishop se concentró en las tareas mucho más importantes del día.

Lo *más* importante... necesitaba avisar a Roderick Bentley de su regreso.

Pero, como no esperaba que Roderick estuviera en su oficina hasta bien entrada la tarde, Bishop se tomó el tiempo extra para disfrutar de un baño de vapor y un bocado rápido antes de bajar al segundo piso, donde se encontraba la oficina del club.

A menos que estuviera ocupado en una reunión privada, era política de Roderick dejar la puerta abierta para dar la bienvenida a cualquier miembro de su personal que quisiera pasar a hablar. Cuando Bishop se acercó a las puertas dobles abiertas de par en par, tuvo la repentina sensación de tener otra vez dieciséis años y estar recién llegado al club en busca de trabajo.

En esa ocasión lo dirigieron a la oficina de Roderick, donde se había plantado con una postura insolente y una actitud arrogante, tratando con todas sus fuerzas de no revelar en su expresión lo mucho que deseaba el puesto de lacayo.

Y Roderick se encontraba sentado detrás de su escritorio, mirando a Bishop sin decir una sola palabra durante lo que pareció una eternidad. Sus agudos ojos azules se entrecerraron hasta convertirse en una estrella perspicaz. En los años transcurridos desde entonces, Bishop había sido testigo miles de veces de la infame intuición de Roderick. Pero ese día, todavía no era consciente de la asombrosa capacidad del hombre para ver y sentir cosas sobre personas que preferirían no haber conocido. Entonces, le devolvió la mirada al hombre con una ceja arqueada y una sonrisa descuidada hasta que Roderick finalmente mostró una sonrisa y formuló la primera de las dos preguntas de la entrevista.

¿Por qué quieres trabajar aquí?

Cien respuestas habían pasado por la mente de Bishop, pero solo una salió de sus labios. Miró alrededor de la habitación, observando los finos muebles y las obras de arte de las paredes, antes de encogerse de hombros con desdén. *Parece un lugar bastante agradable.*

La respuesta había inspirado una risa de Roderick y el otro hombre se había levantado de su silla para acercarse a Bishop mientras le hacía su segunda pregunta.

¿Qué habilidades puedes ofrecer al club?

Bishop frunció los labios y respondió. *Se las mostraré.*

La verdad era que su vida recorriendo los burdeles y las casas de lujo del East End le había dado una visión del mundo de los estafadores, ladrones y timadores, y había aprovechado al máximo el estudio de los trucos y estratagemas que la gente solía utilizar para encubrir sus verdaderas intenciones. Los conocía a todos. Y todo lo que hizo falta fue un solo paseo por la abarrotada sala de juegos del club con Bishop señalando cada mano nerviosa, mirada fugaz y frente húmeda que sugerían quién podría necesitar ser vigilado más cuidadosamente. Roderick lo contrató en el acto y en unas pocas semanas, lo ascendió de lacayo a asistente personal.

El club había sido su hogar durante casi diez años. El resto del personal había sido

familia. Y Roderick había sido más que un empleador. Había sido un mentor y lo más parecido que Bishop podía imaginar a un hermano mayor y amigo.

En cierto modo, parecía como si nunca se hubiera ido.

Pero en otro... parecía haber pasado toda una vida desde la última vez que cruzó el umbral de doble puerta hacia la oficina donde Roderick estaba sentado en su escritorio.

«Trabajas demasiado duro, amigo», dijo Bishop, levantando la cabeza de Roderick del libro de contabilidad que estaba revisando.

«Maldita sea», exclamó el hombre mayor con una amplia sonrisa. Se puso de pie inmediatamente y rodeó el escritorio hacia Bishop. «¿Quién diablos te dejó entrar?».

Bishop se rió entre dientes y tomó la mano que Roderick le tendía con firmeza. «¿No sabías que Snipes acepta sobornos? Todo lo que necesitas es una bolsa de dulces y ese portero te hará pasar como la realeza».

«Realeza, en efecto», respondió Roderick, echando un vistazo a Bishop. «No te ves mal por tanto viaje. Mejor, de hecho». Luego le dio una palmada en la espalda a Bishop. «Ven, sentémonos y tomemos una copa para darte la bienvenida. ¿Por qué no avisaste de tu intención de regresar? Habría hecho que alguien te recibiera».

Bishop se encogió de hombros. «No sabía con certeza cuándo lo lograría».

Después de que Roderick les sirvió a ambos una copa de brandy, se sentaron en los sillones de cuero colocados frente a la chimenea a fuego lento.

Resultaba un poco extraño.

En todos los años que había trabajado en el Bentley, nunca se había sentado en una de estas sillas, al menos con Roderick presente. Seguro que las había probado cuando el jefe no estaba presente. También había probado el buen brandy.

No pudo evitar sonreír ante el recuerdo, provocando una mirada inquisitiva de Roderick.

«Pareces satisfecho contigo mismo», señaló el otro hombre mientras hacía girar su brandy.

«Es bueno estar de regreso, supongo».

Y así era. En cierto modo, simplemente porque le demostró cómo había cambiado durante el tiempo que había estado fuera, como esperaba. Ya no era un lacayo con arrogancia soberbia y sonrisa impertinente, sino un hombre con sus propios medios. Y tenía intención de aprovecharlo.

Al encontrarse con la aguda mirada azul de Roderick, Bishop frunció los labios. No tenía nada que ocultar a la evaluación intuitiva del hombre.

Excepto tal vez el hecho de que había besado a la amada hermana de Roderick. *Dos veces*.

Bishop se tensó y luego levantó su copa para ocultar el sutil estremecimiento.

Rodrigo sonrió. «Espero que no me digas que solo estás en la ciudad para una visita corta». Aunque su tono era burlón, había seriedad en su expresión. «Estoy dispuesto a hacer todo lo posible para mantenerte cerca».

«Regresé para quedarme», señaló Bishop, «pero quiero hablar contigo sobre eso con más detalle».

«Sabes que siempre tendrás un puesto aquí. Metcalf está hablando de retirarse pronto y necesitaré un gerente general».

«Lo agradezco, pero no me uniré al personal del Bentley».

La respuesta de Roderick fue un silencioso levantamiento de sus cejas negras.

«Tengo la intención de abrir mi propio club».

Las cejas del otro hombre se arquearon más. Luego se reclinó en su silla y miró a Bishop con atención. «Ese es un esfuerzo importante. Y no será fácil».

Bishop arqueó un labio. «Estoy consciente».

«Seremos competidores».

«En realidad, no lo seremos», respondió Bishop. «Tengo la intención de atraer una clientela completamente diferente. Y el juego será solo una pequeña parte de lo que ofreceré».

Inclinándose hacia adelante para apoyar los codos en las rodillas, Bishop comenzó a hablar sobre sus ideas, sus planes, su *visión*. Aunque el Bentley había sido todo para él durante tanto tiempo, hacía tiempo que sabía que, si alguna vez regresaba a Londres, no podría simplemente volver a su antiguo papel. Quería más. Necesitaba más espacio para estirarse y crear algo propio. Para realizar un futuro propio.

Roderick le había dado una base sólida cuando más la había necesitado, pero el Bentley solo había sido un punto de partida, un lugar para aprender y fortalecerse mientras descubría qué dirección quería tomar en su futuro. Sus viajes le habían dado una mayor idea de quién era fuera de su función en el club. Un verdadero sentido de sí mismo como hombre.

Y ahora, su futuro era tan claro para él como si ya estuviera viviéndolo.

Cuando Bishop finalmente terminó de hablar, Roderick lo analizó pensativamente. Luego, una amplia sonrisa apareció en su boca. «¿Cuánto necesitas en inversiones?».

«Nada».

«¿Nada?». La sorpresa del otro hombre fue solo ligeramente insultante.

Bishop se rió. «¿Qué creías que había estado haciendo durante estos años que estuve fuera?».

«Dado que tus cartas nunca compartieron ningún detalle de tus viajes, supuse que habías estado haciendo lo que hace todo joven en una gira por el continente», señaló Roderick con una ceja arqueada. «Darte el gusto de caer en vicios».

Bishop mostró una sonrisa. «Oh, lo hice bastante bien. Pero resulta que... si logras impedir que una banda de ladrones robe a un príncipe persa, el príncipe podría pedirte que te conviertas en guardia de su séquito y viajar por el mundo con él». La sonrisa se hizo más amplia. «Y si, en los años siguientes, frustras algunos intentos más de robos y un intento de asesinato un tanto torpe, hay muchas posibilidades de que seas recompensado con un pequeño cofre de joyas de valor incalculable cuando finalmente decides separarte».

«¿Un cofre? ¿De joyas de valor incalculable?», preguntó Roderick, con los ojos llenos de curiosidad.

Bishop asintió. «Vale más de lo que puedo gastar en mi vida».

«Maldita sea», murmuró Roderick antes de soltar una carcajada y levantar su vaso. «Por tu futuro», dijo Roderick con orgullo.

Escuchar esas palabras en la voz de su antiguo empleador y mentor borró cualquier posible duda restante que Bishop pudiera haber tenido sobre regresar a Londres para abrir su propio club.

«Debes venir a cenar conmigo esta noche», añadió Roderick en un tono que no permitía opción a negarse. «Continuemos esta celebración para darte la bienvenida a casa como es debido».

«Si insistes».

«Lo hago. Y no te preocupes, será solo un pequeño asunto familiar».

Un par de horas después, Bishop paseaba por los pasillos y corredores del lugar que había sido su hogar durante tantos años. Había llegado al Bentley como un muchacho lleno de

arrogancia y mucho más astucia callejera que verdadera inteligencia. Pero Roderick había percibido algo en él. Cuando la mayoría habría visto a un joven descarado propenso a la autocomplacencia perezosa, él había mirado más allá de la actitud irreverente de Bishop y de alguna manera había detectado la lealtad y la ambición única que poseía Bishop. Y lo había fomentado sin obligar a Bishop a convertirse en una visión que no le pertenecía.

De hecho, a lo largo de los años, Roderick había hecho eso por todos los que habían formado parte del personal del Bentley. Y ahora Bishop tendría la oportunidad de hacer lo mismo.

Capítulo Cinco

Caillie estaba parada frente al espejo de su dormitorio, bebiendo un poco de vino. Su anciano border collie, Bramble, yacía en su cama cerca de sus pies, mirándola con curioso interés.

Aunque había conseguido dormir un par de horas más después de regresar de puntillas a su dormitorio esa mañana, se había despertado con una inquietante sensación de inquietud. Y no tenía dudas sobre la causa.

Intentó convencerse de que la repentina llegada de Bishop a la ciudad no tenía importancia para ella. Pero a la luz del día, se dio cuenta de que el hombre nunca había prometido no decirle a Roderick que la había encontrado pasando la noche en el club. Que una joven estuviera dentro de las paredes de un lugar así durante sus horas de funcionamiento ya era bastante escandaloso sin el hecho añadido de que obviamente se había convertido en un hábito.

Sin embargo, a pesar de la falta de promesa de Bishop, ella no temía exactamente que él acudiera a Roderick. No confiaba completamente en él, pero había decidido creer que él no empezaría a hablar de inmediato.

Aun así, no podía evitar la sensación de que todo estaba a punto de cambiar de alguna manera.

Desafortunadamente, por el momento no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

Apuró lo último de su vino y dejó la copa a un lado.

Levantó la barbilla, giró su cuerpo un cuarto de vuelta hacia un lado y luego hacia el otro, evaluando casualmente la elegante imagen de una joven perfectamente equilibrada y sencillamente sofisticada, vestida de seda verde oscuro y con el cabello recogido en una hermosa confección de rizos y rizos sujetos con alfileres sobre su cabeza y una expresión de tranquila confianza.

Luego arrugó la nariz y sacó la lengua, poniendo cara de tristeza ante su propio reflejo, destruyendo la delgada fachada.

Mejor.

Solo sus ojos delataban su persistente inquietud. Y solo si uno se fijaba bien podía encontrarla enterrada entre el oro bruñido ribeteado de verde oscuro.

Sus cejas se fruncieron, pero antes de que pudiera pensar más en su inquietud interna, la fría nariz de Bramble le tocó la mano. Riendo, se agachó para darle al leal border collie una buena rascada detrás de las orejas. Bramble tenía razón: ya había perdido el tiempo suficiente.

La cena de esta noche era uno de esos raros acontecimientos en los que toda su familia estaría presente. Su hermano Beynon y su familia estarían en la ciudad solo por unas pocas semanas y Caillie no quería perder la oportunidad de visitar a sus sobrinos y sobrinas jóvenes a quienes rara vez veía antes de que los niños fueran llevados al salón de clases, donde disfrutarían de su cena lejos de los adultos en un caos encantador y juguetón.

A su hermano mayor, Colin, le había llevado años reunir a todos sus medios hermanos en la familia improvisada que ahora eran. Pero él había estado tranquilo y firmemente decidido.

También había sido muy afortunado de haber elegido hacer campaña por Caillie primero, ya que ella había asumido el manto de su propósito con toda la dedicación de la que su corazón de once años había sido capaz, lo cual había sido todo un esfuerzo. Mucho, de hecho. Honestamente, sin ella, noches como esta probablemente nunca hubieran sucedido.

Colin siempre había sido demasiado consciente de asegurarse de que sus hermanos no se sintieran excesivamente presionados. Siempre había dejado claro que, aunque las puertas de la Casa Wright siempre estaban abiertas, entendía por qué a sus medios hermanos ilegítimos no les resultaría tan fácil superar su legítima ira por las circunstancias de su nacimiento.

Caillie, por otra parte, no estaba tan dispuesta. Su padre común había sido un imbécil egoísta y vengativo, sin lugar a dudas. Pero el hecho de que Colin fuera el único hijo legítimo del hombre y hubiera heredado el condado no significaba que se pareciera en nada al anterior conde de Wright. Independientemente del tipo de hombre que hubiera sido su padre y de lo diferentes que habían crecido cada uno de ellos, Caillie había querido conocer a sus hermanos, maldición. Y ellos merecían conocerla.

Así que había emprendido sus propias campañas para ganarse a sus hermanos más reacios, sin mencionar a Worthy, quien se había opuesto obstinadamente a todo el asunto hasta que se enamoró perdidamente de Colin, por supuesto.

Todo eso para decir que cuando Caillie entró por la puerta del salón y vio por primera vez la reunión, su corazón se llenó con el tipo de alegría que solo la familia podía inspirar.

Pero antes de que pudiera tomar aire para saludar a alguien, la puerta principal de la casa se abrió detrás de ella. Se volvió para ver a los hijos de Roderick y Emma, Damian y Trevor, vestidos con sus mejores galas y luciendo como los pequeños caballeros en los que se estaban convirtiendo rápidamente.

Tan pronto como los chicos la vieron al otro lado del vestíbulo, mostraron amplias sonrisas y corrieron hacia ella. Aunque Damian era mayor por más de un año y medio, los hermanos hacían casi todo juntos. Y con su apariencia tan similar y solo una ligera diferencia de altura, a menudo se los confundía con gemelos.

«Vaya», exclamó Caillie mientras le daba a cada niño un fuerte abrazo. «Ustedes, chicos, cada vez que los veo se vuelven más grandes y musculosos».

«¿Verdad que es así?», dijo su madre, acercándose con un dejo de exasperación en su expresión que fue suavizada por una sonrisa orgullosa. «Tan solo en el último año tuve que hacer que ambos se pusieran ropa nueva tres veces».

«Bueno, esta noche están guapos», comentó Caillie.

Los chicos pusieron los ojos en blanco ante el cumplido y rápidamente se excusaron para saludar a sus primos menores que ya corrían por el salón.

«Estás muy hermosa esta noche», señaló Emma.

Caillie se encogió de hombros y se miró a sí misma con desdén. «¿Lo estoy?».

Su tono era ligero. No quería exactamente admitir que había puesto un poco más de cuidado en su apariencia después de enterarse de que un invitado adicional asistiría a la cena esa noche. Lanzó una mirada a los dos hombres que todavía se quitaban los abrigos y los sombreros.

Roderick vestía de negro formal con su habitual excepción de un chaleco de colores brillantes; esta noche en un vívido chartreuse. Bishop, sin embargo, vestía pantalones de color beige y una chaqueta azul medianoche sobre un chaleco gris paloma. Su corbata estaba elegantemente estilizada, mientras que su cabello, inusualmente largo y *pasado de moda*, estaba apropiadamente recogido hacia atrás y asegurado en su nuca. La sombra de una barba todavía oscurecía su fuerte mandíbula, aunque había sido recortada a una longitud más aceptable.

Aun así, parecía un poquito incivilizado. Un pirata obligado a desembarcar. Un bandido sometido. Un hombre apenas contenido dentro de los límites de la propiedad. Como si la más mínima provocación pudiera encender una luz diabólica en sus ojos.

En una palabra, era *devastador*.

Antes de que pudiera verla mirándolo, se obligó a ver a su cuñada. Agradecidamente, Emma ya estaba mirando hacia el salón, donde un grito muy agudo de deleite acababa de atravesar las otras voces en la habitación. La hija menor de Beynon y Anne, aunque solo tenía dieciocho meses, era bastante buena para llamar la atención de la gente.

Riendo, Caillie pasó su brazo por el de Emma. «Vamos, unámonos a la alegre multitud».

#

Bishop nunca debería haber permitido que esta noche Roderick lo convenciera de que sería una buena idea acompañarlo a esta cena familiar. Pero el otro hombre había insistido, asegurándole de que sería algo casual, solo con la familia presente. Y como Bishop acababa de llegar a la ciudad, no podía decir exactamente que tuviera otros planes. Desafortunadamente, la enormidad de su error no quedó clara hasta que entró en la casa y vio a Cailleach Claybourne parada al otro lado del pasillo.

Ella soltó una risa ronca cuando los muchachos de Roderick se lanzaron hacia ella, llamando inmediatamente la atención de Bishop. Ella era la imagen de la elegancia con un vestido brillante de color verde musgo y el cabello recogido sobre la cabeza, dejando al descubierto la hermosa línea de su garganta y la extensión de su clavícula, desnuda y sin adornos. Era un cambio decidido respecto al aspecto que tenía en las primeras horas de esa mañana, vestida con su camisón ondulado y el cabello enredado. Y le había costado un gran esfuerzo apartar la mirada antes de que Roderick notara su desmesurado interés.

Pero incluso después de advertir su mirada, su cuerpo permaneció intensamente consciente de su presencia hasta que ella se giró para entrar al salón. Él y Roderick lo siguieron poco después.

Una pequeña reunión, a la mierda.

Al entrar en el gran y elegante salón, la primera impresión de Bishop fue la de un leve caos. Hombres y mujeres vestidos con elegantes galas socializaban en fácil camaradería mientras niños de distintas edades y tamaños corrían sin límites.

Bishop podía manejar una multitud de borrachos con facilidad. Se había metido en medio de discusiones más violentas de las que se molestaba en contar.

Pero esto… este… pandemonio doméstico y familiar era completamente incomprensible para él.

Roderick soltó una risita, obviamente notando la incomodidad de Bishop.

«No te preocupes, amigo», dijo el hombre mayor con una sonrisa de complicidad. «No son tan peligrosos como parecen».

«Aún está por verse», dijo Bishop arrastrando las palabras.

Roderick volvió a reírse y le dio una fuerte palmada en la espalda. «Dado que es solo familia y conoces a casi todos, podemos evitar las presentaciones formales. Ven, tomemos una copa».

Unos minutos más tarde, Bishop estaba con una copa de buen brandy en la mano. Momentáneamente, Roderick se distraía con su hijo menor, Trevor, lo que le permitió a Bishop la oportunidad de observar la escena que tenía ante él con una mirada casual y evaluadora.

El anfitrión de la velada, el conde de Wright, estaba de pie frente a la chimenea apagada, observando a los demás en la habitación con ojos serios que revelaban poco de sus pensamientos. Sin embargo, en el momento en que su condesa esposa pasó por su línea de visión, la expresión del señor brilló con un destello de posesividad.

Lady Wright, completamente inconsciente de la intensa mirada de su marido, se movía por la habitación con una amplia sonrisa mientras se abría paso sin esfuerzo entre los niños que

corrían o caminaban de un lado a otro. La escocesa poseía un sutil aire de mando que combinaba a la perfección con su innegable manera cálida e informal.

Sentada en un sillón cercano, una señora de cabello pálido observaba en silencio las actividades de los niños más pequeños con una sonrisa amable y una mano delgada apoyada en su cintura sutilmente creciente. Detrás de ella había un tipo musculoso y de ojos oscuros que Bishop reconoció como el hermano de Roderick, el galés Beynon Thomas.

Al cambiar la mirada, Bishop vio al hermano menor de Roderick, Max Owen, recostado en un rincón de un sofá, jugueteando distraídamente con los dedos entre los rizos rubios de su hermosa esposa.

Las conexiones de Owen con el hampa de Londres habían provocado el secuestro de Cailleach hace algunos años. Bishop todavía podía recordar el remolino de miedo en sus ojos color avellana cuando irrumpieron en la habitación donde la habían atado y amordazado. Que Owen hubiera sabido que su hermana menor había estado en peligro y hubiera dejado que todo sucediera de todos modos había enfurecido a Roderick, pero la propia Cailleach había estado mucho más preocupada por el hecho de que otra todavía estaba en peligro. Si Bishop no la hubiera mantenido segura, la chica se habría escapado en su propia misión de rescate.

Entonces supo que Cailleach Claybourne sería problemas.

La esposa de Owen se volvió para susurrarle algo, lo que inspiró una risa fuerte y descarada del sinvergüenza del East End, que llamó la atención de alguien cercano.

Aunque Bishop había sido muy consciente de la posición de Cailleach desde el momento en que entró en la habitación, había intentado evitar otra mirada directa a la mujer. Pero mientras se sentaba en el brazo del sofá junto a Owen, apoyándose en el respaldo curvo, él no pudo apartar la mirada. La posición mostraba su forma elegante de una manera que una postura más tranquila no podría haber logrado. Con una mirada traviesa en sus ojos, se inclinó hacia adelante para decir algo que hizo que Owen le lanzara una mirada feroz.

Pero la expresión amenazadora de su hermano no pareció intimidar a Cailleach en lo más mínimo. De hecho, ella respondió con una risita ronca. El sonido cálido y sensual desencadenó una repentina avalancha de calor a través del torrente sanguíneo de Bishop, lo que lo obligó a apartar la mirada justo a tiempo para notar el acercamiento no deseado de otro invitado. Agradecido, logró esquivar al niño que casi choca con sus rodillas. Un momento después, el niño fue recogido por su madre.

«Oh, Fergus, pequeño bribón», murmuró la escocesa, dedicándole a Bishop una rápida sonrisa mientras levantaba al heredero del conde de Wright en sus brazos. «Mis disculpas…Sr. Black, ¿verdad?».

«Lo es, milady», respondió Bishop con una sonrisa moderada y un tirón de su mechón. «Tiene buena memoria».

«Como si pudiera olvidar al hombre que ayudó a rescatar a mi niña de ese malvado sujeto», respondió lady Wright con un dejo de desaire. «Siempre será bienvenido aquí, señor Black, aunque me sorprendió un poquito saber que había regresado a la ciudad. ¿Ha vuelto para quedarse o…?».

La pregunta desapareció cuando el niño en sus brazos comenzó a retorcerse en su deseo de volver a ser puesto en el suelo, con la mirada fija en los otros niños mayores que corrían de un lado a otro.

El conde dio un paso adelante justo a tiempo para quitarle al muchacho de las manos de su esposa. «¿Enviamos a los niños arriba, querida?».

«Sí», respondió lady Wright sin dudarlo.

Su esposo soltó una risa suave y se inclinó para darle un beso en la sien antes de volverse hacia Bishop y asentir brevemente. «Bienvenido, Sr. Black».

Bishop asintió en reconocimiento y murmuró un rápido agradecimiento.

Durante los siguientes minutos, la habitación se sumió en un mayor caos cuando los niños fueron reunidos y enviados con un grupo de sirvientes para continuar jugando y cenar arriba.

Después de despedir a sus propios hijos, Roderick regresó con Bishop con un claro brillo de diversión en sus ojos azules. «Estoy impresionado».

Bishop le deslizó al hombre mayor una mirada de reojo y arqueó una ceja. «¿Con qué?».

«No estaba seguro de qué pensarías de todo esto», señaló Roderick con un gesto de la mano hacia el resto de la habitación. «Puede ser mucho para asimilar. Casi temía que te escaparas a la primera oportunidad».

«¿Crees que me intimidaría una habitación llena de mocosos traviesos?», Bishop soltó un áspero resoplido. «Pensé que me conocías mejor que eso».

Su antiguo empleador se rió. «Tienes razón. Nunca hubo una situación que no pudieras manejar en el club. Supongo que también te encontraste con una gran cantidad de situaciones desgarradoras durante tus viajes».

«Sin duda, fue más devastador que una cena».

Roderick volvió a centrarse en el resto de la habitación. Su voz bajó a un tono serio. «Supongo que probablemente hay mil otras formas en las que preferirías pasar tu primera noche en la ciudad, pero si aún no lo he dicho, me alegro de que estés aquí».

Completamente incómodo con la demostración de sentimiento, Bishop ofreció una sonrisa pícara. «Maldita sea, ahora me voy a sentir como una mierda cuando me escabulla después de cenar».

Roderick se rió entre dientes. «Ya que insistí en que vinieras, supongo que seré responsable de encontrar una excusa adecuada para tu repentina ausencia».

Bishop soltó un áspero resoplido. «Dudo que alguien se dé cuenta».

«¿De qué?».

Bishop se tensó cuando la hermana menor de Roderick se acercó a él, con un suave olor a rosas acompañando su llegada. Había un innegable indicio de picardía en su sonrisa mientras miraba con curiosidad a Bishop y a su hermano.

Un deseo, rápido y no pretendido, lo invadió.

«Nada que te preocupe, muñeca», respondió Roderick con facilidad.

La rica mirada color avellana de la dama se posó en Bishop. «Creo que vas a decirme que tu conversación es demasiado escandalosa para mis oídos inocentes».

«Algo así», respondió Bishop tensamente.

«Bueno, eso es una pena», dijo. «Esperaba escuchar algunas historias interesantes sobre sus viajes, Sr. Black. Seguramente tiene una o dos historias que *devastarían* mi delicada sensibilidad».

«No se me ocurre ninguna», respondió con ligereza.

«Entonces, ¿sus viajes fueron tan indecentes? presionó, con los ojos muy abiertos y brillantes.

«Está bien, ya es suficiente», intervino Roderick y Bishop se sorprendió al notar que las palabras estaban dirigidas a la joven y no a él. «Bishop no está acostumbrado a tus burlas».

La discreta sonrisa de Cailleach se amplió hasta convertirse en una sonrisa mientras le lanzaba a Bishop una mirada de reojo que aceleró su pulso y tensó los músculos de su estómago.

«¿No puedes estar sugiriendo que me lo tome con calma?», preguntó ella arqueando una ceja.

«Nunca», respondió Roderick. «Bishop puede defenderse solo, te lo aseguro. Pero supongo que sería de buena educación darle un poco de tiempo para que se aclimate a…», pasó una mano por la habitación, «a todo esto».

«¿Qué estás diciendo, hermano?», Cailleach preguntó con fingida afrenta. «Somos un grupo increíblemente encantador».

Roderick negó con la cabeza. «Me rindo, muñeca». Luego miró a Bishop con una sonrisa de disculpa. «Estás solo, amigo».

Luego se alejó para reunirse con el conde cerca de la chimenea.

De hecho, dejó a Bishop y a su querida hermana pequeña solos, a leguas de distancia de los demás.

«¿Sigues molesto conmigo?».

La mirada parpadeante de Bishop pretendía ser desdeñosa. Pero cuando su mirada se encontró con la de ella, se contuvo. Contra su voluntad y su mejor sentido común. Contra todo instinto de conservación.

Aunque su voz poseía solo un toque de desafío, sus ojos estaban llenos de él. Brillantes y verdes con una oscuridad misteriosa, todos coexistiendo armoniosamente. Había una inquietante especie de reconocimiento en su mirada. Uno que parecía incongruente para alguien tan joven. Lo había notado hace cinco años y solo se había fortalecido durante el tiempo que estuvo fuera.

Pero él también se había fortalecido.

Su resolución. Su propósito. Su intención.

«Por supuesto que no», respondió en el tono más casual que pudo mientras miraba la habitación, notando que a nadie parecía preocuparle en absoluto que los dos estuvieran enfrascados en una conversación bastante privada.

Ella soltó un suave resoplido de incredulidad. «Entonces, ¿por qué más has estado haciendo todo lo posible para evitar siquiera mirarme?».

Aunque no la vio hacerlo, ella debió haber dado un paso más cerca, porque cuando él se encontró con su mirada audaz, ahora pudo distinguir el distintivo anillo verde alrededor de los bordes exteriores de sus ojos.

Entrecerró la mirada, forzando la ráfaga de calor a través de su cuerpo a permanecer a fuego lento. Luego arqueó la boca y una ceja mientras permitía que su atención se deslizara por su forma. Aunque buscaba un aire de alegre indiferencia perfeccionado hacía mucho tiempo, no fue una tarea fácil ya que tomó nota de cada caída, curva y línea de su esbelta figura femenina.

«Te estoy mirando ahora, cariño», dijo, su voz salió más baja de lo que pretendía. «¿Parezco molesto?».

Cuando ella no respondió de inmediato, él levantó la mirada hacia su rostro. El dorado y verde de sus ojos se arremolinaban alrededor de los centros oscuros y sus labios estaban ligeramente abiertos.

«No», respondió ella en un susurro ponderado.

Al darse cuenta de que ella probablemente había detectado el deseo en su mirada, forzó una sonrisa de arrogante insolencia. «Recuerde nuestro acuerdo. Mantenga la distancia, señorita Claybourne, y no habrá ningún problema».

Sin esperar una respuesta, dio un paso atrás deliberadamente para realizar una reverencia ligeramente burlona antes de girarse y alejarse.

Capítulo Seis

La cena en Wright House, cuando estaba llena con todos los hermanos Wright y sus esposas, siempre garantizaba ser interesante y llena de debate. Las conversaciones que podrían surgir podrían abarcar desde el tema de la cría de ovejas hasta temas en discusión en la Cámara de los Lores, antes de pasar a una discusión sobre arte o herbolaría o la difícil situación de los niños en los asilos de Whitechapel. Con perspectivas y antecedentes tan diferentes, nunca había un momento en el que todos los presentes en la mesa estuvieran de acuerdo en algo, pero siempre había mucho que aprender unos de otros.

A Caillie le encantaba. Los argumentos apasionados. Los debates. Las concesiones ocasionales. El intercambio de ideas y experiencias que hacían que cada uno de sus hermanos y cuñadas fuera tan único y maravilloso.

No pudo evitar notar que Bishop no participaba frecuentemente en las diversas conversaciones. En cambio, escuchaba con la cabeza ligeramente ladeada y una sutil inclinación en los labios, pareciendo curioso, pero ligeramente indiferente. Ella se preguntaba eso y se encontró observándolo con más frecuencia que participando en las discusiones, lo que normalmente no podía resistirse a hacer, ya que normalmente tenía una opinión sobre casi todo. Más de una vez, notó momentos en los que parecía que Bishop iba a intervenir, pero luego la comisura de su boca se contraía y su mirada bajaba a su plato o su copa de vino y no decía nada.

Incluso cuando Emma preguntó cortésmente sobre los viajes de Bishop, él logró mantener sus respuestas ligeramente entretenidas pero vagas, revelando nada más que una idea confusa de que había viajado a varios países, tanto cercanos como lejanos, y que había conocido a mucha gente interesante.

En lo que a Caillie concernía, no había respuestas y ciertamente no eran suficientes para satisfacer su creciente curiosidad.

Tan pronto como la conversación y la atención se dirigieron a otra cosa, su mirada oscura se deslizó silenciosamente hacia la mesa donde ella seguía sentada mirándolo atentamente. Al notar su interés, le guiñó un ojo rápidamente, apenas perceptible. Fue descarado e insolente.

Sabía exactamente cuán interesada había estado ella en sus respuestas.

Después de la comida, todo el grupo se trasladó al salón. Emma y Roderick se sentaron en una mesa con Max y Elle para jugar una partida de whist, mientras Colin, Worthy, Anne y Beynon se sentaron en los sofás de enfrente para ponerse al día con todas las novedades de los otros hermanos de Beynon en Gales. Caillie se sentó al piano para tocar en silencio mientras vigilaba la puerta en busca de Bishop. Él se había escabullido mientras todos salían del comedor y, aunque ella lo habría negado si se lo hubiera preguntado, estaba ansiosa por su regreso.

Si se le hubiera preguntado, ella también habría negado con vehemencia un reavivamiento de su enamoramiento juvenil por el hombre. Lo que estaba experimentando ahora no era más que una sana curiosidad. Un hombre como Bishop, con su arrogancia descarada y su mirada confiada e irreverente, no podría viajar por el mundo sin vivir algunas aventuras que valiera la pena conocer. Aventuras que Caillie nunca tendría una oportunidad similar de experimentar.

Maldito infierno. Imagínese si ella simplemente se levantara y decidiera un día viajar sola. Ella casi se rió a carcajadas. Ni siquiera era libre de conducir por el parque sin un acompañante, y mucho menos explorar el mundo.

Su línea de pensamiento amenazó con empujarla a un pequeño ataque de melancolía. Para distraerse, volvió a mirar a su alrededor en busca de Bishop. Pero seguía sin reaparecer.

Ella debería ir a buscarlo.

No, no deberías, muchacha entrometida.

Pero la semilla ya estaba plantada. Después de solo unos momentos de indecisión... bueno, un momento, tal vez, ya que Caillie no era exactamente del tipo indeciso, se levantó del piano y salió tranquilamente de la habitación.

Era muy posible que hubiera abandonado la casa por completo. Pero ella no lo creía así.

Siguiendo nada más que su intuición, decidió aventurarse hacia la zona favorita de la casa de Colin. Mientras que Worthy prefería la cocina y Caillie adoraba la sala de música, Colin amaba más su estudio y la biblioteca. Las habitaciones estaban situadas a lo largo de un corto pasillo al fondo del vestíbulo de entrada. Caillie llegó a la puerta abierta del estudio de Colin y aspiró los familiares y sutiles aromas del cuero y el pergamino.

No se sorprendió en absoluto al ver a Bishop de pie, de espaldas a la puerta, mientras llenaba un vaso del servicio de licores de Colin y luego bebía el contenido de un rápido trago.

Al entrar en la habitación, cruzó silenciosamente la lujosa alfombra. Aunque ella no emitió ningún sonido, algo debió haberlo alertado de su presencia cuando de repente lanzó una mirada por encima del hombro.

Él no parecía más sorprendido de verla que ella de verlo a él, ya que simplemente arqueó una ceja y se giró de nuevo.

«Probablemente no deberías estar aquí, pequeña». Su tono era ligeramente amonestador, como si ella fuera una niña haciendo travesuras.

Con un resoplido, alargó el paso y cruzó hacia la estantería detrás del amplio escritorio de su hermano. «He venido a buscar un libro para Max», respondió ella, con un tono alegre. «Me iré en un momento y podrás disfrutar de tu whisky en soledad».

Él soltó una breve carcajada entre resoplidos, y ella le lanzó una mirada justo a tiempo para verlo levantar otro vaso en un brindis burlón, antes de vaciar su contenido de un trago, luciendo prácticamente como un pirata.

Los dedos de Caillie se curvaron en sus palmas.

El hombre era demasiado atractivo.

Obligándose a convertir su pequeña mentira en verdad, hizo un buen espectáculo escaneando los títulos en la estantería. Desafortunadamente, no pudo leer nada ya que todos sus sentidos estaban totalmente distraídos por el hombre detrás de ella. Y algo bueno también, o tal vez ella no habría detectado su aproximación. Tal como estaban las cosas, Caillie supo que él se acercaba primero por la aceleración de su pulso cuando captó la sutil deriva de su olor, luego por la tensión de sus músculos cuando el aire a su alrededor se calentó en un grado infinitesimal. Y finalmente, por el movimiento y la agitación de la parte inferior de su vientre a medida que cada nervio cobraba más vida.

«¿Por qué me seguiste?».

Lentamente se giró para verlo recostado contra el escritorio de Colin, con los brazos cruzados casualmente sobre el pecho y una inclinación interrogativa en la cabeza.

Abriendo enormes los ojos, añadió un tono inocente a su voz. «No sé a qué te refieres».

Hubo una breve pausa y luego se rió entre dientes con un sonido rico y delicioso. Bajó la barbilla y sacudió la cabeza antes de levantar la mirada de nuevo para fijarla en ella con una mirada franca y cómplice. Su sonrisa era arrogante. De conocedor.

«¿Qué deseas?», preguntó con un tono texturizado e íntimo.

Aunque el cuerpo de Caillie respondió agudamente a la seductora sugerencia de sus palabras, se obligó a ignorarla. Principalmente porque no confiaba en ello. Todas las historias sobre su encanto y facilidad con las mujeres, muchas, muchas, *muchas* mujeres, hacía tiempo que la habían desengañado de la idea de que un hombre como él podría alguna vez considerar a una mujer por encima de cualquier otra. Disfrutaba de todas las mujeres. Y aunque a menudo se había preguntado cómo sería que un hombre como él le hiciera el amor, pensó que preferiría ser *amada* por alguien constante y fiel solo a ella.

«Bueno, esa es una amplia pregunta», respondió ella pensativamente mientras se recargaba contra una de las estanterías, cruzando los brazos en una postura similar a la de él. «Hay tantas cosas que una mujer puede desear. Zapatillas de baile que no se hacen jirones después de usarlas. La posibilidad de desplazarse por la ciudad sin necesidad de escolta. Libertad de dobles raseros y atenciones lascivas no deseadas por parte de caballeros que no tienen ni la más mínima idea de cómo procesar el significado de la palabra *no*. La oportunidad de asistir a la universidad. Y un asiento en los Lores o en los Comunes, cualquiera de los dos. Solo por nombrar algunos…», añadió con una rápida curva de sus labios. «Es posible que tengas que ser un poquito más específico».

Sus labios se torcieron hacia arriba. «Inteligente», murmuró él suavemente.

Caillie se encogió de hombros en reconocimiento al cumplido. «Y cierto», respondió ella, sosteniendo su mirada con valentía. «¿Por qué no hablaste más libremente sobre tus viajes?».

Su contundente pregunta pareció sorprenderlo. Pero solo por un momento.

«¿Por qué el tema es de tanto interés para ti?».

Sabiendo que no podía esperar la verdad de él si no estaba dispuesta a decirla ella misma, esbozó una sonrisa arrepentida. «Tal vez porque sé que probablemente nunca experimentaré lo mismo por mí misma».

«¿Quieres viajar?».

Ella se encogió un poco más de hombros. «Tal vez simplemente me gustaría tener la opción».

Miró hacia la puerta con la punta de la cabeza. «De alguna manera, no puedo imaginar a tus cariñosos hermanos negándote unas pequeñas vacaciones en el continente».

«Pero no es de eso de lo que estamos hablando, ¿verdad?», ella respondió. Cuando sus cejas se arquearon, continuó con diversión en su tono. «¿Encontraste muchas mujeres aventureras durante tus viajes? ¿Damas explorando el mundo sin nadie ante quien responder? ¿Solas, sin ningún riesgo para su persona o su bienestar?».

«Incluso un hombre que viaja solo corre algún riesgo».

«Pero no de la misma manera que una mujer», respondió Caillie.

«No. No como mujer», después de una pausa, respondió.

Caillie se sorprendió por estar de acuerdo. Ella soltó una pequeña risa y luego suspiró. «Sí, así que, entonces, ¿no viajaste solo?».

Sus ojos se entrecerraron un poco ante su deducción, pero asintió. «No lo hice».

«Mmm». Una extraña tensión envolvió su pecho.

Celos.

No lo había experimentado desde que era joven y pensaba que Bishop era el epítome de todo lo excitante y deseable. Y todo eso estaba innegablemente fuera de su alcance. Que regresara ahora, y de manera tan conmovedora, definitivamente no era apreciado. No tenía ningún deseo de volver a caer en ese camino de amor.

Con una sonrisa burlona, se enderezó y descruzó los brazos. Cuando él también descruzó

los brazos, bajó las manos para curvar los dedos ligeramente alrededor del borde del escritorio a cada lado de sus caderas, su vientre se torció. «Por supuesto que estuviste solo. Supongo que estabas constantemente rodeado de un grupo de encantadoras aventureras».

Después del insolente comentario, ella se giró y le dio la espalda, retomando su fingida búsqueda de un libro. Tan pronto como él ya no pudo ver su rostro, ella cerró los ojos con fuerza en un intento de disipar la imagen de Bishop rodeado de mujeres con miradas atrevidas y sonrisas intrépidas.

Capítulo Siete

Bishop apretó con más fuerza el borde del escritorio.

Sabía que no debería hacerlo, pero no pudo evitar deslizar la mirada por la elegante línea de su cuello y la larga pendiente de su columna. La curvatura de sus caderas era suave bajo la caída de seda de su vestido, pero aún así, su cuerpo se tensó con la repentina necesidad de alcanzarla. Agarrarla por la cintura y arrastrarla hacia su regazo.

Contrólate. Ella no es para ti.

Pero luego levantó la mano para pasar las yemas de los dedos por una hilera de libros y su mente evitó la sensación de esos dedos recorriendo delicadamente su cuerpo.

Di algo. Cualquier cosa.

«¿Por qué mi dormitorio?».

Cuando ella dio un sutil respingo, él se dio cuenta de que su pregunta parecía surgir de la nada. Pero el tema le había estado molestando. ¿Por qué *había* decidido usar su habitación en el Bentley?

Hizo una pausa y luego echó un breve vistazo por encima de su delgado y desnudo hombro. «No lo sé...».

«Sí, lo sabes», interrumpió él.

Ella sonrió y se giró para mirarlo. Su expresión era reservada sin ser tímida. Divertida, pero también un poco desafiante.

Estaba innegablemente intrigado.

«Tu *antigua* habitación resultó ser la que mejor se adaptaba a mis propósitos».

Él arqueó una ceja. «¿Qué propósitos?».

No pudo evitar pensar en la proximidad de su dormitorio con el burdel que ocupaba el ala oeste del club y lo bien que se había adaptado a sus propósitos ciertamente carnales y egoístas durante su ocupación anterior.

La sonrisa que ella le dedicó entonces fue suave y llena de picardía. «Créeme, realmente no quieres saberlo».

Como por alguna fuerza más allá de él mismo, más allá de lo razonable, Bishop se levantó en toda su altura y dio un paso mesurado hacia ella. Hubo un destello en sus ojos, pero nada más. Incluso su sonrisa permaneció inquebrantable. Sosteniendo su mirada, dio otro paso. Luego otro. Hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para extender la mano y apoyarse en un estante a la altura de su cabeza. Luego se inclinó hacia adelante, lentamente, colocando su rostro a unos pocos centímetros del de ella.

No tenía idea de por qué se estaba burlando de ella de esa manera. Burlándose de sí mismo. Empujando contra algún límite invisible que era mejor dejar en paz. Sabía muy bien que era una mala idea.

Sin embargo, aquí estaba él...

Lo suficientemente cerca como para que el embriagador aroma de las rosas empapara su chaqueta y lo torturara más tarde.

Lo suficientemente cerca como para escuchar el sutil nudo en su garganta cuando su atención vaciló brevemente en su boca antes de levantarse obstinadamente para encontrarse con su mirada.

«¿Por qué no?», preguntó él, regresándolos a la conversación.

Respiró hondo y luego cuadró los hombros. «Si supieras lo que no deberías», respondió ella lentamente, su voz era un susurro ronco, «probablemente te sentirías obligado a decírselo a Roderick. Y entonces, *yo* también me vería obligada a decirle algo».

Atrevida.

Él mostró una sonrisa arrogante. «¿De verdad crees que puedes manipularme, cariño? Estás adentrándote en aguas peligrosas».

Ella levantó y bajó un hombro. «Puedo nadar bastante bien».

Su tono era irritantemente despreocupado, pero el gesto casual atrajo su mirada hacia la línea sombreada de su clavícula, luego hacia abajo… hacia la suave curvatura del escote de su vestido.

Su estómago se apretó mientras levantaba su mirada hacia la de ella y bajaba la voz en una fuerte advertencia. «No cometas el error de pensar que puedes *controlarme*, cariño».

«He estado *controlando* a cuatro hermanos mayores excepcionalmente inteligentes y testarudos desde que era una niña». Ella entrecerró su mirada centelleante y su tono era casi íntimo en su sutil arrogancia. «No cometas el error de subestimarme». Luego inclinó la cabeza en un ángulo curioso y susurró, «¿por qué está aquí, Bishop Black?».

«Quería un whisky».

Su media sonrisa se torció. «En Londres, no en el estudio de Colin». Él no pudo evitar sonreír a cambio. «¿Por qué tanta curiosidad?».

«¿Por qué tan *malditamente evasivo*?», replicó ella, con un atisbo de frustración en su tono.

A la mujer realmente no le gustaba sentirse frustrada, lo que, desafortunadamente para ella, solo hizo que él quisiera frustrarla aún más.

«En algún momento lo descubriré», señaló simplemente. Con confianza.

Bishop inclinó la cabeza hacia ella. «Yo también», prometió, refiriéndose a sus propios secretos. Y ella debió haberle creído al menos parcialmente porque un destello de desafío cruzó sus encantadoras facciones.

«Solo si lo permito».

Bishop nunca se había dado cuenta de lo atractiva que podía ser la confianza hasta que la vio brillar tan intensamente en los ojos de esta mujer. Encendió su sangre incluso cuando también provocó algo sin precedentes. *Inquietud.*

«Si lo que estás haciendo es incluso un poquito peligroso», señaló él con brusquedad, «tendré que ponerle fin».

En lugar de estar plenamente consciente de su silenciosa advertencia, ella soltó una breve risa y luego sacudió la cabeza con fingida consternación. «¿Has olvidado que soy una mujer?». *Como si pudiera hacerlo.* «Todo es un poquito peligroso. Pero te advertí que no me subestimaras, Bishop Black», susurró con una voz que le hizo pensar en una cálida brisa disfrazada de huracán. «No tienes absolutamente nada que decir sobre lo que hago o dejo de hacer».

Ella tenía razón. Él no tenía ningún derecho sobre ella. Pero eso no significaba que la dejaría involucrarse en cualquier cosa que pudiera ser perjudicial para ella o su futuro, como escabullirse en un club de caballeros.

«Parece que alguien debería hacerlo».

Ella suspiró y, por un segundo, pareció decepcionada.

«¿Te das cuenta de que soy una adulta y perfectamente capaz de administrar mis intereses sin que todos se aflijan por mi bienestar y seguridad y todo eso? Cualquier joven de mi edad

estaría de gira por el continente. Se esperaría que pusiera a prueba sus límites y experimentara la vida sin restricciones. Sin escolta, debo añadir». Ella volvió a negar con la cabeza. «Es una pena, de verdad. Esperaba que fueras diferente. Pero... desear no es suficiente para cambiar la realidad».

Con otro suspiro, levantó la mano para presionarla contra el pecho de él, claramente con la intención de empujarlo lo suficiente como para poder alejarse.

Pero él no estaba dispuesto a dejarla ir. Incluso mientras lo hacía, sabía que no debería hacerlo. Sabía que detenerla ahora sería un error; *tocarla* sería un error.

Pero, de todos modos, lo hizo.

En lugar de darle más espacio, se inclinó hacia la presión de su mano, deteniéndose justo antes de presionar su cuerpo en toda su extensión contra el de ella, mientras ella se recargaba contra las estanterías.

Su suave jadeo de sorpresa fue seguido por una repentina exhalación que le calentó la garganta con su dulce aliento. Pero aparte de eso, ella no reaccionó. No mostró indicios de miedo, cautela o incluso molestia. Ningún otro intento de alejarlo. En cambio, echó la cabeza hacia atrás y miró fijamente con una ceja levantada.

«*Soy* diferente», murmuró él con voz ronca. Diferente de quién había sido cuando se fue hace cinco años y diferente de quién ella pensaba que era.

Como si considerara la verdad de sus palabras, deslizó una mirada cuidadosamente evaluadora sobre su rostro, deteniéndose en la línea dura de su boca antes de levantarla nuevamente para encontrarse con sus ojos. Separó sus labios con un suave suspiro. «¿Lo eres?».

El desafío en su tono y el orgullo sensual, lo atravesó con más fuerza de la que estaba preparado para enfrentar, dejándolo indefenso contra la lanza de la lujuria que atravesó dolorosamente su interior. Justo cuando pensaba que había estado haciendo un excelente trabajo manteniendo a raya su deseo, la necesidad de besarla lo atravesó como un maremoto.

En otro momento de su vida, y si ella fuera otra persona distinta de quien era, se habría lanzado de cabeza a las cálidas y turbulentas aguas.

En cambio, todo su cuerpo se tensó en su esfuerzo por resistir el tentador desafío en su media sonrisa y su aroma a agua de rosas y la forma en que ella lo miraba como si quisiera meterse en su mente.

Un sonido crudo y entrecortado se deslizó desde su garganta.

¿Qué carajo estaba haciendo él?

Murmurando una grosera maldición, se alejó fuera de la estantería con suficiente fuerza como para hacer que la cosa se tambaleara mientras varios libros caían al suelo. La mirada en sus ojos entonces fue imposible de leer. Simplemente notaba demasiados remolinos en las sombras doradas y verdes de sus ojos.

«Mantén tus secretos», dijo él en un tono que pretendía sonar ligeramente desdeñoso. Desafortunadamente, había demasiada frustración sexual en su voz como para permitir cualquier atisbo de ligereza. «No los necesito».

Luego se dio vuelta y la dejó allí. Con los ojos brillantes y los labios separados por la sorpresa. Habría sido una salida rápida y limpia si no fuera por su susurro apenas audible.

«Cobarde».

Ella no estaba equivocada.

Sus zancadas eran largas y pesadas cuando salió de la habitación y continuó por el corto pasillo hasta el vestíbulo de entrada. Ignorando los sonidos de las voces levantadas en la juerga familiar, recogió su abrigo y su sombrero y luego salió por la puerta principal.

#

Tan pronto como los pasos de Bishop se desvanecieron, Caillie hizo todo lo posible por estabilizarse.

Maldito infierno. Eso *sí que había sido interesante.*

Por un momento sin aliento, pensó que él iba a besarla de nuevo. Y que el cielo la ayudara, ella quería que él lo hiciera. Con la desesperación de una joven añorando los labios de su primer amor.

Pero entonces, con la fuerza repentina de un portazo, su comportamiento cambió por completo. Él se había apartado de ella tan repentinamente que había quedado conmocionada por la pérdida.

Sin duda, era mejor que la hubiera dejado. A pesar de sus valientes palabras, ella le había creído cuando afirmó ser diferente.

Qué tontería.

El regreso del Bishop Black ya había comenzado a poner su mundo patas arriba. Un mundo que ella había cultivado, moldeado y convertido cuidadosamente en algo de lo que estaba orgullosa. No podía permitir que él saboteara eso. Intencionalmente o no.

Presionando una mano contra su pecho en un intento de frenar su acelerado corazón, tomó un respiro reconfortante y luego se inclinó hacia adelante para recoger los libros caídos que cubrían el suelo a sus pies. Cuando se giró para volver a colocarlos en el estante, notó otro libro, delgado y pequeño, que asomaba desde el espacio vacío detrás de los otros volúmenes. En algún momento, debía haberse deslizado detrás de los otros libros para perderse y olvidarse. Le tomó unos momentos liberar el pequeño libro y luego reemplazar los objetos caídos, pero cuando finalmente tuvo la oportunidad de ver bien el libro recuperado, lo reconoció en un instante.

Bueno, no exactamente *ese*, pero lo reconoció como parte de un conjunto familiar.

Un escalofrío recorrió su columna y un extraño temblor hizo que sus manos se agitaran repentinamente.

El hombre que la había engendrado a ella y a sus hermanos había mantenido una colección de diarios que documentaban su perverso plan de engendrar tantos hijos como fuera posible fuera de los vínculos de su matrimonio, como un complot de venganza contra su infiel esposa.

Hace algunos años, Caillie había leído los diarios. Una pequeña parte de ella se había visto obligada a intentar comprender a un padre al que nunca había conocido. Por desgracia, las propias palabras del hombre habían revelado muy poco de sí mismo más allá de su enfoque obsesivo en lastimar a quienes lo rodeaban mientras seducía deliberadamente a mujeres con el único propósito de engendrar bastardos. Una vez que recibió la confirmación de que había concebido un niño, el desgraciado ya no tenía nada que ver con las madres ni con sus hijos mal engendrados. Sus diarios documentaron cada intento y cada éxito como prueba de sus esfuerzos. Quería asegurarse de que su esposa, la madre de Colin, no tuviera ninguna duda de que esos bastardos eran suyos.

La vida del anterior conde de Wright había estado dedicada a una obsesión inútil. A la esposa a la que había querido lastimar no le importaban en absoluto las hazañas de su exmarido. Y los niños que tan descuidadamente había esparcido por Gran Bretaña habían sido reunidos después de su muerte por su único hijo legítimo. Colin había logrado crear una verdadera familia a partir de la venganza de su padre compartido. Y Caillie estaría eternamente agradecida.

Al darle vueltas al diario en sus manos, se dio cuenta de que, aunque ciertamente hacía juego con los demás, la cubierta de tela no estaba tan descolorida ni gastada. Parecería que este

volumen podría haber estado estancado detrás de los otros libros durante algún tiempo. Años o décadas, incluso.

Al abrir la primera página, notó la fecha en la parte superior.

7 de agosto de 1802

Su estómago dio un vuelco. El diario estaba fechado varios años antes de su propia concepción y nacimiento, pero después del de Max. Pensó en los otros volúmenes, tratando de recordar si había habido un lapso en el tiempo, pero no podía estar segura. Seguramente ella lo habría notado. ¿No lo haría ella?

Con la mente dando vueltas con las posibles implicaciones que sugería otro diario, Caillie estuvo tentada de dejarse caer en la silla del escritorio de Colin para empezar a leer.

Pero no podía hacerlo. No ahora mismo. No con el salón todavía lleno de familia, cualquiera de los cuales pronto notaría su ausencia y vendría a buscarla.

Por alguna razón, quería guardarse este descubrimiento inesperado para sí misma. Al menos hasta que supiera si el diario contenía algo relevante, como, oh... *¡evidencia de otro posible hermano!*

Con el corazón acelerado, se guardó el libro detrás de la espalda mientras se acercaba a la puerta y miraba hacia el pasillo. Al no ver a alguien a su alrededor, rápidamente se deslizó hasta un nicho cercano que exhibía un jarrón antiguo sobre un pedestal finamente tallado. Dejando el libro fuera de la vista detrás del jarrón donde podría recuperarlo más tarde, caminó de regreso hacia la fiesta. Los pensamientos sobre Bishop quedaron relegados al fondo de su mente mientras hacía todo lo posible para no parecer como si acabara de descubrir algo potencialmente sorprendente.

Capítulo Ocho

Después de salir de Wright House, Bishop dio un largo paseo dando vueltas alrededor de Mayfair en su camino de regreso a St. James, donde se encontraba el Bentley. Le llevó mucho más tiempo del debido sacarse de la cabeza a la atrevida señorita Cailleach Claybourne. Siguió viendo su mirada descarada, brillando de una manera que era a la vez clara y oscura, intensa y llena de profundidad. Y tenía razón acerca de que su olor impregnaba su ropa. El dulce y embriagador toque de las rosas no lo liberaría. Y tampoco lo haría el suave zumbido del deseo que parecía haber tomado un hogar permanente en su interior.

Cuando llegó al club, estaba casi desesperado por encontrar una distracción.

Afortunadamente, las actividades nocturnas del club estaban en pleno apogeo y la sala de juego estaba llena de clientes. Muchos miembros, reconoció Bishop. Algunos otros, no. Era la primera vez que paseaba entre las distintas mesas como invitado y no como miembro del personal del Bentley. Al igual que todo lo que había experimentado desde su regreso, la emoción y la energía de la sala de juego le resultaban familiares, pero diferentes.

En el pasado, cuando caminaba entre los caballeros de élite que componían la membresía, hombres de innegable riqueza y privilegios, había sido imposible no reconocer las diferencias de clase, origen, riqueza, historia, experiencia y tantas otras cosas. Cosas que lo separaban de esos hombres. Lo había aceptado como algo natural en ese momento. Eran lords y personajes de la nobleza, nacidos en una forma de vida que él no podía imaginar, mientras que él había nacido en los barrios marginales y se había criado en burdeles. Eran especies prácticamente diferentes.

Ahora... las diferencias entre ellos y él todavía eran claramente evidentes. Pero Bishop ya no podía ver por qué eso los mantenía tan separados. ¿Qué bien podría resultar de adherirse tan estrictamente a límites tan arbitrarios? ¿Cómo iban a compartir los hombres nuevas ideas y aprender unos de otros si solo se asociaban con personas de circunstancias similares que poseían las mismas ideologías y prioridades?

Si algo le habían enseñado sus viajes es que el mundo no tenía límites en cuanto a gente fascinante que conocer, cosas que aprender y lugares a los que ir. El mundo era demasiado amplio para limitarse a un solo nivel de la sociedad. La cultura de la humanidad debería consistir en unir a las personas para ampliar las experiencias y exponerse a cosas más allá del alcance original de la propia vida.

Si podía lograr, aunque fuera una pequeña expresión de ese ideal, Bishop sentía que sus experiencias en las calles de Londres, dentro de los muros del Bentley y en varios países podrían tener algún verdadero mérito. Y no podía esperar para empezar.

Aunque se acostó bastante tarde, un poco cansado y un poco más rico gracias a su habilidad en las mesas, se levantó temprano y con determinación.

Incluso antes de su regreso a Londres, había comenzado a mantener correspondencia con el señor Linus Clarke. Como abogado de Roderick durante muchos años, el Sr. Clarke había manejado una variedad de asuntos legales en nombre del club y no había un hombre en el que Bishop confiara más para abordar sus necesidades comerciales.

Ayer le había enviado una nota al hombre, informándole que estaba de regreso en la ciudad y que estaba ansioso por ver las propiedades que Clarke había buscado en nombre de Bishop. Habían quedado para ver tres ubicaciones potenciales esa tarde.

Las dos primeras propiedades no encajaban del todo con las necesidades específicas de

Bishop.

El último lugar, sin embargo… era sencillamente perfecto.

En el momento en que bajó del carruaje hasta el Strand y contempló el amplio edificio construido de ladrillo color crema con adornos blancos, tuvo una sensación. Originalmente construida como residencia personal, la mansión había pasado por varios cambios en las últimas décadas. Clarke explicó que había permanecido vacía durante años después de que sus residentes originales se mudaran a una propiedad más grande al este de la ciudad. Luego se convirtió para su uso como oficinas gubernamentales durante algunas décadas y luego como lugar de encuentro para el discurso político. Más recientemente, alguien había comenzado a darle forma al edificio como hotel, pero cesó sus esfuerzos a mitad de la reconstrucción.

Y así quedó. Medio viejo, medio nuevo. Algunas habitaciones conservaban elementos de la sofisticada elegancia de su diseño original, mientras que otras áreas habían sido destruidas y parcialmente reformadas con comodidades modernas y un estilo contemporáneo. A primera vista, la mayoría de los posibles compradores probablemente verían un edificio desastroso.

Pero Bishop vio todo lo que buscaba.

El salón principal era un escenario ideal para reuniones informales y conversaciones tranquilas. No habría necesidad de modificar las cocinas que el hotelero había ampliado y actualizado. El comedor ya era lo suficientemente grande como para ofrecer platos modernos a numerosos invitados. Aunque los distintos salones y estancias tendrían que ser rediseñados para albergar fiestas privadas u otros entretenimientos destacados, el elegante invernadero era perfecto para las mesas de juego. Había una larga galería en el piso de arriba adecuada para exhibir el trabajo de varios artistas y un salón de baile en el cual podría celebrar grandes eventos. Y solo haría falta un poco de trabajo para reformar las habitaciones del nivel superior y convertirlas en suites disponibles para estancias prolongadas.

Incluso la ubicación no podría ser más apropiada. La propiedad estaba rodeada de transformaciones similares a medida que el área había continuado experimentando un largo cambio de enfoque de residencial a algo… nuevo. En el barrio abundaban teatros, cafeterías, tabernas y hoteles. La zona también era conocida por sus numerosas editoriales e imprentas, sin mencionar el recién fundado King's College.

La energía y la diversidad de propósitos a lo largo del Strand entusiasmaron a Bishop como ninguna otra cosa podría haberlo hecho. Era exactamente lo que quería traer dentro de los muros de su club.

Aunque estuvo tentado de decirle a Clarke en ese momento que compraría el lugar, quería confirmar algunos detalles importantes antes de tomar una decisión final sobre la propiedad. Cuando dejó al Sr. Clarke con un apretón de manos y la promesa de contactarlo pronto, a Bishop le resultó difícil mantener una expresión neutral.

Su lugar iba a ser más que un club social o una casa de juego. Aunque tendría las comodidades típicamente asociadas con los clubes exclusivos de la aristocracia, estaría abierto a todos los que siguieran sus sencillas reglas de conducta. Sería un refugio cómodo donde los hombres podrían disfrutar de una conversación informal con sus compañeros, donde podrían relajarse entre amigos y conocer otros nuevos. Donde podrían discutir sus pasiones y ampliar sus perspectivas. Quería que su club atrajera tanto a académicos como a artistas y comerciantes. Un lugar para que se reunieran hombres que recorrían diferentes caminos en la vida. Fortaleciéndose a sí mismos y a los demás a través del discurso social.

Quería apoyar la idea de que las personas en realidad no eran tan diferentes entre sí. Ya fueran de diferentes nacionalidades, de diferentes estratos sociales o de diferentes tendencias

políticas, todos los seres humanos compartimos las mismas preocupaciones, pasiones, temores y esperanzas.

Quería crear un lugar donde las diferencias fueran superadas por los puntos en común.

Bishop estaba tan distraído por sus pensamientos y planes mientras conducía de regreso al Bentley que casi ni siquiera registró la visión de una familiar joven caminando rápidamente por la calle.

Y una vez que lo hizo, lo descartó inmediatamente.

No había absolutamente ninguna razón para que Cailleach Claybourne estuviera caminando *sola* por Covent Garden. Seguramente, era una mujer diferente, alta y delgada, usando un vestido color lila y cabello castaño cálido escondido debajo de un sombrero a la moda, caminando con esa manera segura y decidida.

Pero no podía apartar la mirada y, al segundo siguiente, cuando pasó en su carruaje, la dama en cuestión se giró lo suficiente como para que él pudiera vislumbrar su rostro. No había duda sobre esa boca ancha y esos ricos ojos color avellana.

«Maldito infierno».

Mientras golpeaba la pared del carruaje para indicarle al conductor que se detuviera, observó cómo la mujer entraba audazmente en una cafetería y desaparecía en el interior.

¿Qué diablos estaba haciendo ella aquí? De ninguna manera el conde le permitiría visitar una cafetería en Covent Garden sin una escolta.

Bishop ni siquiera esperó hasta que el carruaje se detuviera por completo antes de saltar a la acera y comenzar a caminar calle abajo a grandes zancadas.

Capítulo Nueve

La cafetería estaba débilmente iluminada y brumosa por el humo del tabaco. Al principio, todo lo que Bishop pudo distinguir fueron paredes con paneles oscuros y vagas figuras humanas dando vueltas. Aunque el establecimiento era de tamaño modesto, contaba con casi una docena de mesas apiñadas en la sala abierta que rodeaba una gran chimenea de piedra. Y cada mesa estaba repleta de clientes. Algunos sentados en silencio, inclinándose sobre sus tazas humeantes mientras murmuraban en voz baja. Otros, casi se gritaban unos a otros en su intento de ser escuchados en medio del constante ruido de conversaciones y ocasionales estallidos de risa que llenaban el espacio.

La mayoría de los cafés todavía no permitían mujeres y este no parecía ser una de las excepciones. No se veía ni un sombrero ni una enagua por ninguna parte del lugar. Pero no había quitado los ojos de Cailleach una vez que la vio en la calle, y estaba condenadamente seguro de que había entrado en ese lugar. Entonces, ¿dónde diablos estaba la jovencita?

¿Y por qué pensaría que este era un lugar adecuado para que lo visitara una muchacha?

Si bien las cafeterías eran lugares populares para que personas con intereses en común se reunieran y socializaran informalmente, también eran conocidos por ser caldos de cultivo para ideas rebeldes, complots políticos y actividades criminales. Cuanto más duro era el barrio, más rebelde y discordante podía ser la cafetería.

Y Covent Garden estaba muy lejos de la tranquilidad de Mayfair.

Una segunda profunda exploración de la habitación aún no revelaba señales del fino vestido púrpura de la dama, pero los ojos de Bishop finalmente se habían acostumbrado lo suficiente a la atmósfera oscura como para notar una hilera de reservados de madera de respaldo alto a lo largo de la pared del fondo. Las cabinas estaban sumidas en las sombras y desaparecían por el otro lado de la gran chimenea de piedra.

Mientras atravesaba la abarrotada sala del frente para observar más de cerca a los ocupantes de esas mesas, escuchó el suave trino de la risa femenina entretejiéndose suavemente a través del constante rollo de voces masculinas. La primera risa fue seguida rápidamente por otra un poco más baja y ronca pero no menos femenina. Fue un sonido que instantáneamente hizo que su estómago se contrajera y su sangre corriera más rápido.

Ella estaba aquí.

Allá. En la cabina privada de la esquina, completamente oculta a la vista de la puerta principal y de la mayor parte de la sala común.

Obligándose a adoptar una actitud mucho más informal de lo que su instinto le pedía, Bishop se acercó de una manera que le permitió echar un buen vistazo a los ocupantes de la mesa antes de que notaran su presencia.

De inmediato vio a Cailleach.

Se encontraba sentada en un extremo de la cabina semicircular con los antebrazos apoyados en la mesa y las manos alrededor de una taza de café. Su rostro estaba alejado ligeramente de él, pero por la curva de su mejilla se dio cuenta de que todavía estaba sonriendo ampliamente en respuesta a la conversación que involucraba a un grupo de cinco damas en total.

A su lado había una mujer mayor con una nariz ligeramente aguileña y evidentes mechones grises en su cabello oscuro. En el centro del grupo estaba sentada la oradora actual, una chica mucho más joven, quizás incluso más joven que Cailleach, con grandes ojos oscuros y

una cicatriz sutil pero visible que recorría el costado de su rostro, desde la sien hasta la barbilla. La cuarta mujer llevaba un sombrero con un velo que ocultaba su rostro, pero era obvio que poseía el tipo de gracia y refinamiento que no podía ser fingido. ¿Quizás otra dama que se aventuraba demasiado lejos de Mayfair? El último miembro de su grupo estaba incómodamente familiarizado con su audaz cabello rojo y sus labios aún más audaces y rojos.

#

Caillie se secó una lágrima del ojo mientras respiraba con dificultad.

Lucy tenía una manera de convertir los sucesos más mundanos en cuentos de hilaridad inesperada. La muchacha estaba tremendamente dotada.

La señora Flynn estaba inclinada hacia adelante para acariciar la mano de Lucy. En un tono sereno de suave consuelo, señaló, «al menos la paloma no sufrió daño, querida».

El comentario las hizo reír a todas. Pero la risa murió rápidamente de una manera extraña y antinatural. Mientras Caillie ponía atención a sus amigas, notó que ellas, con los ojos muy abiertos y tensos, a excepción de Marianne, que lucía una pequeña sonrisa secreta, miraban fijamente a un punto a cierta distancia por encima del hombro izquierdo de Caillie.

Con un sobresalto, se giró para mirar lo que había captado su atención y casi gritó de sorpresa cuando se encontró mirando el hermoso rostro de Bishop. Estaba de pie con un hombro apoyado contra el respaldo de la cabina y una sonrisa casi perezosa curvando sus deliciosos labios, pero había algo inquietante dando vueltas en su mirada marrón chocolate.

Maldita sea. ¿Por qué diablos estaba él aquí?

Forzando una sonrisa fácil, Caillie echó la barbilla hacia atrás para mirarlo más directamente mientras él se cernía sobre ella. «Señor Black, qué agradable sorpresa».

«¿No es así?», respondió casualmente antes de echar un vistazo a las demás en su grupo. «Hola, señoras», añadió con una breve inclinación de cabeza.

Aunque todas las amigas de Caillie murmuraron respuestas adecuadas, ella pudo ver que estaban un poco inseguras e innegablemente curiosas sobre de qué se trataba este encuentro.

Excepto Ruby, que miraba a Bishop con un brillo de picardía en los ojos y una pequeña sonrisa astuta. «Hola, Bishop. Ha pasado un tiempo, ¿no?».

Caillie casi se muerde el labio, divertida ante el sutil destello de incomodidad en la mirada de Bishop mientras miraba a Ruby.

Oh Dios, él no la recordaba.

Caillie estaba muy consciente de la frecuente confraternización de Bishop con las damas del ala oeste de la Sra. Beaumont, pero si recordaba correctamente, Ruby solo había estado en el club poco tiempo antes de que Bishop se fuera. Obviamente, tiempo suficiente para que él la hubiera visitado, pero quizás no lo suficiente como para que el suceso fuera memorable.

Preocupada de que Ruby pudiera resultar herida por el olvido de Bishop, miró a la mujer frente a ella. Pero ella no tenía de qué preocuparse. Ruby tomaba casi todo con el pragmatismo de un realista experimentado y lograba encontrar un toque de humor incluso en las situaciones más dolorosas. Era una de sus mayores fortalezas y Caillie la admiraba inmensamente por ello.

En ese momento, Ruby estaba apretando sus labios rojos en un puchero sugerente y sus ojos brillaban de diversión mientras esperaba la respuesta de Bishop.

Cuando el hombre se acercó a la exprostituta, ahora cortesana exclusiva de uno de los hombres más ricos de la ciudad, y tomó su mano para llevársela a los labios, Caillie se tensó a su pesar. No se perdió la sonrisa pícara que tocó su boca ni el rápido guiño que le dio a Ruby mientras susurraba en un tono que Caillie tuvo que esforzarse para escuchar.

«Demasiado, Ruby, mi joya».

Después de todo, la recordaba. Por alguna razón, el hecho provocó un angustioso nudo en el estómago de Caillie.

La sonrisa de la cortesana estaba llena de tranquila satisfacción cuando Bishop le soltó la mano y se enderezó. Luego lanzó una sonrisa carismática al resto de los ocupantes de la mesa. «Tengo curiosidad por saber qué propósito podría tener un grupo tan encantador en un establecimiento tan *inesperado*».

«Bordado», respondió Caillie con facilidad y firmeza con una sonrisa.

Él arqueó una ceja. «¿Bordado?».

«Sí», afirmó ella, dando una rápida mirada alrededor de la mesa, inspirando a las otras damas a buscar en sus regazos, bolsillos o retículas y sacar pequeños trozos de tela, hilo y bordados en distintos estados de finalización y habilidad. «Tenemos un círculo de costura».

Bishop miró alrededor de la mesa con una expresión marcadamente dudosa, pero no había mucho que pudiera decir al respecto cuando las damas le devolvieron la mirada, con una sonrisa curvando sus bocas.

«Bueno», dijo al grupo en su conjunto, «aunque lamento profundamente interrumpir su pequeña y laboriosa reunión...», Caillie apretó los dientes ante el tono desdeñoso de su voz, «me gustaría tener unas palabras en privado con la señorita Claybourne, si no les importa».

«Me parece que es mucho más importante si a la señorita Claybourne le importa o no», Caillie le sonrió a su cuñada, dejando que Elle expresara tal cosa con innegable elegancia y tranquila ferocidad a pesar de estar completamente cubierta por el velo.

Bishop arqueó una ceja ante la corrección de Elle, pero luego respondió reconociendo con un tirón de su cabello.

«¿Señorita Claybourne?», preguntó, con diversión curvando sus labios.

Levantándose con un suspiro dramático, colocó sobre la mesa su círculo de bordado que contenía un miserable intento de hacer un girasol. «Bueno, señor Black. Por aquí».

Se dirigió hacia el corto pasillo que conducía a las habitaciones privadas de la cafetería. Ella y sus amigas ocasionalmente hacían uso de las salas del fondo cuando sus charlas giraban en torno a temas más... delicados, por lo que estaba familiarizada con el lugar. Al entrar en la primera habitación pequeña, se detuvo solo unos pasos más allá del umbral antes de girarse para mirar al hombre detrás de ella con una sonrisa demasiado agradable.

«Te preguntaría qué quieres decirme, pero creo que ya lo sé».

Su suspiro fue áspero y profundo. Sacudiendo la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó el hombro contra el marco de la puerta. La postura era engañosamente casual y al mismo tiempo le impedía una salida fácil. Cuando habló, su tono estaba mezclado con desaprobación. «¿Qué diablos estás haciendo aquí?».

«Bordando», ella inclinó la cabeza. «¿Ya hemos pasado por eso?».

«¿Por qué *aquí*?».

«Mis amigas y yo disfrutamos del café. Y resulta que esto es una cafetería».

«Una cafetería en *Covent Garden*».

Caillie abrió mucho los ojos y exclamó. «¡Oh! ¿Es ahí donde estamos?».

Él se quedó extrañamente quieto, mirándola mientras respiraba larga y profundamente.

Caillie no dijo nada, esperando pacientemente para ver si tenía intención de sermonearla o si finalmente se había dado cuenta de que tal cosa sería completamente inútil.

Pero entonces, algo parpadeó en sus ojos... como una vela que cobra vida en la oscuridad.

Casi en contra de su voluntad, su mirada dejó la de ella para enviar un rápido vistazo sobre su persona. Se fijó en ciertos detalles de su figura con repentino y agudo interés, antes de

que pareciera darse cuenta. Sacudiendo bruscamente la cabeza, volvió a mirarla intensamente.

Pero el daño ya estaba hecho.

Su cuerpo estaba en llamas. Su vientre se agitó y su corazón se aceleró.

«Estás coqueteando con los problemas», dijo él en voz baja. «No perteneces a un lugar como este».

Ella puso los ojos en blanco y levantó las manos. «¿A dónde pertenezco entonces? ¿Encaramada sobre una almohada en una pequeña y tranquila sala de estar donde pueda dedicarme a esas delicadas actividades que alguien decidió hace mucho tiempo que eran los únicos pasatiempos apropiados para las jóvenes?». Caminando hacia él, continuó. «Bueno, resulta que me gustan los lugares ruidosos y bulliciosos donde la gente habla demasiado alto y se ríe con todo el estómago. Quiero hablar de temas como política y geología y quizás hacer una apuesta sobre quién ganará el reto diario de fuerzas entre Frankie y Georgie».

Las cejas de Bishop se arquearon ante eso, pero permaneció en silencio y, por un momento, sintió como si la estuviera escuchando.

«No soy una chica que necesita supervisión ni protección constantes. ¿Es tan difícil imaginar que yo quisiera recibir el mismo respeto y confianza que los hombres dan por sentado?».

Sus cejas se fruncieron. «Esto es diferente».

«¿Pero lo es?», Caillie continuó desafiándolo. «Todo lo que estoy haciendo es tomar un café con unas amigas. Difícilmente es algo digno de preocupación».

Él sacudió su cabeza. «Si estuvieras en Mayfair, tal vez. Pero Covent Garden puede ser un lugar peligroso. Está plagado de ladrones y cosas peores que fácilmente se aprovecharían de una joven ingenua».

Caillie tuvo que reírse. «Lo siento, pero no creo que nunca haya sido ingenua. Ni siquiera cuando *era* una niñita».

No estaba segura de si era su diversión lo que lo irritaba más o su negativa a prestar atención a su advertencia, pero algo cambió en él. Sus ojos se entrecerraron mientras se alejaba del marco de la puerta y se dirigía hacia ella. Había tensión en su cuerpo y frustración en la presión de su boca.

Ella podía entenderlo. Ella también se sentía frustrada y se negó a dar un paso atrás cuando él se acercó.

«¿No eres ingenua?». Su voz era baja y pesada mientras su atención recorría su rostro antes de posarse pesadamente en sus labios. «Entonces, ¿cómo diablos logré ponerte las manos encima? Dos veces».

Caillie abrió los labios al inhalar suavemente. «Así que, *recuerdas* ese beso en las escaleras», susurró.

Su mirada oscura se levantó rápidamente para encontrarse con la de ella. «Por supuesto que lo recuerdo». Dio otro paso más cerca. «Ni siquiera intentaste detenerme».

Un estremecimiento la recorrió, haciendo que sus nervios hormiguearan con fuego. Parecía que no podía decidir dónde quería mirar más. Es una mirada oscura y penetrante. Y sus labios estaban perfectamente arqueados.

Ella también tenía otra elección que tomar.

¿Desviaría la conversación para proteger a esa chica vulnerable que alguna vez se creyó enamorada de él? ¿O ser audaz y honesta?

«Ahora, ¿quién está siendo ingenuo?», preguntó suavemente mientras sacudía la cabeza con una sonrisa arrepentida. «¿Nunca se te ocurrió que no quise que te detuvieras?».

Un sonido oscuro pareció quedar atrapado en algún lugar de su pecho. Sus ojos volvieron a bajar a su boca y levantó las manos brevemente, como si tuviera la intención de alcanzarla y abrazarla... o tal vez obligarla a alejarse. En ese momento, todo su ser se sintió suspendido. Jadeante. Anticipando. Pero se detuvo para no hacer ninguna de las dos cosas, apretando los puños mientras los bajaba a los costados.

Caillie apretó los dientes. Un escalofrío de pérdida la recorrió.

Luego sacudió lentamente la cabeza y dio un paso atrás. Una sonrisa sutilmente sardónica curvó sus labios. «Y eso prueba mi punto», murmuró. «Si supieras algo del mundo, mis besos serían lo último que querrías».

Ella le devolvió la mirada desafiante. «No te atrevas a decirme lo que quiero».

Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una sonrisa irreverente, pero su mirada era oscura e intimidante. Dando un paso atrás, murmuró, «vuelve a tu círculo de costura, cariño».

Las palabras fácilmente podrían haber sonado desdeñosas y beligerantes, pero Caillie escuchó algo más en su tono estratificado. Algo que no tenía ningún sentido.

Y luego él se marchó.

#

Aunque salió de la cafetería, Bishop solo llegó tan lejos como una entrada libre oculta en un callejón sombreado desde donde podía vigilar la salida para asegurarse de que Cailleach saliera a salvo. Ella afirmaba que no necesitaba protección, pero la obtendría de todos modos. Había demasiados peligros acechando y nunca se perdonaría a sí mismo si sucediera algo que podría haber evitado.

Algo así como besarla de nuevo.

Apretó los puños.

Maldita sea, ¿qué tenía ella que lo empujaba tan cerca del maldito límite?

Todo. Era todo sobre ella. Su fuerza y descaro. La llama de la rebelión en su mirada fija y la confianza descarada en su sonrisa. Absolutamente todo en Cailleach Claybourne encendía su sangre.

Maldita sea. Tenía que controlarse mejor. Si realmente creía que se había convertido en un hombre diferente en sus años de ausencia, así era como debía demostrárselo a sí mismo. Si pudiera resistir su deseo por Cailleach Claybourne, seguramente podría lograr cualquier cosa.

Pasaron casi dos horas antes de que ella saliera del edificio en compañía de sus amigas. Ruby se fue primero, despidiéndose rápidamente antes de partir en un carruaje elegante con caballos a juego. El resto del grupo caminó por la calle, como si no tuvieran prisa por abandonar la compañía de las demás. Cailleach y la mujer con velo caminaban juntas con los brazos entrelazados mientras las otras dos las seguían un par de pasos detrás, todavía enfrascadas en una conversación aparentemente intensa. Ninguna de las mujeres pareció darse cuenta de que un hombre salió de la cafetería inmediatamente después de ellas, siguiéndolas de cerca. Un hombre muy alto y obscenamente musculoso.

Bishop no dudó. Salió del callejón en sombras apresuradamente. Su estómago se apretó cuando otro hombre, no tan corpulento como el primero, pero más sigiloso, simplemente se materializó junto a las mujeres, que continuaron paseando por la calle, totalmente inconscientes de la amenaza invasora. Medio segundo después, otro tipo salió de un callejón delante de ellas, igualando su ritmo.

El pánico se apoderó de él. Su paso devorador de tierra se convirtió en una carrera a toda velocidad mientras se lanzaba hacia adelante, con la intención de alcanzarlas antes de que estos hombres pudieran tomar más acción.

Bishop todavía estaba a cierta distancia cuando todo el grupo se detuvo. Ya eran cuatro hombres que esencialmente rodeaban al grupo de mujeres y que también se detuvieron. Pero no hicieron ningún movimiento para atacar. De hecho, sus miradas estaban dirigidas hacia afuera. Uno de ellos dirigió una mirada penetrante e intimidante en dirección a Bishop.

Este se dio cuenta de su error en un instante y se detuvo bruscamente.

Y luego la mujer con el velo se levantó la mascarilla para inclinarse hacia Cailleach mientras intercambiaban un rápido abrazo.

Era la esposa de Max Owen y cuñada de Cailleach y Roderick.

Mierda.

Después de abrazar a las otras mujeres, Cailleach se giró para subir a un carruaje que aparentemente la había estado esperando. La más joven de las otras damas subió detrás de ella. Mientras se alejaban, los cuatro hombres escoltaron a la esposa de Owen y a la mujer mayor hasta otro vehículo más grande.

Todo el tiempo habían estado bajo la atenta vigilancia de los hombres de Owen. Eso explicaba el uso de su velo. Sin duda Owen tenía numerosos enemigos en todo Londres. Personas a las que les encantaría vengarse cometiendo algún crimen contra su amada esposa.

Bishop se dirigió a su propio vehículo. Aunque le molestó que ella no le dijera simplemente que estaba bien protegida, tuvo que admitir de mala gana que tal vez Cailleach no era tan imprudente o ingenua como había supuesto.

Y la posibilidad de *eso* lo aterrorizó.

Capítulo Diez

A Caillie le encantaba una buena fiesta y se esperaba que la pequeña velada de esta noche fuera exactamente eso.

Organizada por el Sr. Marcus Lowth, hermano menor del vizconde Tindall, la reunión probablemente incluiría invitados del lado más escandaloso de la alta sociedad, así como de la vida bohemia. El Sr. Lowth era miembro del club Bentley desde hacía mucho tiempo y, aunque Caillie nunca había sido presentada directamente al hombre, había escuchado cosas aquí y allá para determinar que era un tipo muy querido con un fuerte gusto por el lado más salvaje de la vida.

Si tuviera la oportunidad, Caillie sospechaba que los dos probablemente se llevarían estupendamente. Esta noche, sin embargo, había otro hombre con quien tenía intención de encontrarse.

Llegó a la casa de Lowth al momento de ver la fiesta en pleno apogeo. La luz brillaba desde casi todas las ventanas de la casa y el sonido de la música y las voces superpuestas levantadas en juerga la encontraron en el momento en que se abrió la puerta.

Un beneficio adicional a la naturaleza poco respetable de la reunión fue que a nadie parecía preocuparle en lo más mínimo que ella hubiera llegado sin escolta. Ni el mayordomo que la dejó entrar ni el lacayo que le quitó la capa ni ninguno de los otros invitados con los que pasó mientras seguía los sonidos de la juerga por la escalera abierta hasta el segundo piso. Ni una sola persona la miró con ojos de desaprobación o juicio silencioso. Y ciertamente nadie intentó sermonearla sobre lo impropio de su presencia en la fiesta de un conocido libertino mucho después de medianoche sin un acompañante de ningún tipo.

Era… liberador.

Aunque Caillie había recibido una adecuada presentación social a los dieciocho años, siempre se había esperado que incluso con el pleno y firme apoyo del conde de Wright, habría una serie de personas en la sociedad educada que nunca aceptarían a Cailleach Claybourne debido a su condición ilegítima de nacimiento. Ella había aceptado fácilmente ese hecho ineludible y, a pesar de ello, había disfrutado de una vida social plena. Todavía había muchas puertas abiertas para ella y había hecho innumerables amistades entre la alta sociedad y también algunos buenos amigos.

Pero a lo largo de los años, mientras asistía a un sinfín de eventos sociales con Colin y Worthy o Roderick y Emma o incluso las hermanas de Emma, que ocasionalmente actuaban como acompañantes, Caillie había llegado a la conclusión de que la alta sociedad no era necesariamente el lugar donde ella pertenecía. Con demasiada frecuencia, había sentido que se ponía una máscara para desempeñar un determinado papel cuando estaba rodeada de la alta sociedad. La sutil mascarada iba en contra de todas las inclinaciones naturales que poseía.

Sin embargo, dentro de los primeros tres minutos después de cruzar la puerta principal de Lowth, Caillie se encontró relajando su paso social tranquilo y adoptando un andar más informal. También permitió que una sonrisa más honesta ensanchara sus labios mientras continuaba por un pasillo del nivel superior hacia un conjunto de puertas dobles que se abrían de par en par al brillo y la energía de la fiesta interior.

La gran sala, obviamente destinada a ser utilizada como salón, estaba ligeramente iluminada por el suave y parpadeante resplandor de las velas de un impresionante candelabro que

solo había sido parcialmente iluminado. La elección intencionada daba al espacio algo amplio una sensación más íntima. Los sofás, las sillas y las pequeñas mesas auxiliares, que normalmente estaban dispuestas por toda la habitación en forma de facilitar la conversación, habían sido empujadas hacia afuera para alinearlas con las paredes. Obviamente, para dejar espacio al escenario elevado que se había colocado en el centro de la sala. En el escenario actuaba un pequeño grupo de acróbatas y contorsionistas. Caillie había visto una actuación similar en una feria una vez, pero el espectáculo de esta noche era significativamente diferente en el sentido de que tanto los artistas masculinos como femeninos estaban vestidos con poco más que taparrabos y fajines y sus movimientos eran profunda e innegablemente sensuales.

Era imposible no hacer una pausa y observar la forma casi onírica en que se posicionaban uno alrededor del otro en una danza saturada de una especie de fuerza física primitiva. Era simplemente hermoso observar la fuerza, la gracia y la confianza absoluta que se requería de cada miembro del grupo. Y Caillie no fue la única invitada que se acercó sigilosamente al escenario para ver la increíble actuación.

Caillie notó con una oleada de alegría que había un equilibrio igualitario de hombres y mujeres presentes. Hombres y mujeres de todo tipo. Caillie reconoció a varios miembros de la alta sociedad: condes y marqueses, vizcondesas e incluso una duquesa. Pero no tenían el mismo aspecto que cuando estaban en la sociedad londinense. No hubo sonrisas rígidas ni posturas forzadas. Las corbatas estaban aflojadas, las inhibiciones aún más livianas y una sensación general de tranquilidad y alegría llenaba el aire. Sin duda, animada por un generoso chorro de champán y licores.

Un flujo en el que Caillie participó con entusiasmo mientras un lacayo pasaba con una bandeja de copas.

Le hubiera encantado ver más artistas sensuales, pero había venido aquí con un propósito específico y solo podía permitirse el lujo de estar fuera de casa por un tiempo limitado. Neda haría todo lo posible para evitar cualquier posibilidad de que descubrieran la ausencia de Caillie, pero tendría que estar en casa antes del amanecer y solo faltaban unas horas para ello.

Bebiendo libremente del vino espumoso que adoraba, deambuló entre la multitud cambiante. Sonriendo o asintiendo con la cabeza a aquellos que reconocían su presencia de la misma manera agradable, escaneó la habitación en busca de su objetivo. Unas cuantas averiguaciones discretas pero eficaces le habían asegurado que el hombre que buscaba asistiría a esa fiesta esa noche.

Justo cuando su impaciencia y ansiedad comenzaron a aumentar, su atención se dirigió hacia un rincón más alejado de la habitación donde se abrió una puerta para permitir la entrada de una hermosa mujer con una figura llena y saltarina. Tenía las mejillas sonrojadas y una sonrisa bastante satisfecha curvó sus labios mientras intentaba desesperadamente enderezar un corpiño muy torcido y al mismo tiempo intentaba recoger algunos rizos sueltos en un peinado disperso. La dama tímidamente miró hacia atrás para lanzarle un rápido beso por encima del hombro antes de correr hacia adelante para mezclarse con la multitud.

Un momento después, otro invitado entró por la misma puerta.

El hombre que Caillie había estado buscando.

Se le cortó el aliento en una inhalación rápida y repentina y se encontró incapaz de apartar la mirada cuando el joven caballero alto y de hombros anchos entró tranquilamente en la habitación. Casualmente se pasó la mano por la boca antes de darle un fuerte tirón a su impecable abrigo de noche. Un destello de maldad brilló en su mirada y una irónica diversión torció su boca.

El Honorable Sr. Reginald Vane, heredero de un vizconde y la mitad de un par de hermanos conocidos en la ciudad como los Villanos Vanes, también llamados a menudo Los *Deshonrosos*. Este era un libertino sin conciencia sin comparación. Y el otro, una figura melancólica de la que se rumoraba era propensa a estallidos de ira y violencia.

Caillie solo había vislumbrado distantemente a los Villanos Vanes desde su debut, considerando que ciertamente no se movían en círculos apropiados para mujeres jóvenes, pero su reputación la había fascinado durante años.

Aunque sabía que su curiosidad probablemente era bastante obvia, Caillie no se atrevió a apartar la mirada mientras Vane tomaba un vaso de whisky abandonado de una mesa auxiliar y lentamente se abría paso entre la multitud. Estudió la línea de su mandíbula, la sutil sombra de un hoyuelo en su barbilla, no muy diferente a la de Colin, su nariz fuerte y recta y el vívido brillo azul de sus ojos.

Era innegablemente guapo. Alto, musculoso y rubio. Un verdadero Adonis.

Y su hermano.

En ese momento exacto, mientras su cerebro intentaba desesperadamente ordenar la infinidad de pensamientos y sentimientos que inundaban su sistema, el Sr. Reginald Vane miró en su dirección.

Estaba claro que pretendía ser una mirada pasajera. Escudriñó casi con desdén la habitación, centrándose en Caillie solo por un breve momento, antes de alejarse nuevamente. Pero luego pareció hacer una pausa. El momento fue sutil, pero Caillie lo captó. Sin duda porque estaba mirando fijamente y se quedó congelada en el lugar, con los nervios a flor de piel, mientras su mirada volvía a posarse más directamente en ella.

Hubo una fugaz caída de tensión entre sus cejas antes de que desapareciera y sus rasgos perfectos se entrelazaran en una especie de sonrisa secreta que solo podía considerarse pícara… o traviesa… o francamente diabólica. O tal vez aún no se había inventado la palabra adecuada, ya que parecía algo único.

El Villano Vane luego se giró y caminó directamente hacia ella.

Caillie sonrió. A ella ya le agradaba. No había ningún tipo de rodeo en él. Sin subterfugios ni juegos. El hombre había decidido que quería hablar con ella y ahí venía. En el camino, bebió el resto del whisky de su vaso y lo cambió por dos copas de champán que le ofreció un lacayo que pasaba.

Cuando se acercó, Caillie tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Era innegablemente el más alto de sus hermanos, pero su constitución era más similar a la de Roderick o Max, fuertemente musculosa pero esbelta… a diferencia de la constitución más delgada de Colin o la constitución más corpulenta de Beynon. Sus ojos azules eran de un tono similar a los de Roderick y Colin, pero tenían una peculiar dureza, un extraño tono mordaz, que era todo suyo. Y su sonrisa, un destello de dientes uniformes y una ligera arruga en las comisuras de sus ojos, también era único.

Caillie comprendió por qué el hombre era considerado uno de los libertinos más devastadores y consumados de la ciudad. Aparte de su obvia belleza, había un aire de confianza despreocupada que sugería fuertemente que no era alguien que siguiera las reglas... especialmente si obstaculizaban un buen momento.

Y si había algo que Caillie podía apreciar era romper las reglas.

Una sonrisa de excitación nerviosa amplió sus labios y habló antes de que él se detuviera por completo ante ella. «Buenas noches, señor Vane. Esperaba tener la oportunidad de hablar con usted esta noche».

Su frente se arqueó ante su entusiasta saludo, pero no perdió el ritmo y respondió, «estoy muy feliz de poder atenderla. ¿Champán?», preguntó, ofreciéndole una de las copas.

Caillie miró la flauta vacía que tenía en la mano con un parpadeo de sorpresa y luego la dejó en una mesa cercana antes de tomar una llena que él le ofreció. Mostrándole una brillante sonrisa, ella dijo, «gracias, señor. Ni siquiera me di cuenta de que mi primera había terminado tan rápido».

«Me temo que así es el champán», dijo con un atisbo de sonrisa. «Yo culpo a las burbujas».

«Pequeñas cosas tortuosas», coincidió Caillie mientras tomaba un sorbo.

«Obviamente, usted ya sabe quién soy», señaló suavemente, mirándola con una ligera inclinación de la cabeza. «Pero no puedo decir que recuerde una presentación de usted».

«Oh, porque no ha habido una», respondió Caillie rápidamente mientras extendía su mano. «Señorita Cailleach Claybourne».

Él tomó su mano y realizó una reverencia exagerada pero cortés. «Un placer, señorita Claybourne». Soltando su mano mientras se enderezaba, preguntó con curiosidad casual. «¿Escocesa?».

«Sí», dijo Caillie con otra sonrisa. «¿Cómo lo supo?».

Él sonrió con fácil encanto. «El acento. Es sutil pero innegable».

Caillie reconoció su aceptación de la respuesta. Nunca había logrado suavizar su acento por completo y, sinceramente, no había querido hacerlo. «Provengo de Dumfriesshire, aunque en los últimos años he estado en Inglaterra la mayor parte del tiempo».

«Extraña su hogar», señaló él astutamente.

«Sí», respondió ella, algo sorprendida y, sin embargo, para nada en lo fácil que era ser abierta con él.

«Entonces, ¿qué la mantiene aquí?».

Los músculos de la columna de Caillie se tensaron. Acababa de presentar la oportunidad perfecta para poner a prueba el conocimiento de sus propios orígenes.

Después de leer el volumen extraviado de la colección de diarios de su padre, había determinado fácilmente la identidad de la dama a la que había elegido para engendrar a otro de sus bastardos. Una joven que en ese momento estaba comprometida con el vizconde Withersfield. Cuando la joven informó al prior conde de Wright sobre su delicada condición solo unos días antes de casarse, el conde, como era de esperar, la rechazó. El matrimonio se llevó a cabo y Withersfield nunca supo de la traición de su novia y se creyó el padre natural de su heredero o lo sabía y decidió reclamar al niño como suyo de todos modos.

Desafortunadamente, ninguna posibilidad garantizaba que el propio niño supiera algo de aquellas circunstancias lejanas. Lo que significaba que el hombre que tenía delante podía no tener la menor idea de que el vizconde de Withersfield no era su padre. Y, obviamente, en ese caso, se sorprendería mucho al descubrir que tenía varios medios hermanos.

En el mejor de los casos, Caillie esperaba determinar sutilmente cuánto podría saber él para no sorprenderlo o insultarlo involuntariamente, arruinando cualquier oportunidad futura de conocerlo.

Mirándolo ahora mientras él la observaba con curiosidad, esperando su respuesta, Caillie ya sentía un parentesco con él.

Y ella realmente no quería estropear esto.

Al encontrar su mirada, ella sonrió levemente y respondió. «La familia. El conde de Wright es mi hermano», dijo con cautela. «Un hecho que él solo descubrió hace unos doce

años».

Observó atentamente el rostro de Vane mientras hablaba y cuando mencionó a Colin y cuando reconoció su relación, buscando cualquier indicio de que él fuera consciente de su propia conexión con la familia Wright. Y con ella.

Seguramente había oído los rumores del escándalo que se había extendido por Londres cuando Colin empezó a reconocer a los niños que habían resultado de las acciones deshonrosas del anterior conde.

Por otra parte, Reginald Vane habría sido un muchacho de solo quince años en ese momento y probablemente habría estado en la escuela. Quizá no estaba al tanto del escándalo. Al observar su reacción, sospechó que él no sabía absolutamente nada de su conexión con el Conde de Wright... y con ella misma, por extensión.

La comprensión la golpeó con bastante fuerza en el pecho. Parecería que ella hubiera esperado que él reconociera su conexión de inmediato y reaccionara con el tipo de alegría que ella había experimentado ante la revelación.

En cambio, esta situación iba a ser un desafío mucho mayor de lo que había previsto. Si él no tenía idea de la verdad de su nacimiento, ella ciertamente no podría advertírselo aquí y ahora. Las repercusiones fueron demasiado significativas e involucraban a más que solo ellos dos.

No hubo un destello de reconocimiento o incluso curiosidad en sus ojos cuando asintió a su respuesta. «No conozco a lord Wright, pero he oído que es un noble, lo que me lleva directamente a mi siguiente pregunta. ¿Qué diablos está haciendo la hermana menor del ilustre conde de Wright en una fiesta como esta?».

Sus palabras hicieron que Caillie mirara alrededor de la habitación y no pudo evitar notar que los juerguistas se habían vuelto significativamente más... desinhibidos en el tiempo desde que había comenzado a hablar con el Sr. Vane. Las risas se habían hecho más fuertes. Algunas corbatas habían sido descartadas por completo. Algunas damas se apoyaban bastante en sus acompañantes, mientras que otras coqueteaban abiertamente con varios caballeros a la vez. Una joven condesa permanecía muy elegante con un vaso de whisky en una mano y un cigarro en la otra mientras deleitaba a una pequeña multitud con una historia aparentemente fascinante. Y parecía como si los contorsionistas hubieran descartado por completo sus escasas coberturas corporales.

Volviendo a mirar al dorado Adonis, otro hermano mayor que tal vez no sabía que era su hermana pero que de alguna manera logró cuestionar sus decisiones al igual que las de los demás, ella le dio una sonrisa descarada y se encogió de hombros casualmente. «¿Me creería si le dijera que confundí la dirección con la de otra invitación?».

Él se rió entre dientes. «Ni por un segundo». Luego sus ojos azules brillaron y bajó la cabeza hacia ella para decir en voz más baja, «¿olvida que dijo que esperaba hablar conmigo?».

Caillie hizo todo lo posible por ocultar el temblor en su interior. Lo había olvidado. Obviamente, por un momento su emoción había anulado su sentido común.

Abriendo la boca para responder a pesar de que no tenía la menor idea de lo que diría para explicar ese desafortunado desliz, su mirada se deslizó por la habitación en busca de cualquier cosa que pudiera inspirar una respuesta plausible.

En cambio, cuando su mirada pasó junto a un grupo de personas que se encontraban cerca del escenario, vislumbró por primera vez a una mujer despampanante vestida con un vibrante vestido azul pavo real. Su cabello rubio pálido iba peinado con rizos brillantes que caían sobre su pecho impresionante y significativamente expuesto. Caillie alguna vez había codiciado un pecho

como ese, antes de aprender a aceptar su forma mucho más modestamente curvada. La belleza mostraba una sonrisa sensual mientras se giraba para mirar al hombre detrás de ella.

Siguiendo la mirada de la dama, Caillie casi se ahoga con el siguiente aliento.

Era la boca de Bishop la que se cernía tan cerca de la oreja de la dama. Su mirada oscura y marrón la miraba fijamente. Su mano en su curvilínea cintura.

El estómago de Caillie se revolvió de celos mientras lo veía murmurar algo obviamente lascivo a su compañera. Cuando soltó una risa gozosa y seductora que Caillie pudo oír incluso desde el otro lado de la habitación, Bishop esbozó una sonrisa de profunda satisfacción antes de que sus ojos se alzaran con un parpadeo descuidado.

Caillie se dio la vuelta, un chillido de sorpresa escapó de sus labios mientras daba un rápido paso lateral en un esfuerzo por poner a Vane en el camino de la mirada de Bishop.

Él no la había visto. Seguramente. Y si pensara que podría haberla vislumbrado, entre tanta multitud y a tal distancia, asumiría que estaba equivocado, ¿no? Nunca hubiera creído que Cailleach Claybourne estuviera presente en una fiesta como esta.

«¿Ya he perdido su interés, señorita Claybourne?».

Con un parpadeo, Caillie miró a su hermano recién conocido que no tenía idea de su asociación. A pesar de sus palabras, no había ofensa en su mirada, solo diversión.

Con una rápida sonrisa, decidió ser honesta. «Acabo de ver a alguien a quien me gustaría evitar».

Vane asintió. «Estoy familiarizado con la experiencia. ¿Puedo ayudar para sacarla de aquí? Conozco algunas rutas que podrían permitir una retirada rápida».

La oferta podría haberse hecho con intenciones lascivas. Después de todo, Vane era un libertino notorio. No tenía idea de que ella era su hermana y ella había dejado muy claro su interés en él. Pero Caillie decidió creer que su oferta era de naturaleza más humanitaria.

Sacudiendo la cabeza, extendió la mano para acariciarle el antebrazo. «No, aunque aprecio su oferta. Simplemente me alejaré. Quizá tengamos la oportunidad de hablar más en otro momento».

Antes de que pudiera responder, Caillie apuró lo último de su champán y le entregó la copa vacía. Echando un vistazo rápido más allá de sus anchos hombros, notó que Bishop ya no estaba cerca de la mesa de whist. Tampoco su hermosa amiga.

Una punzada de celos le retorció el estómago. Tendría que lidiar con esa pequeña y frustrante emoción más tarde.

Con una rápida sonrisa a Vane, comenzó a abrirse paso entre la multitud hacia las puertas dobles abiertas. La desafortunada presencia de Bishop significaba que la noche terminaría mucho antes de lo que había previsto. Incluso sin querer, el hombre lograba interferir en sus actividades. Apenas había logrado aprender algo relevante sobre su hermano, aparte de que él no parecía ser consciente de su propia ilegitimidad o de su conexión con el conde de Wright.

Una rápida mirada hacia atrás reveló que su libertino hermano ya se había comprometido con otra encantadora dama. Caillie arqueó los labios divertida. Estaba demostrando ser muy parecido a sus otros hermanos, ninguno de los cuales hacía nada a medias.

Aunque su atención se desvió sólo por un momento, resultó ser un error vital ya que de repente se encontró atrapada en medio de una multitud cada vez más espesa que se estaba reuniendo con bastante entusiasmo alrededor del escenario improvisado. La gente a su alrededor se empujaba y presionaba para acercarse a los artistas, llevándose a Caillie entre ellos. Intensamente curiosa por saber qué había provocado tanta emoción, estiró el cuello para ver qué estaba pasando.

Pero justo cuando vislumbró cuerpos desnudos retorciéndose y girando unos sobre otros, un brazo muy fuerte rodeó su cintura y la hizo girar hasta que estuvo de espaldas a los artistas y su frente se presionó cálidamente contra el duro pecho de Bishop.

Ella inclinó la cabeza para encontrarse con su intensa mirada ilegible y su vientre estalló en aleteos. Su aliento salió rápidamente de entre sus labios entreabiertos, haciendo que sus pechos subieran y bajaran contra su abrigo de terciopelo. Aunque se quedaron encerrados en un abrazo repentino, la multitud que los rodeaba se entusiasmó más al disfrutar del espectáculo, silbando y gritando su aliento. Bishop, sin embargo, permaneció quieto y en silencio, con la mirada fija ferozmente en su rostro.

Cuando ella intentó liberarse de su abrazo, aunque solo fuera para mirar lo que todos claramente estaban disfrutando, él la rodeó con más fuerza con sus brazos.

«No mires, Cailleach». Su voz era baja, nada más que un cálido susurro.

Roderick era la única persona que la llamaba regularmente por su nombre completo y ella siempre había apreciado que a él le gustara ir contra la corriente. Pero la forma en que Bishop lo dijo... en su sutil y texturizado cockney... se sintió extrañamente íntima. Casi como un cariño.

Le tomó un momento luchar para superar el repentino calor que infundía su cuerpo para responder a sus palabras. «¿Sigues pensando que puedes decirme qué hacer?».

Aunque sus palabras fueron desafiantes, salieron demasiado sin aliento. Y en lugar de lanzarle una mirada de desaprobación y frustración, Bishop sonrió. Sus labios sensuales se curvaron lentamente hacia arriba antes de tomar una manera diabólica. Luego asintió superficialmente y su voz se escuchó áspera, aunque su sonrisa permaneció en su lugar. «Date la vuelta entonces. Si lo crees necesario».

Claramente era un desafío. Y Caillie rara vez podía resistir desafíos tan descarados.

Sus brazos se aflojaron solo ligeramente donde estaban doblados alrededor de su cintura. Lo suficiente como para permitirle un poco de movimiento dentro de su círculo, pero no lo suficiente como para alejarse de él por completo. Entonces se dio cuenta de que tenía las manos firmemente envueltas alrededor de sus bíceps, lo que le permitía sentir el músculo tenso y curvo debajo de las capas de ropa.

Ella no soltó su agarre.

Y de repente ella no quiso darse la vuelta. Mantener los ojos fijamente en la mirada oscura de Bishop parecía mucho más intrigante y emocionante que cualquier cosa que pudiera estar ocurriendo en el escenario detrás de ella. Y aunque tenía una vista clara si así lo deseaba, nunca desvió su atención de su rostro.

Ella levantó la barbilla. «¿Vas a preguntarme por qué estoy aquí o insistirás en que me vaya?».

Su sonrisa malvada desapareció cuando los músculos de su mandíbula se apretaron y relajaron. «Debería hacerlo».

«Pero no tienes por qué hacerlo», respondió ella rápidamente.

Respiró hondo y lo soltó.

Debería haberse sentido extraño entablar una conversación así mientras estaba de pie dentro del estrecho círculo de sus brazos en medio de una multitud de juerguistas mientras algo indudablemente lascivo ocurría justo detrás de ella.

Pero no le pareció extraño.

«¿Me soltarás?».

Una pausa y otro apretón de mandíbula. Su atención se centró en sus labios y su respuesta fue brusca y pesada. «¿Quieres que te suelte?».

«No».

Su mirada volvió a la de ella ante su respuesta sin vacilar. «Entonces, ¿dónde nos deja eso?».

Caillie no lo sabía.

Inclinando la cabeza, deslizó una silenciosa mirada evaluadora sobre su rostro, notando el pliegue apenas perceptible en su frente, la dura tensión de su mandíbula, las líneas plenas y generosas de su boca y la intensa firmeza de su mirada, que parecía atravesar directamente hasta su centro.

Todo su ser se sintió atrapado por esa mirada. Poseído. Sostenido con tanta fuerza como sus brazos alrededor de su forma física. Y lo más extraño de todo era que no tenía ningún deseo de escapar. Ningún deseo de que la soltara y ocuparse de ella misma. En cambio, experimentó una ráfaga de calor. Escalofríos interminables. Una deliciosa torsión y una rectitud que se derretía cuando algo extraño y brillante se filtró a través de ella, comenzando en su coronilla invadiendo todo su ser, hasta las puntas de las manos y los pies.

«Creo que eso depende», respondió ella finalmente en un murmullo bajo.

«¿De qué?».

«De lo que suceda después».

Capítulo Once

El corazón de Bishop latía con fuerza contra sus costillas.

Apenas había logrado respirar profundamente desde el momento en que la vio al otro lado de la habitación. Su forma elegante envuelta en brillante seda color burdeos. Diamantes brillando alrededor de su cuello y un toque de pura picardía en las comisuras de su boca.

Su respuesta inicial había sido de alarma.

Las fiestas de Marcus no eran para personas sumisas. Por eso, él estaba allí. Necesitaba algún tipo de recordatorio de quién era. Pero rodearse de viejos amigos y antiguos amantes con la intención de entregarse al hedonismo y el libertinaje conocidos había sido mucho más atractivo en teoría. En el momento en que cruzó la puerta supo que la noche no terminaría como había planeado.

Aún así... seguro que en ningún infierno se habría podido esperar *esto*.

Cambió de agarre y deslizó una mano por la curva de su columna para envolverla cálidamente alrededor de la parte posterior de su cuello, donde los rizos de su nuca jugueteaban con el dorso de sus dedos con tenues caricias.

Sus pestañas revolotearon y el oro de su mirada brilló mientras se suavizaba contra él.

No debería haberla interceptado. Si no lo hubiera hecho, ella ya estaría de camino a casa y él no habría sentido la sensación de su cuerpo flexible quemándolo.

Pero en el momento en que la vio hablando con ese libertino de Vane, perdió su capacidad de pensamiento racional. No podía verla, estar en la misma habitación que ella, y no sentirse atraído por ella. Y aunque había empezado a sospechar que podría haberla subestimado como ella había afirmado, alguien tenía que intervenir y protegerla de su propia naturaleza imprudente.

«¿Qué diablos pudo haberte traído a un lugar como este?», preguntó, incapaz de resistir la tentación de pasar el pulgar por el borde exterior de su oreja.

Su respiración se detuvo delicadamente ante la caricia, pero su voz fue firme cuando respondió. «Pensé que me lo ibas a preguntar».

Bishop sacudió la cabeza y frunció el ceño. «Tantos secretos...».

Ella suspiró, su aliento cálido contra su garganta. «No me *gusta* guardar secretos», susurró. «Pero a menudo es necesario».

«No, no lo es», insistió con brusquedad. «Quienes se preocupan por ti no pueden protegerte si no saben lo que estás haciendo».

«Me ocupo de mi propia protección».

«¿Es eso lo que es esto?».

Ella arqueó una ceja. «*Esto* es una fiesta».

En contra de su dirección consciente, su mano apretó su nuca, haciendo que sus labios se separaran en un suspiro de sorpresa. «Las fiestas como esta no son para ti». Su tono fue una dura advertencia. «Las cafeterías de Covent Garden no son para ti. Yo…».

Logró evitar decir lo último, obligando a su voz a desvanecerse en un aliento entrecortado.

«¿Tú qué?», preguntó, su voz era un susurro a juego, ronca y pesada.

El sonido lo atravesó como un suspiro sensual, calentando su sangre y amenazando con enredar sus intenciones. Él debería haber dicho que estaba hecho para esos lugares y cosas

peores, pero antes de que pudiera, ella echó la cabeza hacia atrás y susurró, suave y sedosamente. «¿*Tú* tampoco eres para mí?».

Obligándose a entrar aire en sus pulmones, respondió. «No soy para nadie. Pero especialmente no para ti».

«¿Por qué?».

El trueno de los latidos de su corazón rugió en sus oídos mientras lo miraba profundamente a los ojos. Ojos expresivos, llenos de emociones que no quería leer, brillando con audaz resolución. Él lo habría sentido en ella años atrás, durante ese primer beso impulsivo y embriagador. Su fuego y tenacidad. También habría sentido pasión, certeza y un hambre desenfrenada. Entonces no sabía si esa hambre desenfrenada era suya o de ella.

Pero ahora lo sabía.

Era de ambos.

En aquel entonces, de alguna manera había logrado terminar el beso. Y en los años posteriores, había fortalecido y perfeccionado su resistencia. Pero con una sola pregunta susurrada que amenazaba con destruirlo todo.

Bishop hizo todo lo posible por emplear un tono extraño, pero incluso él escuchó el tono áspero enterrado bajo sus palabras. «Tú no me quieres, cariño. Y yo no te quiero».

Las palabras eran una absoluta mentira, pero ella no podía saberlo.

«Estás mintiendo».

Mierda. Ella iba a ser su fin.

Debería reírse o decir algo impertinente. Pero todo lo que pudo lograr fue presionarse desesperadamente contra ella. Un suspiro profundo y entrecortado. Una tensión de cada músculo mientras él la miraba con los ojos entrecerrados.

«¿Te digo cómo lo sé?», dijo ella, ligeramente ajena o indiferente a la feroz negación que fluía por su sangre. Ella no esperó su respuesta antes de continuar. «Está justo aquí», susurró mientras levantaba la mano para deslizar los dedos ligeramente por su garganta. «Tu pulso se acelera salvajemente», presionó sus dedos en un lugar justo encima de su clavícula, «justo aquí, cada vez que me acerco a ti».

Necesitaba negarlo. Necesitaba dar un paso atrás, forzar cierta distancia. Pero el cautivador aroma de las rosas había invadido su buen sentido, su voluntad, su maldita cordura. Y permaneció duro como una roca e inmóvil bajo su toque, como si estuviera hecho de piedra que se desmoronaría si hiciera el más mínimo movimiento de un músculo.

Un destello dorado iluminó la mirada de ella y sus labios mostraron una leve sonrisa.

«Me pregunto…», murmuró. «¿Qué pasaría si yo…?».

Deslizó una mano sobre su hombro mientras se acercaba y presionaba sus cálidos, suaves y devastadores labios en un beso ligero y susurrado en el mismo lugar donde su pulso se aceleraba.

Esto ya era demasiado.

Él nunca debería haber ido tras ella. No debería haberla tomado en sus brazos y haberle hablado en voz baja. Ahora la sensación de su beso en su piel lo marcaría para siempre.

Echándose hacia atrás de nuevo, ella lo miró con ojos brillantes. «¿Lo sigues negando?».

¿Qué podía decir?

Con un feroz apretón de su mandíbula, se obligó a mirar a su alrededor. No eran los únicos abrazados de un tipo u otro. La sensual actuación había inspirado a un gran número de invitados a expresar su elevada excitación de varias maneras. Sus brazos se apretaron posesivamente alrededor de Cailleach mientras ella también se tomaba un momento para mirar a

su alrededor.

Mientras un sonrosado rubor oscurecía sus mejillas y sus ojos volaban rápidamente hacia los de él, él bajó la barbilla para murmurar contra su oído. «Es hora de irse, cariño».

Ella asintió y él rápidamente se giró para guiarla a través de lo que pronto se convertiría en una orgía total. Ninguno de los dos habló cuando dejaron el salón detrás de ellos y continuaron bajando las escaleras para recuperar sus abrigos antes de salir por la puerta principal.

Cuando llegaron a la calle, Bishop habría llamado a un coche de alquiler cercano, pero Cailleach en su lugar emitió un alegre canto de pájaro silbante. A los pocos segundos, un carruaje anodino conducido por un hombre con una gorra roja se acercó a ellos desde la oscuridad.

Cailleach mostró una rápida sonrisa en respuesta a su mirada inquisitiva.

El conductor era joven y casi tan arrogante como lo había sido Bishop a su misma edad y le dirigió una mirada audaz desde su posición mientras Cailleach subía al vehículo. Bishop tomó asiento en el lado opuesto, sin confiar en sí mismo para sentarse junto a ella, y cabalgaron durante un rato en silencio. A pesar del zumbido de energía que emanaba de su persona, ella no se inquietó. Sus manos permanecieron en su regazo y su mirada permaneció fija en él.

Después de un largo rato, finalmente habló. «¿Se lo dirás a Roderick? ¿Sobre esta noche?».

Bishop se puso tenso. Ni siquiera había pensado en su hermano. Roderick estaría fuera de sí al descubrir que su hermana menor había estado en una de las fiestas más famosas de Lowth.

Debería decírselo a Roderick.

«No lo haré», murmuró de mala gana, «pero no puedes...».

«Creo que sería mejor si evitas esa última parte», interrumpió con un tono firme seguido de una sonrisa rígida.

La diversión se mostró en los labios de Bishop. «Entonces, ¿debo fingir que *no* has estado deambulando por la ciudad, metiéndote en lugares peligrosos, participando en actividades imprudentes, asistiendo a fiestas escandalosas?».

«No tienes que fingir nada», respondió ella. «No si logras reconocer que soy capaz de manejar mis propios asuntos sin tu interferencia ni la de nadie más. Te das cuenta de que muy bien he continuado con mi vida antes de tu regreso».

Bishop negó con la cabeza. «Eres incansable».

«Tuve que serlo».

Había algo pesado en sus palabras, pero antes de que pudiera preguntar o comentar, el carruaje se detuvo. Cailleach inmediatamente alcanzó la puerta y saltó al exterior antes de esperar ayuda.

Cuando salió detrás de ella, Bishop notó que estaban en el callejón oscuro detrás de Wright House.

Volviéndose hacia él, señaló, «si lo deseas, Thomas puede llevarte de regreso a la fiesta... o al club... o adonde desees».

Lo que deseaba no era posible.

«Caminaré».

Ella asintió y se subió la capucha de su capa para cubrirse el rostro y luego despidió rápidamente a su conductor. Con un chasquido de lengua, Thomas espoleó a los caballos y el carruaje pronto desapareció de la vista, dejando a Bishop y Cailleach solos en el camino estrecho y oscuro.

La luz de la luna y las estrellas en lo alto era suficiente para que él viera su mirada

deslizarse casi hambrientamente por su rostro antes de bajar a su boca, luego al hueco de su garganta, donde su beso aún quemaba su piel. Su sonrisa era suave, reservada e innegablemente coqueta cuando volvió a mirarlo. Su voz era un susurro sensual.

«¿Quieres besarme, Bishop?».

Eso y mucho más.

Apretó la mandíbula y metió las manos en los profundos bolsillos de su abrigo.

«No quieres un beso mío, cariño».

«No digas…».

«Porque si te besara ahora mismo», continuó en un tono bajo y contundente, su atención cayendo impotente en sus labios entreabiertos, «no podría detenerme allí. Necesitaría sentir tu cuerpo bajo mis manos. Necesitaría tus gemidos de placer en mi oído y tus extremidades apretadas a mi alrededor. Necesitaría muchísimo más que un beso, Cailleach. *Tú* necesitarías más. Y no puede pasar más».

Su respiración se volvió corta y superficial antes de tomar una inhalación larga y tranquilizadora. Sus siguientes palabras no fueron más que un susurro a la luz de la luna, pero su mirada era audaz y firme. «Tú eres el único que cree eso, Bishop Black. Creo que *más* sería tremendamente hermoso».

Mientras su pene palpitaba dolorosamente y su estómago se retorcía en un nudo de feroz negación, ella se giró y atravesó una puerta silenciosa en el muro que rodeaba el jardín del conde.

Capítulo Doce

Al día siguiente, Caillie todavía podía saborear a Bishop en sus labios. La sal de su piel. La madera de cedro y ámbar del jabón que usó. Y una especia misteriosa.

Incluso ahora, mientras a una hora intempestiva cabalgaba por Hyde Park, con Thomas siguiéndola varios pasos detrás, si cerraba los ojos y se llevaba los dedos a la boca, podía imaginar fácilmente el latido del pulso de Bishop. Y podía escuchar sus palabras de despedida. Palabras de deseo y feroz negación.

«Señorita. *Señorita*», refunfuñó Thomas mientras cabalgaba a su lado, su tono sugería que había estado tratando de llamar su atención por un tiempo.

«¿Qué pasa?», preguntó ella, mirándolo expectante.

«El que está buscando apareció».

El corazón de Caillie dio un vuelco antes de adoptar un ritmo de anticipación. «¿Dónde?».

«Justo ahí», señaló Thomas con una inclinación de su cabeza pelirroja.

Caillie miró en la dirección que él indicaba y enseguida vio al hombre.

Iba montado en un enorme semental negro, con su gabán ondeando a su alrededor mientras cabalgaba a un ritmo que estaba apenas por debajo de la velocidad de una carrera, pero ciertamente demasiado rápido para fomentar la conversación con cualquiera con el que se cruzara.

Mordiéndose el labio, Caillie consideró su siguiente movimiento.

Necesitaba una razón adecuada para entablar una conversación. Pero si todos los relatos sobre este hombre fueran ciertos, tenía una aversión extrema a las interacciones sociales y no tenía problemas en insultar abiertamente para evitarlas. Tenía que encontrar una manera de acercarse a él sin darle la oportunidad de evadir sus intenciones.

A pesar de lo temprano que era, había bastantes personas haciendo uso del parque, aunque la mayoría, como su objetivo, estaban más concentrados en montar a caballo que en socializar.

De repente, Bramble soltó un ladrido agudo antes de alejarse corriendo. Habían pasado años desde que el canino mayor había mostrado un estallido de energía tan intenso. Caillie se quedó mirando sorprendida antes de darse cuenta con una oleada de temor de lo que había inspirado la inesperada y loca carrera de Bramble.

En su primera estancia en el parque, hace doce años, Bramble había experimentado un desafortunado encontronazo con los cisnes que dominaban el gran estanque. Las despiadadas aves no soportaban la interferencia de los alborotadores collie escoceses, como rápidamente aprendieron ese día. Desde entonces, Caillie había tenido mucho cuidado de mantenerse alejada del estanque cada vez que Bramble la acompañaba al parque.

Hoy, sin embargo, su distracción por Bishop y su determinación de interceptar a su presa les había permitido acercarse mucho más a las feroces criaturas de lo que deberían.

Y Bramble había aprovechado la situación de inmediato, lanzándose directamente hacia un pequeño grupo de cisnes que deambulaban cerca de la orilla del estanque.

Desafortunadamente, o tal vez muy afortunadamente, el hombre del abrigo ondulado y el sombrero de copa estaba a punto de cruzar justo entre Bramble y los cisnes.

Esto se iba a poner un poco feo.

Caillie se preparó para soltar un feroz silbido para llamar a Bramble, pero ya era demasiado tarde. Los cisnes lo habían visto y, como si hubieran recordado el último encuentro con el intruso collie que una vez, por error, había tratado de pastorearlos como si fueran dóciles corderos en casa, se levantaron en masa, arqueando sus largos y gráciles cuellos, aleteando en un espectáculo intimidante.

Un espectáculo que asustó a un semental aparentemente sensible.

Mientras el gigante caballo se encabritaba, su jinete se sujetó a la silla, sin ceder ni un centímetro mientras obligaba a la gran bestia a obedecer su orden.

Mientras tanto, Caillie empujó a su propio caballo a medio galope, alcanzando al otro jinete justo cuando este estabilizaba su caballo.

Los cisnes, sin embargo, seguían graznando y armando un verdadero escándalo.

Cuando el hombre se giró para mirarla mientras se acercaba, Caillie notó que sus ojos azules eran casi tan brillantes como los de su hermano. Sin embargo, mientras Reginald Vane tenía una mirada aguda y nerviosa, su gemelo, Nicholas, poseía una mirada que de alguna manera lograba anular cualquier luz natural, dejando tras de sí una mirada severa que parecía completamente desprovista de cualquier emoción más allá de la irritación.

Si Reginald Vane era conocido por sus modales libertinos, su hermano gemelo, Nicholas, era mucho más conocido por sus modales siniestros. La gente susurraba sobre alguna tragedia de su pasado que lo había dañado de maneras invisibles, pero nadie parecía capaz de ponerse de acuerdo sobre lo que había ocurrido y varias historias abundaban sin control en los círculos de los rumores.

«Mis disculpas, señor», dijo con una cálida sonrisa. «Por favor, perdone a Bramble por perturbar su viaje. Él y los cisnes tienen una historia bastante polémica».

Mirando a Bramble, que había sido sometido por su silbato y ahora permanecía complaciente a su lado, Vane comentó con brusquedad. «No se deberían permitir perros callejeros indisciplinados en el parque».

Su abierta sonrisa se convirtió en un ceño feroz cuando Caillie le devolvió la mirada con

una propia. «Disculpe, pero ¿se le ocurrió que tal vez sea su montura la que necesita un poco más de disciplina? Un caballo de tal masa y potencia debería inquietarse con tanta facilidad».

Estaba claro que habría dado una respuesta breve si uno de los cisnes, todavía muy molestos, no hubiera logrado acercarse angustiosamente, provocando que su semental esquivara y raspara el suelo en una danza nerviosa. La exhibición logró demostrar el punto de Caillie y enfureció aún más a Vane.

Bueno, esto va de maravilla, maldita sea.

Luego, para su total asombro, Vane dirigió su mirada hacia los cisnes, dando una orden en voz baja que inmediatamente hizo que las violentas criaturas bajaran sus alas mientras se retiraban al agua.

Asombroso.

«¿Qué les dijo?», Caillie no pudo resistirse a preguntar.

Vane le lanzó una mirada sombría antes de tirar de las riendas para hacer girar su caballo en la dirección opuesta. Él la ignoraría y simplemente se marcharía.

Si había algo que Caillie odiaba tanto como que le dijeran qué hacer, era que la ignoraran. Toda esta interacción no había ido ni de lejos según lo planeado, pero no podía dejar que terminara. Aún no.

«Usted es uno de los Villanos Vanes, ¿no?».

No tenía idea de por qué había decidido decir tal cosa, pero tuvo el efecto deseado.

El semental se detuvo cuando Nicholas se giró para mirarla. «Es muy atrevida».

La sonrisa de Caillie entonces fue genuina y sin ningún remordimiento. «Cierto. Pero casi siempre tengo una causa justificada».

Por alguna razón, su respuesta lo hizo arquear una ceja. «¿Casi siempre?», preguntó.

«En este caso, definitivamente».

Hubo un breve silencio durante el cual Caillie contuvo la respiración, antes de que él entrecerrara la mirada. «Sáquelo, entonces».

Alivio. Él le estaba dando una oportunidad. Pero sospechaba que no conseguiría otro, así que decidió correr un riesgo muy necesario y ser directa.

«¿Ha oído hablar del conde de Wright?».

Otro breve pero duro descanso. «Por supuesto».

«¿Y conoce el escándalo relacionado con su familia?».

Su única respuesta a eso fue fruncir el ceño, lo que podría haber indicado cualquier cantidad de cosas. Caillie siguió adelante.

«Seguramente ha oído hablar de los infames bastardos de Wright», señaló.

Aún así, no hubo respuesta. O realmente no había oído ninguna de las historias que habían circulado sobre la sociedad durante la última década o sabía exactamente de qué estaba hablando y había decidido ser irrazonablemente tonto y testarudo. Estaba más bien inclinada a creer que esto último era cierto.

Con un suspiro de frustración y un gesto impaciente con la mano, Caillie aclaró. «El conde anterior fue un desgraciado cobarde que engendró múltiples hijos ilegítimos en toda Gran Bretaña. Niños que dejó completamente abandonados y descuidados. Sin embargo, su único hijo legítimo, el actual conde, ha hecho grandes esfuerzos para rectificar la perfidia de su padre».

«Qué noble».

Las palabras fueron planas y carentes de emoción, dejando a Caillie sin saber si fueron dichas en serio o con sarcasmo.

Ella le devolvió el ceño al hombre con uno propio. «Colin es noble», coincidió ella con

fiereza. «Noble, compasivo, razonable y amable. Todo lo que su padre no era».

Hubo una leve tensión en la mandíbula del hombre. «¿Hemos terminado aquí?».

«No, todavía no hemos terminado», respondió Caillie bruscamente, su tono y sus palabras finalmente parecieron extraer un poco de emoción del hombre, incluso si no fue más que shock por su actitud descarada. «Esperaba tener esta conversación de una manera mucho más civilizada, pero usted logró irritarme, señor. La verdad es que recientemente descubrí algo que pensé que podría ser de tu interés».

«Lo dudo».

Caillie ignoró la interrupción. «El conde actual tiene la impresión de que ha localizado a todos sus hermanos. Sé que no lo ha hecho. Hay dos más…».

«No sé qué diablos espera conseguir aquí, pero ahora ha logrado irritarme. Esto se acabó».

Antes de que Caillie pudiera pronunciar otra sílaba, él giró su montura y salió a galope, alejándose de ella con imprudente poder y velocidad.

Ella nunca lo alcanzaría en su yegua, por muy capaz que fuera, y solo pudo acomodarse en su montura y mirarlo mientras desaparecía.

«Maldita sea», murmuró, dándose una palmada en el muslo.

Eso había resultado terrible. Y la peor parte... *todavía* no tenía idea de si alguno de los gemelos era consciente de sus orígenes.

Desafortunadamente, mientras estaba sentada allí, mirando a su hermano recién encontrado y desaparecido, los cisnes habían regresado. Ahora que el aterrador hombre del caballo negro se había ido, aparentemente habían decidido mostrar una vez más su ira hacia Bramble y, por extensión, hacia Caillie. Si hubiera estado preparada para la carga emplumada, podría haber logrado mantener estable su montura. Pero no estaba lista.

Su yegua se hizo a un lado para alejarse de la multitud mientras Bramble saltaba de nuevo a la acción, ladrando y rodeando a los pájaros, lo que solo los exasperó aún más.

Aunque Thomas llegó desde donde había estado esperando discretamente a poca distancia para perseguir a los cisnes hasta el estanque y llamar a Bramble, ya era demasiado tarde. Caillie estaba cayendo.

Su último pensamiento mientras su yegua se encabritaba fue que al menos su nuevo hermano ya no estaba allí para presenciar su humillación.

Logró girarse mientras caía para aterrizar sobre el cojín de su trasero, y aunque probablemente le dolería por un tiempo, fue el barro en el que había aterrizado lo que resultó ser la mayor indignidad.

Maldiciendo, levantó la vista y vio a Thomas que ya saltaba de su propio caballo para ofrecerle una mano. Con una sonrisa arrepentida, dejó que él la ayudara a ponerse de pie. Mirándose a sí misma, hizo una pesada señal. «Esta vez lo he arruinado bastante».

Capítulo Trece

Después de un baño muy caliente y una abundante exfoliación para quitarse el barro, antes de salir de nuevo, Caillie se puso un vestido informal y se peinó el cabello, aún húmedo, en una sencilla trenza. Aunque le dolía bastante el trasero por la caída, su orgullo estaba mucho más lastimado. Sus fracasos recientes se estaban acumulando y no era una experiencia con la que Caillie estuviera familiarizada. A ella no le gustaba. Su incapacidad para lograr verdaderos avances con sus hermanos recién descubiertos fue un golpe devastador. Y ni siquiera quería pensar en el reciente rechazo de Bishop.

Se sentía abatida y frustrada y tal vez un poquito dudosa de sí misma. Pero ella no se rendiría. Solo necesitaba hacer una pausa y tomarse un tiempo para alejarse de sus problemas actuales. Una tarde entre mujeres de ideas afines parecía ideal para distraerla y reforzar su sensación de bienestar.

Los domingos, Caillie se reunía con sus amigas para tomar un café y conversar... y tal vez, si los asistentes así lo deseaban, un poco de bordado, remiendo u otro tipo de costura.

Los lunes, se reunía con un grupo de damas de todos los niveles de la sociedad, desde prostitutas, amas de casa y aristócratas por igual, para recibir lecciones de Portia, la altamente calificada hermana de Emma, quien le ofrecía capacitación en el uso de una variedad de armas. Practicaban con cuchillos, pistolas de tamaño discreto, alfileres de sombrero, paraguas o cualquier otra herramienta que pudieran tener a mano cuando se vieran en la necesidad de defender su persona. Como su grupo casi había dominado las técnicas que Portia había inculcado, Caillie ya estaba considerando qué habilidades físicas le gustaría explorar a continuación.

El salón que organizaba todos los martes cubría un tema de interés diferente cada semana y también estaba abierto a cualquier mujer que tuviera la curiosidad de unirse. Una semana, podría haber una lección sobre cómo pintar la forma masculina desnuda. La próxima semana podría traer a un profesor de paleontología, entomología o astronomía. Después de eso, tal vez una clase sobre cómo interpretar las danzas tradicionales de la India o cómo escribir quintillas obscenas y canciones marineras o cómo cocinar comidas tradicionales de todo el mundo. Independientemente del tema, cada lección era impartida por una mujer que dominaba su campo de interés.

Los miércoles los pasaba en St. Giles con Elle. Las dos, a la sombra siempre presente de los numerosos guardias de Elle, paseaban por los barrios marginales y callejones a menudo evitados de uno de los barrios más difíciles de Londres, donde Elle era conocida como la temible lady Griffin. Esta era la manera que tenía Elle de descubrir dónde podría ser más necesaria su ayuda y garantizar que los residentes del área siempre tuvieran acceso a los recursos y la protección de Max, el mismísimo Griffin, quien se había designado a sí mismo guardián de los residentes más vulnerables de la colonia.

Hoy, sin embargo, era jueves, lo que significaba que Caillie debía dirigir su salón de lectura semanal en la casa de la Sra. Beaumont. En los años transcurridos desde que se abrió el salón, habían cubierto una variedad de temas, desde matemáticas hasta excitantes novelas eróticas recomendadas por la otra hermana de Emma, Lily, y una variedad de autores, desde Wollstonecraft hasta Shakespeare. En ese momento estaban leyendo una novela ligera pero emotiva de Jane Austen y la trama había dado un giro interesante durante su último encuentro.

Thomas condujo el carruaje personal de Caillie hasta la entrada del ala oeste. Con la capucha echada hacia adelante para ocultar su rostro, Caillie cruzó hacia la puerta, donde inmediatamente se le permitió la entrada. Le entregó su capa al portero, un hombre negro anciano cuyo cabello oscuro, corto y rizado, estaba abundantemente adornado con plata. A pesar de su avanzada edad, el experimentado portero todavía podía arrojar fácilmente a un hombre de tamaño normal por la puerta y dejarlo a medio camino de la calle. De hecho, ella lo había visto hacerlo. Más de una vez.

«Hola, Grady. ¿Cómo estuvo la noche?».

«Sin incidentes, señorita», respondió con un brillo en sus ojos marrón oscuro. «No más que unas cuantas peleas entre caballeros. Nada que no pudiera manejar con una mano atada a la espalda».

Caillie soltó una suave risita. «Es bueno escucharlo. ¿Pero no deberías estar en la cama ya?».

«Nos dirigimos allí pronto», respondió antes de señalar con la cabeza hacia las escaleras. «Salón azul, como siempre, señorita».

Con una brillante sonrisa, Caillie le dio las gracias mientras subía las escaleras.

Ella ya se sentía mejor. Este lugar y esta gente habían sido una fuente de consuelo durante años. Solo deseaba que sus visitas no tuvieran que mantenerse en secreto. Con un poco de convicción, Worthy podría llegar a comprender su deseo de cultivar el tipo de amistades importantes que había encontrado aquí y lo importante y valioso que era tener la libertad de explorar intereses que la mayoría de la gente consideraba inapropiados para una mujer joven. Pero ninguno de sus hermanos lo entendería. Podría ser el único inconveniente de tener cuatro hermanos mayores..., no, seis, aunque los gemelos no contaban… todavía. Todos y cada uno de ellos eran sobreprotectores hasta el extremo. Incluso Max, que sabía más que los demás sobre sus actividades clandestinas, estaría en contra de ellas si supiera *todo* en lo que ella estaba involucrada. Le prohibirían continuar y la posibilidad de que realmente encontraran una manera de hacer cumplir tal dictado había hecho que no dejara que nadie descubriera sus actividades. Estas o cualquier otra.

Al llegar al rellano del segundo piso, Caillie giró por el pasillo hacia el salón azul y se detuvo abruptamente. El camino estaba bloqueado por la figura paseante de nada menos que Bishop Black.

Su expresión de fácil amabilidad desapareció un poco cuando la vio en su camino, pero no detuvo ni ralentizó su progreso. En cambio, continuó hacia ella, sus ojos se oscurecieron de una manera inexplicable. Ya podía oír las palabras formándose en su cabeza.

¿Por qué estás aquí?

No perteneces a este lugar.

Caillie habló antes de que él tuviera la oportunidad. «Ni una maldita palabra», declaró secamente, haciendo aflorar toda la frustración y decepción de su día para apuntar directamente a su rostro sutilmente condescendiente, arrogante y tremendamente atractivo. Aunque su tono fue lo más ligero que pudo, sus palabras fueron todo lo contrario. «No estoy de ningún humor para escuchar nada de lo que tengas que decir, Bishop Black. Simplemente apártate de mi camino y haremos como si este desafortunado encuentro no hubiera ocurrido».

Notó el parpadeo en sus ojos cuando las crudas palabras salieron de sus labios y, por un momento, se preguntó si posiblemente había reaccionado exageradamente ante su inesperada aparición. Luego decidió que le importaba un carajo si estaba reaccionando de forma exagerada. Sin embargo, lo que sí le importó fue el hecho de que él no se hiciera a un lado cuando ella le

pidió. En lugar de eso, se puso firme, lo que solo la enfureció aún más. Mientras su temperamento escocés, que rara vez afloraba, la invadió, tenía toda la intención de abrirse paso a empujones.

Nunca sabría si lo habría logrado porque él la agarró por los hombros con sus manos grandes y fuertes y efectivamente detuvo todo su impulso.

Caillie resopló de frustración y trató de liberarse, pero, como siempre, él la mantuvo firme. Y tan pronto como se dio cuenta de que no habría escapatoria hasta que él lo permitiera, dejó de luchar y se mantuvo dolorosamente quieta.

«Relájate, cariño», murmuró en voz baja. Casi… suavemente. «No estoy de humor para pelear hoy».

Caillie echó la cabeza hacia atrás para mirarlo en silencio.

Quizás, *ella* sí estaba de humor para pelear.

Pero luego sus cejas se hundieron en un breve ceño antes de que sus manos se flexionaran alrededor de sus hombros e inclinara la cabeza. «¿Qué te mantiene tan tensa?» Cuando ella pudo haber respondido con una réplica brusca, él rápidamente la interrumpió. «Si dices que soy yo, no te creeré».

Ella se rió y parte de su humor era genuino. «¿Por qué debería decírtelo? ¿Para que puedas tacharme de imprudente y tonta? No diré nada, gracias. Ahora, si dejas de ser una maldita molestia y me liberas, porque mis amigas están esperando».

Sus cejas se arquearon y al instante bajó las manos. Pero él no se hizo a un lado para dejarla pasar.

Se quedaron así de pie. Cara a cara en medio del estrecho pasillo. Él con el ceño fruncido y los labios arqueados apretados firmemente mientras la miraba. Y ella, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada fija.

«Lo siento», dijo él.

Sus palabras la sorprendieron.

Ella parpadeó. Abrió la boca para hablar. La cerró. Luego respiró hondo y añadió, «¿lo sientes?».

Los músculos de su mandíbula se tensaron y relajaron antes de que él asintiera definitivamente. «Sí».

La confusión llenó su mente. «¿Por qué?».

Él se rió. El sonido era cálido y texturizado y a los sentidos de Caillie le encantó. «Por ser una *maldita* molestia», respondió él, con los labios curvándose irónicamente mientras repetía sus palabras. Luego respiró hondo y añadió, «por todo, de verdad».

Caillie lo miró con franca sospecha. «¿Esperas que crea eso?».

Se encogió de hombros y luego sacudió la cabeza. «He estado pensando...», se detuvo abruptamente para mostrar una amplia sonrisa que instantáneamente hizo que su vientre revoloteara. «Lo sé, me han advertido que no lo haga. Pero he estado considerando todo lo que has dicho… durante nuestros diversos encuentros».

La barbilla de Caillie cayó. «¿Lo has hecho?».

Volvió a fruncir el ceño y se pasó una mano por el pelo, soltándolo de la cola de forma desenfadada. «Tienes razón», dijo él.

«¿La tengo?», dudó ella.

«El mundo es injusto. A las mujeres no se les permiten las mismas libertades que a los hombres. Me imagino que es frustrante».

Caillie lo miró fijamente. «Frustrante podría ser un eufemismo», respondió ella.

Un ceño tiró de sus cejas. «Sé que he aumentado esa frustración y lo siento».

«Gracias», dijo tentativamente. Parecía sincero, pero ella se mostró escéptica.

Luego sus ojos se oscurecieron y bajó la barbilla, haciendo que un mechón de cabello se deslizara de su cola y rozara su mejilla. «Pero no me disculparé por querer protegerte».

Caillie sacudió levemente la cabeza. «¿Por qué insistes en creer que necesito protección?».

«Te arriesgas demasiado», insistió. «Vas a lugares donde…».

«¿No pertenezco?», ella terminó por él, luego soltó un resoplido desdeñoso.

Su ceño se hizo más profundo, pero no dijo nada.

Caillie se rió. Luego suspiró. Luego volvió a reírse. «Casi me hiciste creer que lo entendías»

«Lo estoy intentando», murmuró.

Inclinando la cabeza, ella lo miró con los ojos entrecerrados. «Tal vez, pero creo que podrías esforzarte un poquito más».

Sus cejas se alzaron y una sonrisa curvó sus labios. «Ni siquiera voy a preguntarte por qué estás aquí. En un burdel. A solo unos pasos del negocio de tu hermano».

Los ojos de Caillie se abrieron dramáticamente. «Maldita sea, puedo morir del impacto», respiró maravillada.

Él mostró una sonrisa encantadora y bajó la cabeza en una sutil reverencia.

El vientre de Caillie se agitó cuando su mirada se posó en la curva sensual de su boca.

«Basta, Cailleach».

Su voz era un susurro cálido y aterciopelado, dirigido solo a ella, y se deslizó ardientemente en su torrente sanguíneo.

«No te preocupes», murmuró con voz pesada mientras levantaba la mirada para encontrarse con la de él. «No lo he olvidado». Colocando su mano sobre su pecho, ejerció la fuerza suficiente para dirigirlo hacia un lado mientras pasaba junto a él en el estrecho pasillo. «No eres para mí. No te quiero. Y tú no me quieres».

Su mirada estaba ensombrecida y larga mientras respiraba profundamente por la nariz, como para estabilizarse, pero en él parecía tener el efecto contrario. De repente, sus fosas nasales se dilataron y sus ojos se oscurecieron mientras su mandíbula se tensaba al apretar los dientes.

En lugar de decir nada más, ella soltó una risa suave y luego se giró para continuar por el pasillo.

Capítulo Catorce

Caillie todavía estaba temblando cuando llegó al salón azul, pero ocultó su inquietud interna con una amplia sonrisa.

«Hola, señoras», saludó alegremente.

La habitación ya estaba ocupada por varias mujeres de la casa, entre ellas la propia Sra. Beaumont. La mujer de mediana edad llevaba un vestido de día azul marino que era bastante modesto si no fuera por la forma muy intencionada en que acentuaba su pecho robusto y sus caderas llenas. Sin duda, la taza de té que se llevó a los labios mientras descansaba en un rincón del sofá contenía algo mucho más potente que un té insípido.

«Señorita Claybourne», respondió la señora con una sonrisa. «Nos preguntábamos qué te retenía. Es nada propio de ti llegar tarde».

Caillie agitó una mano desdeñosa. «Oh, me encontré con una pequeña distracción en el camino», mintió. ¿Distracción? Sí. ¿Pequeña? No.

Relajándose en su lugar habitual, un sillón mullido cerca de la ventana, se sirvió una taza de té y luego miró a su alrededor para tomar nota de quién había decidido asistir hoy.

La señora Beaumont, por supuesto. La señora rara vez iba a un salón, por muy ocupada que estuviera, pero Caillie siempre estaba agradecida cuando lo hacía.

Selena, una mujer increíblemente escultural con cabello claro y una mirada penetrante. Ella era un miembro de mayor rango en la familia de la Sra. Beaumont, que había estado allí durante casi diez años, a menudo era llamada a dar ejemplo de comportamiento a las nuevas niñas.

Meera, una joven india con quien siempre se podía contar para agregar algo interesante y estimulante a sus discusiones.

Rachel, una de las nuevas chicas de la Sra. Beaumont que había asistido a su primer salón con Caillie la semana pasada. Aunque no había dicho una sola palabra entonces, Caillie esperaba sentirse más cómoda contribuyendo un poco con sus pensamientos hoy.

Frannie ocupó otro sillón mientras su constante compañera, Jo, se sentaba elegantemente en un taburete a su lado, con un brazo sobre las rodillas de Frannie mientras los dos se inclinaban una hacia la otra en una conversación privada.

Y por último estaba Lucy, quien le dio a Caillie un rápido guiño seguido de una pequeña sonrisa traviesa, que intentó desesperadamente ocultar detrás de su taza de té levantada apresuradamente.

Caillie le devolvió la sonrisa, aunque dudó acerca de esa sonrisa. Cuando se trataba de Lucy, podría indicar casi cualquier cosa.

Después de inhalar larga y lentamente, arraigándose en la fácil compañía de las mujeres que la rodeaban, Caillie notó que el día de hoy había un aire inusual de emoción entre el grupo. Con la excepción de Frannie y Jo, que solo hablaban entre ellas en voz baja en francés, todas las demás estaban discutiendo con entusiasmo algún tema de gran especulación.

Caillie apenas tardó un momento en darse cuenta del motivo de su curiosidad común y un destello de molestia amenazó con reducir la comodidad que acababa de reclamar. Este era *su* espacio. *Sus* amigas. ¿Realmente él tenía que entrometerse aquí como lo hacía en todas partes?

Pero entonces captó la mirada de reojo de Lucy. La otra mujer la estaba mirando, esperando alguna reacción.

Ah, claro. Lucy había estado en la cafetería ese día. Caillie claramente no iba a salirse con la suya fingiendo ignorancia en este caso.

«¿Esperas que asista al baile de máscaras?», Raquel preguntó.

«No veo por qué se lo perdería», dijo la Sra. Beaumont en respuesta.

«¿Pero por qué crees que ha regresado?», preguntó Meera, con los ojos brillantes de curiosidad. «¿Y dónde ha estado todo este tiempo?».

«A quién le importa», respondió Selena con una sonrisa felina. «Lo único que me importa es que esté una vez más dentro de nuestros muros. Las cosas se habían vuelto muy aburridas sin esa sonrisa arrogante suya y ese contoneo lujurioso».

La señora Beaumont puso los ojos en blanco y, aunque su tono era agudo, una sonrisa curvó sus labios. «Será mejor que el sinvergüenza no piense en convertir mi negocio nuevamente en su casa de placer personal. Ustedes, chicas, le regalaron sus talentos con demasiada frecuencia».

Selena levantó un hombro. «Era nuestro tiempo privado, para usarlo como quisiéramos». Ella sonrió con picardía. «Y era terriblemente difícil no desear estar con ese hombre».

Caillie luchó contra el ardor de los celos en su estómago. A ella no debería importarle cómo pasaba Bishop su tiempo personal, como tampoco debería importarle a él cómo ella pasaba el suyo. Pero le desgarraba pensar que él pasara siquiera un momento en la cama de una de esas mujeres... o de cualquier otra.

«Dudo que tenga que preocuparse, señora Beaumont», señaló Frannie con confianza.

«¿Qué quieres decir, cariño?», el tono de Jo era solo ligeramente por curiosidad.

«¿Para qué está en la ciudad? ¿Ya lleva varios días aquí? Y no ha visitado a ninguna de nosotras, ¿cierto?»

«Él me visitó», respondió Selena rápidamente, levantando la barbilla.

«¿En tu dormitorio?», Frannie preguntó intencionadamente. Cuando Selena frunció el ceño ante su respuesta, la mujer directa continuó, «claro, vino a vernos y a preguntarnos cómo han ido las cosas. Pero eso es todo. Sin actividades de cama. Sin pellizcos ni cosquillas. ¿Me equivoco?».

Nadie creyó su declaración.

«Ha cambiado, es todo lo que digo», afirmó Frannie. «Ya no es el pícaro que alguna vez fue».

«Sin embargo, seguro que sigue siendo guapo, ¿no?», Rachel intervino, con una nota de asombro en su voz.

«Él lo es», coincidió Lucy con descarada audacia. «¿No estaría de acuerdo, señorita Claybourne?».

Ahí estaba.

Caillie se tensó cuando todas las miradas se posaron en ella. Hubo cierta sorpresa y confusión obvias de que ella pudiera tener una opinión sobre el pícaro en discusión, evidenciada de manera más conmovedora por las cejas arqueadas de Selena y la repentina mirada intensa de la señora Beaumont.

Caillie decidió dar una respuesta indiferente y se encogió de hombros. «¿Supongo que estás hablando del Sr. Black? Como saben, era un miembro importante del personal de mi hermano en el club y sigue siendo un buen amigo», ella sonrió. «Pero no conocía exactamente al hombre personalmente antes de que se fuera».

«¿Y desde su regreso?», la señora Beaumont preguntó intencionadamente. «¿Has llegado a conocerlo... personalmente, ahora que ha regresado?».

«Por supuesto que no», aseguró Caillie con un gesto de la mano.

No fue exactamente una mentira. Sinceramente, no conocía a Bishop más allá de lo que lo había hecho hace tres años. Simplemente sabía un poquito más acerca de cómo sabía el hombre. Y cómo se sentían sus manos sobre su cuerpo. Y cómo sus ojos se profundizaban y oscurecían cuando la miraba.

«Solo me encontré con él brevemente», añadió. «Honestamente, mi mayor preocupación cuando se trata de Bishop Black es que no le cuente a Roderick mis visitas aquí. Recuerden, mi hermano podría intentar poner fin a todo esto».

«*Intentar* es la palabra clave», dijo la Sra. Beaumont, remarcándola mientras tomaba un sorbo de su taza. «Él no tiene ningún dominio sobre las actividades de esta ala».

«Así es, señorita», afirmó Meera. «No permitiríamos que te alejara de nosotras».

Caillie sonrió ante la gran cantidad de apoyo. Pero estas mujeres parecían olvidar que, aunque Roderick no podía dictar lo que sucediera en el caso de la Sra. Beaumont, como hermano de Caillie, ciertamente poseía cierta autoridad sobre las actividades de Caillie.

Desesperada por desviar la atención hacia otra cosa, examinó la habitación con una mirada curiosa. «Bueno, entonces, ¿empezamos?».

Unos cuantos asentimientos respondieron a su pregunta y Caillie cogió el libro que estaba en la pequeña mesa a su lado. Apoyándolo en su regazo, pasó las páginas hasta donde lo había dejado la semana anterior.

«Está bien, aquí vamos. Volumen dos, primera parte». Aclarándose la garganta, empezó a leer: *"El resto del tiempo de Anne en Uppercross..."*.

#

Mientras caminaba por habitaciones vacías llenas de nada más que la promesa y el potencial para albergar todos sus sueños despiertos, Bishop se dio cuenta de que debería sentirse mucho más satisfecho de lo que estaba.

Por supuesto, estaba encantado de que la compra de la propiedad en el Strand se hubiera realizado sin dificultades, aunque no esperaba que fuera cuestionada. Una mirada a solo una parte de su riqueza oculta y los financieros casi se tropiezan para ser parte de su empresa.

Ya había logrado traer al arquitecto que quería por encima de todos los demás para el proyecto y las renovaciones comenzarían a primera hora de la mañana, razón por la cual había querido visitar el lugar hoy, antes de que comenzara a llenarse con el ruido y la producción de docenas de trabajadores calificados que trabajarían en tres turnos alternos las 24 horas del día, por un salario obscenamente generoso, para terminar el edificio en el horario preferido de Bishop. El tiempo no era una excusa eficaz cuando el dinero no era un problema.

Incluso mientras caminaba de una habitación a otra, observando los detalles que lo habían atraído a ese lugar, estudiando las áreas que necesitarían mayor atención y buscando cualquier problema que pudiera haber pasado por alto, parecía que no podía concentrarse tan intensamente. como debería.

Sus pensamientos siempre volvían a ese estrecho pasillo del ala oeste del Bentley. Todavía podía ver el destello de emoción en los ojos de Cailleach, escuchar la exasperación en su voz, sentir el anhelo en su propio núcleo cuando el deseo de besarla, de abrazarla hasta que sus frustraciones secretas se derritieran, se había vuelto casi imposible de resistir.

Pero él se había resistido. Y ese hecho debería aliviarlo.

En cambio, se sentía… tenso. Al límite. Alerta. Y dolorido.

Finalmente, se encontró de pie en el balcón del segundo piso que se extendía desde el cavernoso salón de baile. Daba a un pequeño jardín de rosas amurallado que en algún momento

pudo haber sido meticulosamente cuidado pero que desde entonces había quedado cubierto de maleza, desordenado y enredado, con vegetación que cubría los caminos y caía sobre los bancos de piedra. Había rosas por todas partes. Docenas de variedades y colores sin ningún argumento o patrón discernible. Era un desastre y necesitaría mucha atención, pero, por ahora, Bishop no podía evitar revelar su indisciplinado desenfreno. La audacia, la libertad y la belleza como flores fragantes en rojo, rosa, amarillo y blanco desbordando por el pequeño espacio, reclamando su derecho a existir más allá de sus fronteras originales, llegando a espacios que no estaban destinados a ellas y prosperando gracias al desorden.

Y debido a lo desenfrenadas y sin remordimientos que se habían vuelto, su embriagador aroma llenaba el aire. Exuberante y encantadora. Descarado y valiente. El olor fluyó a través de él. Profundizando el dolor en su pecho, instándolo a resistir para que la esencia de las flores no echara raíces, nunca abandonándolo.

Pero después de un tiempo… comenzó a preguntarse por qué luchaba tan duro contra algo que podría ser simplemente inevitable.

Capítulo Quince

«Todo despejado, señorita», susurró Neda, asomando la cabeza por la puerta del dormitorio de Caillie. «Pero tendrás que darte prisa».

Caillie sacudió vigorosamente la cabeza, probando la seguridad de su peluca. La obra maestra con polvo de unos centímetros de alto había sido transformada en un verdadero jardín, completo con un enrejado y una cascada de rosas reales en plena floración y un pájaro disecado posado en lo alto. La pieza rendía homenaje a aquellas formidables creaciones que lucían las damas más elegantes del siglo anterior. No se movió ni un centímetro, que era lo que esperaba teniendo en cuenta los miles de alfileres que Neda había utilizado para sujetarlo a su cabeza. Ya doliéndole el cuero cabelludo.

Pero valdría la pena.

Así como el intenso corsé que le empujaba los senos casi hasta la barbilla mientras le ajustaba la cintura a un tamaño antinatural y el aro gigante enjaulado debajo de sus faldas de muchas capas y volantes que también valdrían la pena.

El disfraz de este año resultaba ser uno de sus mejores.

Dándose una última evaluación crítica frente al espejo, estaba segura de que nadie sería capaz de reconocerla con el elaborado vestido georgiano y la peluca empolvada. Con la máscara puesta, todo lo que se podía ver de su rostro eran sus labios pintados de rojo y el lunar colocado en la comisura de su boca.

No se parecía en nada a ella misma.

«Señorita», instó Neda. «Cada minuto que Thomas espera en las caballerizas es una oportunidad para ser descubierta. Debes darte prisa».

«Lo siento. Tienes razón. Estoy lista». Ella mostró una amplia sonrisa. «Deséame suerte».

«No la necesitas», Neda sonrió. «No con tu habilidad. Estarás desplumando a esos pobres caballeros en las mesas en poco tiempo».

«Ese es el plan», dijo Caillie con una sonrisa.

A ella le encantaba esta noche. En parte, porque solo ocurría una vez al año, lo que lo convertía en un evento poco común que pasaba más de la mitad del año anticipando. Pero también porque en los tres años que llevaba asistiendo, nunca había abandonado la fiesta sin una pequeña fortuna ganada en las mesas y una gran cantidad de recuerdos que la ayudarían a pasar el año siguiente.

Y esa noche, con el estrés añadido que Bishop, Reginald y Nicholas habían introducido recientemente en su vida, necesitaba desesperadamente una alegre diversión.

Con la ayuda de Neda, Caillie pasó sus amplias faldas por los pasillos de servicio de Wright House hasta la entrada del jardín. Envuelta en una capa de pies a cabeza, corrió por el sendero oscuro hasta donde Thomas la esperaba para llevarla a St. James.

Como era de esperar, el club Bentley se iluminaba como un faro. Los candelabros hacían que cada habitación brillara y resplandeciera con un tipo de magia particular. La magia de la anticipación, la expectativa y la promesa de aventura.

O, al menos, así es como Caillie siempre lo consideraba.

Una noche al año, el Bentley se esforzaba por sus miembros. El baile de máscaras, un evento especial para celebrar el aniversario del club, era una gran muestra de exceso e

indulgencia. Un flujo interminable de los mejores licores, músicos en cada habitación, un elegante buffet de delicias del chef francés del Bentley y un juego profundo e imprudente en cada mesa.

A Caillie se le ocurrió por primera vez la idea de asistir al evento anual del propio Roderick. Probablemente debería haber sabido que contar la historia de cómo su esposa, Emma, una vez se había disfrazado para asistir a su fiesta, encendería una chispa en su hermana.

Dado que la membresía de élite del Bentley, como en otros clubes similares, estaba estrictamente limitada a los caballeros de la alta sociedad, nunca se veía a mujeres en las salas de juego. La mascarada era la única gran excepción. Esa noche, a los miembros se les daba permiso para traer invitadas femeninas, y las mujeres de la Sra. Beaumont también se mezclaban y contribuían a la sensación de alegría general y sensualidad de la velada.

A Callie le encantaba todo. El brillo y los destellos. El canto y la risa. La relajación total de las inhibiciones. Durante su primera incursión disfrazada, descubrió que encajaba perfectamente en el alegre caos. Mientras tuviera cuidado meticuloso con su disfraz y evitara que Roderick la evaluara demasiado mientras paseaba por el club, se mezclaba perfectamente con los demás. Ella se convertía en una de ellos. Reía, coqueteaba, jugaba y ganaba. También se aseguraba de no quedarse tanto tiempo ni ganar mucho que atrajera una atención indebida.

Después de ser conducida a través de la puerta principal por un par de lacayos que solo conocía de pasada, inmediatamente pidió una copa de champán y comenzó la velada paseando sin prisas por las salas comunes.

Como había tenido que esperar a que la casa se ordenara para pasar la noche antes de correr el riesgo de escabullirse, la fiesta había estado en pleno apogeo desde hacía un tiempo, pero probablemente no terminaría hasta dentro de varias horas más. La sala reservada para bailar estaba casi abarrotada. Al igual que la sala de refrigerios, mientras que en el comedor había un buen número de invitados que parecían competir por quién sabía el chiste más obsceno. Mientras caminaba entre los asistentes de una habitación a otra, Caillie creyó reconocer a algunos de los caballeros. Algunos de ellos no se preocuparon demasiado por los disfraces y solo llevaban máscaras cortas sobre sus rostros. Otros se pavoneaban ataviados con vestimentas muy elaboradas.

Ella sonreía y asentía. Si por casualidad, tan solo llamaba la atención de una de sus amigas del ala oeste. Esas mujeres habían insistido en que les hiciera saber cómo estaría vestida para poder vigilarla... en caso de que la fiesta se volviera demasiado alborotada en algunos aspectos. Aunque el Bentley no permitía que ningún miembro pensara en forzar atenciones no deseadas a alguna de las mujeres presentes, aún podrían suceder cosas. Era reconfortante saber que, en un mar de anonimato, Caillie tenía amigas en quienes confiar si algo salía mal.

Por supuesto, había considerado que Roderick podría no ser el único hombre cuya mirada deseaba evitar. Había muchas posibilidades de que Bishop también estuviera presente esa noche.

Teniendo en cuenta su papel cuando todavía trabajaba en el Bentley, era probable que le hubieran asignado la tarea de patrullar la fiesta toda la noche, manteniéndose disponible para manejar cualquier disturbio o amenaza de todo tipo. Aunque ya no era empleado de su hermano, su presencia esa noche *no* sería lo mejor para Caillie. Aunque su identidad nunca había sido detectada antes, ni por su propio hermano ni por ningún miembro de su personal, temía que Bishop pudiera ser la única persona que amenazara con eso.

Pero nunca dejaría que esa posibilidad le impidiera asistir y no iba a permitir que eso evitara que disfrutara plenamente, ahora que estaba aquí.

Caillie fue la última en llegar a la sala de juegos. Era su zona favorita del club. Espaciosa

y grandiosa, estaba iluminada por dos brillantes candelabros que iluminaban la elaborada decoración. El tema de este año era un jardín secreto y el aire estaba lleno del aroma de las flores. Un amplio enrejado cubierto de enredaderas y flores enmarcaba la entrada. Se colocaron setos y topiarios de formas caprichosas en todo el espacio, creando caminos y dividiendo diferentes áreas en habitaciones más pequeñas dentro del gran salón. Y por todas partes había flores.

Era impresionante y maravilloso, e inspiraba una burbuja de risa encantada en el pecho de Caillie. No podía esperar para sumergirse en los juegos. ¿Pero por dónde empezar?

Mientras paseaba por el sendero del jardín, le empezaron a picar las palmas de las manos mientras miraba a su alrededor con creciente anticipación.

¿La mesa del faro? ¿Veintiuno? Adoraba el piquet, pero prefería dejar ese juego para el final. Tal vez podría interesarse por participar en una partida de whist o de loo.

Todavía no lo había decidido cuando un grito de júbilo salió de una pequeña multitud alrededor de una mesa de juego. La emoción la atrajo y se acercó para unirse a ellos. Aproximándose sigilosamente entre dos caballeros, uno, un tipo mayor enmascarado del que estaba bastante segura había organizado un baile de gala la semana anterior, y el otro, un hombre mucho más joven vestido con el traje de un emperador romano, se asomó entre sus hombros para ver el juego.

El romano la miró, luego se volvió hacia ella más completamente, una amplia sonrisa brilló incluso con sus dientes blancos. «Hola, preciosa», dijo de buen humor mientras su mirada brillante se deslizaba por su rostro. «¿Por qué no te acercas un poco más?». Deslizó suavemente un brazo alrededor de su cintura ceñida y la atrajo hacia él, colocándola entre la mesa y él.

Riéndose de la rápida maniobra, Caillie lo miró por encima del hombro. «No deseo bloquear su propia vista, señor», señaló mirando hacia arriba su imponente peinado.

Aunque la forma firme de sus faldas le había obligado a dar un pequeño paso atrás, manteniendo un poco más de distancia de la que tal vez hubiera querido, su altura todavía le permitía mirar por encima del hombro su pecho exuberante y elevado.

Sus labios se inclinaron. «Mi vista está bien».

Caillie se rió de nuevo. «Siempre y cuando sean solo sus ojos los que vean y nada más», advirtió.

El romano levantó las manos para mostrar las palmas. «Por mi vida, buena señora. Créame, la vista por sí sola es lo suficientemente generosa como para satisfacerme».

Caillie frunció los labios y aceptó su promesa. Por ahora.

Volviendo a la mesa, rápidamente quedó absorta en el juego. Como el Hazard era un juego que dependía mucho más del azar que de la habilidad, todavía le fascinaba mientras calculaba las probabilidades y hacía sus apuestas en cada lanzamiento de dados.

Una hora más tarde, Caillie estaba sin aliento por la risa, la juerga y la emoción inherente al proceso de ganar y perder. Aunque tenía una habilidad especial para el juego, eso no significaba que no tuviera una buena cantidad de pérdidas. Y ella apreciaba a cada uno de ellos. La mantenían más equilibrada y consciente de su riesgo.

Aunque a Bishop le gustaba acusarla de ser imprudente, descuidada y, sin duda, irreflexiva, nada de eso era realmente cierto. Ella nunca hacía nada sin considerar todos los peligros y dificultades potenciales. Simplemente tomaba las medidas adecuadas para mitigar esos desafíos, siempre que fuera posible. Era interesante comprobar cuántos peligros podían superarse mediante un examen cuidadoso y una planificación adecuada.

Caillie podía ser más que un poquito terca en ocasiones, y también era conocida por ser

resuelta y rebelde. Pero ella no ignoraba las muchas maneras en que una mujer joven podía ser perjudicada o explotada por un mundo que siempre la veía como el sexo débil. Ella simplemente tenía mucho cuidado en disminuir las posibilidades de que ocurrieran tales cosas. Rodearse de personas en las que confiaba, nunca ir demasiado lejos, mantenerse siempre alerta y atenta ante los cambios de circunstancias. Más allá de eso, entendía y aceptaba que aún existían muchos riesgos sin importar lo que hiciera. Era simplemente la manera del mundo. Pero todo valía la pena si eso significaba que podía experimentar la vida que quería para sí misma.

Alejándose de la mesa de juego, para disgusto de más de unos pocos caballeros con quienes había estado perfeccionando sus habilidades en el arte del coqueteo, incluido su noble romano, cambió su copa de champán vacía por una llena. El calor de las luces y su propia excitación la hicieron sentir un poco sonrojada. Para minimizar posibles distracciones para los jugadores, no había ventanas en la gran sala de juegos, por lo que Caillie se dirigió hacia una de las habitaciones en la parte trasera del club que a menudo tenía las ventanas abiertas al aire nocturno.

Acababa de pasar por debajo del enrejado para entrar al pasillo cuando una joven pequeña se acercó a ella y le tomó el brazo. La mujer llevaba un vestido verde intenso con el cabello castaño recogido en rizos altos y una hermosa máscara de plumas de pavo real que cubría su rostro.

«¿Cómo te va, paloma?».

Caillie encontró la sonrisa maliciosa de Lucy. «Algunas pérdidas pero muchas más victorias».

«¿Algún corazón roto?».

«Quizá solo uno», señaló Caillie, «pero la noche es joven».

«¡En efecto!», Lucy cantó, obviamente atrapada en la atmósfera de celebración de la noche. «¿Te importaría bailar un jig?».

«Pronto. Primero necesito una bocanada de aire».

«Está bien. Ya sabes dónde encontrarme», dijo la otra chica mientras soltaba el brazo de Caillie para dirigirse hacia la música animada que fluía desde la sala de baile.

Sonriendo tras ella, Caillie continuó hacia los refrigerios. Aunque no tenía hambre, una ráfaga de aire fresco la invitó a entrar y pasó junto al buffet donde un puñado de personas se detenían pensando en sus elecciones. Al llegar a las ventanas abiertas, respiró profunda y uniformemente.

Libertad.

Así se sentían noches como ésta.

Libertad de reglas, expectativas y esperanzas y sueños que otros tenían para su futuro. Amaba a Worthy y apreciaba todo lo que la mujer había hecho para criarla después de que la madre de Caillie muriera al dar a luz. Y adoraba a todos sus hermanos. Pero... a veces, simplemente deseaba que confiaran más en ella. Podía entender por qué habían intentado controlarla cuando era niña. Probablemente no era lo mejor para una chica de once años cruzar Londres con solo su perro como compañero sin decirle a nadie adónde iba. Pero Caillie siempre se había dejado guiar por sus propios instintos sobre lo que era correcto, incluso si no coincidía con lo que la sociedad consideraba bueno y apropiado.

Especialmente, cuando se trataba de tomar decisiones sobre su propia vida. Worthy parecía entender mejor que sus hermanos por qué Caillie había luchado por aclimatarse al torbellino social de la alta sociedad. Como nunca había querido involucrarse en el mercado matrimonial, había evitado los comportamientos típicos que se esperaban de las debutantes. Aun

así, había recibido más de unas pocas propuestas a lo largo de los años. Ninguno que ella quisiera considerar.

La vida siempre le había parecido demasiado grande para conformarse con una sola decisión tan pronto. Primero quería vivir un poco. Era posible que nunca se casara. Había demasiadas cosas que quería lograr. Demasiado para experimentar.

Como la mejor fiesta de Londres.

Apurando lo último de champán de su copa, se alejó de la ventana. La emoción burbujeó a través de ella una vez más, tan efervescente como el vino espumoso que hormigueaba en su torrente sanguíneo.

Sus pasos eran ligeros por la anticipación y sus pensamientos ya estaban enfocados en la música que podía escuchar proveniente de la puerta de al lado. Desafortunadamente, en su distracción, no se dio cuenta de que otro huésped entraba a la habitación justo cuando ella se iba. Podrían haber chocado allí mismo, en la puerta, si el caballero no hubiera reaccionado rápidamente y se hubiera hecho de repente a un lado para que ella pudiera pasar.

Caillie respiró hondo ante la casi colisión, reuniendo suficiente sentido común para agarrar sus voluminosas faldas y recogerlas para que no derribaran al pobre hombre mientras pasaba volando a su lado. Con una rápida sonrisa de gratitud, ella lo miró a la cara justo cuando se acercaba a él.

Y entonces el tiempo pareció ralentizarse a la velocidad de la miel que gotea de una cuchara.

Su corazón se detuvo.

Unos ojos marrones aterciopelados la miraban desde detrás de una máscara de satén negro. Los labios perfectos de Bishop formaban una sonrisa en una barba completa. Su cabello estaba recogido en una cola desordenada que permitía que mechones libertinos rozaran sus sienes y su dura mandíbula.

Los labios de Caillie se abrieron con otro rápido suspiro. ¿Cómo era posible que pudiera lucir aún más devastador de lo habitual? Vestido completamente de negro, con una capa corta y fluida echada sobre un hombro y una daga de aspecto malvado metida en el cinturón alrededor de sus estrechas caderas, era el epítome de un pícaro peligroso. Un hombre con hambre de aventuras, sin importarle las consecuencias.

Al menos por esta noche, él era su pareja perfecta.

«Mis gracias, señor», murmuró, bajando la voz a propósito a un tono más gutural.

«Milady», dijo a cambio con una inclinación de la cabeza.

Tan pronto como pasó junto a él, el tiempo retomó su ritmo normal, mientras su corazón parecía saltar al doble de tiempo.

Bishop.

¿La había reconocido?

Era poco probable, o la habría agarrado y arrastrado lejos en un instante.

Debería estar agradecida y escabullirse, pero no pudo resistirse a echar otro vistazo antes de entrar a la sala de baile.

Él todavía estaba de pie donde ella lo había dejado. Siguiéndola con una mirada intensa.

Capítulo Dieciséis

Maldito infierno eterno.

No podía respirar.

Antes de que la mujer desapareciera en la habitación contigua, echó una rápida mirada por encima de su hombro desnudo y terso. Era todo menos tímido. Atrevido, consciente, curioso. Pero no tímido.

Tenía que tenerla.

Después de un momento de vacilación que duró menos de medio segundo, se giró para seguirla. Todo dentro de él chispeó y chisporroteó con anticipación.

La sala de baile estaba abarrotada, calurosa y llena de juerga. Este no era un salón de baile de la alta sociedad. La música era demasiado alta, los movimientos demasiado libres y los bailarines se abrazaban demasiado cerca.

A pesar de la multitud en constante movimiento, la vio fácilmente. Incluso si la increíble altura de su peluca empolvada no sobresaliera sobre todos y su disfraz no fuera una elaborada mezcla de encaje, volantes y satén reluciente abrazando un corpiño demasiado ajustado, él la habría visto. De hecho, juró que ella era la única persona en la habitación.

Posiblemente sintiendo su persecución, miró hacia atrás. Al captar su intensa mirada, ella soltó una risa ronca y ondulante que se dirigió directamente a su pene antes de levantarse las faldas para correr imprudentemente entre los bailarines que bailaban.

Alargó la zancada y se abrió paso entre la multitud de invitados como si estuvieran hechos de niebla. La alcanzó en el extremo más alejado de la pista de baile y pasó un brazo alrededor de su cintura encorsetada para detener su imprudente huida. Su grito de asombro se convirtió dulcemente en una risa de deleite cuando él la hizo girar y la atrajo al vals. Agarrándose con fuerza a sus hombros, ella siguió su paso perfecto, alineando su cálido cuerpo con el de él, igualando su ritmo, *siguiendo* su ejemplo en lugar de resistirse a cada paso.

«Señor», exclamó ella, mirándolo a través de las rendijas de su máscara. «Se atreve mucho al reclamar un baile sin permiso. ¿Y si ya me hubiera prometido a otro?».

«No habrá nadie más que yo para usted esta noche», respondió fácilmente.

Sus ojos se abrieron y una risa, plena y rica, escapó de su garganta. «¿Es eso así? Tiene mucha confianza».

Bishop bajó la cabeza junto a la de ella para inhalar profundamente su aroma sensual y doloroso. «Con razón», respondió con un susurro.

Ella se tensó sutilmente en sus brazos y cuando él levantó la cabeza para mirar sus ojos insondables, reconoció lo jodidamente perdido que estaba. Porque ese pequeño atisbo de incertidumbre en su mirada casi lo deshace. Pero luego desapareció, reemplazado por un coraje imprudente cuando sus ojos brillaron con fuego, reflejando el brillo dorado de la lámpara de araña sobre ellos.

Una sonrisa asomó a su boca, atrayendo su mirada hacia ese pequeño y travieso parche de belleza en forma de corazón pegado sobre la comisura de su labio. De repente le dolió el deseo de golpear con la lengua ese pequeño y descarado corazón y tuvo que apretar los dientes para resistir la tentación, obligando a apartar la mirada de su boca. Desafortunadamente, su atención se centró en la curvatura de su pecho, donde presionaba firmemente contra el de él. La fuerza de su corsé empujó las pálidas olas hasta convertirlas en exuberantes cojines que le hicieron agua la

boca. Y allí, en la curva interna de su seno derecho, había colocado otro pequeño parche en forma de corazón.

Santo maldito infierno.

Perdido y condenado.

«¿Cuáles son sus intenciones, señor?», preguntó en tono atrevido, recordando que su atención volviera a su rostro y a la máscara de seda rosa que protegía gran parte de sus rasgos. «Sospecho que podría ser un ladrón desmedido, dispuesto a atacar a inocentes e incautas».

Bishop, sonrió por una vez ansioso de seguir el juego... de convertirse en otra persona por esa noche. Alguien que reclamaría una mujer como esta como algo que le correspondía. «Un hombre a menudo debe sobrevivir gracias a las habilidades que se le han otorgado, milady. Y resulta que soy muy bueno robando».

«No tengo ninguna duda de eso». Su voz bajó a un susurro gutural que le provocó cosas peligrosas. «¿Debería preocuparme por mis joyas? ¿O mi virtud?».

Él apretó la mandíbula. Había tantas cosas que *debería* decir. Pero solo una cosa *quería* decir.

Al notar su repentina tensión, soltó una risita. «¿Lo he ofendido? ¿Un bandido con conciencia? Qué novedoso».

Sacudiendo la cabeza, murmuró, «no lo entiende, amor. No es mi conciencia contra la que lucho esta noche».

«Y entonces, ¿qué es?», preguntó, sus ojos buscando los de él. «¿Qué le impide tomar lo que desea?».

En lugar de responder, Bishop apretó su brazo alrededor de su cintura y la hizo girar en un círculo cerrado, levantándola del suelo. Sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello mientras se aferraba a él. El deleite brilló en su rostro y la alegría pura se reflejó en su mirada. Su risa fue libre y sin filtro. Dulce, sensual y plena.

«¿Quién dice que no?», susurró él acercando su boca a su oreja.

El vals llegó a su fin demasiado rápido, dejándolos a ambos ligeramente sin aliento cuando se detuvieron en medio de la pista.

Cuando ella retrocedió, colocando sus manos sobre sus hombros, él automáticamente aflojó su agarre y dejó caer sus manos hasta su pequeña cintura.

Inclinando la cabeza, ella lo miró. Aunque su sonrisa era audaz y sensual, había una sombra creciente en sus ojos. «Ha robado el baile, señor. ¿Eso es todo lo que quiere de mí entonces?».

Las manos de Bishop apretaron su cintura. «Ni de cerca, milady», respondió con sinceridad. «Tendría todo de usted. Cada centímetro de piel tersa y suave. Cada suspiro, cada murmullo y cada risa suave de sus labios». Bajó la voz, el tono se volvió más espeso con su deseo. Su hambre. Su necesidad por esta mujer. «Quiero cada escalofrío de su cuerpo. Cada respuesta de hormigueo. Cada gemido y jadeo de su placer. Quiero todo lo que considere oportuno darme».

Aunque su respiración se aceleraba entre sus labios entreabiertos con cada palabra que él decía y el negro de sus pupilas se expandía en su mirada inquisitiva, Bishop también notó la tensión que lentamente se apoderaba de su cuerpo.

«¿Quiere todo eso?», preguntó suavemente, con un hilo de algo oscuro y pesado en su voz, «¿aunque apenas me conoce? ¿Le diría lo mismo a alguna de las damas aquí presentes? ¿Comparte su deseo tan fácilmente?».

Bishop bajó la barbilla hasta que su boca se cernió sobre la de ella. Hizo una pausa para

inhalar su aroma y luego apretó los dientes contra todo lo que le hacía sentir. Mirándolo a los ojos, susurró. «Te conozco. Y nada de lo que siento por ti es fácil».

Su cálido suspiro flotó en sus labios. Sus pestañas revolotearon sobre su mirada y luego se levantaron repentinamente mientras lo miraba a los ojos. Había comenzado otra canción y, aunque el baile continuó a su alrededor, permanecieron quietos donde estaban. Centrados solo el uno en el otro.

Cuando ella se apartó, él apretó las manos y sacudió ligeramente la cabeza. «Si corres, simplemente te seguiré».

Como si reconociera la inutilidad de huir, lentamente liberó la tensión que la mantenía rígida bajo sus manos. Inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, ella lo miró desde las pequeñas rendijas de su máscara de seda rosa.

«¿Sabías de inmediato que era yo?».

«Si digo que sí, ¿te decepcionarás terriblemente?».

Ella carraspeó y Bishop sonrió.

«¿Me llevarás con Roderick para que me castiguen por mi tontería y me envíen a casa?».

Pensó por un momento, lanzando una rápida mirada alrededor de la habitación, considerando todo lo que sabía sobre la naturaleza del evento más grandioso del año para el Bentley y la mujer que estaba frente a él.

«¿Y si me ofrezco a ser tu acompañante por la noche?».

«¿Acompañante?», ella se burló. «Quieres decir guardia. Creo que más bien frustra el propósito».

«¿Y cuál es tu propósito esta noche?».

Ella suspiró profundamente, la acción hizo que los exuberantes cojines de sus pechos amenazaran el confinamiento de su corpiño escotado. «No lo entenderías».

«Pruébame», murmuró él.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron, pero ella no dijo nada. No confiaba en él.

Y ese hecho le molestaba mucho más de lo que debería. Su estómago se apretó.

«Quizás, en lugar de ser un obstáculo, podría ser de alguna ayuda», ofreció él, las palabras salieron más fáciles de lo que esperaba.

Hubo un ligero ensanchamiento de sus ojos y una chispa de curiosidad o diversión o ambas se encendieron en sus profundidades. «Mis disculpas, señor. Claramente lo he confundido con otra persona».

Bishop se rió y luego la acercó más. Le encantaba la forma en que se le cortaba el aliento ante el mayor contacto de sus cuerpos y cómo sus manos se apretaban alrededor de sus brazos. Inclinando su cabeza hacia la de ella, comentó en un oscuro susurro, «soy yo, cariño».

Sus pestañas dieron un aleteo apenas perceptible antes de que ella entrecerrara la mirada dramáticamente. «Si creyera en este repentino cambio de carácter, ¿exactamente cómo podrías ayudarme?».

«Bueno», se aclaró la garganta, «suponiendo que estás aquí esta noche con un propósito similar al de la mayoría y reconociendo que *no* necesitas un guardia o un acompañante o incluso una escolta..., me imagino que podría satisfacer las demás necesidades. ¿Fungir como... compañero en la juerga?».

Sus cejas se dispararon hacia arriba y sus labios pintados se abrieron con sorpresa antes de mostrarse en una amplia sonrisa. «¿Ya no eres mi enemigo, ahora eres mi amigo?», preguntó con humor, calentando su tono.

«Nunca fui tu enemigo, Cailleach», respondió en un murmullo espeso, «y nunca

podríamos ser algo tan benigno como amigos».

Hubo un largo momento mientras ella lo miraba a los ojos con la respiración entrecortada y rápida y el pulso acelerado bajo la suave piel de su garganta, en el que Bishop experimentó una profundidad de miedo totalmente irracional de que ella pudiera rechazarlo.

Luego, ella rozó sus labios contra la punta de su lengua y ofreció una media sonrisa rápida. Su voz era tranquila pero segura cuando finalmente respondió.

«Compañeros de juerga, entonces».

Capítulo Diecisiete

Las siguientes dos horas se sintieron como un sueño.

Un sueño salvaje, aventurero, excitante y sensual.

Porque Bishop cumplió su papel a la perfección. Permaneció a su lado, pero no la acosó ni intentó dirigirla. Él bromeó, jugueteó con ella y se comprometió como un verdadero compañero. Animándola en las mesas de juego, sumándose a sus conversaciones con los demás invitados, bailando con ella cuando la música la motivaba.

Y aunque no la abrazó tan íntimamente como lo había hecho durante ese primer vals y no coqueteó con ella ni le habló en ese tono de voz privado y sensual, el recuerdo de él haciéndolo permaneció con detalles tentadores en su mente toda la noche.

Tendría todo de ti. Cada centímetro... cada suspiro, murmullo y risa... cada escalofrío... cada respuesta en estremecimiento. Cada gemido y jadeo. Todo.

Él le había dicho esas cosas. Sabiendo quién era ella.

Él *la* deseaba.

Y seguramente, él ya sabía que ella también lo deseaba. Sin embargo, él no hizo ningún movimiento para reclamarla. Ni siquiera intentó besarla de nuevo.

Y aunque tal cosa podría haberla frustrado, estaba disfrutando demasiado de su fácil compañía.

Sin embargo, mucho más tarde esa noche... cuando finalmente yaciera sola en su cama, bajo el manto de la noche con lo que había sucedido durante la fiesta, recordaría esas palabras y la manera potente y ponderada en que él las había dicho y ella había anhelado su presencia.

Pero por ahora, él estaba a su lado mientras se abrían paso entre la multitud que se había vuelto más ruidosa y festiva con cada victoria en las mesas y con cada ronda de champán entregada por los muchos lacayos presentes.

Caillie no había visto a ninguna de sus amigas del ala oeste desde hacía algún tiempo, la última había sido Selena, que había pasado del brazo de un duque recién nombrado, obviamente regresando hacia el ala oeste. Ella había levantado las cejas al ver a Caillie y Bishop compartiendo una zona de sofás. Pero antes de pasar, la otra mujer le dio a Caillie un rápido guiño que parecía indicar aprobación o incluso aliento.

Aunque sabía que la noche pronto llegaría a su fin, Caillie se resistía a aceptarlo. Nunca lo había admitido en voz alta, pero pasar la fiesta al lado de Bishop sólo había aumentado su disfrute en lugar de disminuirlo como temía.

Desafortunadamente, las horas avanzaban.

«¿Te estoy aburriendo?».

Caillie parpadeó y rápidamente deslizó su mirada hacia Bishop, que estaba a su lado en la mesa donde se jugaba faro.

«¿Qué? Por supuesto que no. ¿Quién se atrevería a aburrirse ante el gran acontecimiento del maldito año?».

«Entonces, ¿por qué se nota tu mirada tan pesada?», preguntó, con una sonrisa burlona dibujada en la comisura de sus labios. «Al menos la cuarta ocasión en el último cuarto de hora».

Antes de que pudiera detenerse, Caillie suspiró de nuevo, provocando una profunda risa en su compañero de juerga. Ella le dio un golpe juguetón en el brazo.

«Porque a diferencia de ti», respondió ella, «mi noche expira al amanecer. Debo regresar

a casa antes de que se levanten los sirvientes. Incluso si logro escabullirme de ellos, como lo he hecho a menudo en el pasado, Worthy se levantará poco después del amanecer para atender al joven Fergus y evitarla no es una tarea fácil».

Las cejas de Bishop se arquearon. «¿Cuánto tiempo te queda entonces?».

«Cerca de una hora, supongo».

«Lo aprovecharemos al máximo», dijo, agarrando su mano para meterla en la curva de su codo mientras los alejaba de la mesa de faro. «¿Qué le apetece, milady?».

Aunque sabía que sus palabras no tenían ninguna intención sensual, Caillie no pudo evitar imaginar que sí la tenían y sus entrañas se derritieron de anhelo. Pasar la velada con él había sido tanto un tormento como un placer. Sus sonrisas arrogantes y miradas juguetonas y los breves roces de su hombro o el rápido apretón de su mano o la palabra susurrada dirigida solo a ella habían contribuido a una sensación de intimidad entre ellos. Una sensación de que eran solo ellos dos en un mundo propio a pesar de estar constantemente rodeados por docenas de reveladores ruidosos.

Forzando una amplia sonrisa en sus labios, Caillie miró a su alrededor. Todavía no había jugado al piquet, pero tal vez quisiera aprovechar la oportunidad para otro baile. Si lograba arrastrarlo a otro vals, al menos terminaría la noche en sus brazos.

Mientras se tomaba un momento para considerar sus opciones, Bishop se tensó abruptamente y una maldición se deslizó de sus labios. Ella lo habría mirado interrogativamente, pero antes de que pudiera, vio lo que había inspirado su repentino malestar.

Roderick.

Su mirada azul intensa y su paso directo dirigiéndose directamente hacia ellos.

Se las habían arreglado para evitar a su hermano durante toda la noche, desviándose de su camino y ocasionalmente fundiéndose entre una gran multitud a su paso. Pero estaba claro que esta vez no lograrían evitarlo.

«Lo distraeré», logró murmurar Bishop justo antes de que Roderick los alcanzara.

«Finalmente te atrapé», dijo su hermano con una sonrisa deslumbrante. Afortunadamente, su atención estaba en Bishop, lo que le permitió a Caillie dar unos pasos hacia atrás y hacia un lado para quedar parcialmente oculta detrás de los anchos hombros de Bishop.

«Solo estoy probando tus mesas, amigo», respondió Bishop con un amplio gesto hacia los juegos. Tan pronto como la mirada de Roderick se desvió hacia un lado, Caillie se dio la vuelta y comenzó a abrirse paso suavemente entre la multitud en la dirección opuesta mientras Bishop decía detrás de ella, «no pensaste que desperdiciaría la oportunidad de experimentar este gran evento como un invitado, ¿verdad?».

«Ahora eres miembro de pleno derecho, Bishop. Puedes disfrutar de los juegos cuando quieras».

Aunque sus amplias faldas de aro hacían que su avance fuera un poco engorroso, Caillie pronto pudo entrar en un área menos concurrida del salón. Una rápida mirada detrás de ella mostraba que Bishop todavía estaba conversando con Roderick y de alguna manera había logrado girar a su hermano para que mirara en la dirección opuesta.

Aunque odiaba la idea de marcharse tan temprano y tan repentinamente, Caillie reconocía que se había acercado demasiado a ser descubierta y que probablemente, esta noche no debería tentar más al destino. De mala gana se dirigió hacia la salida principal, pero la repentina aparición del Sr. Metcalf, el gerente de Roderick, la obligó a dar un cambio rápido de dirección y un nuevo plan de escape. En lugar de abandonar el club, tendría que retirarse escaleras arriba hasta poder escabullirse por el edificio sin ser vista.

Estaba a medio camino de la escalera privada que la llevaría al segundo nivel y a un pasillo que conducía directamente a su dormitorio cuando recordó que ya no era *su* habitación.

Maldición.

Lamentablemente, ya no había otra alternativa. Con suerte, Bishop no maldeciría su presencia en su dormitorio por un tiempo tan corto y necesario.

Como la escalera y el pasillo estaban estrictamente prohibidos para los invitados y todos los miembros del personal disponibles estaban concentrados en atender a la fiesta en el piso de abajo, Caillie se dirigió al dormitorio cerca del ala oeste sin más problemas ni intervención.

Una vez que ingresó al santuario conocido con la puerta cerrada firmemente detrás de ella, cerró las cortinas y encendió un par de velas para no golpearse las espinillas contra los muebles mientras se movía.

Ahora que su tiempo en la fiesta había terminado oficialmente, una pesadez se instaló lentamente en su interior. Lo mismo ocurrió al final de cada gran momento truncado por obstáculos y limitaciones injustos. Como si toda su excitación y felicidad se hubieran agotado en las últimas horas, empezó a sentirse irritada y un poco triste. Y de repente su disfraz le pareció ridículamente incómodo.

Con un suspiro áspero y quejoso, se quitó la máscara y luego comenzó a soltar los numerosos alfileres que sujetaban la elaborada peluca. Pero pronto se impacientó y terminó por jalar la cosa con los alfileres todavía en su lugar. El dolor punzante en su cuero cabelludo fue una distracción bienvenida de la frustración que se le anudaba en el pecho. Frustración nacida de años de tener que ocultar sus acciones y comportamientos a sus seres queridos. Años de ocultar quién era y quién quería ser.

Después de arrojar la peluca a una silla, se levantó la falda para soltar las ataduras de los aros que tenía debajo. Luego arrinconó a la monstruosa cosa enjaulada de una patada, seguida de sus zapatos de tacón. Le hubiera encantado abrir el vestido y liberar la presión del corsé, pero no podía aflojar los muchos lazos que le cruzaban la espalda sin la ayuda de Neda.

Estaba atrapada en la prenda.

Dejándose caer a los pies de la cama, soltó un suspiro entrecortado.

Su noche favorita del año, que de alguna manera se hizo aún más mágica con la presencia de Bishop, se interrumpió porque se suponía que ni siquiera debía estar allí.

En el silencio oscuro, no pudo evitar que su mente bailara a través de cada recuerdo perfecto de la velada, reviviéndolo todo para evitar que se desvaneciera demasiado rápido ahora que había terminado.

Sus pensamientos se mantuvieron en ese primer vals. La sensación de la gran mano de Bishop en la parte baja de su espalda, abrazándola cerca. Su sonrisa libertina. Sus sugerentes palabras y el tono sensual en el que las dijo. De alguna manera, su deseo se había fortalecido en lugar de suavizado por las horas de fácil compañía que siguieron. Sus burlas, estímulo y falta de juicio. Sus miradas de reojo, sus sonrisas dispuestas y los toques breves y frustrantemente ocasionales.

Sus recuerdos fueron interrumpidos por un suave y apenas perceptible golpe en la puerta, provocando un rápido jadeo en sus labios.

¿Quién sabría que ella estaba allí?

¿Había sido presenciada su huida después de todo?

Se puso tensa. Seguramente, Roderick no...

Otro golpe, solo que un poco más contundente e impaciente.

«Abre la puerta».

Bishop.

Se agarró con fuerza el brocado de seda de sus faldas. Un deseo implacable floreció cálidamente en su bajo vientre, junto con una inesperada llamarada de anticipación y tonta esperanza.

Capítulo Dieciocho

Incapaz de esperar más para obtener permiso, Bishop giró el pomo de la puerta. Estaba desbloqueado. Entró en el dormitorio y cerró la puerta detrás de él. Pero eso fue todo lo que llegó porque verla lo detuvo en seco.

Ella se sentó frente a él, a los pies de la cama, sin la máscara. Tenía las manos enterradas en las voluminosas faldas que caían pesadamente sobre sus piernas ahora que ya no estaban sostenidas por los molestos aros. La elaborada peluca había desaparecido y su rico cabello castaño era un desastre, con partes de él todavía sujetas con alfileres mientras que otra parte caía sobre sus hombros en mechones retorcidos y despeinados. Los parches de belleza permanecían, pero la mayor parte del tinte rojo se había desgastado de sus labios. Su piel estaba ligeramente sonrojada, de un suave y cálido color melocotón rosado a la tenue luz de las velas.

Era asombrosa.

Fresca, feroz y absolutamente impredecible.

No tenía idea de cómo proceder con ella. Nunca la había tenido. Incluso cuando tenía dieciocho años, había sido una gran fuerza. Nunca había conocido a nadie como ella y la intensidad de su atracción hacia ella lo había sacudido hasta lo más profundo. Tanto que había abandonado Londres y la única vida que había conocido.

Pero ahora estaba de regreso. Y su deseo, su anhelo lujurioso por ella, no había hecho más que crecer y profundizarse.

No tenía idea de cuánto tiempo pasó mientras él permanecía allí, en silencio mirándola fijamente, pero finalmente ella respiró hondo e hizo un gesto elegante hacia la habitación.

«Lamento entrometerme. Metcalf bloqueó la salida. Solo pensé en esconderme por unos momentos».

Bishop levantó la mano para detener su explicación divagadora. Una sonrisa apareció en sus labios, pero no logró formarse del todo. «Lo sé. Te vi cambiar de dirección. Está bien».

Ella frunció el ceño suavemente e inclinó la cabeza. «¿Sabías que estaría aquí y viniste de todos modos?».

Él se rió entre dientes. «No tengo exactamente la costumbre de llamar a mi puerta cuando creo que la habitación está desocupada».

«Claro», se rió en voz baja, sonriendo. «Claro».

Una chispa de lujuria lo atravesó bruscamente. Se había quitado la máscara tan pronto como salió de la fiesta y ahora se pasó las manos por el cabello. Estuvo tentado de empezar a caminar de un lado a otro, pero temía alejarse un pie de la puerta por miedo a abalanzarse sobre ella.

La tensión sexual y voraz que se había estado acumulando dentro de él durante toda la noche, con cada risa ronca de ella, cada mirada rica y melosa y el roce accidental de sus faldas, de repente se sintió demasiado pesada y exigente para contenerla dentro de él.

Pero en lugar de tomarla en sus brazos mientras se estiraba para hacerlo, como su cuerpo le exigía, se quedó firmemente pegado a la puerta. Probablemente parecía un poco enojado mientras la miraba a través de la parpadeante luz de las velas, con la mandíbula apretada lo suficientemente fuerte como para dolerle y los brazos tensos a los costados.

Pero ella le devolvió la mirada, sin miedo, con los ojos brillantes, los hombros echados hacia atrás y la columna recta. Luego rodó sus labios contra su lengua, humedeciéndolos antes de

respirar breve y rápidamente.

Su estómago se retorció de deseo.

«¿Bishop?». La voz ronca de su voz baja le atravesó la sangre como una serpiente en llamas. «¿*Por qué* me seguiste a tu habitación?».

Sus palabras fueron tan audaces y valientes. Pero había una vulnerabilidad en sus ojos que nunca había visto. Vulnerabilidad y un anhelo silencioso y casi desesperado.

¿Cómo respondía a semejante pregunta cuando apenas podía expresarla con palabras?

Volvió a pasarse la mano por el pelo, soltándolo aún más, pero no le importó. Su voz era áspera cuando respondió. «Lo último que quiero es hacerte daño, Cailleach».

Hubo una rápida y repentina pausa en el aliento y sus manos se apretaron con más fuerza en la tela de su vestido. Pero su mirada dorada sostuvo la de él. «¿Qué es lo *primero* que quieres?».

El corazón de Bishop latió con fuerza. El deseo y el anhelo corrían por sus venas. Todo lo que pudo lograr fue un murmullo entrecortado como respuesta. «¿No lo sabes?».

«Tú me deseas», susurró ella, pero había un peso tranquilo en su voz. «¿Lo suficiente como para arriesgar la preciada aprobación de Roderick?».

Bishop bajó la barbilla y abrió las manos a los costados. Su respuesta fue un susurro pesado. «Estoy aquí, ¿no?».

Sus ojos se abrieron con deseo e incertidumbre al mismo tiempo. Como si tuviera miedo de creer lo que él decía, pero quisiera desesperadamente hacerlo.

El feroz e innegable impulso de hacerle entender lo intensamente que la deseaba, lo mucho que parecía *necesitarla*, amenazaba con abrumarlo. Pero en ese segundo se dio cuenta de lo asustado que realmente estaba. Miedo de tocarla, de expresar todo lo que había estado negando durante tanto tiempo. Miedo de lastimarla de todos modos.

Aunque Bishop había caminado entre los lores más ricos y los mejores caballeros durante años, nunca lo habrían confundido con uno de ellos. Era un bastardo cockney, criado en un prostíbulo de mala muerte y educado en la calle.

Y Cailleach… Cailleach merecía mucho más.

Con un sonido áspero y entrecortado, se dejó caer al suelo. Extendiendo una pierna delante de él, plantó la otra bota firmemente en el suelo y apoyó la cabeza contra la puerta. Cerrando los ojos, respiró profundamente. Respiraciones largas y audibles. No tenía idea de lo que se suponía que debían hacer, solo necesitaba un momento. Un momento sin la visión de ella sentada tan orgullosa y hermosa en su cama. Un momento sin su mirada brillante y penetrante mirándolo, tratando de *verlo*, tratando de *conocerlo*.

«¿Bishop?».

Manteniendo la cabeza inclinada hacia atrás, él abrió los ojos.

Ella no se había movido de donde estaba sentada, pero algo había cambiado en ella. Lo sintió más que verlo. Se acercó a él, como una atracción magnética. O como la llama que atrae a la polilla.

Inexorable. Inevitable.

«¿Sabes por qué me fui?». Sus palabras fueron un susurro crudo y entrecortado. Y aunque no dio más detalles, sabía que ella entendería a qué partida se refería.

Ella ladeó la cabeza con una leve sonrisa. «Te aburriste de Londres... y de todos nosotros».

Bishop sacudió lentamente la cabeza. «Tenía miedo».

«¿Miedo?», ella parpadeó sorprendida. «¿De qué?».

Bishop bajó la mirada y luchó por encontrar las palabras adecuadas que no lo hicieran parecer un ingrato desagradecido.

«Me encantaba trabajar aquí. Este lugar era para mí más un hogar que cualquier otra cosa que hubiera sido antes. Pero es imposible interactuar con los miembros de élite del Bentley con tanta frecuencia y no verme obligado a reconocer constantemente que nunca sería uno de ellos».

«¿Y por qué querrías hacerlo?», ella preguntó.

Él se rió entre dientes. «Ese es mi punto. No quería ser como ellos. Y no quería convertirme en una réplica de Roderick». Sacudió rápidamente la cabeza. «No me malinterpretes. Entiendo por qué Roderick fundó su club, por qué quería atacar a la sociedad que lo había rechazado. Pero me di cuenta de que realmente no sabía quién era ni qué quería fuera del Bentley. Tuve que irme para darme cuenta de eso».

Hubo una pausa. Luego, ella preguntó, «¿y lo hiciste?».

Volvió a levantar la vista y la encontró mirándolo con una expresión tranquila y abierta. Totalmente carente de juicio. Su pecho se apretó.

«Tanto como podía esperar».

Ella reconoció su aceptación.

«Pero eso no es lo único que necesitaba descubrir sobre mí mismo», añadió en voz baja.

Había curiosidad en la mirada de ella, pero también compasión y aceptación. «¿Qué más?».

Esto iba a ser mucho más difícil de expresar que la explicación anterior. Pero necesitaba decirlo. Ella se lo merecía. Él *quería* que ella lo supiera. Que lo entendiera.

Respiró hondo. «En lo que respecta a mis experiencias con mujeres, nunca había sentido nada más profundo que el placer de satisfacer la lujuria mutua. Y poco antes de irme, comencé a preguntarme cómo sería... tener más».

«Ya veo», susurró en voz baja. Y aunque su voz y sus modales eran suaves y receptivos, pudo ver cómo sus dedos volvían a apretarse en la tela de su vestido.

¿Estaba celosa al pensar en él con otras mujeres?

Joder, eso esperaba él.

«No lo haces», respondió él sacudiendo la cabeza. «Todavía no», murmuró con voz ronca.

Él no quería, o no podía, decirle que ella había sido la única persona que había inspirado su deseo de una conexión más profunda... y el anhelo de satisfacción tanto emocional como sexual. *Ella* había sido el catalizador singular e innegable de un anhelo diferente a todo lo que había experimentado antes. Lo había sacudido hasta lo más profundo.

Todavía lo hacía.

Pero él no podía decirle eso.

Ella se inclinó ligeramente hacia adelante y sus ojos se oscurecieron con su silenciosa súplica. «Entonces ayúdame a entenderlo».

Esta vez no apartó la mirada de ella mientras le explicaba. «Sabía que, si alguna vez quería tener algo *más*, así como tenía que descubrir quién era sin el Bentley, también tenía que aprender quién era sin... mujeres».

Capítulo Diecinueve

Bishop vio el momento exacto en que ella lo entendió. Sus ojos se abrieron y sus labios se despegaron en una suave y rápida inhalación. Y luego, como era Cailleach, lo dijo en voz alta. «Te has mantenido célibe. ¿Durante cinco años?».

Bishop sonrió ante la sorpresa en su voz y asintió.

«Maldito infierno», susurró ella.

«Maldito infierno», murmuró él con todo el peso de su tormento actual.

«¿Es por eso que… me alejaste?».

Él asintió de nuevo y, aunque era cierto, no era toda la verdad. La mejor respuesta a por qué se había estado resistiendo a la atracción entre ellos era porque todavía tenía miedo.

No es que fuera incapaz de experimentar todo lo que imaginaba con ella.

Pero aún más aterrador... que una vez que lo hiciera, podría ser demasiado. Demasiado intenso. Demasiado maravilloso. Demasiado profundo para que él pudiera manejarlo. Y que en su debilidad pudiera terminar destruyendo algo precioso.

Por eso, nunca se lo perdonaría.

Sería mucho más seguro no correr nunca el riesgo.

«Así que, aunque me deseas», preguntó en un murmullo sensual, «tal vez incluso tanto como yo te deseo a ti… ¿no me aceptarás? ¿Nunca?».

El anhelo sensual en su voz provocó un fuerte gemido en la garganta de Bishop. Dejó caer la cabeza contra la puerta y volvió a cerrar los ojos. «Daría mi puta vida por tenerte. Tan solo una vez». Tragó fuerte y respiró hondo. «Pero no quiero...». Las palabras se interrumpieron cuando mantuvo los ojos hasta una fina rendija y la miró oscuramente sentada tan tensa y sin aliento en su cama. «*No puedo* cometer ningún error».

Por el ceño fruncido estaba claro que todavía no lo entendía del todo.

También estaba igualmente claro que su deseo había aumentado continuamente durante la conversación. Su piel estaba aún más sonrojada. Sus ojos eran brillantes y ensombrecidos al mismo tiempo. Y sus nudillos se pusieron blancos por la tensión de sus puños. Ella vibraba bastante de deseo.

Y confusión.

«¿Qué puedo hacer?». Su voz era suave e implorante. «Por favor, Bishop… puedes decirme qué hacer».

Todo su cuerpo tembló y chispeó con la implicación de sus palabras, el calor entrecortado en ellas. El anhelo y la necesidad. La incertidumbre y el hambre.

Ni siquiera se dio cuenta de cuán marcadamente su súplica contradecía todo lo que le había declarado desde el momento en que se encontraron a su regreso. Por primera vez, estaba dispuesta a ponerse en sus manos y a aceptar su guía y dirección.

No desperdiciaría tal regalo.

«Levántate las faldas», murmuró él con el corazón latiéndole con tanta fuerza que era casi todo lo que podía oír.

Ella parpadeó, posiblemente sorprendida, pero tal vez no porque no dudó en hacer exactamente lo que él le indicó. Centímetro a centímetro, se subió la falda a lo largo de los muslos, juntando la tela sobre su regazo mientras primero sus pies quedaban expuestos, sin zapatos y con una forma perfecta, luego los hermosos huesos de sus tobillos y luego las curvas

de sus pantorrillas. Solo se detuvo cuando el dobladillo le llegó a las rodillas.

«Más alto», logró decir con brusquedad. Su voz ni siquiera sonaba como la suya. Era más oscura, más pesada.

Observaba, fascinado, cómo las faldas se subían un centímetro más, luego otro y otro más. Lentamente revelando más de sus elegantes miembros, enfundados en finas medias de seda rosa pálido. Hasta que se revelaron los bordes superiores de sus ligas de color rojo brillante.

El corazón de Bishop dio un vuelco y su pene se endureció hasta convertirse en piedra.

Era el rojo. Tan atrevido y descaradamente sensual contra las medias pálidas y la piel dorada y cremosa de sus muslos desnudos. Apretando los dientes mientras su miembro palpitaba, dirigió su mirada hacia la de ella.

La mujer audaz e intrépida le devolvió la mirada. Su concentración era directa y constante, aunque su respiración salía rápida y errática de entre sus labios entreabiertos.

Esos malditos labios celestiales. Plenos, dulces y exuberantes. Labios que inspiraban deseos pecaminosos y decadentes. Una dolorosa sacudida de necesidad recorrió su cuerpo.

Bishop apoyó las palmas de las manos en el suelo, luchando contra el impulso de saltar hacia ella.

«Más alto», ordenó, con voz áspera.

Sus faldas se levantaron esos últimos centímetros, exponiendo la longitud de sus muslos mientras mantenía esa parte más íntima de ella oculta a su mirada. Aun así, la visión de sus extremidades desnudas fue casi suficiente para detenerle el aliento.

Pero entonces ella hizo algo que él no podría haber anticipado, para lo que no podría haberse preparado incluso si lo hubiera esperado.

Despacio. Deliberadamente. Ella separó sus piernas.

Su corazón dio un vuelco, su estómago se apretó y su pene se endureció hasta un punto doloroso.

«*Maldita sea*, Cailleach», gimió él, «¿estás tratando de matarme?».

Hizo una pausa con las rodillas separadas a no más de diez centímetros. «¿Debo detenerme?», preguntó ella. El tono ronco y sensual de su voz era una de las cosas más eróticas que jamás había oído.

«No te atrevas», amenazó él.

Ella mostró una sonrisa que se dirigió directamente a su pecho antes de abrir más las piernas. Luego aún más todavía. Abriéndose para él. Hasta que lo único que mantuvo su sexo fuera de su vista fue la sombra de sus faldas arrugadas.

Bishop forzó su mirada a encontrarse con la de ella.

Debería detener esto ahora.

No había manera en el infierno de que fuera a hacerlo. Pero tal vez... podría resistirse a tocarla. Quizá podría mantenerse estático contra la puerta... a un par de metros de distancia. Tal vez…

«¿Alguna vez te has tocado? ¿Entre tus piernas?», preguntó en un murmullo bajo, tragando más allá del ardor en su garganta.

Sosteniendo su mirada, ella asintió y su corazón amenazó con salirse del pecho.

«Muéstrame».

La orden fue apenas audible en su tono brusco, pero ella la entendió claramente. Con el labio inferior atrapado entre sus dientes blancos y uniformes, colocó una mano delgada sobre su rodilla. Manteniéndolo cautivo con sus brillantes ojos dorados, deslizó sus dedos suavemente por el interior de su muslo, más allá de la liga roja, para hurgar debajo del borde de su falda.

Cuando una suave señal se deslizó de sus labios y sus pestañas temblaron, Bishop gimió.

«¿Tu carne femenina está suave e hinchada?».

Ella asintió.

«¿Estás mojada y dolorida?».

Un suave gemido se atascó en su garganta y asintió de nuevo.

Bishop se obligó a formular la siguiente pregunta, aunque temía que la respuesta pudiera destruirlo. «¿Sabes cómo lograr la liberación?».

Aunque un tono rosado coloreó sus mejillas y se extendió por su pecho, no hubo vergüenza en su respuesta. «Sí».

Apretó los dientes posteriores y se obligó a respirar por la nariz. El aroma de las rosas se mezcló con el aroma de su excitación y el gemido que escapó de su garganta fue casi un gruñido.

Bajando su atención al lugar donde su mano hacía movimientos sutiles entre sus muslos, se dio cuenta de que, en toda su preocupación por lastimarla, no había reconocido con qué facilidad esta mujer podía destruirlo por completo. Ya casi lo había hecho sin siquiera intentarlo. Si alguna vez descubría todo el alcance de su poder sobre él, estaría perdido para siempre.

«¿Podrías mostrarme cómo te das placer, Cailleach?».

Contuvo el aliento antes de que la respuesta se deslizara de su garganta en un suspiro sensual. «Sí».

Capítulo Veinte

Caillie no tenía idea de cómo no se había incendiado solo por la mirada de sus ojos. Oscuros y muy abiertos con una posesividad que era casi aterradora.

Cada vez que él hablaba, la naturaleza áspera y gruñona de su voz traía otra ráfaga de calor líquido a su sexo. Haciéndola temblar con una poderosa necesidad como nunca había experimentado. Y en lo más profundo de su interior, creció un vacío que amenazaba con consumirla.

Él no la había tocado desde que había llegado a esta habitación, pero ella lo sentía en cada centímetro de su piel. Todo su cuerpo se sentía preparado y esperando su siguiente orden. Ella era suya para reclamarla si simplemente la alcanzaba.

Dios, cómo deseaba que él la alcanzara.

Pero ahora comprendía que él no podía. O no lo haría.

De cualquier manera, la situación era la misma. Podía ser que nunca lo tuviera como quería. Pero ella podría tener esto.

Deslizando su dedo medio a lo largo de los sedosos pliegues de su sexo, mantuvo su mirada absorta en él. Aunque sus párpados se volvieron pesados cuando la sensación atravesó sus nervios, quería verlo mirándola. Necesitaba compartir esto con él de alguna manera, si no de la manera que realmente deseaba, que era *su* mano entre sus piernas. *Sus* dedos bailando sobre su carne. *Su* caricia experta le brindó el placer que hormigueó en su torrente sanguíneo.

Su mirada se centró intensamente en sus movimientos. Sabía que él no podía ver lo que estaba haciendo, pero ¿se lo estaría imaginando?

Por lo general, comenzaba lentamente cuando se tocaba. Ella disfrutaba la exploración. Descubriendo las reacciones de su cuerpo. Conociendo lo que le gustaba. Pero esta noche la lentitud parecía imposible. Podría haber pensado que darse placer bajo la mirada de otra persona sería difícil, pero no con Bishop. Su deseo fue amplificado mil veces por el hombre que la miraba. Su cuerpo ya estaba temblando. Una fina capa de sudor le humedeció la nuca y un rubor cubrió su piel.

Cuando rodeó su clítoris con la yema del dedo, la oleada de sensaciones la hizo respirar rápidamente. El sonido pareció afectarlo, haciendo que los músculos de su mandíbula se pusieran rígidos y tensaran y sus fosas nasales se dilataran con inhalaciones profundas. Todo su cuerpo estaba tenso y alerta. Su espalda estaba firmemente pegada a la puerta y sus manos apretadas hacia el suelo, como si estuviera desesperadamente manteniéndose en su lugar.

Tenía todo el aspecto del pícaro decadente y ella no pudo evitar empaparse de su visión. La ferocidad de su mirada mientras escudriñaba entre sus piernas. El poder de su forma y la fuerza en sus extremidades mientras se mantenía a distancia. El duro plano de su pecho y la firmeza de sus muslos. La innegable cresta de su erección presionando contra el cuero negro de sus pantalones.

Una vez que los ojos de ella se posaron en esa parte de él, no pudo apartar la mirada.

Era largo y grueso, la forma de su pene eróticamente evidente cuando se inclinaba hacia su cadera. Y mientras lo miraba fijamente, pareció crecer aún más.

De repente ella quiso desesperadamente ir hacia él. Arrastrarse encima de él para sentarse a horcajadas sobre su regazo y sentir esa dureza contra su carne resbaladiza y ardiente.

«Cailleach».

Su nombre en su lengua, en esos tonos texturizados y torturados, fue una dura advertencia y una promesa sensual al mismo tiempo.

Levantó la mirada. Y se le quedó el aliento en la garganta.

La lujuria en sus ojos. El hambre brutal. La necesidad infinita. Se encontró y coincidió con el suyo.

Fue tan intenso que todo en ella se detuvo. La expansión de sus pulmones, el latido de su corazón y, ciertamente, el suave acariciar de sus dedos a lo largo de su sexo.

Eso no pareció agradarle en absoluto.

Echando un vistazo a sus muslos abiertos, hizo un sonido bajo y retumbante que tensó su bajo vientre antes de levantar su mirada hacia la de ella.

«No has terminado», murmuró él con palabras espesas y fuertes.

«Yo…», su lengua se retorció en su boca. Por primera vez en su vida, parecía no poder encontrar las palabras para expresar lo que estaba pensando. Lo que ella estaba sintiendo. Necesitando.

Su mirada volvió a caer en su pene erecto.

La verdad era que fácilmente podría encontrar su liberación. Ya estaba tan cerca. El brillo en sus ojos, el deseo en su hermosa y pecaminosa voz… el solo hecho de saber que él estaba encontrando algo de placer al mirarla hizo que su propio placer fuera mucho más agudo.

Pero ella quería más. Ella lo deseaba. Todo él.

Su mirada era oscura; su rostro era una máscara brutal de tensión y lujuria. Mirándola a los ojos, sin ocultar nada, revelando todo en su mirada, deslizó su dedo por su sexo en un movimiento exuberante y lánguido. Un suave gemido escapó de sus labios.

El sonido pareció impulsarlo a la acción. Hizo otro sonido brusco y cambió su peso, levantándose del suelo para lanzarse hacia adelante sobre sus manos y rodillas.

La respiración de Caillie se detuvo por completo mientras él avanzaba lentamente hacia ella. Nunca había visto algo tan hermoso, tan magistral, elegante y absolutamente seductor. Era un depredador y un suplicante al mismo tiempo. Ella, a la vez su amante y su presa.

Sosteniendo su mirada, se deslizó entre sus muslos abiertos. Levantándose hasta que estuvieron cara a cara, envolvió sus cálidas manos alrededor de sus piernas, justo por encima de sus rodillas. El poder, el calor y la sensualidad emanaban de él mientras deslizaba las manos por la parte exterior de sus muslos, deteniéndose para pasar los pulgares por la seda roja de sus ligas.

Su inhalación entrecortada fue seguida por una señal de respiración. «Bishop».

Gruesos mechones de cabello que se habían soltado de su cola cayeron contra sus pómulos angulosos mientras bajaba la cabeza. Respirando profundamente, pareció empaparse de su aroma.

«Te necesito, Cailleach», murmuró. «Pensé que ayudaría a poner la mitad del mundo entre nosotros. Pensé que olvidaría cómo olías… cómo se sentían tus labios debajo de los míos. Tal vez debería haber intentado borrar tu recuerdo pasando mi lujuria entre los muslos de innumerables otras mujeres».

Caillie se puso rígida; la idea de que él hiciera el amor con otra persona suponía un doloroso impacto para su excitación.

Su voz bajó a un gruñido. «Pero no pude. La sola idea de disfrutar con alguien más me deja de excitar». Él apoyó su frente contra la de ella y sus ojos oscuros y atormentados miraron los de ella mientras confesaba. «Ha pasado tanto tiempo, Cailleach. Tanto tiempo que anhelaba el aroma de las rosas mientras me acariciaba. Tanto tiempo que soñé con cómo te verías en mi cama. Cómo sonarías». Bajó la voz. «A qué sabrías».

Su corazón palpitó entrecortado ante el hambre en sus ojos.

«No voy a esperar ni un puto segundo más». Él metió una mano debajo de sus faldas para agarrar su muñeca. Levantando su mano, presionó su pulgar en el centro de su palma mientras deslizaba su dedo medio en su boca.

El calor y la suavidad aterciopelada de sus labios y lengua mientras giraban alrededor de su dedo, lamiendo y chupando su esencia, lanzaba ondas de placer a través de su cuerpo.

Su ronco gemido fue respondido por el de él, más pesado y profundo.

Sacando lentamente el dedo de su boca, él sacudió la cabeza.

«Necesito más. Me muero por deslizar mi lengua entre tus suaves pliegues y chuparte hasta que estés temblando de placer. Déjame besar tu dulce coño hasta que te corras».

«Maldita sea», susurró ella, con la garganta apretada y el corazón acelerado. Su cuerpo zumbaba con anticipación. Un calor resbaladizo y fundido inundó su interior.

Sus manos temblaban con la fuerza de su pasión suspendida mientras las levantaba para enmarcar su rostro. La textura de su barba era suave y erizada contra sus palmas y los músculos de la mandíbula debajo estaban ferozmente tensos.

Sus manos volvieron a apretar sus muslos, lo suficientemente fuerte como para causar dolor, pero fue una sensación con la que ella se deleitó. Significaba que no la iba a dejar ir fácilmente.

«No quiero que hagas nada de lo que te arrepientas», susurró él sin aliento, mirando sus ojos casi negros por el misterio y la necesidad primaria.

El sonido que hizo fue apenas humano. Sus ojos brillaron. «El arrepentimiento es lo más alejado de mi mente. Déjame complacerte», gruñó él.

No sabía por qué había decidido poner fin a su abstinencia ahora. Pero ella no iba a cuestionarlo más.

«Esto primero», murmuró, luego presionó su boca abierta contra la de él, pasando la lengua por sus hermosos labios para saborear la riqueza decadente del interior. Cuando su lengua se lanzó y se retorció contra la de ella con una demanda feroz y voraz, ella gimió. Aunque ella había aceptado el beso, él fácilmente se apoderó de *ella*. Su lengua reclamó cada aliento de su pasión, saboreó cada anhelo secreto y, aún así, insistió en más.

Con un sonido áspero, empujó sus manos más arriba debajo de sus faldas para agarrar sus caderas. Sus dedos se clavaron en la suavidad de sus nalgas mientras la empujaba bruscamente hasta el borde de la cama. Luego azotó su lengua con la suya antes de cerrar la boca sobre su labio inferior para meterlo entre sus dientes.

Caillie logró abrir los ojos lo suficiente para ver una luz diabólica parpadear en su mirada antes de que él bajara la cabeza para darle un beso caliente en la curva superior de su pecho, donde había pegado el lunar en forma de corazón. Luego se deslizó entre sus piernas. Sus hombros obligaron a sus rodillas a abrirse más mientras agarraba sus faldas y las empujaba contra su vientre.

Apenas tuvo oportunidad de respirar antes de que su boca estuviera allí. Cubriéndola con un calor sofocante. Encontró su clítoris primero. Cerrando sus labios sobre él en un tirón corto, rápido y escalofriante antes de soltarla para dibujar la longitud de su lengua con atención lenta, saboreando a lo largo de su sexo. El sonido que hizo fue de éxtasis y mando mientras le hacía el amor con una ferocidad que le robó el alma.

Ella volvió a caer sobre la cama. Sus jadeos y gemidos llenaron la habitación, acompañados por los sonidos húmedos y perversos de su beso íntimo y los profundos y retumbantes gruñidos de su placer. Él la consumió. La atormentó. Pidió más de su cuerpo de lo

que creía posible. Nuevas sensaciones. Deliciosos placeres. Anhelo cada vez más profundo.

Sin siquiera darse cuenta, había bajado una mano para entrelazar sus dedos en su cabello, sosteniéndolo contra ella, aunque estaba claro que no iba a ninguna parte. Su otra mano agarró la suya donde se extendía sobre su vientre, manteniendo sus pesadas faldas fuera de su camino.

Su lengua era mágica, trabajaba sobre sus sensibles nervios, profundizaba en su calor y lavaba su carne con caricias aterciopeladas.

El placer la atravesó como una tormenta, su clímax se desarrolló en la tensión de sus músculos y el delicioso remolino en la parte inferior de su vientre. Su respiración era poco más que gemidos jadeantes mientras ese placer se hacía más profundo y más fuerte, apretándose hasta un punto cercano al dolor, preparándose para la liberación. Fue demasiado intenso. Demasiado perfecto. Demasiado. La iba a destruir.

Sus dedos se cerraron en puños en su cabello y él soltó un suave gruñido mientras su mirada se elevaba para encontrarse con la de ella. El hambre cruda y animal que vio allí le dejó sin aliento. Posesión total. Demanda feroz.

Ella no podía escapar. No a su mirada. No a él. Y seguro que no al placer.

La atravesó como un relámpago. Lo suficientemente nítido, repentino y brillante como para iluminar el mundo. Y a pesar de todo, él mantuvo su mirada. Mientras sus labios y lengua se movían implacablemente sobre su sexo, exprimiendo cada gramo de sensación de su cuerpo, su mirada perversa exigía más.

Una rendición total y absoluta.

Su clímax pareció durar una eternidad, pasando a través de ella en ondas impactantes y hormigueantes hasta que finalmente retrocedió casi suavemente hasta las puntas de sus manos y pies. Jadeando entrecortadamente, Caillie se hundió cuando su columna se debilitó y sus muslos comenzaron a temblar.

Y aún así lavó sus delicados y palpitantes pliegues con lamidas de su lengua que se volvieron cada vez más suaves y lentas. Hasta que le dio un beso final y reverente en la suave piel de la parte interna de su muslo.

Luego se levantó de entre sus piernas, se inclinó sobre ella y casi con enojo tomó su rostro entre sus manos para reclamar su boca en un beso vivificante que sabía a su oscura e implacable necesidad y a su propio profundo placer.

Caillie suspiró durante el beso, torciendo su lengua con la de él, tirando de sus labios. De repente sintió como si de alguna manera él pudiera intentar desaparecer como lo había hecho cinco años atrás. El miedo a perderlo antes de tenerlo realmente la impulsó a rodearle el cuello con los brazos con fuerza mientras apretaba los muslos contra sus caderas, uniendo su cuerpo al de ella. Necesitaba reclamarlo, poseerlo como él tan fácilmente la poseía a ella. Pero él se resistió. Sus hombros se tensaron cuando se echó hacia atrás lo suficiente como para murmurar contra sus labios. «Cailleach».

Ella se aferró a él con más fuerza, acercándolo más.

«Cailleach», repitió, su tono era pesado y firme.

Contra cada instinto dentro de ella, ella cesó su beso desesperado, dejando sólo suficiente espacio entre ellos para encontrarse con su mirada.

«Estoy aquí», murmuró. «Estoy aquí y no te dejaré hasta que mis labios hayan tocado cada centímetro de tu cuerpo. Hasta que tu piel quede marcada con mi aliento y bañada con mi lengua. Tengo la intención de arruinarte para cualquier hombre que no sea yo. Su voz se redujo a un crudo susurro. «Te necesito, Cailleach, y quiero malditamente poseerte».

Capítulo Veintiuno

El corazón de Bishop latió con fuerza mientras observaba cómo el agudo destello de pánico se desvanecía de su brillante mirada. Luego, lentamente, ella retiró una mano de su cuello y la deslizó a lo largo de su mandíbula áspera en una caricia tierna y sensual antes de tocar la comisura de su boca con la punta de su dedo.

«He soñado con estos labios», susurró ella, con su atención siguiendo el camino de su caricia a lo largo de la curva de su labio inferior. «Dormido, despierto… me han perseguido». Sus pestañas revolotearon sobre sus ojos, haciendo que su pecho se sacudiera. Luego respiró lentamente y lo miró fijamente. «Bishop».

Su voz era un suspiro. Un murmullo. Un voto y una súplica a la vez.

Se deslizó sobre su piel, levantando el vello de sus brazos y hormigueando en su nuca, antes de sumergirse en lo más profundo de él, donde se acurrucó como un gato frente al hogar, haciéndose un hogar para sí mismo.

En un movimiento rápido, se puso de pie y la levantó con él.

Una risita ronca se deslizó desde su garganta mientras lo agarraba para mantener el equilibrio dentro del firme círculo de sus brazos.

«Necesito que te quites este maldito vestido. Ahora».

Luego sonrió y se quedó inmóvil. Levantando los mechones enredados de su cabello, los sostuvo sobre su cabeza para que él pudiera acceder a las cintas que cruzaban su espalda.

Al observar los cordones anudados con una mirada entrecerrada, Bishop sacó el cuchillo metido en su fajín. Un corte suave tajó las cintas y aflojó el vestido en un instante.

Mientras el traje caía pesadamente al suelo, el grito de sorpresa de Cailleach se mezcló sensualmente con el sonido de la seda deslizándose contra el satén. Otro delicado corte de la hoja soltó los cordones de su corsé, liberándola de su contención para dejarla con nada más que una blusa corta, sus medias claras y esas malditas ligas rojas.

Todavía sosteniendo su cabello sobre su cabeza, se giró para darle una pequeña mirada por encima de su hombro desnudo. El travieso brillo de anticipación en sus ojos se dirigió con seguridad directo a su pene.

Él hizo un sonido profundo en su garganta, mitad necesidad primaria, mitad advertencia, y sus labios se abrieron en una rápida inhalación.

Pero en lugar de inspirar incertidumbre o vacilación, su hambre pareció reforzar su confianza. Soltándose el cabello, se volvió hacia él. Más alfileres cayeron de sus amarres mientras sus pesados mechones marrones caían por su espalda. Después de volver a guardar el cuchillo en su fajín, hundió los dedos en su cabello en busca de los alfileres restantes. Mientras él se concentraba intensamente en su tarea, ella se quedó quieta y segura de sí misma, sus manos recorrieron suavemente sus costados, luego sobre su tenso abdomen y subieron por los firmes planos de su pecho. Por el rabillo de su mirada, pudo verla mirándolo con un brillo sensual en sus ojos y una suave sonrisa curvando su generosa boca.

La casi abrumadora necesidad de levantarla y arrojarla de nuevo sobre la cama para poder sumergirse entre sus delgados muslos y reclamar su lugar en su calor hizo que su cuerpo se tensara hasta convertirse en piedra viva. Apretó y soltó los dientes posteriores, forzando respiraciones lentas y uniformes por la nariz en un esfuerzo por mantener el control. Pero su aroma de rosa almizclero infundió su sangre, nubló su cerebro y amenazó su promesa de ir

despacio y saborear a esta mujer.

Su lucha debe haberse mostrado en su expresión porque sintió sus manos flexionarse y curvarse a sus costados antes de que ella susurrara, «no tenemos que... ir más lejos». Su voz tembló suavemente. «Si prefieres no hacerlo, quiero decir».

Las manos de Bishop se mantuvieron en su cabello y dirigió su mirada bruscamente hacia la de ella. «¿Qué?».

Sus pestañas cayeron brevemente sobre su mirada antes de levantarse nuevamente. «Has evitado esto… por una razón. No podría soportar que te despertaras mañana y desearías... no haberme seguido».

Con un sonido áspero, Bishop entró en ella, presionando su cuerpo contra el de ella desde el pecho hasta las rodillas mientras apretaba los puños en su cabello. Quizás un poco demasiado apretado ya que un grito ahogado escapó de sus labios, pero él no se atrevió a liberarla. En lugar de eso, jaló su cabeza hacia atrás, alargando su garganta y forzando otro suspiro ronco de sus labios.

«¿Aún no te lo he dejado claro?», preguntó con brusquedad. Bajando la cabeza hasta que su boca estuvo casi lo suficientemente cerca de la de ella como para poder saborear su aliento, continuó, «te *necesito*, Cailleach. Y te *tendré*. Pero no con prisas. He esperado demasiado… Hay tantas cosas que quiero hacerte». Se inclinó para pasar la lengua por la curva de su oreja. «Lugares que quiero tocar. Besar. Morder», susurró con voz ronca mientras hundía los dientes en el músculo que descendía desde su hombro hasta su cuello.

Su gemido fue ronco y dulce. Ella dejó caer la cabeza aún más hacia atrás, ofreciéndose, instándolo a explorar más.

«Voy a dejar mi huella en tu cuerpo y alma», murmuró contra su piel. «Para que nunca olvides esta noche... nunca olvides el placer de mi beso o sentirme dentro de ti... a tu alrededor».

Curvando su columna sobre su forma arqueada, deslizó sus labios a lo largo de su clavícula para enterrar su rostro entre sus pechos. Su cálido aroma lo rodeó y él la respiró profundamente, tomándola dentro de sí. Si quería marcarla, también quería *ser* marcado. Cambiado para siempre.

Cuando él cerró la boca sobre la cima de su pecho, ella jadeó y luego soltó una risa entrecortada. Sosteniendo su rostro entre sus manos, ella murmuró, «¿por qué parece que crees que este será nuestro único momento juntos?».

Bishop se puso tenso. Levantando la cabeza, la miro de forma deseosa. «Cailleach, no estoy...».

«¿Destinado a mí?», ella interrumpió con una sonrisa irónica. «Pensé que finalmente habías aceptado que solo yo puedo decidir qué es para mí y qué no».

Su estómago se retorció. ¿Realmente no tenía idea de lo totalmente inadecuado que era él para una mujer como ella? Su suspiro fue pesado y áspero mientras enderezaba la columna y deslizaba las manos a lo largo de su espalda para agarrar su cintura. Reafirmando sus rasgos, estudió su expresión obstinada y ligeramente divertida. No podía ir más lejos a menos que ella entendiera la situación.

«Cailleach, no puede haber futuro entre nosotros». *La hija de un conde y un granuja como él.*

Su suspiro fue más suave que el de él, pero no tenía menos peso. Levantó una mano para acariciarle la mandíbula y luego pasó las yemas de los dedos por los músculos tensos de su cuello hasta el hueco en el centro de su clavícula. Deteniéndose allí, presionó su dedo medio sobre su pulso y miró fijamente su mirada pesada.

«Creo que el futuro se arreglará solo sin que tengamos que destruirlo antes de tiempo». Ella inclinó la cabeza y levantó la comisura de sus labios. «Tal vez deberíamos simplemente disfrutar el uno del otro en el ahora, dure lo que dure, sin tratar de definir los límites de lo que hay entre nosotros».

¿Qué podría decir él a eso? Era tan condenadamente razonable y aun así lo aterrorizaba. Quizá no era a *ella* a quien intentaba proteger poniendo límites a su pasión. ¿Quizá tenía más miedo de sobrevivir a la devastación de perderla después de experimentar finalmente toda la profundidad de su pasión y la suya propia?

Cuando él no respondió, su sonrisa desapareció y un destello de preocupación apareció en su preciosa mirada mientras sacudía suavemente la cabeza. Ella dio un paso hacia él entonces, y sus manos automáticamente apretaron su cintura, atrayéndola contra él aún más completamente, hasta que sus cuerpos estuvieron lo suficientemente cerca como para fundirse el uno en el otro. Luego acercó sus labios a los de él y le susurró, «¿realmente me necesitas, Bishop?».

Su respuesta fue un gruñido bajo que vibró contra su dedo en la base de su garganta.

«Entonces, tómame». Las palabras fueron roncas y dulces. «Si crees que esta noche es todo lo que tendremos, hazme recordarla por el resto de mis días de soledad. Prefiero pasar solo una noche contigo que ninguna».

Ella apenas terminó de hablar antes de que él bajara la cabeza para reclamar su boca con un exigente movimiento de su lengua. Odiaba escuchar esas palabras en sus labios. En su cabeza, parecían inevitables. Pero en su voz encantadora y honesta, estaban cargados de pérdida. Y ahora no quería nada de eso entre ellos.

Su beso fue deliberadamente feroz e intensamente voraz mientras la levantaba en sus manos y la arrojaba de nuevo sobre la cama como había querido hacer antes.

La poseería esta noche. Toda ella. En todos los sentidos. Y no pensaría en el futuro ni en las marcadas diferencias entre ellos. Abrazaría el *ahora*, que solo los contenía a ellos y una pasión que no sería negada.

Pero de pie allí, mirándola mientras ella yacía esperándolo, su mirada deseada y pesada, su cuerpo cubierto nada más que por medias y una camisa delgada, apenas visible, algo apretado con fuerza en su pecho.

Se había acostado con innumerables mujeres antes de abandonar Londres. Algunos de ellos muchas, muchas veces. Coqueteo, seducción, deporte en la cama… No había sido más que diversión alegre y vigorosa. Sin ataduras. Sin compromiso. Solo exploración y placer por puro disfrute. Nunca había querido más que unas pocas horas de diversión física y sus compañeras nunca habían esperado más.

Pero ese beso en la escalera la mañana en que se fue...

En el momento en que tocó por primera vez sus labios con los de Cailleach, supo, como el puto estallido de un cañón, que hacer el amor con ella sería otra cosa. Ese beso había sido todo lo que había sospechado y temido que pudiera ser.

Insistente. Imprevisible. *Transformador*.

Había durado apenas unos segundos, pero lo había cambiado y había pasado los siguientes cinco años tratando de purgarlo de su sistema. E irónicamente, lo único que podría haber funcionado para borrar sus recuerdos de la mujer que nunca podría tener fue lo único que no pudo hacer.

Para él, otras mujeres simplemente habían dejado de existir.

Y ahora, mientras se inclinaba hacia el precipicio de reclamar finalmente exactamente lo que se había negado durante tanto tiempo, se sintió... impaciente, desesperado y

sorprendentemente inexperto.

Había follado mucho, pero nunca había hecho el amor.

La verdad de eso lo puso tenso incluso cuando su corazón latía con fuerza y sus manos temblaban con un deseo abrumador.

Pero luego miró a Cailleach a los ojos, brillantes y misteriosos, y todo se sintió jodidamente bien. Incluso su destello de incertidumbre. O tal vez especialmente eso.

«Bishop».

Su nombre en sus suaves labios era como el canto de una sirena. No había duda en su tono. Sin exigencia ni incertidumbre. Su voz era la de una mujer que sabía lo que quería. Y lo que ella quería era a él.

No podía negarla más de lo que podía detener el latido de su propio corazón.

Capítulo Veintidós

El vientre de Caillie se tensó con un delicioso anhelo y la sensación de que algo desesperadamente fuera de su alcance finalmente se hacía realidad.

Esta noche ella lo tendría. Y mañana... sería mañana.

Su mirada magnética era silenciosa pero feroz cuando colocó una rodilla en la cama y luego se inclinó hacia adelante para apoyar su peso en sus manos plantadas a cada lado de sus piernas. La luz de las velas titiló en su mirada oscura, convirtiéndolo en el depredador una vez más.

Su corazón se aceleró y le faltaba el aire. Los pantalones poco profundos llamaron su atención sobre sus pechos mientras se elevaban bajo la fina tela de su camisa. Tan pronto como su pesada mirada los tocó, sus pezones se elevaron. Él hizo un sonido bajo de agradecimiento, pero continuó examinando su estómago tembloroso hasta la sombra entre sus muslos.

Luego bajó, lentamente, hasta que pudo presionar sus cálidos labios contra su bajo vientre, justo encima de su montículo. Sus piernas se tensaron y se movieron con inquietud. Un suave sonido de angustia se apoderó de su pecho cuando llevó sus manos a sus hombros, en parte para satisfacer una necesidad instintiva de anclarse a él, pero también porque simplemente ansiaba sentir su fuerza y calor bajo sus palmas.

Rozó sus labios de un lado a otro sobre su vientre antes de moverse hacia arriba para reclamar repentinamente la punta de un seno en su boca. Caillie arqueó la espalda. Sensaciones diferentes a todo lo que podría haber imaginado recorrieron su cuerpo. Su jadeo fue fuerte en la oscuridad y su gemido cuando él hizo girar su lengua sobre su pezón vino desde lo más profundo de su ser.

Sus dedos se curvaron en garras, aferrándose a sus hombros mientras intentaba acercarlo más. Quería sentir más de él que solo su maravilloso y decadente beso. Quería su peso, su poder y posesión.

Pero él se mantuvo sobre ella, enjaulándola con su cuerpo mientras la tocaba solo con su boca caliente empapando el suave algodón de su camisa.

Con cada movimiento de su lengua sobre su pecho, cada tirón de sus labios, su desesperación creció hasta que él levantó la cabeza para rozar un beso en sus labios. Su sabor era embriagador, pero la caricia era demasiado suave, demasiado ligera.

Caillie tomó su cabeza entre sus manos y abrió la boca contra la de él para meterle la lengua entre los dientes. Él le devolvió el beso con igual fervor, retorciendo la lengua con habilidad experta y exigiendo sensualidad. Cuando él comenzó a alejarse, ella lo abrazó con más fuerza, pero él deslizó sus labios hasta su oreja para tranquilizarla con un espeso murmullo.

«Acabamos de empezar, cariño. Hay demasiadas cosas que me he imaginado haciéndote y tengo la intención de hacer tantas como sea posible».

«No eres el único que ha estado soñando con esto», jadeó ella, arqueando la espalda en un intento de presionar sus senos contra su amplio pecho.

Levantó la cabeza para mirarlo profundamente a los ojos mientras prometía él, «cuéntame tus sueños y los haré realidad».

Y ella sabía con cada gramo de su ser que él lo haría. Al menos por esta noche.

Respiró profundamente, obligando a sus pulmones a expandirse por completo antes de exhalar de nuevo. Su mirada se deslizó sobre él mientras él se apoyaba sobre manos y rodillas

sobre su cuerpo casi retorciéndose.

Ella volvió a mirarlo. «Tengo una necesidad desesperada de verte. Todo tú», le susurró.

Su sonrisa era lenta, sensual e innegablemente diabólica. «¿Lo deseas ahora?».

Ella emitió un sonido áspero de angustia. «No te burles de mí», suplicó.

Con una cálida risa, retrocedió hacia los pies de la cama y se levantó.

Primero sacó su cuchillo y lo dejó a un lado antes de desenrollar la faja de seda negra que rodeaba sus delgadas caderas.

Caillie se incorporó para mirarlo con fascinación y con una anticipación casi dolorosa.

Luego soltó los lazos de su camisa y agarró el material de su cintura para levantarlo por encima de su cabeza. La perfección esbelta y musculosa que revelaba debajo hizo que Caillie soltara un grito ahogado rápido y atrofiado.

Maldita sea, el hombre era hermoso. En forma y fuerza, con las sombras más hermosas curvándose alrededor de sus hombros y brazos, diseccionando su abdomen y descendiendo en ángulo debajo de la cintura de sus pantalones.

Le tomó un momento darse cuenta de que él había hecho una pausa mientras se desvestía. Ya fuera para darle el largo momento que necesitaba para admirar su fino físico o por alguna otra razón, no lo estaba permitiendo. Levantando su deseo de encontrar su mirada rica y misteriosa, señaló con firmeza, «no ha terminado, Bishop. Deseo verte por completo».

Ladeó la cabeza en un ángulo impertinente. «Eres muy exigente, ¿eh?».

Caillie no se avergonzó. «Cuando sé lo que quiero».

Su lenta sonrisa no era nada menos que pura maldad mientras bajaba la barbilla.

Se quitó las botas y luego agarró la cintura de sus pantalones, bajándolos hasta los tobillos antes de liberarse y patearlos a un lado junto con sus medias.

Luego se puso de pie, erguido, orgulloso y completamente desnudo.

Caillie se mordió con fuerza el labio inferior mientras el mundo giraba a su alrededor en una bruma de deseo y anhelo y la sensación de que su mayor sueño realmente estaba cobrando vida ante sus ojos.

La fuerza de la parte superior de su cuerpo continuaba a través de sus delgadas caderas y sus musculosas piernas. Pero el elemento más sorprendente, inspirador y francamente cautivador de su anatomía sobresalía largo y grueso de su ingle.

Caillie no podía apartar la mirada.

Durante años, había oído a las mujeres del ala oeste lamentar la pérdida de los talentos y dones de Bishop en el dormitorio. Principalmente hablaban de su habilidad y creatividad, pero de vez en cuando murmuraban algo sobre su impresionante tamaño. Pero esos comentarios a menudo iban acompañados de miradas astutas de reojo y un aleteo de pestañas.

Siempre se había preguntado qué tan excepcional debía ser el miembro de un hombre para hacer sonrojar a una prostituta experimentada.

Y ahora lo sabía.

Caillie no necesitaba haber visto ningún ejemplo anterior para comprender que era innegable que Bishop estaba bien dotado. Pero más que eso... era tremendamente hermoso. A pesar de su importante tamaño, había elegancia en la forma y curva de su erección.

Su vientre se agitaba incontrolablemente mientras un doloroso vacío crecía en su interior.

Conocía la mecánica de hacer el amor y más. Pero nunca había contemplado realmente cómo sería tener un amante dentro de ella. Sentir que su cuerpo se volvía parte del suyo. Pero mientras miraba a Bishop, eso era *todo* en lo que podía pensar. La hizo palpitar de deseo incluso mientras su mente luchaba por comprender cómo podría ser posible.

Y luego, mientras ella lo miraba, él se volvió aún más duro, más grueso y más largo. Su pene sobresalía de su firme vientre.

Un suave sonido se deslizó desde su garganta.

«Cailleach».

Sus ojos volvieron a él al oír su nombre susurrado bruscamente. Su rostro era un estudio de tensión lujuriosa. Sus ojos ardían, tenía la mandíbula apretada y las cuerdas musculares de su cuello y brazos se habían vuelto más pronunciadas mientras apretaba las manos en puños feroces.

«Bishop», suspiró en respuesta.

Su voz era tan oscura y penetrante como su mirada. «Tu turno».

#

Ella no dudó ni un momento. Pero cuando ella alcanzó primero sus ligas, él sacudió ferozmente la cabeza. «Deja».

Sus cejas se arquearon y una leve sonrisa apareció en sus labios, pero ella obedeció. Colocándose de rodillas, tomó el dobladillo inferior de su camisa entre sus dedos y levantó la prenda ligera por encima de su cabeza antes de tirarla descuidadamente a un lado.

Su cuerpo era deslumbrante. Literalmente le detuvo la respiración.

Preciosos pechos del tamaño perfecto para sus manos. Hombros elegantes y un torso delgado que se estrechaba hasta las caderas que se ensanchaban suavemente y piernas largas y musculosas.

Entonces se abalanzó sobre ella. Pasando su brazo alrededor de su cintura, la atrajo hacia él mientras los hacía caer a ambos sobre la cama. Sus brazos rodearon sus hombros y su suave risa alivió algo de la agresión en su cuerpo. Acostada debajo de él, sus piernas enredadas con las de él, su vientre acunando el duro calor de su erección, sus suaves pechos aplastados bajo el peso de él y su mirada claro-oscura enfocada intensamente en su rostro, ella era el epítome de cada fantasía que lo había atormentado durante más de cinco largos años.

Sensual, fuerte, atrevida y absolutamente honesta.

No pudo evitar tomarse unos largos momentos para absorber la vista y la sensación de ella, atraerla a la caverna más profunda de su memoria, donde la esencia de este momento quedaría impresa para siempre, marcada y guardada como el más invaluable de los tesoros.

Soltando un gemido entrecortado, acercó sus labios a los de ella.

Con su lengua lanzándose como una llama sedosa dentro de su boca, ella se acomodó debajo de él, arqueando y girando su columna, como si tratara de sentir cada parte de él con cada parte de ella.

Finalmente, levantó las manos para acariciarle la cara. Apoyándose en los codos tomó el control del beso. Suavizándolo y facilitándolo a un ritmo más sensual y seductor. Quería que ella sintiera todo, quería que experimentara toda la pasión, el deseo y el anhelo de unirse en su mayor potencial.

Mientras él deslizaba sus labios hasta su oreja, tirando del suave lóbulo con los dientes, ella soltó una risita suave y gutural. Y cuando movió sus labios a lo largo de su garganta, la risa se convirtió en un gemido entrecortado. Sus brazos rodearon sus hombros, permitiéndole levantarse lo suficiente como para inclinar la cabeza hacia sus hermosos pechos.

Chupaba y bromeaba. Raspó con el borde de sus dientes el pico y la sensible curva inferior antes de calmar ambos con la cálida superficie de su lengua. Él la devoró y la adoró. Hasta que su respiración se hizo corta y superficial entre los labios entreabiertos y sus ojos estuvieron bien cerrados.

Cambiando su peso, se reacomodó entre sus delgados muslos, lo suficientemente bajo como para que su calor sensual permaneciera fuera del alcance de su dolorido pene. Su corazón latía salvajemente y su mano temblaba cuando lentamente se acercó entre ellos.

Ella estaba tan resbaladiza y caliente. Su cuerpo hinchado y sensible por su liberación anterior. En unos momentos, las caricias inquisitivas de sus dedos la hicieron esforzarse y jadear, arqueando la columna y levantando las caderas para reclamar más de su toque. Y cuando deslizó un dedo en su entrada, el gemido que se escapó de sus labios fue rico y bajo.

Todo su cuerpo se tensó ante el sonido, cada nervio vibrando en resonancia con él.

«Bishop», murmuró, en una pesada súplica. «Siento mucha necesidad. No me atormentes».

Añadió un segundo dedo y los giró profundamente dentro de ella, curvándolos detrás de su hueso púbico y luego extendiéndolos para estirar y suavizar su carne interna. Ella jadeó y presionó su rostro contra su cuello, su aliento rápido y cálido contra su piel húmeda.

Retirando su mano de su exuberante y encantador sexo, agarró su miembro y se levantó sobre ella para posicionarse en su entrada. Su humedad sedosa cubrió su punta y apretó sus molares contra la oleada de placer que fluyó a través de él.

Aún no. Se negó a reclamar su liberación hasta que se hubieran unido adecuadamente.

Sujetándose sobre sus antebrazos, observó su rostro y empujó hacia adelante.

Su respiración se detuvo en una rápida inhalación y todo su cuerpo se tensó cuando él intentó abrir una brecha en su estrecho pasaje. Ferozmente, sostuvo su mirada incluso cuando sus muslos se apretaron contra sus caderas y un suave sonido gutural surgió de su garganta.

El corazón de Bishop latía tan fuerte que le llenaba los oídos. Sabía que sería difícil la primera vez, que su tamaño no era fácil de aceptar. Esperaba que ella estuviera lista, pero no tenía experiencia con vírgenes.

«¿Cailleach?», preguntó.

«Estoy bien», susurró rápidamente. «No te detengas».

Pero mientras él avanzaba un poquito más, la luz en sus ojos parpadeó y sus pestañas bajaron para proteger su mirada mientras tensaba la mandíbula.

Se detuvo inmediatamente, un dolor hueco llenó su pecho. Su corona palpitaba insistentemente en su entrada, desesperada por estar dentro de ella. Pero no podía continuar. No si eso le causaba tanto dolor.

Sus ojos se abrieron de golpe. «¿Qué pasa?».

Bishop acunó un lado de su rostro con la mano y pasó el pulgar por la suave curva de su mejilla. El atronador latido de su corazón golpeó con fuerza contra sus costillas y palpitó en su pene, pero se obligó a concentrarse en su mirada inquisitiva.

«No creo que pueda hacer esto», susurró bruscamente, su voz cargada de lujuria y miedo negados. «No sé cómo evitar hacerte daño».

Ella sacudió vigorosamente la cabeza y apretó sus brazos alrededor de él. Su expresión era feroz. «No puedes parar, Bishop. Este dolor es momentáneo y te juro que prefiero morir antes que soportar tu pérdida ahora mismo».

Bishop quiso sonreír ante la valentía de sus palabras, pero las sintió con demasiada intensidad. En cambio, le dio un suave beso en los labios. «Te juro que haré que valga la pena».

«Ya lo es», le aseguró.

Tomando su boca en un beso profundo, sensual y embriagador, tensó las nalgas y siguió adelante. Su alma casi abandonó su cuerpo a medida que iba entrando poco a poco. La suavidad, el calor y la tensión de su cuerpo lo absorbieron poco a poco. Estirándose para adaptarse a su

circunferencia. Pero mientras el sudor corría por el hueco de su columna y goteaba desde sus sienes hasta sus pechos, pudo ver su malestar y su determinación de soportarlo.

Mierda. Esto no estaba funcionando.

Haciendo una pausa, deslizó una mano debajo de sus nalgas y la otra debajo de su cabeza. Luego la besó con cada gota del deseo que había negado, cada gramo de su pasión reprimida, cada último fragmento de la emoción que lo recorría y que se negaba a nombrar. Hasta que sus brazos lo rodearon con más fuerza y sus rodillas se alzaron contra sus caderas.

Luego retiró lo poco que había trabajado dentro de ella hasta que su punta apenas besó su sexo húmedo. Mientras ella respiraba profundamente y le preguntaba en silencio, él le dio unas cuantas caricias cortas y luego un último empujón contundente, reclamando su lugar dentro de ella. Un suave grito se deslizó de su garganta y sus uñas se clavaron en sus hombros mientras se tensaba por la sorpresa. Pero sus ojos nunca dejaron los de él.

Finalmente, completamente concentrado dentro de ella, se obligó a permanecer quieto mientras llenaba lentamente sus pulmones de aire. Luego, con su pene palpitando dolorosamente en su apretado conducto, le llovieron suaves besos sobre la cara, el cuello y los hombros, esperando que su cuerpo aceptara el suyo.

«Dime que estás bien», murmuró contra su piel endulzada por el sudor.

Ella respiró hondo. «Estoy muy bien. Lo prometo». Ella se movió debajo de él, inclinando un poco la pelvis, como si probara la sensación de él en ese punto. El ligero ajuste de posición provocó una fricción sutil pero devastadora en lo profundo de ella, donde su miembro palpitaba al acecho.

Bishop gimió y Cailleach jadeó, con los ojos muy abiertos. «Eso fue... bastante encantador».

Incapaz de contenerse, Bishop sonrió. «¿Lo fue?».

«Sí», respondió ella, pero la palabra se disolvió en un suave gemido cuando él movió suavemente sus caderas. Ella se lamió los labios y asintió. «Muy encantador, de hecho».

Un extraño vértigo revoloteó en su pecho y su sonrisa se hizo más amplia. Dio unas cuantas caricias más, cortas y profundas, observando cómo su expresión pasaba de sorprendida y curiosa a soñadora, oscura y deseosa. Luego plantó los pies en el colchón y en su siguiente retirada y embestida abreviadas, puso su ritmo con un movimiento de caderas, forzando una brazada más larga y poderosa.

El placer que iluminó sus ojos y abrió sus labios fue casi suficiente para hacer que él se corriera, pero logró recurrir a una fuente desconocida de fuerza para mantenerlo a raya. Alargando sus embestidas hasta que pudo retirarse casi por completo de su cuerpo antes de lanzarse hacia adelante, se concentró intensamente en la evidencia de su placer. Necesitaba asegurarse de que ella experimentara cada parte de las impresionantes sensaciones que él estaba sintiendo. Más que las increíbles profundidades de placer que encontró con ella, fue la intensidad, la maravilla, la puta belleza de la conexión. Era demasiado poderoso y jodidamente sublime para ser real.

Tenía que hacerlo durar. A pesar de lo insistentemente que su clímax exigía liberación, se obligó a bajarlo. Pero ver a Cailleach experimentar la construcción de su propio placer lo hizo mucho más difícil que cualquier cosa que hubiera tenido que hacer antes.

Sin embargo, no podía apartar la mirada.

Era demasiado hermoso. *Ella* era demasiado hermosa. La brillante tormenta de pasión en sus ojos vidriosos de lujuria. El brillo de sus labios exuberantes, hinchados por sus frecuentes y exigentes besos. El brillo del sudor en su piel sonrojada. Los sonidos suaves y urgentes de su

creciente necesidad.

Pronto, sus fuertes y constantes embestidas se hicieron más rápidas e intensas. Una desesperación entró en su sangre, alentada por sus suaves y gimientes súplicas y el mordisco de sus uñas en la carne tensa de su trasero mientras él bombeaba entre sus muslos temblorosos. Su control se estaba escapando de sus manos.

«Cailleach». Su nombre era un sonido crudo. Más por emoción que por palabras.

Pero ella entendió. Por supuesto que ella entendió. Tomando su rostro entre sus manos, acercó su boca a la de ella. Ella sostuvo su mirada mientras pasaba la lengua por sus dientes y compartía su aliento jadeante.

«Lo quiero, Bishop», respiró ella. «Dame tu placer. Lo necesito. Ahora».

Su voz ronca liberó su control con un fuerte tirón, como una cuerda deshilachada que finalmente se rompiera. El clímax lo desgarró casi violentamente, apoderándose de todos los sentidos, borrando el tiempo y la memoria. El placer surgió desde tan profundo dentro de él, que, por un breve momento, temió dejar de existir una vez que todo terminara. Pero entonces, mientras una interminable ola tras otra lo atravesaba, su susurro ronco y entrecortado flotó sobre el sonido ahogado de los acelerados latidos de su corazón.

«Ay, Dios mío. Puedo sentirte palpitando dentro de mí». Ella jadeó y su cuerpo se tenso. «Es tan increíblemente hermoso... tan jodidamente bueno...».

Su cuerpo se estremeció con su liberación, sus labios encontraron los de él y susurró palabras ininteligibles mientras su propio clímax lo arrastraba a un oscuro olvido sobre olas que retrocedían suavemente.

Capítulo Veintitrés

Caillie se arrastraba por la habitación de puntillas, intentando no despertar al hombre tumbado en medio de la cama en todo su magnífico esplendor masculino. Aún así, no pudo evitar hacer una pausa entre cada prenda de vestir que le daba para echarle un rápido vistazo.

Maldita sea, el hombre era devastador.

Pero solo podía permitirse breves vistazos. Un poco más y estaría demasiado tentada de quedarse y la hora se hacía muy tarde, o mejor dicho temprano, si se consideraba que la mañana estaba a la vuelta de la esquina. Necesitaba llegar a casa.

Para ahorrar tiempo y evitar molestias innecesarias, decidió dejar atrás la peluca y el engorroso aro. Se las arregló para colocar el cinturón desechado de Bishop alrededor de su corpiño para mantenerlo en su lugar, y después de sujetar su cabello en un moño rápido, salió silenciosamente del dormitorio y se deslizó por el pasillo de servicio y bajó las escaleras traseras del club. Era un camino que había tomado docenas de veces antes, pero nunca había sentido una resistencia tan extraña y dolorosa. No se sentía bien irse sin una palabra de despedida después de lo que acababan de compartir.

Al pensar en él haciendo el amor, unas chispas hormigueantes llovieron a través de ella, encendiendo cada nervio y arremolinándose a través de su sangre con una sensación aguda. La noche había sido... mucho más de lo que jamás podría haber soñado. Había sido la perfección. Su cuidado y preocupación por su comodidad habían sido conmovedores y la manera tan intensa en que se había asegurado de su placer la hizo temblar al recordarlo.

¿Era eso lo que querían decir todas las damas cuando lo llamaban amante generoso?

Un peso repentino e incómodo cayó en picado a través de su interior cuando se dio cuenta de que ahora era solo una más de tantas mujeres que habían disfrutado del amor de Bishop.

No.

Su orgullo acudió rápidamente en su rescate, insistiendo en que lo que ella y Bishop habían experimentado era de algún modo diferente.

¿No era así?

Seguramente, las interacciones sexuales no siempre contenían tanta intensidad y profundidad de emoción como la que ella acababa de experimentar.

¿Pero Bishop había sentido lo mismo?

La pregunta la atravesó, serpenteando por un camino sombrío que apagó las brillantes chispas de alegría y asombro que aún quedaban. Quizá fuera mejor que lo dejara durmiendo. No estaba segura de querer ver la feroz necesidad en su mirada atenuada y saciada. Su pasión agotada.

Su cuerpo se heló cuando salió al callejón. Ciñéndose mejor la capa sobre los hombros, se mantuvo en las sombras más oscuras y dio la llamada que convocaría a Thomas.

Llegó con el carruaje en cuestión de momentos, pero su amplia sonrisa se convirtió rápidamente en una expresión de preocupación cuando notó su apariencia significativamente alterada.

«¿Qué pasó?», preguntó secamente mientras saltaba del puesto de conductor. «¿Quién necesita una máscara?».

Caillie se rió a pesar de que la incomodidad se expandía lentamente en su pecho. «Probablemente yo», respondió irónicamente. «Podría ser tan tonta como todos parecen pensar

que soy».

«No», respondió Thomas, tomándola del codo para llevarla al carruaje, su lealtad era inquebrantable. «Es la dama más inteligente que conozco. Y eso es mucho decir, ya que conozco a algunas mujeres muy inteligentes».

Caillie sonrió, pero no dijo nada más mientras subía al vehículo a oscuras. Thomas cerró la puerta y un momento después el carruaje se balanceó cuando él saltó de nuevo a su posición.

El viaje a casa pareció no llevar mucho tiempo.

Wright House estaba a oscuras y en silencio mientras se deslizaba por los jardines hasta la entrada trasera y luego hasta su dormitorio. Neda probablemente se había acostado hacía mucho tiempo, ya que Caillie insistía en que no la esperara despierta las noches en que llegaba excepcionalmente tarde a casa. Pero la leal doncella había dejado una sola vela encendida cerca de la cama. La luz era lo suficientemente tenue como para que Caillie lograra dar varios pasos dentro de la habitación antes de notar la figura silenciosa sentada en la silla de lectura de la esquina, con Bramble acurrucado a sus pies.

«Oh, maldita sea», respiró asustada antes de darse cuenta de que la figura oscura y envuelta era Worthy con una bata azul marino y un chal de lana, su cabello castaño oscuro recogido en una trenza suelta sobre su hombro.

«Buenos días, muchacha», dijo la mujer mayor en un tono que Caillie conocía bien, aunque había pasado un tiempo desde que le había dado a Worthy un motivo para usarlo. «¿Piensas explicar dónde has estado y qué has estado haciendo hasta tan temprana hora de la mañana?».

Aunque se le revolvió el estómago por la emoción que aún la atravesaba, Caillie se encogió de hombros descuidadamente. «No. No creo que eso sea necesario».

Caillie se levantó las pesadas faldas mientras caminaba hacia su armario detrás del biombo del rincón. Después de desatar la faja, su vestido cayó al suelo tan pronto como se quitó las mangas de los hombros. Después de quitarse los zapatos, se quitó el resto del disfraz y luego se puso un camisón de algodón suave sobre la cabeza.

Como no había vuelto a oír una palabra de Worthy, casi había esperado que la mujer se hubiera ido cuando dio un paso atrás alrededor de la pantalla.

No era así, por supuesto. Caillie debería haber sabido que no sería tan fácil evitar la confrontación inminente. Ahora que Worthy sabía de la escapada de esta noche, no iba a descansar hasta que Caillie le confesara todo.

Y la verdad era que una parte de ella quería hacerlo.

De repente, la carga de sus secretos le pareció demasiado pesada para llevarla y las lágrimas ardieron en sus ojos mientras posaba la mirada cálida y afectuosa de la mujer que la había criado desde la infancia, la mujer que la había amado y guiado a través de ella en cada prueba de su vida, la única madre que había conocido.

Worthy se puso de pie rápidamente. «Ay, Caillie muchacha », murmuró mientras volaba a través de la habitación para envolver a Caillie en un abrazo seguro e incondicional.

Y las lágrimas brotaron.

Y Caillie las dejó.

De alguna manera, Worthy logró llevarlas a ambas a la cama donde se sentaron una al lado de la otra. Los brazos de Worthy se mantuvieron fuertes alrededor de los hombros de Caillie mientras lloraba. Incluso Bramble se acercó para apoyar la barbilla en la rodilla de Caillie, añadiendo su leal apoyo mientras ella liberaba el torrente de emociones.

Ni siquiera estaba segura de dónde había venido la inundación. No estaba exactamente

triste. Simplemente cansada. Y tal vez un poquito frustrada y un tanto asustada de haber perdido posiblemente su corazón por un pícaro con una voz como terciopelo y una sonrisa que le retorcía las entrañas y un beso que quemaba su sentido común hasta convertirlo en cenizas en el viento.

«Ay», murmuró con un toque de ira mientras se separaba del reconfortante abrazo de Worthy para secarse las lágrimas de las mejillas con una mano furiosa. «Esto es ridículo».

«Las emociones profundas nunca son ridículas, muchacha. Existen por una razón, incluso si no podemos verlas».

Caillie resopló, provocando una risita en la mujer mayor.

«A veces, las lágrimas son la única forma de liberar la presión que se puede acumular dentro del corazón de una mujer», sugirió Worthy suavemente mientras levantaba la mano para colocar un mechón de cabello de Caillie detrás de la oreja.

El gesto inmediatamente hizo que Caillie volviera a sentirse como una niña pequeña. Una muchacha que siempre había sabido que, sin importar lo que hiciera, esta mujer estaría ahí para ayudarla. Worthy era su prima de sangre y, con su matrimonio con Colin, se había convertido en su hermana por matrimonio. Pero ella siempre sería la madre de Caillie. Una relación forjada por lágrimas, abrazos, regaños, lecciones y amor.

Realmente no se había detenido a considerar cuán dramáticamente habían cambiado las cosas en los últimos años. A lo largo de su infancia, habían sido solo ella y Worthy, las dos contra un mundo insensible. Pero entonces, Colin volvió en sí, buscó a su hermana y encontró un amor duradero con Worthy. Caillie estaba eufórica con su unión. Nadie más merecía el tipo de amor aparente entre ellos dos que Worthy, y Caillie había estado más que feliz de permitirle a la pareja su espacio para desarrollar un vínculo verdadero. Después de todo, había estado bastante ocupada conociendo a sus nuevos hermanos. Y entonces, nació Fergus. Pero Caillie adoraba absolutamente al muchacho de cabello castaño rojizo y no había sentido ninguna pérdida porque Worthy formara una familia con Colin. No cuando ya estaba creando una vida rica y plena más allá de los muros de Wright House.

Pero de repente, en ese momento, se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que ella y Worthy se habían sentado juntas. Solo ellas dos. Podría haber sido extraño que sucediera ahora, en el precipicio del amanecer, justo después de que Caillie se hubiera colado en la casa. Pero ellas dos nunca habían hecho las cosas de la manera convencional. De hecho, había sido Worthy quien le había enseñado que las reglas existían para romperse.

Por impulso, tomó la mano de la mujer mayor y la presionó contra su mejilla.

Worthy hizo un pequeño sonido ahogado antes de murmurar suavemente, «¿quieres decirme qué es lo que te molesta tanto?».

Por muy agradable que sería descargar sus problemas en el regazo de Worthy, como solía hacer cuando era niña, Caillie había estado guardando sus secretos durante demasiado tiempo. «No», en cambio murmuró».

«¿Es el Sr. Black?».

Callie le dio a la mujer que estaba a su lado una mirada penetrante. «¿Cómo lo supiste?».

Worthy puso los ojos en blanco mientras mostraba una sonrisa amable. «Porque te conozco, Cailleach Davina Claybourne. Y vi la forma en que lo miraste esa noche que vino a cenar. Tus sentimientos estaban claros en tu mirada, muchacha».

«¿Qué sentimientos? ¿Frustración? ¿Molestia?».

«Deseo».

Caillie se burló, aunque no podía negarlo.

La mirada de Worthy bajó mientras tomaba aire para tranquilizarse. «¿Él... ha hecho

algo?».

La inusual vacilación en la voz de la mujer mayor era casi divertida, pero su rica mirada verde estaba llena de comprensión, aceptación y amor feroz.

Con un gesto pesado, Caillie dijo la verdad. «Nada que no quisiera desesperadamente que hiciera».

Worthy emitió un sonido suave mientras un sonrojo coloreaba sus mejillas.

Caillie había olvidado por un momento que no estaba hablando con una de sus amigas. «Lo siento. Creo que no debería admitir tal cosa con tanta libertad».

«No te preocupes», Worthy soltó un pequeño resoplido y extendió la mano para acariciar la mano de Caillie. «Es un poquito difícil reconocer que mi hija ha crecido. Pero ya *eres* mayor, Caillie amor. Y nunca te culparía por tener esos deseos y anhelos. Son cosas hermosas y maravillosas cuando se comparten con la persona adecuada».

A Caillie se le revolvió el estómago y preguntó en voz baja, «¿y qué pasa si creo que Bishop es la persona adecuada, pero él no lo cree?».

Entonces la compasión fluyó a través de la mirada de su madre. «Oh, muchacha». Envolvió sus brazos con más fuerza alrededor de Caillie mientras inclinaban sus cabezas la una hacia la otra. «Siempre has sido alguien que ama con cada gramo de tu alma. Aceptas a las personas en tu corazón con una certeza y una valentía que me asombra».

«Una tonta característica», murmuró Caillie.

«No. Tu corazón nunca te ha guiado mal. No hay razón para pensar que así sea ahora. No tengo ninguna duda de que, pase lo que pase entre tú y el señor Black, todo saldrá bien», dijo Worthy con tranquilidad, y luego añadió, «si no confiara completamente en tu juicio, nunca habría podido dormir por la noche».

Caillie se puso tensa. «¿Qué quieres decir?».

Worthy le dio unas palmaditas en la mano y resopló. «El hecho de que no interfiera no significa que no esté consciente, muchacha».

«No sé de qué estás hablando».

Entonces Worthy se puso de pie y se apretó el cinturón de su vestido. Mirando a Caillie donde permanecía sentada en la cama, su sonrisa era un poquito satisfecha. «Te conozco desde el momento en que naciste. Te abracé mientras te contaba cuentos antes de dormir sobre antiguas reinas guerreras y te vi correr salvajemente entre los tréboles en Faeglen. También te he observado con tus hermanos y te he visto en una sociedad que apenas te entiende o te merece». Bajó la voz y su sonrisa se suavizó mientras se inclinaba para apoyar su cálida mano en la mejilla de Caillie. «Te veo, muchacha. Un espíritu como el tuyo jamás aceptará el encierro. Y nunca esperaría que lo hicieras», añadió con un guiño antes de girarse para cruzar hacia la puerta.

¿Cuánto sabía realmente Worthy sobre sus actividades fuera de casa?

«Algún día, muchacha», señaló casualmente, «me encantaría saber más sobre la escapada de esta noche, como adónde fuiste y por qué estabas vestida con ese atuendo». Abrió la puerta y miró hacia atrás. «Pero por ahora, solo te diré buenas noches».

«Buenas noches, Worthy», respondió Caillie en voz baja, con un nudo de emoción subiendo a su garganta. «Y, gracias».

Se quedó dormida reviviendo vagos recuerdos de todos los problemas en los que se había metido cuando era niña simplemente porque siempre se había sentido más capaz de lo que la mayoría de los adultos creían. ¿Cuántas veces Worthy la había observado desde la distancia, permitiéndole experimentar los riesgos y las consecuencias a su manera?

Más de lo que jamás había imaginado, pensaba.

Capítulo Veinticuatro

Si la fiesta de aniversario del Bentley era el evento favorito del año para Caillie, entonces el segundo era el baile anual organizado por el conde y la condesa de Wright... en realidad, organizado por Caillie, ya que Worthy le había encargado esa responsabilidad años atrás. Si bien la mascarada fue la oportunidad para Caillie de experimentar el completo anonimato y la liberación total, el baile de Wright era casi todo lo contrario. Como anfitriona, Caillie pasaba la noche en un estado de socialización constante. Afortunadamente, no le importaba ya que el baile lograba reunir a muchas de sus personas favoritas en un solo lugar.

Además de sus hermanos y sus esposas, que rara vez fallaban en asistir, excepto en las circunstancias más agotadoras, como los nacimientos de niños heridos en el caso de Beynon y Anne, al baile también asistía inquebrantablemente lo que Caillie consideraba su familia extendida. Asistirían las dos encantadoras hermanas de Emma y sus apuestos y misteriosos maridos, al igual que su tía abuela Angelique, una excéntrica anciana francesa que resultaba ser una de sus personas favoritas en el mundo.

Y en los últimos dos años, desde que Caillie tenía control total de la lista de invitados, había comenzado a invitar a más personas que normalmente no serían invitadas a un baile organizado por un compañero con título. Personas con las que Caillie prefería pasar la velada que algunos de los aristócratas a los que estaba obligada a invitar.

Si Colin o Worthy habían notado el enfoque algo liberal que ella había estado adoptando con la lista de invitados, no habían mencionado nada hasta la fecha. Y la velada siempre acababa siendo un gran éxito. Con músicos animados, el mejor champán, excelente cocina y una gran variedad de invitados, el baile estaba destinado a ser un momento excitante.

El evento anual también había supuesto una sorprendente oportunidad para la contratación. En más de una ocasión, Caillie se había encontrado conversando con una señora que expresaba cierta… insatisfacción con las actividades aceptadas de su vida diaria. El tipo de insatisfacción que Caillie conocía bien y para la que ofrecía una variedad de soluciones. Soluciones que se mantenían en la más estricta confidencialidad, algo muy apreciado por las mujeres cuya reputación y posición social dependían injustamente de su capacidad para evitar críticas de cualquier tipo.

En los últimos dos años, a medida que las noticias sobre los *salones* exclusivos que Caillie ofrecía y de su extrema discreción comenzaban a difundirse en ligeros susurros y miradas silenciosas entre la parte femenina de la alta sociedad, hubo incluso algunas ocasiones en las que se le acercaban específicamente con una solicitud de una diversión en particular. Este tipo de peticiones habían inspirado más de un tema de conferencia o clase de instrucción en los últimos meses.

Y aunque a Caillie le encantaba tener la oportunidad de presentar este tipo de experiencias y educación a mujeres que de otro modo no tendrían acceso, el baile de este año presentaba algunas distracciones sin precedentes.

Había pasado toda una semana y media desde la fiesta del Bentley y lo que había venido después. Una semana y media desde que Caillie había salido sigilosamente del dormitorio de Bishop mientras él dormía. Una semana y media durante la cual Caillie había asistido al café del domingo, a un entrenamiento con armas con Portia, a una conferencia el martes sobre herbolaria antigua y a un paseo por St. Giles con Elle. Pero cuando llegó el momento de leer con la Sra.

Beaumont y las damas en el ala oeste, Caillie se había disculpado alegando dolor de cabeza.

Hasta ese día, se había mantenido en un estado de constante debate interno sobre Bishop.

La noche del baile de máscaras había sido… más que maravillosa. No solo la asombrosa experiencia de cobrar vida en los brazos de Bishop y en su cama, sino también las horas previas. Se había sentido como si finalmente hubieran encontrado el ritmo correcto. Ser compañeros de juerga y placer.

Pero después de escabullirse mientras él dormía y de la conversación inesperadamente franca con Worthy, Caillie se vio obligada a reconocer que el compañerismo y el placer no eran suficientes.

Su corazón estaba completamente involucrado.

Pero ella no tenía idea de lo que eso significaba. No tenía idea de cómo proceder. Sin visión del camino que tenía por delante y de cuál debería ser su próximo paso.

Era una experiencia nueva.

A ella no le gustaba.

Una parte de ella esperaba y temía que Bishop de alguna manera se acercara a ella en esos primeros días. Que él decidiría qué era lo siguiente para que ella no tuviera que hacerlo. Y que en algún lugar de sus acciones ella podría determinar exactamente cómo se había sentido esa noche.

Una voz crítica en el fondo de su mente seguía susurrando que estaba siendo una cobarde. Y ella fácilmente reconocía la verdad. Otra nueva experiencia que odiaba por completo.

Pero no se atrevía a hacer lo único que sabía que debía hacer: hablar con el hombre.

Entonces, siguió con sus días como de costumbre mientras su corazón se volvía cada vez más pesado ante la revelación de que Bishop estaba haciendo lo mismo.

No era como si hubiera esperado que él le enviara flores o una nota o cualquier cosa para asegurarle que él había resultado tan total y completamente alterado por su velada juntos como ella, aunque podría haber sido agradable. Pero casi esperaba que se encontrarían por accidente, como había sucedido tantas veces. Y aunque sabía exactamente por qué *ella* no había intentado verlo, no tenía idea de por qué *él* se había mantenido igualmente distante.

Cuando el día de su estancia semanal en la casa de la Sra. Beaumont había llegado, Caillie simplemente no había podido imaginar la posibilidad de encontrarse con Bishop ahora, después de tantos días de silencio. Entonces, en lugar de disfrutar de una tarde con sus amigas, Caillie se había puesto de mal humor que duró los siguientes días hasta el momento en que abrió los ojos la mañana del baile y sintió una abrumadora sensación de anticipación y emoción. No porque fuera su segundo evento favorito del año, sino porque hacía algún tiempo le había enviado una invitación a Bishop, que él había aceptado.

Por supuesto, podría no aparecer, pero Caillie no creía que lo hiciera. Algo dentro de ella creía que él sí se presentaría. Y la posibilidad la fortalecía. Todavía no tenía idea de lo que podría decir o cómo podría sentirse, o incluso más importante, lo que él podría sentir, pensar y decir.

Pero la perspectiva de volver a ver a Bishop la mantuvo concentrada y tensa durante las primeras horas del baile.

Eso, y el hecho de que Bishop no era la única invitación adicional que había hecho. En el último momento se habían añadido dos caballeros más a la lista de invitados.

Después de su breve encuentro con Reginald Vane y el encuentro un tanto desastroso con Nicholas Vane, estaba desesperada y decidida a descubrir exactamente qué podrían pensar los gemelos de la extraña joven que habían conocido recientemente.

Reginald había parecido receptivo con ella. Sin embargo, la antipatía instantánea de

Nicholas y el atisbo de sospecha que había visto en su mirada antes de que se marchara podrían haberla desviado de su objetivo de atraer a los hermanos al seno de la familia Wright. Sobre todo si Nicholas le había contado algo sobre el encuentro a su hermano, incluida su opinión poco favorable sobre ella.

Teniendo en cuenta que los dos eran tan diferentes entre sí y que rara vez asistían a los mismos eventos sociales, era imposible saber si los hermanos eran cercanos o si estaban alejados, lo que mucha gente sospechaba. Esperaba que ambos estuvieran lo suficientemente intrigados, o sospechosos, como para esperar esta noche para poder tener la oportunidad de evaluar su... perspectiva actual y determinar sus próximos pasos.

A medida que avanzaba la noche, socializaba con los invitados, charlaba y reía con sus amigas y presentaba a personas que de otro modo no se habrían conocido, y se burlaba de sus hermanos cada vez que tenía la oportunidad. Incluso logró animar a Anne y Beynon a dar una vuelta por la pista de baile, aunque ambos se mostraron bastante reticentes y luego no pudieron evitar sonreír de alegría mientras la pareja bailaba un vals con un vigor y una gracia rara vez presenciados en los salones de baile de Londres.

Podría haber sido una noche perfecta, pero cuando terminó su quinto baile y regresó a su lugar favorito cerca de la entrada del salón de baile, donde podía saludar a cada recién llegado, comenzó a creer que había sido demasiado optimista acerca de la noche. Claramente, Bishop y sus nuevos hermanos simplemente habían decidido ignorarla.

Un toque de ira indignada surgió para defender su corazón magullado, pero mantuvo la barbilla levantada, los hombros erguidos y una sonrisa ganadora y confiada en su rostro.

El vestido que finalmente había elegido para la noche era de seda color rosa oscuro, con mangas cortas abullonadas y un dobladillo adornado con elaborados volantes y pliegues. Su peinado estaba entrelazado con cintas a juego y un collar de piedras semipreciosas multicolores engastadas en filigrana de oro se extendía por su clavícula. Así que…, al menos sabía que se veía bien incluso si las dudas comenzaban a correr desenfrenadas por su mente.

Pero la duda no era algo en lo que se permitiera entregarse por mucho tiempo. Y ya había experimentado suficiente melancolía durante la última semana.

Lo que significaba que ella, muy intencionadamente, *no* pensaba en Bishop.

Los gemelos, sin embargo...

Si no fuera esta noche, tendría que concertar otra reunión con los Villanos Vanes. De uno en uno o juntos, lo que fuera necesario. Tal vez tendría que descubrir el burdel favorito de Reginald el libertino e instigar algún tipo de encuentro allí, donde él menos lo esperaba. Y seguramente, Nicholas estaría involucrado en algún tipo de actividad más allá de meditar sobre sementales salvajes.

«Estás tramando algo y quiero saber qué es».

Caillie deslizó una mirada de reojo hacia Elle, quien estaba aturdida con un vestido escarlata adornado con un broche de rubí gigante prendido en el centro de su corpiño. Su respuesta fue demasiado alegre. «¿Por qué diablos pensarías que estoy tramando algo?».

«Conozco esa mirada en tus ojos», respondió su amiga levantando altivamente la barbilla. «Estás conspirando algo».

Caillie se rió entre dientes. «Quizás».

«Es un baile, Caillie», amonestó. «Una *fiesta*. Se supone que debes divertirte».

«Me estoy divirtiendo», aseguró Caillie incluso mientras su mirada se deslizaba casi involuntariamente sobre la multitud una vez más.

«¿A quién estás buscando, descarada?».

Caillie giró la mirada hacia donde Max acababa de acercarse detrás de Elle para colocar sus manos en la generosa curva de las caderas de su esposa. Sin preocuparse por quién podría presenciarlo, le dio un rápido beso al hombro desnudo de Elle antes de levantar la cabeza nuevamente para clavar a Caillie una mirada inquisitiva.

«A nadie», respondió ella un poco bruscamente.

Los ojos de su hermano se entrecerraron. «Simplemente no te metas en ningún problema del que no puedas salir».

Caillie agitó una mano desdeñosa. «Honestamente, ¿en qué tipo de problemas podría meterme en un baile?».

Tanto Elle como Max se rieron entre dientes mientras compartían una mirada. Caillie estuvo tentada de sacarles la lengua como lo habría hecho en su juventud. En cambio, puso los ojos en blanco y suspiró exasperada. «¿Por qué ustedes dos no van a bailar o algo así y me dejan en paz?».

Elle se inclinó hacia un lado para mirar a su marido y dijo en un tono suave y sensual, «un baile sería encantador».

Max mostró una sonrisa diabólica antes de responder en voz baja, «entonces será un baile, princesa».

Mientras los dos se alejaban, Caillie sonrió ante lo fácil que era redirigirlos. Bastaba con darles la oportunidad de mirarse a los ojos y cualquier sospecha sobre sus propias actividades se olvidaría fácilmente. Sin embargo, antes de que llegaran demasiado lejos, Elle se dio la vuelta. «Casi lo olvido, dos nuevas damas se unirán a nosotras para tomar un café el domingo».

«Maravilloso», respondió Caillie. «Le enviaré un mensaje a Boris solicitándole el uso de una de las habitaciones privadas para que podamos tener un poco más de espacio».

«Vamos, amor», murmuró Max con impaciencia a su esposa, «necesito tenerte en mis brazos».

Ella le dirigió una mirada acalorada y los dos se alejaron.

Una vez sola de nuevo, Caillie deslizó una mirada hacia la entrada del salón de baile. Como básicamente había renunciado a que aparecieran sus invitados más esperados, no estaba lista para el impacto en su sistema cuando se encontró inmovilizada en su lugar por una mirada intencionada de color marrón oscuro.

Contra su obstinada voluntad escocesa, su corazón dio un vuelco.

Él había llegado.

El jig se detuvo.

¿*Por qué* había venido?

Conteniendo la respiración y cuadrando los hombros, intentó leer su intención en su expresión. Pero era frustrantemente ilegible.

Y entonces, él estaba allí. De pie frente a ella con su cabello libertino recogido cuidadosamente en su nuca, su corbata elegantemente anudada y su abrigo ajustado a sus anchos y musculosos hombros con una perfección deliciosa.

Todavía sosteniendo..., no, *exigiendo* su mirada, hizo una tensa reverencia. Cuando se enderezó, dijo en tono ronco, «baila conmigo».

A pesar del aleteo salvaje que estalló en su bajo vientre, Caillie arqueó una ceja. «¿No debería expresarse eso como una petición y no como una exigencia?».

Él se acercó a ella y levantó su mano entre las suyas. «¿Crees que soy tan estúpido como para darte la oportunidad de negarte?», murmuró. Luego se giró y metió la mano de ella en la curva de su codo antes de guiarla a la pista de baile.

«Tienes suerte de que no tengo ningún deseo de montar una escena en este momento. Pero eso podría cambiar en cualquier momento», advirtió.

«Comprendido».

Al igual que cuando bailaban en el Bentley, sus movimientos tenían un ritmo perfecto. Se deslizaron sin problemas en el flujo de los otros bailarines que rodeaban la sala en un vals lento y romántico.

Aunque todo en ella se reveló en la experiencia de ser sus brazos, quizá por primera vez en su vida, Caillie se encontró completamente perdida.

¿Cómo diablos se suponía que debía comportarse una mujer al ver a su amante por primera vez más de una semana después de desmoronarse en sus malditos brazos?

Sin una respuesta inmediata, decidió simplemente bailar. Dirigiendo su mirada por encima del hombro, hizo lo mejor que pudo para actuar como si la situación fuera completamente normal a pesar de que su interior era un derroche de anticipación, confusión, orgullo herido y una maldita esperanza amotinada.

Dejaría que el hombre hablara si tuviera algo que decir. Después de todo, *él había* sido quien se había acercado a *ella*.

#

Durante varios largos minutos, Bishop simplemente disfrutó de sentirla en sus brazos. Aunque su expresión era inusualmente tensa, su cuerpo era receptivo a cada matiz de su dirección. Probablemente ella ni siquiera se daba cuenta, pero *él* sí. Lo sintió en su sangre, a lo largo de cada nervio chisporroteante y profundamente en su interior.

Se había perdido esto. Esta conexión física. La llamada de su cuerpo al de él.

Había extrañado su mirada claro-oscura llena de orgullo, desafío y deseo que ella actualmente estaba tratando con todas sus fuerzas de ocultar. Había echado de menos su aroma a rosas, la seda ronca de su voz y la curva de su boca.

Él *la* había extrañado.

No tenía intención de asistir al baile de esa noche. Mientras se bañaba, luego se vestía con su mejor traje de noche y luego salía del Bentley para parar a un coche que pasaba, se había dicho a sí mismo que podría ir a cualquier parte esa noche. Wright House era solo un destino entre muchas innumerables posibilidades.

Una mentira descarada y ridícula.

No podía mantenerse alejado. Y en el momento en que tomó la decisión de acudir a ella, se sintió como un idiota por no haberlo hecho antes.

Maldita sea. Él la deseaba. Él siempre la quería. Apenas podía recordar un momento en el que no lo hubiera hecho. Incluso cuando había estado viajando a través de algunos de los paisajes extranjeros más bellos, la visión de ella, su esencia, había sido una constante. Atrayéndolo sutil e inexorablemente a casa.

Cuando se despertó al día siguiente del baile de máscaras, no le sorprendió especialmente descubrir que ella se había ido. Sabía que ella tendría que llegar a casa antes de que alguien despertara.

Lo que lo sorprendió, sin embargo, fue lo profundamente que había sentido su ausencia y lo mucho que había deseado poder despertar y encontrarla arropada, cálida y contenta, a su lado. Quería estar allí cuando ella abriera los ojos por primera vez por la mañana y murmurara tonterías incoherentes. Quería que sus labios fueran lo primero que probara. Quería moverse dentro de ella y escuchar sus jadeos de placer y satisfacción antes de comenzar el resto del día.

Maldito infierno.

Darse cuenta de lo perdido que estaba por la mujer había sido impactante y aterrador. Y mal en muchos sentidos.

Claramente, ella también lo sabía.

No estaba seguro de qué esperaba que ella hiciera después de una noche tan increíble juntos, pero nunca habría imaginado que ella buscaría evitarlo.

La posibilidad de que ella se arrepintiera de lo que pasó entre ellos le desgarraba las entrañas. Cada vez que pensaba en ello, se sentía obligado a localizarla y pedirle que le explicara lo que estaba sintiendo.

Pero temía que esa pudiera ser la mejor manera de alejarla más. Entonces, decidió tener paciencia. Ella acudiría a él. En algún momento. No estaba en su naturaleza evitar nada por mucho tiempo. Tendría que afrontarlo. Insista en una aclaración y en exponer su posición. Prefería hacer las cosas a su manera y en su propio tiempo.

Incluso ahora, mientras bailaba dentro del círculo de sus brazos, aceptaba su guía, pero mantuvo un innegable aire de autodominio. Ella bailaba el vals con él *solo* porque así lo deseaba, lo que le sugirió a su mente esperanzada que tal vez no fuera totalmente contraria a su presencia.

Finalmente, ella debió haber perdido la paciencia con su prolongado silencio mientras le lanzaba una mirada penetrante desde debajo de sus pestañas. «Sé que no vienes aquí a bailar, Bishop Black. Supongo que tienes algo que decir. Así que, habla».

Bishop sonrió ante la irritación en su tono. Ella no era completamente insensible hacia él.

Podría trabajar con eso.

Capítulo Veinticinco

«Si no tienes nada que decir, entonces no veo una razón para continuar esto», observó después de un minuto de silencio.

Bishop se aclaró la garganta y la atrajo hacia él, no demasiado cerca, pero casi.

«Hay mucho que *debería* decir», murmuró con voz ronca, «pero prefiero abrazarte por ahora».

Su mirada se derritió. Su columna se suavizó y sus labios se separaron. Pero solo por un momento. Tensándose, sacudió lentamente la cabeza. Inclinando la cabeza hacia atrás, lo inmovilizó con una mirada feroz y arremolinada. «¿Por qué estás aquí?».

«Tú me invitaste», bromeó.

Ella respondió con un resoplido y puso los ojos en blanco. Pero justo antes de la expresión indignada, notó un destello de incertidumbre en las profundidades de color verde dorado y algo de repente hizo clic en su cerebro.

Maldita sea.

¿Y si ella no lo hubiera estado evitando por la necesidad de afirmar su independencia?

La noche que habían pasado juntos había sido su primera vez en la cama de un amante. A pesar de su inteligencia superior, su orgullo y su evidente inclinación a seguir su propio camino, había compartido algo extremadamente íntimo con él. Y él con ella.

Así como él no había sabido qué demonios hacer después, parecía que ella tampoco.

«Cailleach».

Su nombre fue un murmullo áspero, pero atrajo su mirada rápidamente hacia él. Él tardó un largo momento en buscar la verdad en sus ojos. La sutil vulnerabilidad, la obstinada seguridad en sí misma, así como la ternura y el deseo que lo atravesaban todo.

La acercó más. Mucho más de lo que era apropiado para un vals en el salón de baile de un conde.

Ella jadeó, pero no se resistió. De hecho, se derritió.

«Soy un maldito bastardo», susurró él con fiereza.

«No», susurró ella en respuesta, suavemente y con una sonrisa irónica. «Yo lo soy».

Antes de que él pudiera responder, o incluso pensar en una respuesta para contrarrestar el desprecio que había en su respuesta, su atención fue captada abruptamente por algo que se encontraba detrás de su hombro. Mientras recorrían los pasos de baile, su mirada permaneció fija en lo que fuera, con una mayor alerta en su mirada.

Dándoles vueltas en otro círculo, escudriñó a la multitud, tratando de determinar qué había captado su atención con tanta intensidad. Pero había gente por todas partes. Podría haber sido cualquiera.

Cuando volvió a mirar a Cailleach, su expresión era tranquila una vez más.

Entonces, ella sonrió.

La alarma le picó en la nuca y entrecerró los ojos. ¿Qué demonios estaba tramando ahora?

Inclinando la cabeza, preguntó, «¿por qué me miras así?».

«¿Así cómo?

«Como si estuvieras tratando de ver dentro de mi mente», dijo con un sutil movimiento

de sus labios.

«Porque lo estoy haciendo».

«Siempre puedes preguntar lo que quieras saber», argumentó ella.

Sus cejas se alzaron con incredulidad. «¿Y realmente me lo dirías?».

Ella se encogió de hombros. «Depende de tu pregunta, supongo».

Él emitió un sonido áspero y luego sostuvo su mirada mientras decía, «una vez dijiste que no te gusta guardar secretos. Pero no tienes por qué hacerlo. No conmigo».

La forma en que lo miró entonces le recordó cómo Roderick la miraba cuando intentaba discernir algo a través de su intuición. Luego hizo un suave movimiento de cabeza y separó los labios para decir algo en respuesta, pero su mirada una vez más se dirigió bruscamente hacia la multitud en los bordes de la pista de baile. Esta vez, un pequeño ceño fruncido tiró de sus cejas y una tensión silenciosa pareció deslizarse por su columna vertebral.

Bishop también se tensó. Un peso duro cayó sobre su estómago. Nada podría haberle dicho más claramente que ella no tenía intención de dejarlo entrar más plenamente en su vida. Incluso después de su noche juntos, todavía no confiaba en él lo suficiente como para hacerle saber qué demonios podría distraerla de su baile *y* su conversación.

«Creo que me gustaría tomar ponche», dijo en un tono casual que no lo engañó ni por un segundo. «¿Vamos a la mesa de bebidas?».

Como ya se estaba soltando de sus brazos, Bishop no podía negarse exactamente. Además, claramente había una razón por la que deseaba abandonar la pista de baile y quedarse a su lado era la mejor manera de descubrir cuál era.

Desafortunadamente, el camino hacia los refrescos era a través de una verdadera aglomeración de gente. Siguiendo de cerca a Cailleach, Bishop estuvo tentado más de una vez de envolver su puño en las cintas que colgaban de la faja de su vestido para mantenerla cerca. Pero entonces, justo en medio de la parte más densa de la multitud que se arrastraba, se volvió hacia él con una sonrisa brillante.

«¿Te gustaría saludar a Roderick? Lo veo justo allí», dijo, señalando hacia su derecha.

Sin pensarlo, Bishop se giró para mirar, pero obviamente se había equivocado. Roderick no estaba a la vista. Y cuando él se lo hubiera dicho... ella tampoco lo hizo.

Maldición.

La mujer se había escabullido, dejándolo varado, desconcertado y extrañamente triste.

Se quedó donde estaba, en medio de una multitud de extraños elegantemente vestidos, mirando en todas direcciones en busca de un atisbo del cabello oscuro o el vestido color rosa de Cailleach. Pero la pequeña muchacha inteligente había desaparecido por completo.

Maldita sea, el infierno eterno.

#

Caillie hizo todo lo posible por pasar corriendo entre la multitud sin *parecer* que tenía prisa. Odiaba dejar a Bishop de la forma en que lo había hecho, pero era necesario. Cualquier cosa que pudiera haber dicho en ese momento sobre la necesidad de alejarse, sola, habría inspirado sospechas instantáneas. No es que él no sospechara ya. Y si hubiera tenido tiempo, sin duda habría hecho todo lo posible para calmar sus preocupaciones y convencerlo de que no interfiriera. Pero no tenía tiempo.

La mirada en el rostro de Nicholas cuando la había mirado desde las sombras más allá de la pista de baile había dejado en claro que su presencia iba a ser breve y su cooperación tenue. Si quería hablar con ambos hermanos, necesitaba hacerlo ahora.

Bishop tendría que esperar.

¡Maldita fuera esa mirada en sus ojos cuando la había acercado más en el baile!

Incluso mientras se esforzaba por convencerse de eso, un duro nudo de miedo se retorció dentro de ella.

Sin embargo, él no esperaría para siempre, ¿verdad?

Cuando regresó al borde de la pista de baile, temió haber perdido su oportunidad. Pero una rápida mirada al lugar donde había visto por última vez a los hermanos Vane le indicó que se habían quedado, uno en cada extremo del salón de baile, como centinelas esperando su regreso, o asegurándose de que no intentara evadirlos.

Captando las miradas de cada uno por turno, hizo un gesto con la cabeza hacia la hilera de puertas que se abrían a un balcón con vista a los extensos jardines del conde.

Le tomó un tiempo abrirse paso entre la multitud alrededor de la pista de baile, pero Caillie finalmente salió del salón de baile al aire fresco de la noche. En el balcón ya había una presencia, y aunque le daba la espalda mientras estaba de pie en la barandilla, supo por el traje de noche completamente negro y la postura muy amenazante que era Nicholas quien había llegado allí primero.

Afortunadamente, no había nadie más afuera. Si lo hubiera habido, sin duda Nicholas Vane los habría asustado con su actitud ceñuda.

A pesar del aleteo de incertidumbre en su estómago, Caillie se acercó al hombre con una amplia sonrisa. «Buenas noches, señor Vane. Estoy muy contenta de que haya aceptado mi invitación esta noche».

«¿Lo está?», preguntó sin darse la vuelta, con la voz llena de desconfianza.

Caillie se acercó a él y notó la marcada tensión en su mandíbula cuadrada y la intensidad con la que miraba fijamente hacia el jardín, como si no pudiera soportar siquiera mirarla.

Manteniendo un tono ligero a pesar de la obvia animosidad que emanaba de sus hombros severos y amenazadores, dijo, «aunque puedo entender por qué no confía en mis motivos en este momento, le aseguro que no hay nada de qué preocuparse».

«¿Ningún motivo?», respondió el hombre con dureza. «¿Cree que el chantaje no es motivo de preocupación?».

Caillie se estremeció. «¿Chantaje?».

«Vamos, Nic», Reginald Vane, el mayor de los dos, solo le dedicó una mirada fugaz a Caillie mientras cruzaba tranquilamente las puertas del salón de baile. Se unió a ellos en la barandilla para colocar una mano firme sobre el hombro de su hermano. «Acordamos no apresurarnos a hacer suposiciones precipitadas».

Nicholas resopló, soltando un sonido áspero y molesto. «¿Qué otro propósito podría tener la mujer?».

«Podríamos preguntarle», sugirió su hermano con un dejo de diversión en su voz.

Caillie asintió con la cabeza en señal de aprobación. «Una excelente sugerencia, señor Vane».

«Adelante, señorita Claybourne», respondió él, finalmente fijando en ella su mirada azul, tan parecida a la de Colin y Roderick, pero tan diferente también. «Logró traernos aquí. Y ahora tiene toda nuestra atención. ¿Qué quiere?».

«Bueno...», se aclaró la garganta y luego volvió la mirada hacia el gemelo más molesto. «¿Recuerda ese día que nos conocimos en el parque... cuando mencioné el escándalo relacionado con el conde de Wright y sus hermanos ilegítimos?».

El cuerpo del hombre se tensó visiblemente y apretó los puños a los costados. Pero no habló.

Caillie suspiró y se volvió hacia el hermano más agradable. «Y en la velada del señor Lowth, creo que mencioné que Lord Wright es mi hermano».

Reginald asintió brevemente y miró de reojo a su hermano.

«Lo que significa...», continuó con una sonrisa irónica y un gesto abierto con las manos, «que soy una de los hijos ilegítimos del anterior conde».

Hubo un breve pero pesado silencio. Luego, el incómodo hermano comentó sombríamente, «¿a quién demonios le importa eso?».

Caillie casi no se dio cuenta del sutil codazo de Reginald en el costado de Nicholas. Lo tomó como una buena señal. Al menos uno de los gemelos parecía dispuesto a escucharla.

Reginald se acercó a Caillie para decir en un tono suave, casi encantador, «tengo entendido que también le sugirió a mi hermano que este tema debería ser de algún interés particular para nosotros dos».

Caillie asintió. «Lo hice».

«¿Por qué?», la pregunta de una sola palabra fue formulada con naturalidad, pero había un filo cortante enterrado por debajo.

Manteniendo su atención dividida equitativamente entre los dos hermanos, Callie respiró profundamente. Esto era todo. Sería todo o nada. «Hace poco descubrí que el conde no solo me había engendrado a mí y a los cuatro hermanos mayores que ya conocía… sino que también había engendrado a dos hijos más». Un silencio absoluto y repentino siguió a sus palabras.

Por un momento, el semblante de Reginald casi igualó la furia apenas contenida de su hermano, pero rápidamente suavizó sus rasgos y recuperó una expresión de leve curiosidad. «Creo que es hora de que hable con claridad, señorita Claybourne».

Caillie soltó un profundo suspiro que contenía la mayor parte de su ansiedad reprimida y lo siguió con una amplia sonrisa. «Excelente. Las sutilezas no son realmente mi fuerte de todos modos. Como probablemente ya sospechen, la razón por la que los he buscado es porque creo que son mis hermanos».

Nicholas refunfuñó ferozmente en voz baja y se dio la vuelta para caminar a pasos furiosos hacia el rincón más oscuro del balcón. Apoyó las manos en la barandilla y miró fijamente los jardines iluminados de abajo.

Reginald lo miró con expresión severa antes de volverse hacia Caillie. «Eso es absurdo, señorita Claybourne», observó en voz baja.

«No es absurdo en absoluto», replicó con una rápida mirada suplicante a Nicholas, que seguía de pie, rígido, mirando fijamente el jardín oscurecido. «Créanme, nunca me habría acercado a ustedes si no tuviera pruebas significativas para respaldar la afirmación», añadió con suave convicción.

Nicholas emitió otro sonido áspero mientras Reginald respondía en un tono mesurado, «no podría haber ninguna prueba posible que respalde una falsedad tan descarada».

El estómago de Caillie se hundió con fuerza. Parecía que los hermanos no tenían idea de que el padre que los había criado podría no ser el hombre que los había engendrado. Cuando tomó aire para hablar, Reginald la detuvo con una mano levantada rápidamente. «¿Qué espera ganar exactamente con hacer esta sugerencia escandalosa?».

«Sí», se burló Nicholas mientras volvía al lado de su hermano. «¿Cuánto exigirá para evitar que esta maldita mentira se convierta en pasto de las habladurías? ¿Cuánto vale nuestra reputación para usted? ¿El honor de nuestra madre? ¿El de nuestro padre?».

Caillie, que empezaba a enfadarse un poco porque su honor se ponía en tela de juicio una y otra vez, intentó mostrarse compasiva. Levantó la barbilla, se encogió de hombros con

suavidad y sonrió. «Todo lo que quiero es conocer a mis hermanos. A *todos* ellos. De cualquier forma que me lo permitan. Nadie más necesita saber lo que he descubierto, aunque no puedo decir que no intentaré convencerlos de que se lo cuenten a los demás hermanos. Ellos también querrán conocerlos».

«Es jodidamente ridículo», gruñó Nicholas a su hermano. «No tiene intención de guardárselo para sí misma».

«Es jodidamente ridículo, ¿verdad?», lo desafió Cailleach. «¿Por qué creen que me acerqué a ustedes como lo hice? No estaba segura de si alguno de ustedes tenía idea de que su padre podría no ser quien creían que era. Nunca fue mi intención molestarlos. Estaba tratando de ser prudente».

Un resoplido áspero de incredulidad salió del que estaba junto a la barandilla. Caillie decidió no ofenderse y reconoció, «lo admito, la prudencia no es algo en lo que sea muy buena. Prefiero ser directa». Hablando directamente a Nicholas, agregó, «no esperaba que nuestro encuentro en el parque fuera como resultó. Me temo que olvidé la atracción de Bramble por los cisnes. Y admito que su actitud hosca logró sacarme un poco de quicio».

«Es bueno en eso», observó su hermano, lo que le valió una mirada fulminante y un gruñido de fastidio.

«Mire, sé que tiene pocas razones para confiar en mí, pero le juro que no tengo malas intenciones al buscarlos. Tampoco puedo decir que simplemente dejaré pasar el asunto. Puedo ser muy terca cuando quiero algo. Y simplemente no puedo olvidar la existencia de dos hermanos más».

«No cuente con más hermanos», declaró Nicholas en un murmullo bajo. Luego se dio la vuelta y cruzó el balcón hacia las escaleras que conducían al jardín. En cuestión de segundos, había desaparecido en la oscuridad.

Siguió un largo momento de silencio antes de que Reginald dijera, «déjelo pasar, señorita Claybourne. No saldrá nada bueno de sus esfuerzos».

Aunque quería desesperadamente discutir, Caillie guardó silencio y observó a Reginald regresar al salón de baile. Sola, exhaló un profundo suspiro y cruzó los brazos sobre el pecho, la frustración se enfrentaba vivamente con la decepción y la tristeza. Pero una batalla perdida no era una guerra terminada.

Capítulo Veintiséis

Bishop notó que Cailleach entró de nuevo en el salón de baile.

Ya se dirigía hacia el balcón cuando vio a Reginald Vane, el mismo libertino escandaloso con el que Cailleach había hablado en la fiesta de Lowth, atravesar con valentía las puertas del balcón hacia el salón de baile. El hombre mantuvo sus rasgos en una expresión de ligero desinterés y no se molestó en interactuar con ningún invitado mientras se abría paso con bastante rapidez entre la multitud. Bishop sintió una marcada inquietud al verlo.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Bishop estuvo tentado de seguirlo, pero antes de que pudiera hacerlo, Cailleach volvió a entrar en el salón de baile por las mismas puertas por las que había pasado el caballero momentos antes.

La inquietud de Bishop se transformó dolorosamente en otra cosa. Un sentimiento diferente a todo lo que había sentido antes.

Celos.

Y cuando su mirada se entrecerró sobre Cailleach, notó algo preocupante.

Ella estaba molesta.

No abiertamente. De hecho, la preocupación que vio en sus ojos era algo sutil y ella la mantenía firmemente bajo control. Casi… demasiado firmemente.

La conocía lo suficiente como para saber que no era de las que retenían sus emociones, agradables o no. Probablemente era la persona más franca que había conocido. El hecho de que sintiera la necesidad de ocultar sus pensamientos y sentimientos después de venir de un encuentro privado con Vane sugería que algo extremadamente desagradable había sucedido en ese balcón.

El miedo y una furia ardiente lo retorcieron en ese momento.

Si ese maldito imbécil había hecho algo para lastimar a Cailleach…

Bishop apenas pudo terminar la frase mientras la observaba cruzar el salón de baile con pasos decididos. Todo se tensó dentro de él. Seguramente, ella no iría tras el otro hombre.

Pero si lo hacía… ¿quién demonios era él para detenerla? Ella le había exigido suficientes veces que se mantuviera alejado de sus asuntos personales. Y a pesar de la gloriosa noche que habían pasado en su cama, él no tenía ningún derecho sobre ella, ni romántico ni de otro tipo.

Sin embargo, pensar en ella y en ese libertino guapo y engreído hizo que sus entrañas hirvieran y se agitaran.

Dos demonios gemelos luchaban en su interior. Uno exigía que la siguiera, el otro insistía en que la dejara ir. No pasó mucho tiempo antes de que el primero le ganara al otro.

Siempre la seguiría.

Bishop comenzó a caminar entre la multitud de invitados. Aunque no quería creerlo, no podía descartar por completo la posibilidad de que Cailleach hubiera ido tras el tal Vane.

Una vez libre del salón de baile, se dirigió a la puerta principal, donde el mayordomo estaba de centinela para ayudar a los invitados que entraban y salían de la fiesta. Al salir, vio rápidamente a Vane subiendo a su carruaje por la calle. No había señales de Cailleach.

Entonces, ella no lo había seguido. Se dijo a sí mismo que su intenso alivio se debía a su seguridad y no a su miedo personal de que hubiera tenido la intención de escabullirse con otro hombre.

Si todavía estaba en la casa, que en ese momento estaba repleta de invitados, ¿adónde iría si necesitaba unos minutos para sí misma?

El instinto lo llevó escaleras arriba, hacia lo que parecía ser un ala privada de la mansión. El ruido del salón de baile era un zumbido distante allí, y mientras atravesaba los pasillos más tranquilos, comenzó a escuchar los débiles acordes de la música de violín. Siguiendo el sonido, llegó a la puerta abierta que daba a una sala de música que exhibía una variedad de instrumentos colocados aquí y allá alrededor de los sofás y sillas. Cailleach estaba de pie mirando por la ventana al otro lado de la habitación. Sostenía un violín colocado debajo de su barbilla. Y aunque sus dedos bailaban con precisión experta y deslizaba el arco con innegable gracia y facilidad, estaba claro para Bishop que no estaba realmente concentrada en la música. No era más que un fondo para sus pensamientos. Subiendo y bajando, girando y bailando. Sin duda, un eco débil de los giros y vueltas inteligentes dentro de su mente profunda e insondable.

Al verla en ese momento de introspección y de propósito privado, Bishop se vio obligado a reconocer la belleza, la intención y la pureza de su voluntad. En su alma existía un universo entero. Un universo en el que muy pocos eran bienvenidos.

Él ciertamente no lo había sido. Y no era de extrañar. No había hecho exactamente nada para ganárselo.

Maldita sea. Ella era algo increíble. Algo salvaje y maravilloso. Algo real e innegable. Algo absolutamente irreprimible.

¿Cómo podría ser digno de ella? ¿Cómo podría serlo alguien?

Después de que la canción mostrara su nota final, y no un suave desvanecimiento del sonido sino una resonancia feroz y persistente, Cailleach exhaló un profundo suspiro y bajó los brazos. Su postura era segura mientras levantaba la mirada hacia las estrellas que se extendían por el cielo nocturno. Luego murmuró algo suave e ininteligible que sonó casi como una oración o un juramento, antes de darse la vuelta para devolver el violín y el arco al soporte que tenía a su lado. Cuando finalmente miró hacia atrás y vio a Bishop acechando en la puerta, dio un respingo sutil. Pero sus ojos no se iluminaron de placer ni de emoción al verlo.

De hecho, parecía casi cautelosa, aunque la posibilidad fue desmentida instantáneamente por la firme fuerza en su voz cuando habló. «¿Qué estás haciendo aquí?».

Probablemente debería haber dado un encogimiento de hombros despreocupado o alguna respuesta frívola para evitar revelar sus sentimientos en ese momento. Pero no pudo hacerlo. En cambio, comenzó a caminar hacia ella. «¿Estás bien?».

Ella levantó y dejó caer un hombro suave y desnudo, luego inclinó la cabeza y le dio una pequeña sonrisa. «Por supuesto. ¿Por qué no lo estaría?».

«Sé por qué te escabulliste, Cailleach», dijo con voz grave. «Te vi salir del balcón poco después de Vane».

Su mirada parpadeó con sorpresa antes de ocultarla con un rápido parpadeo de inocencia. «No sé de qué estás hablando».

Cuando hizo como si fuera a pasar rápidamente junto a él, él se interpuso en su camino, bloqueándola. «No juegues eso conmigo, cariño». Su voz era tranquila y controlada, pero no tan neutral como le hubiera gustado. «¿Quién es él para ti? ¿Qué hizo para molestarte?».

«Mi asunto con Vane no tiene nada que ver contigo».

Bajó la barbilla. «Dímelo de todos modos».

«¿Por qué?». Sus ojos color avellana se encontraron y sostuvieron los de él. «¿Estás celoso, Bishop?».

Le dolía el pecho. Su lengua se retorcía. Y algo peligroso se envolvió alrededor de su

corazón. «Intensamente», respondió en un susurro crudo.

Obviamente estaba sorprendida por su honestidad, pero luego suspiró, pesada y profundamente. «No tienes por qué estarlo». Su mirada color avellana estaba fija en la de él. «Eres el único hombre para mí, Bishop Black».

Bishop sintió sus palabras como una ráfaga de calor de un hogar ardiente. Rodando sobre él y a través de él. Calentando su sangre y huesos y cada uno de sus nervios.

Y ella era la única mujer para él... aunque había hecho todo lo posible para mantener esa verdad oculta.

Pero, ¿para qué?

¿Qué hacía su resistencia excepto lastimarlos a ambos? Su necesidad por ella estaba profundamente arraigada. Él nunca la sacudiría. Y ya no quería hacerlo.

«Cailleach». Su nombre se deslizó de sus labios en un susurro crudo y pesado. «No puedo ser el tipo de hombre que te mereces».

Ella negó lentamente con la cabeza mientras un delicado ceño fruncido tiraba de sus cejas. «Solo he querido que seas tú».

«Soy el hijo de un maldito Bishop que predicaba la virtud durante el día solo para entregarse a todos los vicios imaginables por la noche», se burló. «Mi madre pensó que era gracioso nombrarme como el hipócrita impío».

«Y yo soy la hija de una sencilla muchacha de las Highlands y un señor malvado y vengativo. ¿Qué maldita diferencia hace eso?».

No podía explicarlo. No de una manera que ella entendiera. Así que no dijo nada.

A pesar de todo y cualquier cosa que pudiera decir, su necesidad por ella ardía con una fuerza inquebrantable. Ardiendo y quemando sus entrañas mientras permanecía inmóvil en su lugar, anhelándola. Deseándola. La deseaba con todos los elementos imaginables de su existencia.

«No quiero hacerte daño, Cailleach».

«Ahora me lastimas», confesó, con palabras roncas e íntimas.

En unos cuantos pasos largos y medio suspiro, Bishop la abrazó. La calidez de su cuerpo contra el suyo alivió algo de su tensión. Pero no toda.

Apretando los dientes, respiró profundamente. Inhalándola.

«Aún no puedo prometer...».

Ella lo detuvo presionando sus dedos sobre sus labios. Sus ojos se oscurecieron y parpadearon antes de tomar una respiración temblorosa. «Tomaré lo que pueda conseguir. Pero quiero *todo* lo que pueda lograr».

Deslizó sus dedos de sus labios para enroscar su delgada mano alrededor de su nuca. Sus ojos estaban oscuros, sus labios se separaron para dejar pasar un suave suspiro, luego atrajo su boca hacia la suya.

Fuego. Necesidad desesperada. Deseo consumidor.

Con un profundo gemido, Bishop la rodeó con los brazos por la espalda y la atrajo hacia la curva de su cuerpo. Quería atraerla hacia sí mismo. Su calor, su energía y su fuerza vital.

Su lengua se deslizó hasta las profundidades de su boca, reclamando su suave y gemido suspiro y luego exigiendo otro. Sus dientes le arañaron el labio inferior antes de succionar la exuberante curva dentro de su boca.

Su jadeo fue seguido por un gemido ronco y sus dedos se apretaron sobre su nuca, enviando sacudidas de hormigueo por su columna vertebral.

Pero luego ella se apartó, girando la cabeza hacia un lado para romper el beso.

Un gruñido de negación escapó de su garganta. No la iba a dejar ir ahora. No podía.

Cuando ella presionó sus manos sobre sus hombros e intentó arquearse para librarse de su agarre, él dejó caer su boca a un lado de su garganta y fue recompensado con su gemido de placer.

«Bishop». Su nombre era un susurro entrecortado y lleno de lujuria.

Él la ignoró, dibujando su pulso contra su lengua en un beso succionador que seguramente dejaría una marca.

Sus dedos se hundieron con fuerza en los músculos de sus hombros. «Aquí no», jadeó cuando él lamió un camino hasta su oreja.

«¿Dónde?», gruñó, tomando su delicado lóbulo de la oreja entre sus dientes.

«En mi dormitorio».

Esta vez, cuando ella se apartó, él la soltó. La idea de acostarla en una cama era lo único que podría haberlo interrumpido en ese momento. Ella tomó su mano entre las suyas, manteniéndolo medio paso detrás de ella mientras salía de la sala de música y prácticamente corría por el pasillo. La música del salón de baile se fue apagando a medida que su avance los alejaba más de la fiesta y los acercaba a la privacidad e intimidad del dormitorio de Cailleach.

Bishop no estaba seguro de cómo se las arreglaría para no estallar por la anticipación. Podía sentir la sangre corriendo por su cuerpo, escucharla en su cabeza, corriendo con el feroz latido de su corazón.

Con una mirada de reojo que reveló el mismo deseo temerario y desesperado en las profundidades de sus hermosos ojos, Cailleach lo arrastró hacia una habitación a lo largo del tranquilo pasillo superior. Soltó su mano para cerrar la puerta y girar la cerradura, pero Bishop solo le permitió un momento para completar la tarea antes de acercar su cuerpo al de ella. Otro paso la obligó a retroceder contra la puerta. Tomó sus muñecas con sus manos, las levantó sobre su cabeza para sujetarlas a la puerta.

Luego miró fijamente su rostro vuelto hacia arriba, queriendo de repente memorizar la luz sensual en sus ojos, el rubor en sus mejillas, el brillo de sus labios exuberantes. «Eres increíble», murmuró él con voz ronca. «Lo sabes, ¿verdad?».

Ella soltó un suspiro tembloroso y luego curvó los labios en una sonrisa descarada. «Me alegro de que finalmente te hayas dado cuenta».

«Me di cuenta», gruñó él, cambiando su peso para que ella sintiera la dureza imposible de su erección contra su vientre. «Me di cuenta hace mucho tiempo, cariño. Y he sido un hombre atormentado desde entonces».

Sus pestañas se agitaron sobre su mirada mientras intentaba ondularse entre él y la puerta. La presión de su cuerpo solo le permitió un ligero movimiento, pero fue suficiente para hacerla jadear y que él gimiera.

«Bishop», susurró, inclinando la cabeza para presionar sus labios contra el pulso en la base de su garganta.

Ajustando el agarre de sus muñecas a una mano, bajó la otra mano a la estrecha curva de su cintura para poder mantenerla en su lugar mientras se mecía en su suavidad.

Su gemido ronco atravesó su sangre como fuego.

«Bésame», murmuró ella.

Su boca cayó sobre la de ella inmediatamente, transformando su suave jadeo en un velado gemido.

Capítulo Veintisiete

Mientras la lengua de Bishop se abría paso contra la suya, Caillie dejó que parte de su miedo y desesperación se desvanecieran.

Él estaba allí. En su dormitorio. Como en tantos sueños nocturnos febriles.

Su beso se hizo aún más profundo y ella gimió de nuevo. No pudo evitarlo. Ya no era una mujer de carne y hueso. Estaba hecha completamente de anhelo, deseo y sensaciones.

Giró sobre su espalda, arqueándose contra él. Tratando de presionar cada centímetro dolorido y hormigueante de ella contra su dureza y calor.

No fue suficiente.

Su gran mano apretó su cintura, como para tranquilizarla, antes de deslizarla más arriba para cubrir su pecho.

Caillie interrumpió el beso para soltar un suspiro jadeante.

Él rozó con urgencia su pulgar sobre la cresta puntiaguda. Incluso a través de las capas de seda y satén, ella reaccionó a su toque como si fuera una lengua de fuego. Jadeando y retorciéndose mientras el placer la atravesaba para arremolinarse con creciente insistencia en su centro. Intentó una vez soltarse de su agarre, pero él la sujetó con firmeza. Y el sonido bajo que emitió dejó en claro que no estaba listo para soltarla.

Dejando un ardiente rastro de besos con la boca abierta por el costado de su garganta, se detuvo para lamerle el pulso antes de raspar con el borde de sus dientes el cordón de músculos que descendía hasta su hombro. Intensos escalofríos siguieron a su boca, drogándola con sensación y anticipación.

Al instante siguiente, curvó sus dedos sobre el borde superior de su corpiño y lo jaló. Su pecho quedó expuesto con un desgarro de costuras y tela. Su mirada era cálida sobre su carne desnuda antes de levantar la mirada para encontrarse con la de ella. Sus ojos oscuros y hambrientos brillaron con una intención malvada mientras bajaba la cabeza para pasar la lengua sobre el capullo apretado de su pezón.

Caillie contuvo la respiración, mirando con asombro la decadente vista de sus sensuales labios, ligeramente separados, rozando suavemente de un lado a otro sobre su sensible pico. La caricia apenas estaba ahí, pero encendió mil sensaciones nuevas.

Su vientre tembló con el deseo de verlo tomar su pezón profundamente en su boca, rodeándolo con calor. Sentir su lengua arremolinándose sobre el brote dolorido.

En cambio, sus labios se abrieron en una sonrisa peligrosa y una risa ronca se le escapó de la garganta.

«Puedo ver qué quieres, cariño. Está escrito en todo tu hermoso rostro».

Caillie frunció el ceño rápidamente. «Entonces, ¿por qué no me lo das?», murmuró con voz ronca.

«Lo haré». Él dio otro golpecito demasiado rápido con la lengua. «Pero todavía no».

Caillie gruñó su frustración y giró las caderas. El movimiento le permitió sentir más de su increíble dureza contra su vientre y trajo un brillo agudo a sus ojos mientras apretaba los dientes.

«Hay algo más que quieres primero, ¿no es así?», murmuró él con las palabras cargadas de pasión y necesidad.

Entonces, se agachó y tiró bruscamente de sus faldas para introducir la mano entre sus muslos y ahuecar con valentía su sexo desnudo.

Su jadeo de sorpresa se convirtió en un gemido tembloroso cuando sintió la firme presión de su palma, la impactante sensación de posesión y la ola de deseo que la inundó. Aunque su cabeza cayó hacia atrás contra la puerta y sus pestañas se movían impotentes ante la avalancha de sensaciones, él no la soltó.

«Me quieres aquí». La agarró con más firmeza, la palma de su mano rozando su clítoris, que había comenzado a vibrar al ritmo de los latidos de su corazón. «¿Debería cubrirte con mi boca otra vez?».

Un calor fundido inundó su sexo, volviéndolo resbaladizo e hinchado.

Caillie gimió e intentó inclinar la pelvis, pero su agarre era seguro.

Bishop emitió un sonido irregular y bajó la cabeza para soplar una suave corriente de aire sobre su pezón. Al mismo tiempo, deslizó la mano entre sus muslos lo suficiente como para deslizar los dedos por sus pliegues. «¿O debería tomar tu hermoso pecho en mi boca y reclamar este sedoso tesoro de otra manera?».

Cuando dijo esto último, introdujo un dedo en su cuerpo. Ella respiró rápidamente, arqueando la columna vertebral con el placer de hacerlo justo cuando él bajó la cabeza para succionar su pecho en su boca. Las sensaciones opuestas de ser llenada y extraída al mismo tiempo eran algo embriagador de experimentar. Se sentía atrapada entre dos fuentes de intenso placer, cada una tan diferente, pero ambas tan absolutamente absorbentes.

Su lengua se retorció expertamente sobre su pezón antes de succionar, tirando con fuerza de su carne hacia su boca justo cuando agregó un segundo dedo. Empujando dentro y fuera de ella, despertando nervios y provocando placeres más profundos. Ya no podía distinguir una sensación de la otra mientras se mezclaban y se arremolinaban por su cuerpo.

Soltándole las muñecas, le rodeó las caderas con el brazo, *sujetándola*… o sujetándose a sí mismo, a medida que el movimiento de su mano entre sus piernas se volvía más exigente.

Caillie deslizó los dedos por su cabello. Anhelando el calor de su beso y el sabor de él en su lengua, instó a su boca a subir hacia la suya.

Su beso era voraz. Y el de ella no lo era menos.

Pero a medida que el placer que él le arrancaba de su cuerpo se acercaba a su punto máximo, recorriéndola en espiral, bailando a lo largo de cada nervio, ella se tensó en sus brazos. Su boca se abrió en un gemido silencioso y su mirada nublada por la lujuria buscó la de él. Su clímax la atravesó como un reguero de pólvora. Encendiéndola en llamas y abrasando su alma.

Y él la guió a través de él con su mirada oscura y deseosa, el empuje implacable de sus dedos y el suave roce de sus labios... sobre su mejilla, su mandíbula, la curva de su oreja y luego su sensible pecho. Los sutiles temblores de su liberación resonaron por todo su cuerpo, llevando su placer a cada rincón de su ser mientras los latidos de su corazón tronaban en sus oídos.

Ella jadeó cuando él retiró los dedos de su sexo y acarició suavemente sus pliegues resbaladizos e hinchados. «Tu placer es embriagador», susurró, el asombro roncando su voz.

Caillie sonrió y giró la cabeza para atrapar sus labios con los suyos.

En efecto, *él* era embriagador. El sabor de su beso la aturdió de deseo y pronto se estaba derritiendo de nuevo.

«La cama», murmuró ella contra sus labios.

Él no dudó. Pasándole un brazo por la espalda, la levantó a medias mientras la alejaba de la puerta. Su risa fue suave y ronca mientras se agarraba a sus hombros para estabilizarse cuando él la puso de pie de nuevo.

Pero luego dio un paso atrás. «Tu ropa primero».

Aunque él arqueó una ceja, hizo lo que le ordenó, se quitó el fino abrigo de noche antes

de desenrollar su corbata y luego se pasó la camisa por la cabeza. Sus zapatos fueron pateados a un lado y luego el resto se desvaneció rápidamente, dejándolo desnudo y *listo*.

La mirada de Caillie fue directamente a su pene. No pudo evitarlo. Era tan hermoso de una manera tan diferente a ella. Tan duro. Grueso y tenso. Para ella.

Su cuerpo respondió a su obvio deseo con una oleada de calor que lo derretía. Apretó sus muslos para contener la sensación. Pronto, esa parte perfecta de él estaría dentro de ella otra vez. Palpitando. Empujándola. Llevándola a nuevas alturas de placer.

«Cailleach, ¿vas a mirarme toda la noche?», preguntó con una voz de humor forzado. «¿O tienes la intención de poner algo más que tus ojos en mí?».

Ella estaba avanzando a grandes zancadas antes de que él terminara de hablar. Todo su cuerpo se tensó, endureciéndose ante sus ojos, los músculos se tensaron en su abdomen, muslos, hombros y bajaron hasta sus manos. Ella llevó sus manos suavemente a su pecho, aplanando las palmas sobre el ascenso y descenso de sus respiraciones profundas. Su piel era suave y muy caliente. Los puntos apretados de sus pezones presionaron sus palmas y no pudo resistirse a explorarlos con las yemas de sus dedos. El sonido que él emitió fue crudo y profundo, atrayendo su mirada hacia él.

«He soñado con tocarte así. Durante más tiempo del que tú crees», murmuró ella.

Los músculos de su mandíbula se tensaron y luego se relajaron. «Hazlo, entonces, cariño. Soy tuyo para explorar».

Ella alzó las cejas. «¿En todas partes?».

Su áspero gemido la recorrió por completo. «Espero que sí, joder».

Caillie se rió suavemente, pero el sonido se apagó rápidamente cuando volvió a centrar su atención en el lugar donde sus manos acariciaban suavemente los contornos de su pecho, luego los hombros y los brazos.

Maldita sea. Le encantaba la sensación de él incluso más de lo que le encantaba su aspecto.

Pasando a su alrededor, exploró con entusiasmo los intrigantes músculos de su espalda, el valle hueco de su columna vertebral y luego, con el labio inferior atrapado entre los dientes, la curva tensa de sus nalgas.

Tenía una forma más fina que las esculturas más veneradas talladas por los maestros. En lugar de mármol, era arte en carne y hueso.

Cuando se dio la vuelta para mirarlo de nuevo, le echó un vistazo a la cara, que permaneció estoica y resuelta. Las únicas excepciones eran el destello de intensidad en sus ojos, el pulso feroz y vibrante en su garganta y la forma sutil en que su miembro parecía latir al ritmo de los latidos de su corazón.

Después de haberse negado a sí misma durante suficiente tiempo, finalmente bajó la mirada. Inmediatamente y sin pensarlo conscientemente, se acercó a él, envolviendo su mano firmemente alrededor de la base de su pene.

Su gemido fue profundo y corto mientras todo su cuerpo se estremecía y se tensaba ante su toque.

Pero el sonido se mezcló con su propio suspiro sin aliento cuando descubrió el asombroso calor y la seda que cubrían una dureza diferente a todo lo que había conocido. Duro como el acero o la piedra, pero vibrando con vida. Agregó su otra mano, envolviendo sus dedos suavemente alrededor de él justo debajo de la cabeza estriada.

Una gota brillante de humedad se formó desde la ranura en la parte superior.

Caillie respiró suavemente y se arrodilló.

«*Joder*». La voz de Bishop era poco más que un gruñido mientras flexionaba sus manos y luego las volvía a apretar en puños. «¿Qué estás haciendo?».

Caillie lo miró mientras él se alzaba sobre ella con una fuerza que le quitaba el aliento y una belleza masculina. «Explorando», respondió ella dulcemente.

Su respuesta fue un fuerte apretón de dientes mientras deslizaba la punta de su dedo a lo largo de la hendidura de su punta, reclamando la gota transparente para llevársela a la boca.

El deseo de probar su eyaculación había sido impulsivo, instintivo, pero cuando las caderas de Bishop se sacudieron en respuesta y emitió un gruñido áspero, ella sintió una oleada rápida e intensa de poder.

Ella quería más.

Aún sujetándolo firmemente por la base, deslizó su otra mano por su gruesa longitud y luego volvió a subir con un suave apretón cerca de la parte superior, instando a que saliera otra gota más grande.

Pero esta vez, lo reclamó directamente con su lengua, inclinándose hacia adelante rápidamente para que él no pudiera detenerla. Pasando la lengua por su punta, tomó la gota salada de su carne.

«*Mieeeeerda*», gimió él con fuerza.

Sintiendo el esfuerzo que le tomaba permanecer inmóvil durante su exploración, no perdió ni un momento más mientras giraba su lengua alrededor de su suave y ancha cabeza antes de ensanchar sus labios para tomarlo en el calor de su boca.

«Santo infierno eterno».

Su maldición sonó más como una bendición mientras su pene palpitaba caliente y tan imposiblemente duro entre sus labios y contra su lengua. No podía meter mucho de él en su boca, aunque lo intentó, deslizando sus labios hacia abajo tanto como pudo antes de levantarlos nuevamente para hacer girar su lengua a lo largo de la cabeza estriada. Cuando se formó otra gota, la reclamó con avidez con una larga lamida antes de que rodara por su longitud. Luego lo tomó de nuevo, esta vez moviendo su mano al mismo tiempo que su boca se deslizaba.

Su bajo y retumbante gruñido de placer la instó a hacer más. Más movimientos de su lengua. Un momento de succión antes de soltarlo para comenzar de nuevo. Acelerando su ritmo y llevándolo más profundo cada vez.

Fue una experiencia embriagadora. La satisfacción y el poder retumbaban en ella cada vez que lo escuchaba gemir de placer.

¿Podría hacerlo llegar al clímax con su boca?

Estaba desesperada por descubrirlo.

Capítulo Veintiocho

¿Había muerto alguna vez un hombre por la pura intensidad del placer sexual?

Si no, Bishop estaba seguro de que sería el primero.

Nada en su vida podría haberlo preparado para la exuberante magia de los labios y la lengua de Cailleach moviéndose sobre su pene. Su inexperiencia se vio enriquecida por su audaz deseo mientras exploraba, probaba y se perdía en el puro disfrute de ello. El primer latigazo caliente de su lengua casi lo tiró al suelo, pero a medida que su confianza y deseo crecían, también lo hizo su determinación de mantenerse firme. De darle la libertad de hacer lo que quisiera, aunque cada momento amenazara su capacidad de contener su liberación.

Aunque sería tan fácil dejarse llevar y permitir que el placer lo abrumara, no podía atreverse a correrse entre sus dulces labios. Todavía no.

«Cailleach». Su nombre salió como poco más que un suspiro gutural. Cuando ella no se detuvo, sino que lo chupó aún más profundamente, él gimió y deslizó una mano en el grosor de su peinado. Cerrando los dedos en un puño, apartó suavemente su boca de él. Ella lo soltó con evidente renuencia y lo miró con ojos brillantes y llenos de lujuria.

Su pene palpitó con fuerza en respuesta, ansiando el calor de su boca de nuevo.

«Basta de explorar», dijo con brusquedad.

Ella comenzó a sacudir la cabeza en señal de negación, pero él detuvo cualquier argumento que pudiera dar apretando su mano en su cabello e inclinando su cabeza hacia atrás. Luego se inclinó sobre ella para tomar sus labios separados en un beso salvaje con la boca abierta, barriendo su lengua profundamente en su boca para robar el gemido que se deslizó de su garganta.

Joder, la necesitaba.

En un movimiento rápido, la levantó y la arrojó sobre su hombro. Su risa breve y ronca calentó las partes más profundas de él. Cuando la dejó caer sobre el lujoso colchón de su cama con dosel, sus elegantes faldas cayeron desordenadas sobre sus muslos, mostrando las elegantes curvas de sus piernas. La mirada de anhelo y deseo físico que ella le lanzó hizo que su sonrisa de humor se convirtiera en un gruñido.

Plantando su rodilla sobre el colchón entre las rodillas separadas de ella, se sostuvo sobre una mano y dobló la otra detrás de su cuello para levantar su boca y recibir otro beso profundo.

Le encantaba su sabor. El sonido de su suspiro gimiendo. El arco de su columna que hacía que sus pechos rozaran ligeramente los de él.

Apoyándose sobre un codo, le rodeó el cuello con el otro brazo y lo bajó. Con un áspero gruñido de rendición, él colocó todo su peso sobre ella. Su pecho aplastó sus pechos y sus caderas se acomodaron en la cuna de sus muslos. Meció su pelvis contra ella, pero en lugar de carne femenina caliente, su pene se deslizó contra la seda fría de su vestido.

No era una sensación desagradable.

Meció sus caderas de nuevo, posicionándose contra su centro. Pero sus faldas permanecieron entre ellos, una barrera delgada pero impenetrable. Era lo único que le impedía hundirse profundamente en su cuerpo.

Cuando ella levantó las caderas, buscando una mayor presión, él se la dio, guiando su longitud a lo largo de su hendidura cubierta de seda. Su jadeo y gemido inspiraron otra caricia larga y penetrante. Luego otra y otra más.

Pronto, ella se retorció debajo de él, levantando y acomodando sus caderas para reclamar cada centímetro de contacto. Su boca se volvió voraz, lamiendo, mordisqueando con fuerza sus labios, chupando su lengua, mientras la seda entre sus cuerpos se humedecía con su excitación y la suya.

Apretando los dientes, Bishop supo que no podía aguantar mucho más. Y cuando ella se inclinó para agarrar sus nalgas en un intento de obligarlo a apretarse más contra ella, él terminó.

Con un sonido áspero, se dio la vuelta y envolvió un brazo alrededor de su cintura para atraerla con él. La seda rosa cayó sobre su pecho y cubrió sus muslos.

«¿Qué...?».

«Quítate la ropa», respondió, su voz un susurro áspero. Se incorporó para sentarse a horcajadas sobre sus caderas y giró los brazos hacia atrás para tirar con impaciencia de los lazos de su vestido mientras Bishop deslizaba las manos por sus muslos.

Pero se desplomó frustrada, maldiciendo entre dientes mientras bajaba las manos en señal de derrota.

Bishop se rió y la agarró de las caderas para empujarla hacia atrás sobre sus muslos lo suficiente para poder sentarse. Le tomó la boca en un beso rápido y enérgico y la rodeó con la mano para encontrar la pequeña hilera de botones en su espalda.

Ella suspiró y sus labios se curvaron en una sonrisa contra los de él. «Qué lástima que no tengas a mano tu cuchillo de bandido».

Él arqueó una ceja al encontrarse con su mirada brillante. «¿Quieres que te destruya otro vestido?».

Sus manos se levantaron para enmarcar su rostro. «Podrías destruir mil vestidos, cada enagua y cada maldito corsé si eso significara que pudiera sentir tu cuerpo contra el mío».

Él agarró los bordes de su vestido y dio un tirón violento, desgarrándolo hasta sus caderas. La risa encantada de Cailleach llenó la habitación mientras agarraba puñados de seda para levantarlo por encima de su cabeza. Con la ayuda de Bishop, el vestido fue retirado rápidamente. Las enaguas fueron las siguientes, pero el corsé, que realzaba los suaves montículos de sus pechos de manera tan tentadora, tardó un poco más. En parte, porque Bishop se distraía constantemente con las hermosas protuberancias de color rosa pálido de sus pechos, rematados con perfectos pezones de color rosa melocotón. No podía dejar de besar, lamer y chupar la hermosa carne en su boca.

Pero a ella obviamente no le importaba la demora. Sus manos se enredaron en su cabello para agarrar su cabeza y sujetarlo contra ella mientras sus caderas rodaban suavemente en su regazo.

Demasiado suavemente.

Su miembro palpitaba caliente y exigente contra su vientre. El dolor de su necesidad era casi insoportable.

Hasta Cailleach, Bishop nunca había conocido el profundo dolor de la negación. Inspiraba un anhelo que era complejo e innegable, un hambre que parecía surgir del centro mismo de su alma desperdiciada. Lo ansiaba y lo maldecía al mismo tiempo.

Los lazos de su corsé se aflojaron ante la insistencia de sus hábiles dedos y lo arrojó a un lado antes de quitarle también la camisola.

Entonces su respiración se detuvo en un gemido áspero y entrecortado. Ella estaba sentada a horcajadas sobre su regazo, finalmente completamente desnuda salvo por un collar de joyas doradas que le rodeaba el cuello delgado y unas medias de seda que le ceñían los muslos.

Él la agarró por las caderas con las manos, con tanta fuerza que sus dedos probablemente

dejarían marcas en su suave piel. Luego la atrajo hacia él, atrapando su dolorida polla entre sus vientres. Estaba desesperado por estar dentro de ella, pero no quería apresurarse. Cada momento se sentía precioso.

Cailleach le pasó las manos por los hombros y le dedicó una sonrisa misteriosa antes de levantarlas hacia su cabello y comenzar a quitarse los muchos alfileres que llevaba, uno por uno.

La posición alargó y arqueó su columna vertebral, levantando sus pechos en señal de ofrecimiento.

Bishop no pudo negarse.

Agarró su cuerpo y deslizó las manos hacia arriba hasta que descansaron bajo las curvas de sus exuberantes pechos. Luego se inclinó hacia delante y tomó un pico color rosa melocotón en su boca, llevándolo profundamente, haciendo girar su lengua sobre el áspero pico.

Ella respondió con un gemido ronco, arqueándose aún más, pero no bajó las manos de su cabello.

Soltando el primer pecho, él giró la cabeza y pasó la lengua por el otro pico, luego observó cómo su pezón se tensaba hasta convertirse en un brote perfecto antes de cubrirlo con su exigente boca.

Sus gemidos pronto se convirtieron en respiraciones jadeantes. Mientras su cabello caía libremente por su espalda, ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y hombros, abrazándolo fuerte. Sus caderas se movieron, buscando un contacto más profundo. Se movió sobre él. Exigiendo más. Apasionada.

Soltando su pecho, él deslizó sus manos por su delgada espalda y luego se adentró en su espeso cabello para sostener su cabeza mientras acercaba su boca a la suya. El beso fue abierto y caliente, sin un rastro de seducción o habilidad. Era pura necesidad. Deseo crudo.

Ella lo tomó y respondió de la misma manera. Enroscando su lengua alrededor de la de él, gimiendo su deseo, curvando sus uñas en su piel, aplanando sus pechos contra él hasta que sus latidos retumbaron entre ellos.

Tomó su exuberante trasero entre sus manos, levantó e inclinó sus caderas, acomodando su sexo resbaladizo y caliente a lo largo de su pene. Aspiró con fuerza ante el delicioso contacto. Sus ojos se encontraron y se quedaron quietos, mirándose el uno al otro, ambos jadeando en busca de aire.

Llevó una mano hasta su rostro, le acarició la mejilla con el pulgar.

«Cailleach», murmuró.

Ella sonrió y respondió en un susurro sensual, «Bishop».

Algo extraño y agudo se apoderó de su pecho. Contuvo la respiración, esperando que se fuera. Pero en lugar de abandonarlo, la sensación se extendió en oleadas ondulantes hasta que lo llenó.

Pero antes de que pudiera recuperar el aliento, Cailleach tomó su mandíbula barbuda entre sus manos e inclinó su boca hacia la de ella para un beso feroz y autoritario. Un beso que claramente estaba destinado a poseer y reclamar.

Pero él ya era suyo.

Lo había sido durante años.

Cuando terminó el beso con un caliente movimiento de su lengua contra la comisura de su boca, murmuró con voz ronca, «te necesito dentro de mí, Bishop. Quiero estar llena de ti. Hasta que tu corazón lata contra la parte más profunda de mí. Hasta que estemos empapados de sensaciones y liberes tu placer en mi alma».

La mujer era una maldita poeta.

Él gruñó y recuperó su boca en otro beso, pero cuando ella envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y cambió su peso como para rodar hacia atrás sobre la cama, él la sostuvo firmemente en su regazo.

«No quiero lastimarte, cariño», murmuró con voz ronca.

Ella negó con la cabeza y rápidamente aseguró, «no lo harás».

«Lo sé», respondió mientras sostenía sus caderas en su lugar sobre su regazo y luego se recostó. La vista de ella, maravillosamente desnuda a horcajadas sobre sus caderas, su sexo descansando contra la base de su pene, sacó un gemido entrecortado de su garganta. «Vas a tomar la iniciativa esta noche».

Él deslizó las manos por sus muslos, amando cómo temblaba bajo su toque.

Los ojos de ella se abrieron de par en par al comprenderlo, la emoción titiló en sus profundidades. «No lo sé...», comenzó, pero él emitió un sonido áspero y sacudió la cabeza.

«Lo resolverás, chica lista».

Ella sonrió y dio un pequeño giro de prueba con sus caderas.

Bishop apretó los dientes ante el cambio de presión y el deslizamiento de su calor.

Su siguiente movimiento fue más grande, más intencional, mientras deslizaba su sexo a lo largo de su erección hasta la cabeza estriada. Con su mirada firme y audaz en su rostro, lo provocó con pequeños movimientos cortos contra la sensible parte inferior de su hinchada punta, hasta que jadeó y tembló sobre él y Bishop se aferró con fuerza a sus muslos, haciendo todo lo posible para no levantar las caderas y empujar con más fuerza contra ella.

«Eres una mujer malvada», dijo entre dientes apretados.

La sonrisa que inclinó sus labios era pura sensualidad.

Pero luego se inclinó hacia adelante para dejarle un beso rápido en los labios antes de apoyarse con la palma de la mano sobre su corazón. Luego levantó las caderas y se agachó para tomar su pene en un agarre cálido y posesivo. Sosteniendo su mirada, lo colocó contra su entrada.

Y luego hizo una pausa.

Bishop tensó los muslos y apretó sus nalgas. Le dolía la mandíbula de tanto rechinar los dientes, pero de alguna manera logró mantenerse quieto.

Y, aun así, ella permaneció en equilibrio sobre él, con su miembro besando sus pliegues sedosos, sin hacer nada para tomarlo dentro de ella.

«Eres todo, Bishop Black». Sus palabras susurradas eran suaves y aterciopeladas, el tono se profundizaba por el peso y la maravilla en su mirada.

Una extraña pesadez se acumuló en su garganta, lo que le dificultó responder, aunque se vio obligado a hacerlo. «Soy nada». Su voz era ronca y áspera.

Cailleach sacudió la cabeza y lentamente bajó sus caderas sobre él, finalmente aceptándolo en su calor apretado y devastador.

Bishop gimió ante el tortuoso placer de eso. Sus ojos amenazaron con rodar hacia atrás, pero no podía escapar de su mirada de párpados pesados. Y no quería hacerlo. La luz parpadeante en sus profundidades lo hipnotizaba.

Ella lo era todo. El sol, la luna y las estrellas. El aliento, la sangre vital y el espíritu.

Después de tomar solo un poco de él dentro de ella, ella lo levantó de nuevo, cubriéndolo con su humedad. Las estrellas bailaron en su visión. Luego bajó, yendo más lejos antes de levantarlo de nuevo. Una y otra vez. Tomando más y más cada vez. Lenta. Decadente. Paciente. Y tan jodidamente perfecta.

Para cuando bajó todo su peso, reclamando cada centímetro de él, ambos estaban

jadeando y el sudor brillaba en sus cuerpos.

«Me llenas tan completamente», jadeó ella con asombro en su voz. «Puedo sentirte en lo más profundo de mí».

«Cailleach», gimió él, completamente incapaz de formar otra palabra o pensamiento. Sus manos se deslizaron hacia arriba para agarrar con fuerza su estrecha cintura, pero simplemente la sostuvo.

Ella sonrió, pasando sus suaves manos por su pecho, vientre y costados. «No te preocupes, amor», murmuró ella. «Voy a cuidar de ti».

Y luego lo hizo, moviéndose a lo largo de su pene en un ritmo que al principio era rodante y sensual mientras se ponía a prueba a sí misma y a él. Pero no pasó mucho tiempo antes de que ella se volviera más exigente, moviendo su pelvis con un movimiento más furioso mientras rodeaba su clítoris con las yemas de los dedos. Extrayendo placer de él con la misma intensidad con la que lo daba.

A pesar de sus mejores intenciones, no pudo permanecer inmóvil debajo de ella por mucho tiempo. Sus caderas subían y bajaban, aumentando la profundidad y la potencia de sus embestidas. Sus jadeos se convirtieron en fuertes gemidos. Su mirada se desenfocó y su cuerpo se estremeció cuando finalmente se bajó hasta su pecho. Tomó su rostro entre sus manos y deslizó su lengua en su boca.

El placer serpenteó a lo largo de su columna vertebral y se enroscó alrededor de la base de su pene. Cuando sus músculos internos comenzaron a temblar a su alrededor, él envolvió sus brazos alrededor de su delgada figura, sosteniéndola contra él mientras embestía con un ritmo palpitante. Ella abrió la mandíbula, su respiración se volvió corta y rápida, y su columna se arqueó en una hermosa forma mientras se abría a él, aceptando todo lo que tenía para dar mientras el placer sacudía su cuerpo.

Su clímax lo desgarró como una fuerza. Todo lo que pudo hacer fue abrazarla fuerte mientras el placer lo destrozaba en un millón de pedazos de luz y oscuridad, vida y muerte, corazón y alma.

Capítulo Veintinueve

Se despertó sintiéndose desorientado al instante. Su corazón latía de forma antinatural cuando la verdad lo atravesó como una ráfaga de rifle.

Mierda. Se había desmayado.

Después de experimentar el orgasmo más asombroso y alucinante de toda su maldita vida, acababa de... ¿quedarse dormido? *Otra vez.*

Ya eran dos veces que se quedaba inconsciente inmediatamente después de hacer el amor con Cailleach.

No tenía precedentes. Solo había estado tan ansioso por dejar las camas de sus amantes como por que se fueran de la suya.

Sin embargo, allí estaba, desparramado en medio de una lujosa cama con dosel debajo de una colcha de seda amarilla que parecía brillar bajo la plateada luz de la luna que se filtraba por las ventanas. Y allí, acurrucada en la esquina del asiento de la ventana con los brazos envueltos libremente alrededor de sus rodillas dobladas y su cabello oscuro cayendo espeso por su espalda mientras miraba el cielo reluciente de estrellas, se encontraba la criatura más hermosa que existía.

Con el pánico presionando hacia afuera a través de su pecho, tuvo un deseo agudo y repentino de que el mundo fuera de esa ventana pudiera girar sin ellos, dejando todo dentro de estas cuatro paredes completamente intacto. Olvidado.

Antes de que pudiera hundirse demasiado profundamente en la inútil fantasía, Cailleach lo miró. Al ver que estaba despierto y la miraba, sonrió. Fue lenta y suave, y si él no lo supiera, diría que contenía un dejo de melancolía.

«¿Estás despierto?».

Su sensual acento escocés desencadenó una oleada de calor a través de su pecho y una inyección de lujuria en su pene. No creía que estuviera imaginando la ronquera añadida en su tono después de sus jadeos irregulares y gemidos roncos.

¿Cómo pudo haber dormido ni un momento con Cailleach a su alcance? Debería haber estado absorbiendo cada breve destello de su mirada, cada sonrisa, cada caricia.

¿Cuánto tiempo había perdido?

Al menos, esta vez no se había escabullido. Tendría que visitarla en su dormitorio más a menudo.

Cada maldita noche, tal vez.

«Tú también», respondió, tratando de mantener la mayoría de sus pensamientos fuera de su expresión mientras mostraba una sonrisa casual y se levantaba para sentarse y recostarse contra el montón de almohadas de felpa detrás de él. «¿Dormiste algo?».

«No», respondió ella mientras deslizaba sus pies hasta el suelo y se ponía de pie.

Bishop no pudo evitar que su mirada se deslizara codiciosamente a lo largo de las líneas de su figura mientras caminaba hacia él.

¿Estaba desnuda debajo de su delgada bata verde ceñida firmemente alrededor de su estrecha cintura?

Su miembro ya duro como una piedra palpitaba ante el pensamiento. Le tomó un gran esfuerzo no frotar su mano a lo largo de su longitud. En cambio, obligó a su mirada a volver a la de ella y creyó ver una pequeña sonrisa cómplice tirando brevemente de la comisura de su boca.

Luego frunció el ceño. «¿No dormiste nada?».

Ella sacudió suavemente la cabeza y se sentó en el borde de la cama. Apoyándose en una mano extendida, se inclinó hacia él. «Estaba demasiado… nerviosa, creo. Demasiados pensamientos arremolinándose en mi cabeza. Demasiados…», hizo una pausa y presionó la palma de su mano sobre su corazón mientras respiraba profundamente. «Demasiados sentimientos», terminó con otra sonrisa.

«¿Buenos sentimientos?», preguntó él con brusquedad.

Su boca se abrió y sus ojos se suavizaron. «Sentimientos maravillosos, gloriosos», susurró mientras se inclinaba hacia adelante lo suficiente para rozar suavemente sus labios con los de él. Antes de que él pudiera levantar las manos para agarrar su nuca y atraerla hacia sí para un beso más profundo, ella se apartó. «Sentimientos ansiosos», agregó en voz aún más baja. «Sentimientos tristes y sentimientos de agradecimiento. Sentimientos de miedo, enojo y felicidad». Se rió y se encogió de hombros. «Demasiados sentimientos».

Él lo entendió por completo, aunque no podía admitirlo. «¿Y ahora?».

«Ahora, siento...», suspiró, soltando un sonido cálido y pesado. Su mirada se desvió con suave deseo por su pecho expuesto hasta donde su erección cubría la colcha de satén que cubría su regazo. Sus labios se separaron y lo miró a través de la espesa caída de sus pestañas. «Ahora, me siento vacía. Y necesitada».

Con el corazón palpitante, Bishop levantó la mano para trazar su sonrisa con la yema del pulgar. Su voz era baja, áspera. «¿No estás adolorida?»

«Me duele mucho», respondió mientras sus párpados se volvían pesados. «Es un dolor que creo que anhelaré por el resto de mi vida. Pero es el dolor lo que más me preocupa ahora».

Bishop deslizó los dedos por su garganta antes de pasar la mano por debajo de su espeso cabello para envolverla posesivamente alrededor de su nuca. «¿Dónde te duele, cariño?».

Tomó su otra mano entre las suyas y la llevó a su pecho. Sosteniéndola allí para que él pudiera sentir la aceleración de su corazón, susurró, «aquí». Con sus miradas fijas, ella movió su mano hacia abajo sobre su vientre, luego separó suavemente sus piernas hasta que los bordes de su bata se abrieron. Con valentía, deslizó su mano entre sus muslos, hasta que sus dedos se deslizaron a lo largo de los pliegues hinchados de su sexo. «Aquí».

El pecho de Bishop se agitó y su estómago se tensó con la rápida fuerza de la lujuria que lo atravesaba. Sosteniéndola en su mano, curvó dos dedos en su centro apretado.

«¿Y aquí?», preguntó en un murmullo gutural.

El sonido que emitió en respuesta fue una hermosa mezcla de sorpresa, placer, hambre y gratitud. Separó más las piernas y se levantó hasta su mano, instándolo a profundizar.

«Sí», respondió, con los ojos vidriosos por el deseo. Luego se estiró hacia adelante para llevar su boca con fuerza a la de él. Con su mano todavía alojada entre sus muslos, se puso de rodillas y se reposicionó a horcajadas sobre su regazo. «Me temo que me has convertido en insaciable».

«Te daré lo que necesitas, cariño», respondió con voz ronca. «Cuando y como lo necesites».

Bishop hizo algunos gestos de señas dentro de su entrada sacando respiraciones agudas y sonidos bajos de su garganta mientras echaba la cabeza hacia atrás en un hermoso abandono. Necesitando ver toda la gloria de su belleza a horcajadas sobre él, Bishop soltó su sexo y tiró de la faja que sujetaba su bata en su lugar. El material suave se deslizó libremente. Con la respiración entrecortada, deslizó las manos sobre su cuerpo desde los hombros, hasta sus hermosos pechos, luego su delgada cintura y la curva de sus caderas, extendiendo la bata más

ampliamente a medida que avanzaba hasta que cayó por sus brazos para envolver su cuerpo completamente expuesto.

Ella era jodidamente impresionante.

A horcajadas sobre él con su cabello oscuro enredado a su alrededor. Sus muslos separados y sus pliegues brillantes descansando sobre él.

Él agarró sus muslos, curvando sus dedos en la piel tonificada. Su belleza y fuerza y todo lo demás que conformaba quién era ella nunca dejaba de sorprenderlo. ¿Cómo podía ser real?

Cuando levantó las manos para cubrir sus pechos, ella gimió suavemente y arqueó la columna. El movimiento hizo que se moviera a lo largo de su longitud. La fricción satinada era increíblemente erótica. Pero no era suficiente.

Con un murmullo áspero, Bishop agarró su cintura, levantándola lo suficiente para poder jalar la colcha hacia abajo, liberando su pene ferozmente erecto. Cailleach tarareó al verlo y lo tomó con entusiasmo entre sus dos manos, deslizando sus suaves palmas hacia arriba y hacia abajo por su longitud.

Mientras ella masajeaba su miembro, él amasaba sus tetas, llevando los rosados pezones a picos duros.

Joder. Necesitaba estar dentro de ella.

Con una mano en su cadera para guiarla, se inclinó para tomarla en sus manos, pero justo cuando ella se movió para apoyarse con las manos en su pecho, algo chocó contra la puerta del dormitorio.

Ambos se quedaron quietos de repente, su respiración se detuvo a mitad de la inhalación y sus ojos se encontraron.

Cailleach miró por encima del hombro y luego susurró. «Estoy bastante segura de que la cerré con llave».

Bishop arqueó una ceja. «¿Bastante?».

El sonido se escuchó de nuevo seguido de una extraña especie de resoplido.

«¿Qué demonios?».

Cailleach se relajó de repente y soltó una risa baja. «Ay, niño travieso», murmuró mientras pasaba la pierna sobre sus caderas para salir de la cama. Se echó la bata hacia atrás sobre los hombros y se la abrochó justo cuando la puerta volvió a traquetear.

Bishop se tensó, tirando de la colcha hacia atrás sobre su erección que palpitaba intensamente, pero la mujer claramente no estaba preocupada mientras cruzaba la habitación a grandes zancadas para abrir la puerta.

«Vamos, Bramble, muchacho», saludó en un susurro cuando un border collie blanco y negro entró en el dormitorio.

El perro, que era evidentemente mayor, se movía con cierta lentitud, pero una vez que estuvo dentro, Cailleach cerró y trabó la puerta de nuevo antes de agacharse para darle al collie todas las caricias y besos que Bishop había estado esperando. El perro absorbió su atención con una sonrisa de dientes grandes y la lengua colgando, pero cuando vio a Bishop, se separó de Cailleach y trotó hacia la cama. Se abalanzó para apoyar sus patas delanteras en el colchón y soltó un gemido emocionado.

Bishop frunció el ceño. «¿Qué quiere?».

«Quiere saludar», explicó Cailleach con una risa. «Mi Bramble ya no es tan ágil como antes, pobre muchacho. Con mis frecuentes trasnochadas, ha empezado a dormir en la habitación de los niños con Fergus, el hijo de Colin y Worthy». Le dio una cariñosa caricia en la cabeza. «Debe estar extrañándome».

Mirando al perro con una pizca de sospecha, Bishop preguntó, «¿hay alguien más que debamos esperar que entre?».

Su sonrisa estaba llena de humor y sus ojos brillaban con picardía. «No». Un murmullo bajo hizo que el collie caminara lentamente hacia una cama acolchada para perros en la esquina de la habitación, donde dio tres vueltas y luego se tumbó con un gruñido audible. Luego Cailleach volvió a subirse a la cama y se estiró sobre Bishop. Inmediatamente comenzó a acariciarle la espalda delgada de arriba a abajo.

«Como esperaba quedarme despierta hasta tarde disfrutando del baile, mi criada recibió instrucciones de no molestarme antes del mediodía».

Bishop bajó las manos para agarrarle las nalgas y levantó las caderas para presionar su pene contra su vientre. «Entonces, nuestra noche aún no ha terminado», murmuró con voz ronca.

«Ni de lejos», respondió ella con una sonrisa sensual mientras rodeaba su cuello con la mano.

Capítulo Treinta

Habían pasado más de tres horas hasta que Bishop finalmente logró reunir el ánimo necesario para abandonar la cama de Cailleach.

Ella había caído en un sueño profundo y tranquilo hacía algún tiempo, y aunque él se había estado diciendo a sí mismo que necesitaba aprovechar la oportunidad para escabullirse, no había podido hacerlo. Estar acostado a su lado, con su pierna sobre la de él, su mano apoyada contra su vientre y su cabeza apoyada en su hombro había sido demasiado... satisfactorio. Su calidez, confianza y respiraciones lentas y regulares habían sido una experiencia novedosa. Y aunque sabía que ella no había dormido lo suficiente, más de una vez había estado tentado de despertarla con lamidas calientes de su lengua a lo largo de su piel más sensible.

Hacerle el amor podía volverse adictivo fácilmente.

Esa era exactamente la razón por la que tenía que irse. Ahora. Antes de que el sol saliera demasiado alto en el cielo y esa molesta voz en su cabeza se hiciera más fuerte o el tirón en su pecho se hiciera más fuerte.

Sin embargo, todavía luchaba. En su mente, seguía reviviendo la sensación de su beso en su garganta y la desesperación de sus uñas manteniéndolo cerca. Nunca había conocido nada tan conmovedor como sus roncos gemidos de placer o ese brillo de descubrimiento y deleite en sus ojos mientras recorría su longitud con la lengua. Todo se sentía tan nuevo para él. Pero no eran los cinco años de celibato lo que lo hacían sentir como un muchacho que experimentaba tales cosas por primera vez. Era ella. Porque nunca había sido así con nadie más.

Cailleach Claybourne estaba destinada a mucho más que a Bishop Black. Se merecía mucho más. Sin embargo, no podía evitar imaginarla como suya.

Desafortunadamente, pronto comenzó a escuchar los débiles sonidos de agitación distante en la casa y finalmente se obligó a alejarse de sus suaves y adorables extremidades. Con la mandíbula apretada, desenrolló sus gruesos mechones de alrededor de su brazo y lentamente se levantó de su cama. Aunque gimió, se quejó y murmuró algunas tonterías incoherentes sobre lo vital que era para una jovencita aprender a tocar algo llamado banjo, no se despertó ni por asomo.

Bishop tuvo la tentación de detenerse y preguntarle un poco más sobre el banjo. Pero por muy interesantes, confusos y entretenidos que fueran sus murmullos soñolientos, no lo pudo encontrar en su dormitorio.

Se movió en silencio por la habitación, vistiéndose bajo la atenta mirada de Bramble. Estaba pensando cuál era la mejor manera de escabullirse sin que nadie de la casa lo viera cuando sonó un golpe suave pero firme en la puerta.

Bishop se quedó paralizado.

Ella había vuelto a cerrar con llave después de la intrusión de Bramble, ¿no?

Miró al collie, que no se molestó en levantar la cabeza ante el golpe, aunque sus ojos se movieron con curiosidad de Bishop a Cailleach, que todavía estaba desparramada en la cama, y luego a la puerta, donde se escuchó otro golpe, seguido de una voz de mujer. «Señorita. Señorita, ha llegado un mensaje para usted que definitivamente querrá ver».

Cuando no hubo respuesta, la manija de la puerta se sacudió, pero no se abrió.

Se escuchó una maldición murmurada del otro lado, luego otro golpe. «Señorita. Realmente quiere despertarse para este mensaje. El chico dijo que era urgente».

Cailleach finalmente comenzó a moverse en la cama, murmurando incoherencias en voz baja mientras se estiraba y rodaba boca arriba. «No hay lecciones hoy, Worthy», gruñó somnolienta. «Es mi cumpleaños…».

Bishop frunció el ceño. ¿Su cumpleaños? ¿Clases?

«Vamos, señorita», la voz más allá de la puerta instó gentil pero firmemente. «Soy Neda y necesita abrirme esta maldita puerta para que pueda darle este importante mensaje».

Cuando Cailleach se obligó a sentarse, Bishop corrió silenciosamente hacia la cama.

«Ya voy», se quejó. «No hay necesidad de ponerse irritable. Ned no se escapa de sus tareas todo el tiempo».

La criada murmuró algo incoherente, pero Bishop estaba más preocupado por el hecho de que Cailleach se había levantado y se había puesto la bata, como si realmente tuviera la intención de abrir la puerta.

Bishop la detuvo con una mano en su brazo y un fuerte movimiento de cabeza. Ella se apartó el pelo de la cara y lo miró con una sonrisa soñolienta y una mirada desenfocada. «Hola, guapo». Luego se puso de puntillas y le dio un cálido beso en los labios. «Tengo que ocuparme de las niñas antes de que llegue la nieve», murmuró mientras le daba una palmadita en la mejilla.

La mujer estaba claramente medio dormida. Su extraño comportamiento le recordó cómo había estado la noche de su regreso a Londres, cuando la encontró en su cama. ¿Siempre se despertaba con tanta dificultad?

Mientras cruzaba la habitación a trompicones, Bishop tuvo el tiempo justo para ocultarse detrás de la puerta antes de que ella la abriera de par en par.

«Ya era hora», murmuró la criada, y luego preguntó, «¿ya está completamente despierta? ¿O todavía sigue atrapada en sus sueños?». El rostro de Cailleach se iluminó. «Ay, tuve el sueño más maravilloso». Miró hacia la cama. «Estuvo conmigo... toda la noche...». Una nota de confusión apareció en sus últimas palabras y su voz se desvaneció. Con un parpadeo, su mirada pareció agudizarse de repente mientras escudriñaba el dormitorio con el ceño fruncido antes de volver a mirar a la criada. Solo entonces vio a Bishop presionando su espalda contra la pared junto a la puerta abierta.

Sus ojos se abrieron y se mordió el labio inferior en un obvio intento de contener un repentino estallido de diversión.

Bishop arqueó la ceja y silenciosamente cruzó los brazos sobre el pecho. Luego inclinó la cabeza significativamente hacia la criada, que estaba a solo unos centímetros de él con nada más que una losa de madera entre ellos.

Cailleach parpadeó de nuevo y se tensó. «¿Neda? ¿Qué estás haciendo aquí tan temprano?».

«Ahí está», dijo la criada con un suspiro exasperado. «He estado tratando de decirle que recibió un mensaje urgente. Pensé que querría leerlo de inmediato».

Cailleach recibió una nota doblada y la miró con un pequeño fruncimiento de cejas antes de parecer darse cuenta de quién era.

«Gracias, Neda», dijo en un tono distraído. «Esto será todo».

«¿Necesita ayuda para vestirse?».

«No», respondió Cailleach rápidamente, y luego sonrió. «Me las arreglaré hoy. Gracias».

La voz de la criada estaba cargada de sospecha cuando respondió, «muy bien. Llámeme si me necesita».

Una vez que la puerta estuvo cerrada y la llave giró en la cerradura, Cailleach le dio la espalda a Bishop y se dirigió a la ventana, donde desdobló la nota y la leyó. Su expresión pasó

suavemente de la curiosidad a la sorpresa sutil, luego a una especie de esperanza tranquila.

Algo pesado y oscuro lo invadió, asentándose como plomo en el fondo de sus entrañas. Bishop se dijo a sí mismo que no preguntara, que el mensaje no era asunto suyo. Pero luego recordó su encuentro con Vane la noche anterior, así como su negación y su negativa rotunda a explicarlo.

Los celos eran una compañía incómoda y angustiante.

Se acercó por detrás y preguntó, «¿de quién es?».

Inmediatamente ella bajó la nota a un lado y lo miró por encima del hombro con una expresión de pura inocencia. «De nadie».

Entrecerró la mirada.

Tantos malditos secretos.

Su negativa a contárselo le dolía más de lo que quería admitir, agitando ese peso en su estómago hasta convertirlo en una fuerza agitada, llenándolo de una ira completamente irracional. Lo odiaba. Y no tenía idea de cómo lidiar con eso.

Apretó los dientes y curvó los labios en una sonrisa sardónica. «¿Qué es? ¿Una invitación a tomar un café en Seven Dials esta vez? ¿Otra orgía en Lowth? ¿O es una solicitud para que te unas a Vane en un tête-à-tête privado para terminar lo que sea que haya comenzado en el balcón anoche?».

Sus cejas oscuras se bajaron aún más con cada dura acusación y su columna se tensó hasta que el orgullo llenó su delgado cuerpo. «No sabes lo que estás diciendo, Bishop. Este mensaje es privado, pero eso no significa que sea motivo de tanta sospecha y enojo. Te dije que eres el único hombre para mí». Ella comenzó a alejarse mientras hablaba, como si desestimara la conversación. «Tendrás que confiar en mí».

Bishop la detuvo rodeándola con un brazo. Aunque su cuerpo se tensó, no se resistió. Cuando lo miró, sus labios se apretaron hasta formar una línea y su mirada se ensombreció.

«¿Y cuándo confiarás en mí?», preguntó, con voz baja y áspera. Su corazón comenzó a dar vueltas como una gran roca que se precipita colina abajo, salvajemente fuera de control. «Tienes tantos secretos, Cailleach. ¿Soy solo uno más, entonces? ¿Otra cosa que mantener separada y aislada del resto de tu vida?».

Ella comenzó a sacudir la cabeza en señal de negación, pero se detuvo. Su mandíbula estaba tensa mientras respondía, «mis secretos no me pertenecen solo a mí. Lo compartiría todo contigo, Bishop, si pudiera».

Todo lo que pudo hacer fue murmurar con voz ronca, «de alguna manera, no te creo».

Ella levantó la barbilla, pero no dijo nada más para intentar convencerlo.

La roca se desplomó al fondo de la colina, haciéndose añicos en mil pedazos.

Él soltó el brazo y dio un paso atrás, poniendo la distancia necesaria entre ellos. «Creo que finalmente lo entiendo». Se le hizo un nudo en el estómago. «Estás feliz de llevarme a tu cama, a tu cuerpo, siempre y cuando no *interfiera* en el resto de tu vida».

Su expresión se volvió feroz mientras daba un paso hacia él. «Eso no es cierto en absoluto».

Su risa fue áspera y sin humor. «Sabes, hubo un tiempo en el que me habría encantado un arreglo así».

Bajó la barbilla y sacudió la cabeza. Ya no podía mirarla sin una punzada de dolor que le atravesaba el pecho. «Pero ya no», murmuró con pesadez. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

«Bishop, espera. No te vayas así».

Su voz estaba sin aliento por la urgencia, pero él no se molestó en mirar hacia atrás.

«No te preocupes. No me verán». Luego abrió la puerta y salió de la habitación. Se abrió paso con rapidez, pero con cuidado por la casa, y luego por los jardines hasta llegar a las cuadras vacías sin encontrarse con una sola alma. Algo bueno, ya que no estaba seguro de lo que habría hecho si alguien hubiera notado o cuestionado su presencia. Lo invadieron emociones que nunca había sentido y que lo hicieron desear una pelea. El dolor de unos cuantos puñetazos en la cara sería mucho mejor que lo que estaba sintiendo en ese momento.

Cuando llegó al final de las cuadras, siguió caminando. Daba grandes zancadas sin ningún destino en mente mientras se abría paso entre sus tumultuosos pensamientos. No tardó mucho en arrepentirse por completo de la dura acusación que le había lanzado. En realidad, no creía lo que había dicho. Había atacado, cruel e insensatamente, por miedo y celos.

Maldita sea. Estaba enamorado de la muchacha.

Inequívocamente. Profundamente. Dolorosamente enamorado de ella.

La innegable certeza lo golpeó de lleno en el pecho y lo detuvo de golpe.

Joder.

Y acababa de hacer lo único que juró que nunca haría.

Le había hecho daño. Mucho.

Se le retorció el estómago al pensar en la mirada afligida de sus ojos dorados antes de darle la espalda y la súplica desesperada en su voz mientras se alejaba.

Era un maldito imbécil. No merecía su confianza. La había provocado y cuestionado. En cada maldito momento.

No había hecho absolutamente nada para demostrar que era digno de su confianza.

Tenía que compensarla. De alguna manera.

Giró sobre sus talones y comenzó a caminar por donde había venido. Pero sus pasos se ralentizaron nuevamente cuando Wright House volvió a aparecer ante sus ojos. No quería nada más que volver a entrar, correr hacia su dormitorio, tomarla con fuerza en sus brazos y rogarle perdón antes de declararle su amor eterno.

Pero dudó.

Tal vez debería llamar a la puerta principal y visitarla como un pretendiente. La idea lo hizo sonreír. Ella se sorprendería debidamente y podría darle la oportunidad que necesitaba para rogarle perdón.

Al acercarse a la mansión, vio un carruaje familiar conducido por un joven con una gorra roja que se detenía a poca distancia de la casa, el método de viaje preferido de Cailleach cuando no quería que nadie supiera a dónde iba. Entonces vio a la mujer, que parecía apurada y hermosa con un vestido de paseo de color azul cielo mientras salía a toda prisa de la casa. Después de hablar brevemente con su chofer, subió al carruaje y este se puso en marcha rápidamente.

Capítulo Treinta y Uno

Caillie se sentó en el carruaje que se balanceaba ligeramente y apretó la mandíbula para evitar que cayeran las lágrimas ardientes de pura frustración.

¿Por qué era tan difícil para Bishop entender que había algunas cosas que simplemente no podía decirle?

Ella les había prometido a sus hermanos que nadie más sabría de su relación. Era vital que cumpliera esa promesa si alguna vez esperaba ganarse su confianza.

No quería nada más que compartir sus frustraciones, dudas y preocupaciones sobre sus hermanos con Bishop. Pero avanzar con Reginald y Nicholas era demasiado importante, y cualquier cosa que pudiera decir podría poner todo en riesgo.

Desafortunadamente, no podía explicarle nada de eso a Bishop. Y no debería tener que hacerlo. El hecho de que no pudiera compartir todo con él no significaba que mereciera tal sospecha. Y ella, sin duda, no había hecho nada para justificar su fea acusación.

Se dijo a sí misma que Bishop no creía *realmente* lo que había dicho. Que había hablado con ira porque creía que ella no confiaba en él. Porque la alternativa, la posibilidad de que él sinceramente pensara que ella era capaz de usarlo de esa manera era demasiado dolorosa para considerarla.

La parte más triste era que ella confiaba en él.

Incluso estaba empezando a pensar que él podría realmente entender y apoyar lo que estaba haciendo con sus amigos y las damas de la alta sociedad y las damas del ala oeste. Y no era como si esas actividades requirieran secreto per se. Simplemente había sentido la necesidad de protegerlas para asegurarse de que nadie intentara imponerles ninguna limitación basada en lo que la sociedad consideraba apropiado y aceptable.

Bishop ya había comenzado a demostrar que su principal preocupación siempre había sido su seguridad. Nunca había ido a Roderick con historias de sus diversas actividades. Y nunca había tratado de obligarla a dejar de salir. Lo más molesto que había hecho era preguntarle por qué estaba donde estaba y qué estaba haciendo y sermonearla sobre varios riesgos. En verdad, no tenía ninguna duda de que, si Bishop descubría cada una de sus empresas encubiertas, probablemente solo querría asegurarse de que no se pusiera en ningún peligro innecesario.

Pero tuvo que reaccionar de manera tan irracional ante una pequeña nota.

Caillie gruñó.

Qué maldita frustración.

Cuando el carruaje entró en una parte de Londres que rara vez visitaba, Caillie sacudió la cabeza con firmeza e intentó sacar a Bishop de su mente. No estaba exactamente segura de con qué se encontraría pronto y no podía permitir que su atención se distrajera. La situación con Bishop tendría que abordarse. Pero nada podía resolverse en ese momento.

Sacó la nota de su bolsillo y la miró una vez más. Era cortante y precisa.

Nos vemos esta mañana. A las 11 en punto. V.

Caillie soltó un suave resoplido. No había pedido una respuesta. Sin duda, Vane no podía imaginar que ella no hiciera exactamente lo que él le dictaba.

Tenía razón.

La dirección al pie de la nota solo le resultaba vagamente familiar, pero V obviamente hacía referencia a Vane, y Caillie estaba bastante segura de que sabía cuál era el gemelo

involucrado. Si su hermano le estaba pidiendo una reunión, podría significar que estaba reconsiderando su firme rechazo. La esperanza floreció casi violentamente en su pecho.

Thomas aparentemente estaba familiarizado con la dirección, ya que sus cejas se arquearon hacia arriba con sorpresa cuando ella le dio la dirección.

«Conozco el lugar, señorita, y no es exactamente un establecimiento frecuentado por mujeres».

Ella inclinó la cabeza. «¿Cuándo eso me detuvo antes?».

«Buen punto», señaló con una sonrisa antes de ayudarla a subir al carruaje.

Cuando el vehículo se detuvo nuevamente casi veinte minutos después, Caillie permaneció sentada mientras Thomas saltaba de su puesto y se alejaba. Notó los sonidos de los muelles de Wapping no muy lejos y el hedor del río y la basura que impregnaba el aire. Varios minutos después, Thomas regresó con una serie rápida de tres golpes para hacerle saber que era él antes de abrir la puerta y ayudar a Caillie a salir del vehículo. Estaban en un callejón húmedo entre dos grandes edificios de ladrillo que tenían al menos cuatro pisos. Los cajones de carga deformados estaban apilados en montañas desordenadas, la basura cubría el suelo y algo se escabulló para esconderse cerca.

Caillie se volvió hacia su hombre de confianza con una mirada expectante.

«La entrada es la segunda puerta a la vuelta de esa esquina», le advirtió Thomas asintiendo.

«¿Algo de lo que deba tener cuidado?».

«Nada más de lo habitual», respondió el conductor encogiéndose de hombros. «No creo que encuentre muchos problemas. Es uno de los lugares de Mason Hale, pero no es su centro de entrenamiento típico. Esto es algo diferente. Aun así», agregó con un movimiento de cabeza, «manténgase alerta».

Mason Hale había sido una vez un famoso boxeador a puño limpio que se había retirado hace varios años y finalmente abrió un gimnasio donde entrenaba a otros boxeadores retirados para nuevas posiciones. Hale proporcionaba la mayoría de los músculos profesionales para burdeles e infiernos que necesitaban hombres para mantener la paz o proteger sus puertas. Aunque estaba casado con la hermana de un duque, Hale era conocido por ser un tipo duro y temperamental.

¿Por qué demonios quería Vane encontrarse con ella en una de las propiedades de Hale?

«¿Quiere que entre con usted?».

Caillie negó con la cabeza. «No. Haz lo que mejor sabes hacer», respondió con una sonrisa.

Thomas se quitó el sombrero con descaro, se dio la vuelta y corrió por el callejón para desaparecer por la parte trasera del edificio. Sin duda había encontrado una entrada trasera que podía usar para colarse y controlar cualquier amenaza oculta y vigilarla sin ser detectado.

Con una respiración tranquila y un firme enderezamiento de la columna, Caillie caminó hacia el frente del edificio. No había ninguna señal ni nada que indicara qué negocio contenía el edificio y, desde afuera, parecía oscuro y tranquilo. Pero la puerta principal se abrió de repente justo cuando llegó. Se vio obligada a hacerse a un lado rápidamente o ser derribada por el joven que salió corriendo.

Teniendo en cuenta que el lugar era uno de los de Hale, había asumido que se encontraría con tipos grandes y musculosos con puños carnosos y gruñidos violentos. Ciertamente no esperaba a este caballero con ropa fina y a la medida, una corbata estilizada a la perfección y botas negras brillantes.

¿Era esto lo que Thomas había querido decir cuando dijo que el lugar no era como los otros centros de entrenamiento de Hale?

Al verla en la entrada, el joven bastante elegante se detuvo de repente, poniéndose rígido bruscamente mientras un ligero rubor coloreaba sus mejillas.

«Disculpe, señorita», pronunció en un tono tranquilo pero culto antes de inclinarse en una reverencia perfectamente ejecutada y elegante. «Mis disculpas».

«Está perfectamente bien», respondió Caillie mientras un muchacho fibroso de unos catorce años con una mata de pelo rojo desordenado corría hacia ellos desde el interior del edificio, portando un sombrero de copa de seda brillante. «Su Gracia. Su Gracia, casi se olvidó de su sombrero otra vez».

¿Un duque?

¿Podría ser este entonces el cuñado solitario de Hale? ¿El duque de Northmoor?

«Gracias, Felix», respondió el joven con una leve sonrisa y un surco sobre sus ojos oscuros e inteligentes. «Mi hermana me daría una bofetada si perdiera otro».

Colocándose el sombrero en la cabeza, el duque le hizo a Caillie un respetuoso asentimiento antes de apresurarse en su camino.

Caillie dio un paso adelante para dirigirse al muchacho llamado Felix. «Buenos días, se supone que debo reunirme con alguien aquí… un señor Vane».

Con un rápido asentimiento, Felix regresó al edificio. «Por aquí, entonces. Ha estado esperando. Y no con demasiada paciencia», agregó en un gruñido en voz baja.

Caillie siguió al muchacho hasta el vestíbulo oscuro, que era poco más que un pasillo que pronto se abrió a una gran sala cavernosa. La iluminación era un poco oscura y tenue, pero el espacio abierto estaba lleno de una variedad de equipos acomodados aquí y allá alrededor de un gran ring de boxeo colocado en el centro. Había alrededor de media docena de hombres presentes. Sus edades variaban desde incluso más jóvenes que el elegante duque con el que casi había chocado hasta uno que debía estar cerca de los setenta por lo menos. Pero ninguno de ellos tenía el aspecto de exboxeadores en entrenamiento para ser matones y guardaespaldas. De hecho, se parecían mucho más a caballeros y aristócratas. Incluso creyó reconocer a un par de ellos.

Eso era lo que Thomas quería decir cuando dijo que el lugar era diferente de las otras instalaciones de Hale. Estaba entrenando caballeros. Qué interesante. ¿Vane también era uno de sus aprendices?

Felix los apresuró a atravesar la sala de entrenamiento principal hasta una escalera de metal en la parte de atrás que ascendía a un loft abierto y un balcón en la parte superior. Pero en lugar de llevarlos por las escaleras, el muchacho se metió en otro pasillo. Aproximadamente a mitad del pasillo, se detuvo frente a una puerta cerrada y llamó rápidamente.

No hubo respuesta, pero Felix aparentemente no esperaba ninguna. Le hizo un gesto rápido con la cabeza a Caillie, indicándole que entrara, luego se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el área principal de entrenamiento.

Muy bien, entonces.

Caillie respiró profundamente y alcanzó el pomo de la puerta antes de tener tiempo de pensar en lo que podría estar esperándola al otro lado.

La puerta se abrió para revelar una especie de sala de estar mínima y algo rudimentaria. Una alfombra cubría el centro del suelo y sobre ella había cuatro sillones de cuero dispuestos alrededor de una mesa redonda, marcada y desgastada por el uso. Una pequeña estufa de leña en la esquina calentaba la habitación y un servicio de licores se encontraba en otra esquina. Nicholas, el más joven de los Villanos Vanes, estaba sentado a la mesa. Si era posible, su

expresión era aún más tensa y amenazadora de lo habitual.

Felix no había mentido sobre la impaciencia del hombre. Cuando no se puso de pie ni habló al entrar ella, Caillie decidió contrarrestar su manera deliberadamente grosera y tempestuosa con un poco de brillo.

«Nicholas», saludó con una amplia sonrisa mientras se dirigía a la mesa. Ella se sintió satisfecha cuando notó que el uso de su nombre de pila no era esperado. Ni bienvenido. Ignorando su mirada profunda, se sentó en la silla frente a la de él y se reclinó en una postura de gracia despreocupada. «Qué amable de su parte invitarme aquí hoy».

Si su hermano quería crear una escena de amenaza y opresión, ella iba a fomentar un tono de camaradería agradable.

«¿Vino sola?», la pregunta fue cortante y brusca.

Caillie inclinó la cabeza y se inclinó hacia la mesa. «Me pidió que me reuniera con usted en un *gimnasio de boxeo en Wapping*. ¿Cree que soy tan tonta como para venir a un lugar como este sin protección?».

Hubo un ligero tic en el rabillo del ojo. «¿Y dónde está esa protección suya?».

Hizo un gesto despectivo con la mano. «En algún lugar, estoy segura. Mientras no tenga ninguna intención malvada, no tendrá que preocuparse por eso».

La expresión de Vane se tensó. Sus gruesas cejas rubias oscuras se bajaron sorprendentemente más sobre su mirada dura.

Oh, oh. ¿El hombre tenía intenciones malvadas?

Caillie entrecerró la mirada y se permitió un momento para estudiar verdaderamente al hombre.

¿Estaba siendo ingenua al pensar que podía confiar en él simplemente porque era su hermano? Era evidente que había una gran cantidad de ira contenida en su interior. Un aire de violencia reprimida parecía vibrar en su gran cuerpo, dando la impresión de que apenas podía controlarla y cualquier cosa podría hacerlo estallar. Y era muy evidente que ella no era su persona favorita en ese momento. Pero mientras estudiaba su rostro fulminante, no pudo evitar sentir una afinidad directa hacia él. A pesar de su innegable conflicto de propósitos, confiaba en sus instintos, lo que significaba que confiaba en él. Simplemente no podía creer que realmente tuviera la intención de hacerle daño.

Respiró profundamente y esbozó una pequeña pero genuina sonrisa. «Me pidió que viniera aquí, Nicholas, y aquí estoy».

Hubo un largo momento de silencio antes de que él preguntara, «¿cuánto me costará pagarle?».

Caillie suspiró y lo miró con decepción. «Ya hemos hablado de esto».

Se burló él. «¿Espera que crea esa tontería de querer conocernos?».

«Sí», respondió ella secamente. «Porque es la maldita verdad».

«Basta, señorita Claybourne, ladró. «Puede que tenga una oportunidad de convencer a mi hermano con esa descarada amabilidad y esa fingida inocencia, pero yo no soy ningún tonto». Su mirada fue casi suficiente para hacerla temblar... si hubiera nacido con menos voluntad y determinación. «¿Cuánto costará librarnos de usted?».

«Que el cielo me libre de los hombres obstinados», murmuró Caillie en voz baja. La frustración endureció su mirada mientras hacía un último intento de romper su exterior pétreo. «Nuestro padre era un miserable monstruo de hombre. Arruinó vidas voluntariamente. No solo las de sus hijos y sus madres, sino también las de las incontables otras mujeres que sedujo en sus intentos de engendrar bastardos. Pero ya no está. *Nosotros* seguimos aquí. Tenemos el poder de

cambiar su legado».

«¿Legado?», se burló. «Es el legado de *mi* familia el que amenaza con esta repugnante búsqueda».

Callie negó con la cabeza. «Todavía no lo entiende», dijo con tristeza. «Ya sea que quiera admitirlo o no, *es* mi hermano. Lo que hace que su familia sea mi familia. Nunca haría nada para dañarlos».

El hombre sentado frente a ella golpeó la mesa con el puño tan abruptamente que Caillie se estremeció.

«Su propia existencia amenaza con dañarlos», gruñó. «Todo lo que ha dicho amenaza con dañarlos».

Caillie se puso rígida ante la acusación, pero mientras lo observaba, de repente se dio cuenta de que su mirada no era tan estéril como había pensado. Estaba llena de emoción. Y no era furia lo que veía brillar en las profundidades heladas. Era miedo. También estaba muy claro que él no estaba al borde de la aceptación como ella esperaba. De hecho, estaba a leguas de distancia.

Con una respiración profunda, metió la mano en el bolsillo oculto de su falda y sacó el delgado diario que cubría las fechas durante las cuales el conde anterior de Wright persiguió y sedujo a la joven señorita Lillian Park, que estaba prometida en ese momento al vizconde Withersfield. Al parecer, Withersfield había sido una especie de adversario de su padre y el conde se deleitaba especialmente en ponerle los cuernos al hombre antes de su boda. Las entradas escritas a mano estaban llenas de los delirios amenazantes y el egocentrismo maligno del viejo conde. No era una lectura agradable de ninguna manera.

Había esperado que la solicitud de Vane de reunirse pudiera ser una indicación de que su disposición a aceptar y reconocer su conexión había cambiado. Había traído el diario para responder mejor a cualquier pregunta que pudiera tener sobre su padre y las circunstancias de su concepción.

Pero su optimismo obviamente había sido infundado.

Encontrando la mirada gélida de su hermano, dejó el delgado volumen sobre la mesa. «Este es el diario de nuestro padre. Es una documentación completa de sus acciones e intenciones que llevaron a que usted y su hermano tuvieran sus concepciones. Desafortunadamente, es probable que genere más preguntas que respuestas, ya que no tendrá el beneficio del contexto que brindan sus otros diarios, que abarcan la mayor parte de la vida adulta del conde. La información que encontrará dentro se acompañará mejor con una conversación abierta... conmigo y con nuestros otros hermanos». Lo deslizó por la mesa hacia él. «Pero es suyo. Puede hacer con él lo que quiera».

En cuanto sus dedos se levantaron, Vane cogió el libro con su gran mano y se puso de pie. Se dirigió a la estufa de hierro que había en la esquina y, sin dudarlo un momento, donde podría haber considerado abrir el libro para ver su contenido, lo arrojó sobre la rejilla humeante. Las llamas se elevaron dentro del hierro negro cuando el papel viejo se incendió.

En lugar de observar la destrucción que había provocado, Vane se volvió hacia Caillie, como si la desafiara a intentar salvar el diario de la destrucción.

Pero ella se quedó donde estaba, con una profunda tristeza fluyendo por sus venas.

«No importa», dijo finalmente Caillie mientras el fuego se apagaba hasta convertirse en pequeños destellos de luz. «Quemar el diario no cambia la verdad».

Vane giró la cabeza para mirarla con enojo. «Es mucho más difícil chantajear a alguien sin pruebas de sus afirmaciones».

Un suspiro enorme y pesado se le escapó de los pulmones mientras se ponía de pie. Había pensado que Beynon era muy testarudo, pero este hermano dejaba boquiabierto al galés.

«Y si esa hubiera sido mi intención, probablemente me sentiría tentada a escabullirme con la cola entre las patas». Sonrió. «Pero no es así y no lo haré. Algún día, va a creerme, Nicholas. Y cuando ese día llegue, se sentirá como el peor idiota». Su sonrisa se ensanchó. «Obviamente no puede imaginarlo ahora, pero soy maravillosa. Tendría suerte de reclamarme como hermana, pero le prometo que no olvidaré cómo dudó de mí. Tengo mucha experiencia manejando hermanos mayores temperamentales y creo que tendré mucho tiempo para pensar en formas para que me lo compense. Será mejor que empiece a prepararse».

«¿Es eso una amenaza, señorita Claybourne?».

Aunque las palabras eran oscuras y pesadas, como parecía ser todo en ese hombre, Caillie juró que vio un diminuto destello de… algo más en sus ojos.

«Una muy… *muy* seria», aseguró con su voz más intimidante. «Verá, por muy testarudos que hayan demostrado ser algunos de mis hermanos…», hizo una pausa para darle efecto, dejando muy en claro que lo incluía en ese grupo, «yo puedo ser infinitamente más obstinada. No me rindo fácilmente cuando he decidido que quiero algo». Luego agregó en un tono bajo y serio. «*Es* mi hermano. Mi *familia*. Y eso significa algo para mí».

Capítulo Treinta y Dos

Cuando el carruaje de Cailleach se alejó de Wright House, Bishop había intentado convencerse a sí mismo de que no era asunto suyo, pero los pensamientos sobre todos los lugares peligrosos y las circunstancias aterradoras en las que podía meterse se filtraron rápidamente por su mente. Cuando un taxi pasó inmediatamente después, sintió que era cosa del destino y no dudó en subirse y pedirle al conductor que la siguiera.

Que su destino hubiera sido en los difíciles muelles de Wapping no debería haberle sorprendido. Nada de lo que hacía la mujer debería sorprenderlo realmente. Pero cuando entró con valentía en el gran edificio, sola, Bishop supo que tendría que seguirla. No para interferir. Solo para garantizar su seguridad.

Dentro del gimnasio de boxeo, la perdió de vista y le llevó un momento decidir si debía subir las escaleras de metal hacia las habitaciones del nivel superior o tomar el pasillo trasero. La reaparición del chico pelirrojo que había acompañado a Cailleach en la puerta dirigió a Bishop hacia el pasillo. Pero solo dio unos pocos pasos por el pasillo antes de que su camino fuera bloqueado rápidamente cuando Thomas salió de las sombras.

Con una sonrisa, el chofer de Cailleach apoyó casualmente un hombro contra la pared de ladrillos y comenzó a usar la punta de un cuchillo grande para limpiarse las uñas. «Suficiente, amigo».

Bishop miró fijamente al joven que aparentemente no veía nada malo en llevar a su amante a todo tipo de lugares peligrosos.

«¿Dónde está?».

Thomas arqueó las cejas. «Si ella hubiera querido que lo supieras, lo sabrías».

Bishop, enfurecido rápidamente por la actitud del hombre, gruñó, «te das cuenta de lo peligroso que puede ser un lugar como este para una jovencita sola».

«¿Quién dice que está sola?».

Bishop dio un paso adelante y Thomas al instante se apartó de la pared para bloquear más directamente el pasillo.

«Necesito asegurarme de que esté a salvo».

La sonrisa de Thomas brilló de nuevo. «Bueno, ese es mi trabajo, ¿no?». Hábilmente, arrojó su cuchillo a la otra mano. Bishop lo miró con los ojos entrecerrados. «¿Qué sabes sobre con quién se va a encontrar?».

La respuesta del conductor fue un encogimiento de hombros evasivo antes de señalar con confianza, «la dama estará bien». Hizo un gesto hacia Bishop con la punta de su cuchillo. «Puede que *tú* no».

«No soy una maldita amenaza para ella», gruñó Bishop en respuesta.

«Claro». Thomas se rió entre dientes. «Obviamente, estará muy contenta de saber que la seguiste sin invitación y espiaste una conversación privada». Sacudió la cabeza. «¿No has aprendido ya que ella sabe lo que hace? No hace nada sin pensar en todos los riesgos y, por lo general, se las arregla para mantenerse dos pasos por delante de cualquiera que la desafíe». Volvió a inclinar la cabeza. «Tú incluido, amigo».

Bishop se tensó ante el tono de casi reverencia en la voz del otro hombre. «Estás enamorado de ella». No era una pregunta.

«Por supuesto», admitió el hombre antes de soltar otra risita. «Pero tengo una debilidad

establecida por las mujeres engreídas a las que les gusta romper las reglas». Le dirigió a Bishop una mirada casual desde debajo de un espeso mechón de pelo que ocultaba a medias su mirada. «Créeme, amigo. Esta no es la manera. Si quieres que ella confíe en ti, tienes que ser alguien en quien ella pueda confiar».

«Mierda», el hombre tenía razón.

Thomas se rió de la áspera maldición, luego hizo un gesto con la barbilla. «Si no quieres seguir mi consejo, ve tras ella. Verás qué pasa. De lo contrario, será mejor que te vayas antes de que salga».

Aunque todo en él lo desesperaba por llegar a su lado, estar con ella, apoyarla, protegerla, sin importar lo que estuviera haciendo o a quién se enfrentara, sabía que no podía. Algo espeso se alojó en la garganta de Bishop y su estómago se retorció violentamente.

«Mantenla a salvo».

Hubo un destello en los ojos del conductor cuando se inclinó la gorra roja. «Siempre».

Entonces Bishop se dio la vuelta y se alejó, obligándose a seguir adelante, a dejar atrás a Cailleach, hasta que volvió a subirse al carruaje que lo esperaba y se marchó.

#

Antes de regresar a Mayfair, Caillie decidió hacer una parada más. En el camino, pensó en el encuentro lamentablemente desalentador con Nicholas. Repasó en su mente la conversación, tratando de encontrar una escapatoria o una grieta en la armadura que él había levantado contra ella. Pero siempre volvía a ese destello de miedo que había visto en sus ojos.

¿De qué tenía tanto miedo?

Pensó en su conversación una y otra vez, luego repitió cada palabra dicha en el balcón la noche anterior en el baile. Cuando finalmente le vino la respuesta, tuvo que reprenderse a sí misma por ser tan obtusa como para no entenderlo desde el principio. Era tan obvio.

Y explicaba por qué estaba tan obsesionado con hacerla pagar.

Mientras su objetivo fuera el chantaje, él podría contrarrestarlo. Podría tomar el control de la situación... manejarla... obligarla a adoptar la forma que le resultara más fácil. Podía darle dinero indefinidamente, si era necesario y asegurarse continuamente de que las personas que le importaban estuvieran a salvo de las consecuencias de la verdad.

Estaba desesperado por proteger a sus padres y a Reginald, sin duda, ya que su hermano era el gemelo mayor y estaba destinado a heredar el vizcondado. El miedo y la ira de Nicholas se basaban en su incapacidad para controlar y dirigir las acciones de Caillie. No podía controlar la situación y eso lo enfurecía.

Un sonido mitad sollozo, mitad risa brotó de su pecho. Los dos eran mucho más parecidos de lo que había imaginado. Pero eso también podría significar que su terquedad era comparable a la de ella.

Había muchas posibilidades de que nunca lo convenciera de aceptarla a ella o a sus otros hermanos.

Maldito infierno.

Cuando Thomas detuvo el carruaje frente a un almacén anodino en medio de St. Giles, Caillie se puso un poco nerviosa. Pero pensó que no era algo de lo que Elle no pudiera ayudarla adecuadamente.

La mujer era una de las amigas y confidentes de mayor confianza de Caillie, en parte porque poseía uno de los rasgos más raros de todos: nunca juzgaba a Caillie por ninguna de sus decisiones o acciones. Siempre que Caillie estaba molesta o confundida por algo, Elle simplemente la dejaba hablar un rato, ofreciendo comentarios ocasionales, hasta que Caillie se

convenciera a sí misma de la solución que necesitaba. Y la mujer era fenomenal para guardar secretos. No con Max, por supuesto. Pero Caillie sabía que Max tampoco se lo contaría a sus hermanos. Era mucho más probable que la confrontara directamente si se preocupaba por sus hazañas. Y había pasado mucho tiempo desde que sintió la necesidad de hacer siquiera eso.

La puerta del almacén, que no era un almacén en absoluto, pero había sido remodelado para convertirlo en una hermosa casa, fue abierta por Langworth, como se esperaba. Después de saludarla con una sonrisa genuina, el mayordomo gigante la condujo por la escalera principal hasta la habitación privada de Elle y Max, que servía como dormitorio, sala de estar y comedor personal a la vez, donde su cuñada estaba disfrutando de su té.

«Caillie, qué sorpresa», exclamó la hermosa rubia mientras se acercaba para darle un rápido abrazo. «Ven a tomar el té conmigo».

Caillie sonrió un poco irónicamente y preguntó: «¿Supongo que no estás de humor para algo un poco más vigorizante?».

Un rápido levantamiento de sus cejas fue la única indicación de sorpresa de Elle antes de volverse hacia Langworth, que había permanecido rondando junto a la puerta. «Dos jarras de mi cerveza preferida, por favor, Langworth».

«Sí, milady», respondió antes de salir de la habitación.

No muchos minutos después, las dos mujeres estaban acurrucadas en el sofá, con los pies descalzos metidos debajo de ellas, con jarras de peltre en la mano.

Elle permitió que reinara un silencio agradable durante unos cuantos sorbos profundos de la rica cerveza antes de mirar a Caillie expectante. «Muy bien. ¿Qué pasa?».

Caillie suspiró. Bebió un sorbo de cerveza. Luego suspiró de nuevo.

Elle se rió entre dientes. «¿Tan malo?».

Caillie colocó la jarra sobre la rodilla y contempló las llamas de la chimenea que ardía a baja temperatura. «¿Alguna vez has estado en una situación en la que sabías exactamente lo que tenía que pasar, pero las otras personas involucradas estaban obstinadamente determinadas a resistir lo inevitable a cada maldito momento?».

«Puedo recordar al menos una vez», respondió Elle con una sonrisa.

«Claro». Caillie sonrió, pensando en la lucha inicial de Elle con Max. «Por supuesto. Entonces, conoces la frustración».

«Y la preocupación... y la intrusión de la duda».

«Sí», asintió suavemente. «Guiar a las personas hacia sus destinos predestinados puede ser muy agotador».

«Pero si sus destinos están predestinados», preguntó Elle pensativamente, ¿realmente se necesita guiarlos?».

Caillie frunció el ceño. «Por supuesto que sí».

Su amiga inclinó la cabeza. «¿Por qué?».

«Porque la mayoría de las personas son unos idiotas cuando se trata de lo que es realmente importante en sus propias vidas».

La respuesta de la otra mujer fue una sonrisa amable mientras levantaba su jarra.

La conciencia se apoderó del centro de Caillie, tomándola por sorpresa. «¡Ay! ¿Estoy siendo una idiota con respecto a mi propia vida?».

Elle arqueó las cejas y se encogió de hombros con elegancia.

Caillie hizo un gesto.

«Creo que quizás algunas cosas simplemente deben ocurrir en su propio momento, a su propia manera», sugirió Elle. «No puedes manipular todo, Caillie».

«¿Por qué no?».

Aunque su tono era de terquedad, Caillie reconoció la verdad en las palabras de su amiga. Quizás el consejo podría aplicarse tanto a Bishop como a los Villanos Vanes. ¿Estaba tratando de forzar algo que necesitaba seguir su propio curso?

Quizá mereciera la pena pensarlo.

«¿Alguna vez te preguntas *por qué* te ves obligada a intervenir en… *todo*?», preguntó Elle.

Caillie podría haberse sentido insultada por la pregunta si hubiera venido de otra persona. Pero el enfoque compasivo y sensato de su amiga siempre había obligado a Caillie a verse a sí misma de manera diferente.

«No… creo que no lo sé». Se encogió de hombros. «Al menos no más allá de tener la certeza de que sé lo que se debe hacer, incluso si nadie más lo sabe».

«Sí, pero aparte de eso».

Caillie suspiró. «No lo sé exactamente», admitió, cambiando de posición en el sofá para extender los pies hacia el fuego bajo. Mirando fijamente las llamas parpadeantes, bebió de su taza. Después de otro momento, mientras Elle esperaba pacientemente, dijo, «creo que simplemente no puedo soportar ver las cosas desordenadas y… desconectadas. Cuando lo están, debo arreglarlas. Unir las piezas rotas».

«Pero, ¿*por qué*?», insistió Elle con suavidad.

Caillie se movió de nuevo y frunció el ceño. «Porque si no lo hago, se pueden perder oportunidades, se puede perder el amor, alguien puede resultar herido. Los seres humanos son criaturas obstinadas. Egoístas y necias», argumentó, elevando la voz al pensar en las palabras enojadas de Bishop esa mañana. Prefieren ver las cosas solo desde su perspectiva, y cuando surge algo que no saben cómo manejar, lo ignoran. Lo rechazan. Lo desechan como basura».

La voz de su amiga se volvió más baja, compasiva. «¿Quién hizo eso?».

«Mi abuelo se lo hizo a mi madre», dijo Caillie, con la garganta hecha un nudo y un hormigueo ardiente formándose detrás de sus ojos. «Ella era joven e inexperta y creía que estaba enamorada de un hombre al que no le importaba nada, ni ella ni el niño que había plantado en su vientre. Y cuando necesitó ayuda, amor y apoyo, su propio padre se volvió contra ella. Mi madre murió horas después de darme a luz. Rechazada por su amante, abandonada por su propio padre. Si no fuera por Worthy, su prima, que a los dieciséis años era poco más que una niña, mi madre habría estado completamente sola». La voz de Caillie se volvió repentinamente áspera por la ira. «Mi padre fue un ser humano miserable y repugnante. También lo fue mi abuelo. Mi madre merecía mucho más. Merecía tener gente en su vida, su propia maldita familia, que la cuidara y estuviera allí para ella sin importar lo que pasara. Todo el mundo merece eso».

«Entonces, por eso luchas tanto», señaló Elle suavemente, desviando la atención de Caillie del fuego.

Su amiga la miraba con un brillo en los ojos.

Caillie se sorprendió por la emoción hasta que sintió que sus propias lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Se apresuró a limpiárselas con el dorso de la mano. «No lo entiendo».

«Deseas desesperadamente que las personas que te importan tengan el amor, el apoyo y la familia que tu madre no tuvo».

Caillie parpadeó. Luego parpadeó de nuevo. Luego respiró hondo y entrecortado.

Era cierto. A pesar del trágico destino de su madre, tan pronto como Worthy tuvo los medios, se llevó a Caillie para criarla en una casa llena de todo lo que su madre no había

recibido. Aunque Caillie era demasiado joven para recordar gran parte de esos primeros años en la casa de su abuelo, recordaba la sensación general de opresión y la fea mueca de su abuelo. El amor y la luz que llenaban el hogar que compartía con Worthy eran mucho más hermosos en contraste. Vivían en un mundo propio, aisladas de todo lo feo o inaceptable. Y luego llegó Colin y Caillie descubrió que tenía hermanos. ¡Más familia! Y aunque Worthy se había resistido al principio, Caillie solo se había emocionado por la oportunidad de tener más personas a las que amar. Simplemente no había podido entender por qué alguien daría por sentado la presencia de una verdadera familia, ya fuera a través de la sangre compartida o por cualquier otro medio. Y le dolía físicamente ver a personas sin ese tipo de apoyo y aceptación incondicional. Y la confundía por completo si *podían* tenerlo, pero decidían rechazarlo.

Había sido lo mismo cuando Beynon y Max habían luchado por aceptar lo que estaba sucediendo con las mujeres que amaban tan desesperadamente. Caillie había estado presente afortunadamente en ambos casos y había logrado dar a cada uno un pequeño empujón en la dirección correcta cuando había sido tan vitalmente necesario.

Eso era todo lo que quería hacer por Reginald y Nicholas... mostrarles un camino alternativo hacia una familia grande y amorosa.

«¿Es eso tan terrible, entonces?», le preguntó a su amiga.

Elle se rió y se inclinó para tomar la mano de Caillie. «Por supuesto que no, pero creo que necesitas tener un poco más de fe en las personas y confiar en que cambiarán de opinión en su propio momento y a su manera».

El corazón de Caillie se encogió con un miedo repentino, sus pensamientos se alejaron bruscamente de su familia. «¿Y si no lo hacen?».

Las cejas de su amiga se hundieron sobre su mirada mientras consideraba la pregunta por un momento. «Si les has dado una amplia oportunidad para llegar a su propia realización...», hizo una pausa, soltó un suspiro y miró fijamente a Caillie, como si supiera *exactamente* en quién estaba pensando Caillie en ese momento.

Bishop. Todo volvía a él.

«¿Y todavía no pueden aceptar lo que se les está dando...?», continuó Elle. Luego se encogió de hombros y levantó su taza a modo de brindis. «Entonces digo que debes hacer lo que sea necesario para asegurar tu *propia* felicidad».

Caillie asintió con firmeza, de acuerdo con ese plan de todo corazón mientras golpeaba su jarra con la de Elle y ambas bebieron el resto de su cerveza. Aunque el peso de la tristeza que había evocado al pensar en su madre se estaba dispersando lentamente, se dio cuenta de que tendría que pensar un poco más en sus motivaciones con respecto a Bishop *y* los Vane.

¿Estaba esperando demasiado de ellos? ¿Los estaba empujando hacia un fin que *ella* quería pero que tal vez no fuera el adecuado para ellos?

Sacudiendo la cabeza, miró su taza vacía y reflexionó. «¿Sería inapropiado pedir otra bebida?».

Elle arqueó una ceja y miró su propia taza vacía. «Son jarras bastante pequeñas, ¿no?».

«Eso es lo que estaba pensando», exclamó Caillie.

Con una risa cordial, Elle se puso de pie con bastante gracia y fue a tirar de la cuerda de la campana para llamar a Langworth.

Capítulo Treinta y Tres

Una hora después, Caillie subió al carruaje con cierta vacilación y se volvió para despedirse de Elle, que se apoyaba contra la puerta abierta, con Langworth como una sombra imponente detrás de ella.

Durante todo el viaje de regreso a Mayfair, el consejo de Elle siguió resonando en su cabeza.

Debes hacer lo que sea necesario para asegurar tu propia felicidad.

Pero ¿no era eso lo que siempre había hecho? A pesar de las muchas limitaciones impuestas a su sexo, Caillie había encontrado formas de hacer exactamente lo que deseaba.

Tenía una maravillosa variedad de amigos y había logrado cultivar varias oportunidades para reunirse con mujeres de todo tipo, mujeres con historias variadas y opiniones y perspectivas diversas que nunca dejaban de brindarle a Caillie cosas nuevas para considerar sobre el mundo que la rodeaba. Le encantaba aprender de mujeres que habían vivido vidas muy diferentes a la suya.

Pero ¿era suficiente?

¿Era realmente feliz con la vida de reuniones secretas y actividades encubiertas?

Si pudiera tener todo lo que quisiera, ¿qué crearía? ¿Cómo sería su mundo ideal? ¿Y cómo podría hacer para que eso se hiciera realidad?

Y si no podía tener a Bishop de la manera que ella quería, sin límites ni reservas, ¿qué estaba dispuesta a aceptar como alternativa? ¿Y cómo podría hacer que eso se hiciera realidad?

Además de su asignación, también tenía la dote que Colin había apartado para ella en fideicomiso. Dinero que tendría poco propósito ya que ella ya había comenzado a creer que nunca se casaría. Pero su hermano mayor era notoriamente razonable. Tal vez si hablaba con él... se explicaba... tal vez él le dejaría la dote para que la aprovechara. Una inversión en un tipo diferente de futuro.

Una extraña punzada de conciencia la atravesó.

¿Por qué exactamente nunca se había sentado a hablar con Colin, o Worthy, para el caso, sobre lo que quería para sí misma? Eran protectores de ella, sin duda, pero solo querían que fuera feliz. Worthy confiaba en su juicio más que en nadie, habiéndoselo inculcado ella misma. ¿Y acaso Caillie no había elogiado siempre la capacidad superior de Colin para ser razonable?

Pensó en Roderick, Beynon y Max. ¿Alguno de sus hermanos querría realmente interponerse en el camino de sus sueños?

¿Había sido ella la que se había limitado todo el tiempo?

Por supuesto, existía la inevitable opinión de la sociedad en general, pero había soportado su censura y juicio durante años. ¿Por qué debería importarle lo que pensaran de sus verdaderas ambiciones?

No le importaba. Para ser honesta, nunca le había importado. La mayor parte de su preocupación había sido más bien por cómo su comportamiento podría reflejarse en las personas que tanto amaba. Que pudiera decepcionarlos de alguna manera si no estaba a la altura de ciertas expectativas.

Pero ¿eran las expectativas de *ellos* o las suyas?

Y aunque podría haber habido razones válidas para que sus hermanos discreparan con algunas de sus actividades más arriesgadas cuando era más joven, ahora era una mujer adulta. Y

sabía muy bien cómo cuidarse ella misma. Seguramente, ellos lo reconocerían y respetarían. Si realmente confiaba en su familia tanto como creía que lo hacía, tal vez necesitaba ser honesta con ellos. Sobre todo.

Se estremeció bruscamente cuando otra cruda realidad la atravesó.

Había sido muy crítica con el respeto de Bishop por Roderick, pero ¿había estado más dispuesta a dejar que su hermano viera la verdad de quién era ella en realidad?

Maldita sea. Era una maldita hipócrita.

#

A la mañana siguiente, cuando Caillie regresó a la casa después de llevar a Bramble a un hermoso paseo que le dio un poco de ejercicio y a ella la oportunidad de pensar en las tramas y planes que le daban vueltas en la cabeza, se sorprendió al encontrar a Roderick esperando para hablar con ella.

Le entregó a Bramble a Shaw, el mayordomo de los Wright que se aseguraría de que el collie recibiera un premio adecuado después de su paseo, y Caillie se unió a Roderick en el salón delantero.

«Hermano», lo saludó con una sonrisa, «¿qué te trae por aquí tan temprano en el día?».

Roderick se dio la vuelta desde donde había estado mirando por la ventana. En lugar de su habitual sonrisa, había una leve preocupación ensombreciendo sus rasgos.

No. No preocupación, exactamente. Más bien curiosidad teñida con un toque de cautela.

Qué interesante.

«Buenos días, muñeca», dijo mientras ella le daba un rápido beso en la mejilla. «Me tomé la libertad de pedir un poco de té. Pensé que te gustaría un refrigerio después de tu paseo». Hizo un gesto hacia el servicio de té que estaba frente al sofá.

Muy interesante.

Su astuto hermano la estaba preparando para algo. Estaba segura de eso. Pero le seguiría el juego.

Esbozando una sonrisa, la guió hacia el sofá. Una vez que estuvieron sentados, cada uno con una taza de brebaje humeante en equilibrio sobre sus rodillas, esperó a que Roderick le dijera el propósito de su visita.

Pero en lugar de hablar de inmediato, su hermano la miró larga y fijamente. Su mirada era *evaluadora*.

Inclinó la cabeza y sonrió más ampliamente.

Después de otro largo momento, levantó su taza de té para tomar un sorbo y luego dijo con suavidad, «puedes preguntar lo que sea por lo que viniste a averiguar, hermano».

Roderick suspiró. «Te ves bien».

«¿No debería?», replicó Caillie arqueando las cejas.

«¿Te divertiste en el baile la otra noche?».

Caillie entrecerró la mirada. «Por supuesto».

«Noté que te fuiste mucho antes de lo habitual. Normalmente eres una de las últimas personas que siguen bailando en la pista al final de la noche».

Caillie hizo todo lo posible por ocultar el destello de alarma que surgió ante su comentario. ¿Sabía de alguna manera que Bishop la había seguido escaleras arriba?

No. Seguramente, estaría mucho más indignado si pensara que el hombre en el que había confiado durante tantos años la había comprometido.

Con un suspiro y una mirada firme, Caillie dejó su taza de té y platillo sobre la mesa y se inclinó hacia delante. «¿No podemos hablar con claridad, hermano?».

Roderick cambió de posición y también dejó el té a un lado. Apoyó los codos en las rodillas y la miró con una expresión inusualmente seria. «Una excelente sugerencia, muñeca. Te vi entrar por el balcón poco después de ese infame sinvergüenza, Reginald Vane. Te marchaste del salón de baile inmediatamente después y no regresaste».

Manteniendo la compostura exterior, Caillie experimentó un estallido de alivio cuando no dijo nada sobre Nicholas o Bishop.

Desafortunadamente, notó un destello de sospecha en la mirada de su hermano. Maldita sea. Él había notado su alivio. Era demasiado difícil ocultarle algo a este hombre.

Ella habló rápidamente para distraerlo. «Tienes toda la razón. Tuve algunas palabras privadas con el señor Vane».

Roderick frunció el ceño. «¿Sobre qué? A ese hombre no le importan más que las fiestas y…».

«¡Hermano!», Caillie lo interrumpió rápidamente antes de que pudiera terminar. «Sé que no estás a punto de sugerir que el señor Vane no podría tener ningún otro interés en mí que no sea de naturaleza malvada. Seguramente, tengo un poquito más que ofrecer que eso. Incluso a un libertino como él».

Hubo una pausa mientras Roderick entrecerraba los ojos y la miraba fijamente desde el otro lado de la mesa. «Eres muy buena, Cailleach. Casi lograste ponerme a la defensiva». Luego suspiró. «Solo me preocupo por ti, muñeca».

«¿Por qué?», preguntó ella bruscamente.

La pregunta lo sorprendió. Sus cejas se arquearon mientras la miraba. «Porque tu bienestar me importa», respondió como si fuera obvio.

Pero Caillie lo desestimó con un gesto. «¿Te preocuparías tanto si yo fuera un hombre?».

Su ceño estaba fruncido mientras respondía con seriedad, «el mundo es un lugar diferente para las mujeres que para los hombres».

«De acuerdo. Pero tal vez, en lugar de pensar solo en cómo ese hecho nos hace más vulnerables y necesitadas de protección, deberías considerar la posibilidad de que también nos hace más inteligentes y más ingeniosas y preparadas para los muchos riesgos y desafíos que debemos enfrentar».

Cuando Roderick simplemente le devolvió la mirada con el ceño fruncido, ella continuó, su voz se apasionó por la frustración que había cargado durante tanto tiempo. «Tengo veintitrés años y todavía no se me permite salir de casa sin un acompañante de algún tipo. Me tratan como a una niña mientras hombres incluso más jóvenes que yo se divierten en burdeles y casas de juego y hacen grandes viajes por Europa o navegan hacia lugares desconocidos en aventuras salvajes». Resopló. «Ni siquiera puedo tener una simple conversación con un hombre en privado a pocos pasos de una casa llena de gente porque pone en riesgo mi maldita reputación. Soy una mujer, Roderick, no una niña o una tonta total. Puedo evaluar mi propio riesgo y tomar mis propias decisiones con respecto a mi comportamiento y con quién socializo sin tener a un hombre siguiéndome a punto de intervenir y salvarme de amenazas imaginarias».

Aunque su respiración era rápida y su sangre caliente mientras terminaba su apasionado monólogo, sintió algo de alivio al haberlo dicho.

La expresión de Roderick estaba un poco aturdida, luego sacudió la cabeza y se rió entre dientes. «Maldita sea, muñeca, ciertamente sabes cómo marcar un punto».

«Gracias», respondió un poco rígida, cautelosa por su repentino cambio de actitud.

«Creo que Bishop recibió una reprimenda similar cuando te siguió desde el salón de baile».

Se tensó aún más. «¿Bishop?».

«Después de verte salir, iba a ir tras de ti para asegurarme de que estuvieras bien, pero Bishop se me adelantó».

«¿Qué quieres decir?», preguntó Caillie tentativamente, su corazón hundiéndose con una cautelosa inquietud.

Su hermano se encogió de hombros. «Me di cuenta de que debía haber visto lo que yo tenía y fue a buscarte para asegurarse de que estabas bien».

La voz de Caillie se alzó un poco. «¿Por qué demonios haría eso?».

Roderick arqueó una ceja. «Creo que es obvio».

Apretando los dientes, Caillie murmuró, «¿qué es obvio?».

«El hombre está enamorado de ti, muñeca. Me arriesgaría a decir que lo ha estado durante años».

Su corazón dio un vuelco hacia su pecho como si lo hubiera impulsado un rápido puñetazo en el estómago, dejándola sin aliento por la conmoción. «¿Qué?».

Roderick se burló. «No es tan bueno ocultándolo».

«Me lo ocultó a mí», exclamó, su tono solo ligeramente histérico.

Ahora, su hermano le lanzó una mirada de puro escepticismo. «¿Pero lo hizo?».

Sabía desde hacía mucho tiempo que el hombre la deseaba. Con bastante intensidad. ¿Pero amor?

En un rápido flujo de recuerdos, Caillie pensó en cada interacción y cada conversación que ella y Bishop habían tenido, sonrojada ahora por la audaz afirmación de Roderick. Simplemente no podía ser verdad.

Sacudió la cabeza con fuerza. «Estás equivocado. Él no puede amarme».

«¿Por qué no?», preguntó.

«Si lo hiciera...», se detuvo de repente. Si la amaba, confiaría en ella. ¿No lo haría?

Esta vez Roderick suspiró, profundamente y por un largo rato, luego se inclinó hacia atrás para mirarla fijamente. «Si te amara, solo querría lo mejor para ti. Haría todo lo que estuviera en su poder para asegurar tu felicidad y protegerte de cualquier cosa que piense que podría causarte daño o angustia». Hizo una pausa intencionada. «Incluso si eso significara protegerte de él mismo. *Especialmente* de él mismo, apostaría».

Maldito infierno.

Bishop *había* intentado protegerla de sí mismo. Había dicho más de una vez que no era para ella. Que no era lo suficientemente bueno para ella. Pero esa noche del baile, finalmente pareció aceptar que podían estar juntos. Y entonces ella recibió una nota secreta que se había negado a compartir con él.

De repente recordó muy claramente la mirada en sus ojos antes de que se fuera.

Había sido ira, sí. Pero también había habido una dura sombra de traición y dolor.

Mierda. De repente, todo tenía sentido.

«Pero no necesitas protección, ¿verdad, muñeca?», sugirió Roderick, su tono extrañamente casual.

Caillie lo miró con atención. «No. No la necesito».

«Bishop es un buen hombre. Uno de los mejores. Y aunque sé que mi opinión es irrelevante, me gustaría que supieras que si decides considerarlo... no tengo objeciones».

Caillie arqueó las cejas en una expresión aguda, lo que hizo que Roderick levantara las manos en un gesto de rendición.

«No es que importe», añadió rápidamente. «Es tu decisión. Yo me mantendré

completamente al margen. Muy, muy al margen».

Caillie resopló. «Por supuesto que lo harás».

Cuando pasó otro momento y ella no dijo nada más, Roderick preguntó, «entonces, ¿estás considerando a Bishop?».

Caillie sonrió. «No es asunto tuyo, hermano».

Capítulo Treinta y Cuatro

«*¿Enamorada?, ¡una mierda!*», Caillie maldijo en voz baja mientras cerraba de golpe la puerta del carruaje y se dejaba caer en el asiento acolchado.

Esa mañana, mucho antes de lo previsto, había llegado temprano a casa de la señora Beaumont con la esperanza y la expectativa de encontrarse accidentalmente con Bishop. Resultó ser una hora perdida, ya que no vio señales de él en ningún lugar por donde había deambulado en los pasillos y salas públicas del ala oeste. Y cuando se aventuró audazmente en el club de Bentley, el lugar estaba casi extrañamente tranquilo. Con la excepción de un par de doncellas y un lacayo, no vio a nadie. Ciertamente no vio a una figura desenfadada con pasos largos y una sonrisa de pícaro.

Se las arregló para olvidarse del hombre brevemente durante el salón, pero tan pronto como terminó, su anticipación regresó. Tal vez vería a Bishop cuando se fuera.

Esa posibilidad pronto fue descartada cuando la señora Beaumont mencionó con mucha naturalidad en sus despedidas lo tranquilas que se habían vuelto las cosas desde la partida de Bishop.

Caillie no tenía idea de si había logrado mantener oculta su reacción mientras todo su ser se inundaba con una repentina oleada de pánico.

¿Se había ido? ¿Cuándo? ¿Adónde?

Afortunadamente, no tuvo que preguntar mientras Selena hacía pucheros. «Ojalá no se hubiera ido de esa manera. Fue tan agradable tenerlo cerca de nuevo».

«Se acaba de mudar a su propia casa, Selena», reprendió Frannie. «Supongo que todavía mostrará su rostro de vez en cuando».

¿Su propia casa?

«Los últimos pocos días han sido tan tediosos sabiendo que no aparecerá para dar un saludo rápido».

¿Pocos días? ¿Eso significaba que se había ido... el día después del baile?

¿Se había ido del Bentley debido a su discusión?

Un escalofrío recorrió a Caillie ante la posibilidad de que Bishop se hubiera ido para evitarla. Y ese escalofrío permaneció en sus huesos mientras terminaba de despedirse y salía.

Caillie nunca había sabido que Roderick se equivocara a la hora de intuir las intenciones o motivaciones de las personas, pero la famosa e infalible intuición de su hermano obviamente había estado equivocada con Bishop.

Giró la cabeza para mirar fijamente por la ventana las calles de la ciudad que pasaban.

¿Y si la estaba evitando?

Ella no había hecho nada malo. Su actitud hacia ella había sido completamente injustificada.

Entonces, ¿por qué sentía la urgencia de buscarlo y enmendarlo?

«Ay», exclamó con disgusto frustrado.

Luego suspiró y dejó caer los hombros.

Recordando su conversación con Worthy después de la mascarada del Bentley, Caillie reconoció que, al confiar en su propio juicio e intuición, también tendría que confiar en que no se equivocaba al creer que había algo poderoso y maravilloso entre ellos. Amaba a ese hombre.

Quería compartir sus secretos con él. Ella lo quería como compañero de juerga, su

amante apasionado, un confidente, un compañero e incluso un acompañante ocasional. Quería su confianza, fe y devoción.

Si quería esas cosas de él, tendría que dárselas a cambio.

Cerrando los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás contra la pared del carruaje.

Tal vez era hora de seguir también el consejo de Elle y permitir que las cosas sucedieran a su manera y en su propio tiempo. Bishop debía haber tenido alguna razón para dejar el club. Y si tenía algo que ver con ella, aunque ella deseaba desesperadamente arreglar lo que se había roto entre ellos, tal vez fuera mejor permitirle el tiempo y la distancia que él había reclamado para sí mismo.

Se dijo a sí misma que esto era diferente de la última vez que lo había evitado después de su primera noche juntos. Esta vez, se centró en practicar la paciencia en lugar de la obstinación.

Si él estaba destinado a ser suyo, volvería con ella.

Se rió. Era casi exactamente el mismo consejo que le había dado a Elle años atrás, cuando Max la había enviado lejos, a pesar de que la amaba tan desesperadamente.

Y la verdad era que no quería tener que *convencer* a Bishop para que estuviera con ella.

Era bueno que tuviera algunas cosas importantes de las que ocuparse, que probablemente la mantendrían ocupada y distraída al menos por un ratito.

Durante los siguientes días, de todos modos, apartó lo mejor que pudo a Bishop de su mente, y dirigió su atención y energía hacia su futuro. Un futuro que ya no concedía las muchas limitaciones sociales y expectativas dentro de las que había tratado de vivir durante tanto tiempo. Era hora de que comenzara a vivir la vida que deseaba.

Habló primero con Worthy. Y después de responder las muchas preguntas y suposiciones de la otra mujer y las preocupaciones cuidadosamente formuladas, Caillie la ganó para su causa.

Luego, habló con Colin, quien se sorprendió al principio, pero al final se mostró bastante razonable, como Caillie debería haber esperado. Aceptó que su abogado comenzara de inmediato a reescribir los términos de la dote que había establecido para que ella recibiera al casarse, de modo que pudiera tener acceso directo a los fondos.

Aunque Beynon y Anne estaban ocupados empacando ellos mismos y a su prole para su viaje de regreso a Gales, se sentaron generosamente con Caillie y escucharon sus planes. Beynon frunció el ceño y resopló durante su explicación mientras Anne escuchaba atentamente, pero ambos expresaron su apoyo a su decisión. Roderick y Emma no se sorprendieron en absoluto. Su hermano incluso le hizo un guiño rápido, como si compartieran algún tipo de broma privada. Max y Elle tampoco se sorprendieron por su anuncio. Max incluso ofreció algunas sugerencias útiles y Elle no pudo dejar de sonreír de emoción.

Aunque no había ningún requisito para que Caillie recibiera la bendición de su familia antes de seguir adelante con sus planes, quería ser sincera con ellos desde el principio. Si iba a crear la vida que quería, tenía que incluir a todos los que le importaban. Nada de andar a escondidas y nada de secretos malditos.

Bueno... tal vez solo un secreto.

Pero estaba justificada en eso, ya que era un secreto que no le pertenecía por completo.

Después de su reunión con Nicholas, Caillie había esperado contra toda esperanza poder volver a saber de él. Que había pensado en lo que ella dijo y hubiera decidido que había sido un idiota y que confiaba totalmente en ella y que quería conocer a los otros bastardos de Wright y a sus familias. Y una vez que Nicholas se puso de su lado, no pensó que Reginald tardaría mucho en seguirla.

Pero no escuchó nada de ninguno de los Vane.

Trató de no revolcarse en su decepción y siguió tratando de pensar en formas de convencerlos de que pensaran como ella, hasta que finalmente, a regañadientes, concluyó que tal vez no hubiera nada más que ella pudiera hacer. La decisión era solo de ellos.

Se las arregló para encontrar una modesta casa adosada ubicada aproximadamente a medio camino entre Wright House on Park y la casa de Max y Elle en St. Giles, que también la mantenía cerca de sus amigas en el lugar de la señora Beaumont y su cafetería favorita en Covent Garden.

La casa adosada estaba claramente destinada a ser una residencia de soltero. Por un precio muy razonable, contaba con una combinación de biblioteca y estudio, una suite principal, dos habitaciones de invitados, un comedor pequeño y un salón bastante acogedor.

Era perfecto.

Una de las preocupaciones de Worthy había sido que Caillie fuera vulnerable en una casa sola y que se sintiera sola o aburrida. Caillie se había reído de la idea del aburrimiento, ya que tenía la intención de estar muy ocupada con todo lo que esperaba hacer. Ignoró por completo la sugerencia de que podría sentirse sola. Aunque extrañaría intensamente a ciertas personas, sabía que todo lo que se necesitaría para ver a la mayoría de ellas sería un corto viaje en carruaje. Y en cuanto a ser vulnerable como mujer sola... Caillie sabía bien cómo mitigar tales preocupaciones.

Neda se mudaría con ella y ya había reclutado a dos de sus hermanos, entrenados como lacayos, para que la acompañaran. Thomas, por supuesto, estaría siempre cerca. Y si algo bueno había resultado del encuentro de Caillie con Nicholas, era el recordatorio de que Mason Hale era conocido por entrenar a uno o dos mayordomos. El propio mayordomo de Max, Langworth, había sido entrenado por el famoso boxeador. Con ese tipo de músculos hábiles atendiendo su puerta principal, dudaba que tuviera algo de qué preocuparse.

Iba a estar bien sola. De hecho, iba a sentirse maravillosa.

Especialmente una vez que Bishop finalmente se decidiera a hacer una aparición.

Lo echaba muchísimo de menos. Solo su obstinado orgullo escocés le impedía pedirle a Thomas que averiguara dónde se alojaba. Si supiera dónde estaba, nunca podría evitar ir a verlo.

Por una vez, tenía la intención de permitir que las cosas sucedieran sin forzarlas por el camino que ella sabía que era mejor. Confiaba en Bishop y creía en lo que tenían y podían tener juntos.

Pero eso no lo hizo fácil.

De hecho, provocó que un hilo oscuro de soledad y duda se retorciera a través de lo que de otro modo sería un momento extremadamente emocionante y satisfactorio en su vida.

Entonces, más de una semana después del baile, recibió una curiosa invitación.

Capítulo Treinta y Cinco

Bishop estaba nervioso.

Después de dejar a Cailleach en el gimnasio de boxeo de Wapping, Bishop había ido directamente a la propiedad en el Strand y había convocado una reunión con el capataz a cargo de las renovaciones. Solo había unos pocos cambios importantes que necesitaba hacer en los planos y el cronograma. Cambios urgentes.

El hombre había pensado que estaba bromeando.

Bishop había dejado claro que no era así. Luego prometió darles a todos unos días de vacaciones una vez que se completaran las nuevas y más urgentes tareas.

Ciertos proyectos, menos urgentes, se abandonaron de repente para centrarse en las nuevas áreas más pertinentes, como las áreas comunes principales, que aún necesitaban algunas renovaciones menores, y el apartamento sureste, que Bishop había ignorado hasta ahora por falta de un plan sólido sobre cómo aprovecharlo. Ahora que tenía una idea para el espacio separado, quería que se completara lo más rápido posible.

Los tres equipos que se alternaban lograron completar el trabajo con una eficiencia sorprendente. Y antes de partir para sus breves vacaciones, incluso lograron retirar toda evidencia de sus herramientas y materiales de construcción y llevarlos a los niveles superiores del edificio que habían abandonado brevemente y que aún requería un trabajo significativo.

Luego, un equipo de limpieza entró y arregló las salas comunes principales.

Después de eso, Bishop solicitó la ayuda de la Sra. Potter, la ama de llaves del Bentley y una mujer con una energía inagotable. Ella recorrió el espacio con ojo experto y comenzó a hacer una lista de los artículos que necesitaría para la velada que estaba planeando. Luego le dio contactos para encontrar sirvientas y lacayos, así como el nombre de un chef de renombre que podría estar buscando un nuevo puesto permanente.

Se las arregló para contratar a varios sirvientes que aceptaron venir con poca antelación a cambio de un salario exorbitante, mientras que la chef indicó que estaría dispuesta a usar la velada como una especie de audición para determinar si estaría interesada en algo más a largo plazo.

Y ahora, finalmente, todo estaba listo. Los pisos habían sido encerados, las velas estaban encendidas en toda la gran mansión y las chimeneas brillaban cálidamente, aromas sabrosos llenaban las cocinas, el champán estaba debidamente frío y todos los lacayos estaban en su lugar.

Bishop miró su reloj de bolsillo por centésima vez.

Pronto.

Rápidamente se dirigió hacia el salón principal y la entrada del club. Una vez allí, caminó de un lado a otro. Un extraño temblor sintió en su estómago.

Toda su felicidad futura dependía de si lograría impresionar a su muy exigente invitado.

Al escuchar un carruaje llegando afuera, se congeló en el lugar. No se había molestado intencionalmente en contratar un mayordomo y no había colocado un lacayo en la puerta porque quería ser uno de los que le dieran la bienvenida a Cailleach a este lugar.

Mierda.

¿Y si lo odiaba? ¿Y si no entendía?

¿Y si decía que no?

Un golpe sonó en la puerta. Un golpe confiado, curioso, como el de Cailleach.

Sin saber qué más hacer, Bishop se encontró confiando en la irreverencia arrogante que siempre lo había ayudado a superar los momentos más inciertos. Sus labios se curvaron con arrogancia despreocupada y avanzó a grandes zancadas para abrir la puerta.

#

Caillie se apeó del carruaje y luego se detuvo para alisar las arrugas de su vestido y tomar unas cuantas respiraciones profundas para tranquilizarse. Al contemplar la gran mansión que tenía ante sí, se preguntó si de alguna manera se había equivocado con la dirección.

El edificio era magnífico. Construido con ladrillos de color claro con adornos blancos e iluminado desde el interior, parecía brillar acogedoramente a la luz de la luna.

Ubicado en un tramo de carretera que iba de Londres a Westminster, estaba en una zona que alguna vez había albergado a algunas de las familias más elitistas y elegantes de Londres. Ahora, con los numerosos teatros, restaurantes y cafeterías esparcidos por los alrededores, se había convertido en un refugio para artistas, poetas y pensadores modernos.

Muchas de las antiguas casas aristocráticas habían sido remodeladas para diversos propósitos. Tal vez el que estaba frente a ella contenía algún tipo de restaurante.

La invitación de Bishop para unirse a él para cenar no había dado muchos detalles sobre qué esperar, pero ella había asumido que la dirección que le había dado era la de su nueva residencia. Mientras su mirada seguía las grandes líneas de la mansión, que fácilmente era del tamaño de Wright House más otra mitad, sospechó que era mucho más de lo que parecía.

«Thomas?», preguntó, todavía mirando el edificio con curiosidad.

«¿Sí?», respondió su conductor desde su posición.

«¿Estás seguro de que este es el lugar?».

«Sí».

«No parece una residencia privada, ¿verdad?».

«No, no lo parece", asintió el hombre.

«Ni un restaurante público», reflexionó, buscando nuevamente una señal de algún tipo que pudiera declarar el propósito del edificio.

«No, no lo parece», respondió Thomas.

Caillie carraspeó y lo miró de reojo. «Eres de mucha ayuda».

El conductor se rió entre dientes y se inclinó la gorra.

Con paso decidido, Caillie se dirigió hacia la puerta principal, que estaba pintada de un dorado intenso que parecía miel a la luz de la linterna cercana.

Algo no estaba bien. No necesariamente en un mal sentido. Pero tenía la clara sensación de que esa noche iba a ser mucho más que una cena. Y ya era la hora.

Después de más de una semana de silencio, Bishop había solicitado con valentía su compañía esa noche.

Iba a recibir mucho más que eso.

La anticipación bailaba imprudentemente con sus nervios, pero la determinación y la confianza le dibujaron una sonrisa en los labios cuando apoyó los nudillos en la suave puerta dorada.

Se abrió de inmediato.

Y allí estaba él.

Vestido con el mejor traje de noche, con botas lustradas y un chaleco azul marino bordado con verde oscuro. Su cabello estaba cuidadosamente recogido en la nuca, su barba estaba recortada para mostrar el duro ángulo de su mandíbula y su boca sensual y provocadora estaba inclinada en su sonrisa característica.

«Bishop», suspiró en una exhalación profunda, olvidando cada pizca de su resolución de parecer severa e impasible. Su corazón se agitó locamente mientras trataba de no revelar todas las formas en que su cuerpo respondía a la vista y la cercanía de él.

El gesto arrogante de sus labios se crispó y algo brilló en la oscuridad de sus ojos. Algo posesivo, feroz y poderoso.

Pero luego hizo una rápida reverencia y se hizo a un lado mientras le hacía un gesto para que entrara. «Bienvenida, señorita Claybourne».

Aunque sus palabras eran formales, su tono era bajo y hermosamente texturizado. La rica calidad de su voz calentó su piel en un instante antes de arremolinarse salvajemente por su torrente sanguíneo.

Tendría que controlarse si esperaba lograr lo que había venido a hacer allí. Si él iba a jugar a las formalidades, ella también podía hacerlo.

Apartando su atención del hombre, pasó junto a él con lo que esperaba que fuera un paso orgulloso y regio. Un efecto que probablemente se arruinó cuando su atención recorrió el reluciente vestíbulo de entrada en el que acababa de entrar. Un candelabro en lo alto arrojaba una luz brillante sobre un piso de parqué pulido diseñado con un patrón simple y repetitivo y paredes cubiertas de seda verde salvia. Las paredes no tenían ninguna obra de arte, pero había un par de mesas antiguas preciosas apoyadas contra la pared del fondo. Cada una de ellas sostenía un enorme jarrón de rosas exageradas y cerraba un par de puertas dobles que se abrían de par en par hacia la habitación del otro lado.

Sin esperar a que la invitara a continuar, Caillie siguió atravesando esas puertas y se encontró en un salón aún más grandioso. Allí, el parqué se expandía hasta adoptar un diseño mucho más complejo y las paredes eran de un tono verde más oscuro, pero también carecían de obras de arte. Una gran escalera se elevaba recta y formidable hacia la izquierda antes de llegar a un amplio rellano a mitad de camino y girar para continuar hacia el nivel superior, donde un rellano abierto permitía una vista completa de la entrada de abajo. Una chimenea de piedra tallada sostenía el extremo más alejado del salón y varias puertas al otro lado de las escaleras se habían abierto hacia las habitaciones del otro lado, donde la cálida luz de las velas la recibía con los brazos abiertos. Y por todas partes, Caillie percibió el tranquilo pero inconfundible aroma de las rosas.

El efecto era suavemente acogedor y extrañamente familiar. Como regresar a una casa en la que nunca había estado.

De pie en el centro de este gran salón, se volvió hacia Bishop, que apenas estaba a un paso del umbral de las puertas dobles. Su postura era inusualmente rígida y su cabeza estaba inclinada hacia adelante de una manera que protegía su mirada de las luces danzantes de las velas en el techo.

«¿Qué es este lugar?», preguntó Caillie.

Ella casi esperaba que él diera una respuesta que sugiriera algún origen mágico. Pero él se encogió de hombros descuidadamente y simplemente respondió. «Es mío».

Confundida, Caillie negó con la cabeza. Pero antes de que pudiera hacer alguna de las miles de preguntas que volaban por su mente, él dio un paso adelante y asintió con la cabeza hacia la primera puerta abierta.

«¿Te gustaría un pequeño recorrido antes de la cena?».

Ella respondió rápidamente, «sí».

La condujo a través de salones, salas de estar y un gran salón, todos ellos desprovistos de muebles y decoración, una biblioteca con estanterías vacías, un invernadero vacío y una galería

de retratos sin retratos, y finalmente un salón de baile que necesitaría al menos tres candelabros para iluminar por completo el lugar, pero que en ese momento estaba iluminado solo por uno, lo que arrojaba sobre la amplia sala un contraste de sombras y luz.

Cada habitación era un nuevo descubrimiento. Cada espacio era una mezcla diferente del diseño original de la mansión y el estilo y la comodidad modernos.

Más allá de algunos comentarios aquí y allá sobre ciertos cambios que hizo en el diseño o la función de los espacios, Bishop dijo muy poco. También mantuvo una distancia exasperantemente apropiada, esa extraña rigidez en su forma y una formalidad molesta en sus modales.

Caillie lo permitió. Por ahora.

Solo porque tuvo la fuerte sensación de que este lugar era extremadamente importante para él. También supo casi de inmediato que era mucho más que una residencia. Su evasiva fue un poco frustrante cuando ella se encontró cada vez más emocionada por las muchas posibilidades de la propiedad, pero tuvo que contener la lengua, obligándose a practicar la paciencia para que él pudiera revelarle todo a su debido tiempo.

Después de cruzar hasta el centro del salón de baile, donde se dio la vuelta con suave asombro, Caillie vio una hilera de puertas abiertas al aire de la noche. Se detuvo y miró hacia donde se encontraba Bishop, todavía demasiado lejos.

Ante su mirada interrogativa, su boca se curvó y asintió con la cabeza hacia las puertas abiertas.

Al salir al amplio balcón de piedra, Caillie se alegró de ver un jardín amurallado debajo. Aunque se podían ver algunas estatuas aquí y allá, el lugar estaba casi totalmente invadido por un mar salvaje de rosas. Todos los colores, tamaños y variedades crecían de manera aleatoria, aquí y allá y en *todas partes.* Como si dijera, *"Este jardín es nuestro y no lo abandonaremos fácilmente"*.

«Es hermoso, ¿no?».

Las palabras de Bishop, pronunciadas justo detrás de ella, le provocaron un delicioso escalofrío en la columna vertebral. No solo porque finalmente se había acercado lo suficiente para que ella sintiera su calor y oliera su piel picante, sino también porque su tono finalmente había vuelto a su cadencia natural.

Tantas sensaciones estallaron dentro de ella. Los pensamientos y las emociones se agitaron con una intensidad repentina y una falta total de dirección, arrojando a Caillie en una tormenta de sentimientos.

No podía hablar. No podía darse la vuelta. Apenas podía respirar.

¿Finalmente abordaría el motivo de su invitación?

«Cada vez que lo miro, pienso en ti».

Sus palabras la sorprendieron lo suficiente como para que se diera la vuelta para mirarlo.

Él estaba tan cerca.

Y sus ojos eran tan oscuros cuando encontró su mirada. Oscuros, profundos y misteriosos.

Respiró hondo y, cuando exhaló, salió en un suspiro que decía su nombre. «Bishop».

No pudo evitarlo. Él era su aliento. Su corazón. *Suyo*.

Algo pesado y feroz brilló en su mirada. Levantó la barbilla hasta ese ángulo ligeramente arrogante que a ella le encantaba y dijo, «Cailleach».

Ella quería alcanzarlo con todas sus fuerzas. O dar un paso hacia adelante hasta que sus brazos la rodearan y sus pechos se aplastaran contra él.

Pero no lo hizo.

Echó la cabeza hacia atrás y respondió, «es un lugar maravilloso, Bishop. Ya puedo verlo lleno de gente, hablando, riendo, bailando», añadió mientras miraba hacia el salón de baile.

Él sonrió. Esta vez no fue una sonrisa burlona, sino una expresión genuina de verdadero placer y felicidad.

A pesar de sus muchas intenciones de mantenerse distante, Caillie no pudo evitar sonreírle a cambio. Pero tan pronto como lo hizo, sus ojos parpadearon y su atención se posó en su boca. Los músculos de su mandíbula se tensaron y se relajaron antes de que obligara a su mirada a volver a la de ella.

Por un segundo, pensó que él levantaría la mano hacia su rostro o la enroscaría alrededor de su nuca para acercar su boca a la de él. Cuando no lo hizo, su decepción fue demasiado aguda y rápida para que pudiera ocultarla.

Al verlo, el hombre se rió entre dientes y sacudió suavemente la cabeza antes de susurrar en voz baja, en un tono tan bajo que ella apenas lo oyó, «todavía no, cariño». El término cariñoso, que había usado solo en raras ocasiones, llegó directo al corazón dolorido de Caillie.

«Todavía queda mucho trabajo por hacer antes de que esté listo, pero pretendo que sea un club que dé la bienvenida a todos. Un lugar que promueva el discurso social y el entretenimiento que reúna a personas de diferentes orígenes y clases sociales», explicó. Su sonrisa burlona regresó por un breve momento. «Este no será un refugio para los miembros de élite de la sociedad, me temo. No a menos que estén dispuestos a comenzar a ver el mundo desde nuevas perspectivas».

Caillie soltó un soplido de aire que había estado conteniendo. La emoción brotó de su interior. «Me encanta. Imagina las discusiones que serán posibles cuando tantos puntos de vista diferentes puedan participar. Imagina las innovaciones del pensamiento, los cambios sangrientos en la conciencia social».

Bishop se rió mientras su voz se elevaba de emoción. «No olvides el juego y el baile».

«Por supuesto», respondió ella de buena gana, con los ojos muy abiertos por la emoción. «Todo será parte integrante, ¿no?».

«Eso es lo que espero».

Caillie suspiró. «No puedo esperar a ver que todo suceda».

«Yo también esperaba que dijeras eso».

Caillie inclinó la cabeza ante el repentino peso de su voz. Una vez más, sus rasgos estaban tensos y serios.

La ponía nerviosa a pesar de la inspiración que todavía bailaba por sus venas al pensar en lo que un club como este podría significar.

Sosteniendo su mirada con la de él, habló con deliberada intención. «Me gustaría que me ayudaras a crearlo».

Capítulo Treinta y Seis

Caillie parpadeó.

«No lo sé…», comenzó suavemente, pero él la interrumpió.

«Sí, lo sabes. Después de un breve recorrido por el lugar y una explicación completamente inadecuada, ya lo ves, ¿no?», hizo un gesto hacia el salón de baile y el edificio en su conjunto. «Puedes ver exactamente lo que este lugar podría ser, lo que podría hacer, cómo se sentiría ser parte de él».

No podía negarlo. Prácticamente estaba tarareando de emoción ante el potencial.

Bishop se acercó a ella y bajó la barbilla para mirarla fijamente a los ojos. «Necesito que me ayudes a lograrlo. Necesito tu perspicacia y tus ideas. Necesito que me desafíes cuando, sin darme cuenta, trato de hacer las cosas como siempre se han hecho». Su voz se hizo más profunda. «Necesito que me ayudes a asegurar que este club sea tan acogedor y comprensivo con las mujeres entre sus miembros como lo son con los hombres».

Caillie se quedó boquiabierta por la sorpresa. «¿Tienes la intención de permitir que haya mujeres entre sus miembros?».

«No puede ser un lugar para nuevas ideas audaces si no se permite el acceso a la mitad de la población», respondió Bishop.

Una extraña y maravillosa burbuja de calidez y emoción inundó a Caillie.

«Eres un maldito hombre hermoso, ¿hablas en serio?».

Se rió, pero de repente tomó su mano entre las suyas. «Ven, hay algo más que todavía necesito mostrarte».

Aturdida y más enamorada de lo que jamás hubiera creído posible, Caillie le permitió que la arrastrara a su lado mientras los guiaba de regreso a través del salón de baile, luego a la gran escalera y bajaron al nivel principal. Una vez en el gran salón, giró hacia un estrecho pasaje escondido debajo de las escaleras. Ella habría asumido que conducía al área de servicio de la casa, pero después de un par de vueltas, llegaron a una puerta.

Se detuvo allí y esbozó una rápida sonrisa, luego la abrió y le indicó que debía pasar.

Caillie, que todavía estaba conmocionada por la revelación que había hecho sobre la creación de un club que acogiera tanto a hombres como a mujeres, tardó un momento en darse cuenta de que había entrado en una suite separada de habitaciones.

Alrededor de un pequeño vestíbulo central, descubrió una pintoresca sala de estar con un largo asiento junto a la ventana y una gran cantidad de luz natural. Al lado, una habitación más pequeña con una gran chimenea con un fuego elevado proyectaba una atmósfera acogedora e íntima. La más grande de las tres habitaciones tenía estanterías que cubrían toda la pared trasera y vistas al jardín desde las ventanas.

Todo el lugar olía a cera fresca, pintura y abrillantador de madera.

Se volvió hacia Bishop, que la había seguido en silencio por cada habitación, pero cuando respiró hondo para preguntarle por este espacio separado, dijo, «hay más».

«¿Más?», susurró.

Su sonrisa prácticamente le derritió los huesos a Caillie.

«Subiendo las escaleras».

Abrió lo que ella había pensado que eran grandes puertas que ocultaban un armario de algún tipo para revelar una escalera oculta de caoba pulida. Las escaleras conducían a un rellano

estrecho con una hilera de puertas que se abrían para revelar un comedor angosto con paneles de madera y, al lado, un salón que tenía su propio balcón al jardín, muy similar al del salón de baile.

«Es encantador», susurró mientras se volvía hacia Bishop.

Obviamente complacido por su apreciación, su voz era espesa cuando respondió, «es tuyo, Cailleach. Si lo quieres».

Ella negó con la cabeza, la confusión luchando con un zumbido exultante de inspiración y anticipación.

Acercándose a ella, Bishop explicó. «Sin duda, habrá dolores de crecimiento en lo que respecta al club. Los grandes cambios como los que espero ver y lograr requerirán algo de tiempo y paciencia». Se detuvo frente a ella y finalmente, *por fin*, levantó una mano para rozar con los nudillos la curva de su mejilla. «Aunque el club en su conjunto estará abierto a hombres y mujeres por igual, esta área será solo para mujeres. Un santuario donde puedes celebrar círculos de costura, tés, cafés, cenas y todo lo que tu corazón desee. En un lugar seguro, solo para ti. Libre de interferencias o juicios de cualquier tipo. *Especialmente* de mí». Una sonrisa ladeó su amada boca mientras sus dedos se deslizaban por el costado de su garganta. «Esto será tuyo y solo tuyo. Incluso hay una entrada separada para permitir que los invitados entren y salgan sin tener que cruzar por la parte principal del club, si esa es su preferencia».

Caillie apenas podía hablar. Tantos pensamientos y sentimientos la invadían.

Lo mejor que pudo decir fue un apenas audible, «¿Por qué?».

Pasando los dedos por su clavícula, se detuvo para apoyar suavemente la punta de su dedo en el hueco en la base de su garganta. Luego la miró profundamente a los ojos. Tan profundamente, que lo sintió en la parte más oscura de ella.

«Te amo, Cailleach. Amo tu ferocidad y convicción. Amo tu intensa lealtad a tu familia y tu compasión por todas las personas. Me encanta tu concentración, tu determinación y tu infinita seguridad en ti misma». Su boca se curvó en una sonrisa irónica. «Me encanta que te hayas negado a dejar que te intimidara cuando *pensaba* que te estaba protegiendo. Me encanta que no necesites mi protección ni nada de mí porque puedes encargarte perfectamente de todo lo que puedas necesitar tú misma. Por eso tengo tantas ganas de darte esto. Un lugar propio para reunirte con tus muchas, muchas amigas». Bajó la voz. «Un lugar que albergará tus secretos y los secretos que guardas para los demás. Te juro que no interferiré de ninguna manera. No apareceré sin invitación. No interrumpiré tus actividades, ni haré preguntas. Yo...».

Su voz se quebró cuando su mandíbula se tensó y sus ojos se oscurecieron. Como si, después de haber dicho tanto, de haber *confesado* tanto, de repente se hubiera quedado sin palabras.

Pero no por mucho tiempo. Cuando volvió a hablar, su tono era áspero por la emoción. «Te amo, Cailleach Claybourne», repitió. «Tanto que duele, joder. Lamento los errores que he cometido. Nunca debí intentar resistir mis sentimientos por ti. Pero tenía miedo de querer algo que no podía soportar perder y simplemente no podía...». Bajó la barbilla mientras dejaba caer la mano a su costado. «No podía imaginar un mundo en el que pudiera ser digno de ti. Todavía no puedo», añadió con una leve sonrisa. «Pero supongo que soy egoísta. Te deseo. Quiero estar contigo de todas las formas. De la manera que creas conveniente».

Caillie necesitó más fuerza de la que creía tener para despejar de sus pensamientos los fuertes latidos de su corazón y reaccionar. Pero si las palabras le habían fallado por un momento a él, las de ella la habían abandonado por completo. Así que, en cambio, habló con sus acciones.

Tomó su rostro entre sus manos, se apoyó en él y acercó sus labios a los de él.

El sabor de él era como volver a casa. El calor de su aliento mientras gemía con rudeza en

su boca envió una ardiente lanza de deseo a través de todo su interior. Y cuando sus lenguas se enredaron en un juego apasionado, suspiró con el tipo de alivio y rendición que nunca había pensado experimentar.

Él era suyo. Lo sentía en sus huesos. Él la amaba y... *¡Maldita sea, ella aún no se lo había dicho!*

Se apartó del beso y se encontró con su mirada feroz e interrogativa.

«Te amo, Bishop».

Él mostró su característica sonrisa arrogante y la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él como si quisiera convertirlos en un solo ser.

Ella estaba completamente de acuerdo con esa idea.

«Lo eres todo para mí, Cailleach». Un ceño fruncido empañó la frente de él. «Lamento lo que te dije... la mañana después del baile. Mis celos y mi miedo me hicieron verme como el hombre que solía ser. Un hombre que creía que no tenía nada que dar excepto pasar un buen rato».

El corazón de Caillie dolió por lo que escuchó en su voz.

«Pero ya no soy ese hombre», continuó Bishop. «Y quiero darte mucho más».

«Todo lo que quiero eres tú», suspiró ella.

Él arqueó una ceja y echó un vistazo a su alrededor. «Entonces, ¿no quieres asociarte conmigo en todo esto? Supongo que puedo encontrar otro uso para estas habitaciones».

«¡No te atrevas!», replicó ella bruscamente. «Ya tengo demasiadas ideas rondando por mi cabeza. No podrás mantenerme alejada de este lugar».

«Esa es mi mayor esperanza», respondió él con reverencia. Luego frunció el ceño. «Aunque lamento que probablemente este sea un secreto más que tengas que ocultarle a tu familia».

Ella estaba sacudiendo la cabeza antes de que él terminara de hablar. «Oh, he terminado con los secretos. He decidido vivir una vida audaz. No más esconderme. Si a la gente no le gusta quién soy o lo que hago, que se vayan a la mierda».

La risa vibró en su pecho y la mirada en sus ojos era de pura adoración.

Caillie sonrió y le rodeó el cuello con los brazos. Su voz se suavizó mientras lo miraba a los ojos. «No dejaré que te retractes, ¿entiendes?», murmuró ella cálidamente. «Has dicho que me amas y esas palabras son mías ahora».

«No me retractaré. Las palabras, mi corazón y todo lo demás que poseo son tuyos. Te los entrego voluntariamente. Ahora y para siempre». Algo parpadeó en sus ojos y su boca se torció con pesar. «Incluso si finalmente recuperas el sentido común y te das cuenta de que podrías hacerlo mejor».

Caillie le dirigió una mirada feroz y negó con la cabeza. «Ni lo pienses. Eres mío, Bishop Black. Nunca he querido a ningún hombre más que a ti y nunca lo haré».

«Soy tuyo, cariño», admitió él con una sonrisa. «Ahora... hay una habitación que todavía necesito mostrarte».

«¿Tiene una cama?», preguntó ella con una intención sensual.

Sus ojos brillaron con un deseo repentino y feroz mientras un sonido bajo recorrió su pecho. «Estaba hablando del comedor principal del club», respondió con brusquedad. «Vamos a cenar, ¿recuerdas?».

«Claro», suspiró ella. «Cenamos. ¿Y después?».

Se aclaró la garganta. «Después… te mostraré más habitaciones de los niveles superiores, si lo deseas. Pero muchas de ellas aún están sin terminar».

Caillie inclinó la cabeza. «Pero ¿alguna de ellas tiene cama?».

Bishop se rió y luego tomó su boca en un beso apasionado. Una vez que ella se quedó sin aliento por la pasión y el anhelo, él soltó sus labios lo suficiente para murmurar suavemente, «eres implacable».

«Es parte de mi innegable encanto», admitió mientras curvaba sus dedos contra su nuca para atraer su boca hacia la suya.

Epílogo

Cuatro meses más tarde

El club social más nuevo y controversial de Londres abrió sus puertas de forma bastante discreta y con una fanfarria mínima. El propietario creía y tenía la intención de que los clientes adecuados encontraran el lugar a su manera y a su propio tiempo.

No se equivocaba.

El boca a boca se extendió rápidamente. Por todo Strand, Covent Garden, luego Soho y más allá.

En poco tiempo, el Bishop's Club se convirtió en el lugar al que acudir si uno buscaba una noche de entretenimiento, una comida suntuosa o una tarde de camaradería en un ambiente de mente abierta.

Eso no quería decir que el club no recibiera más que su cuota de reacciones negativas y críticas. Todo lo que rompía con las tradiciones aceptadas tendía a hacerlo, y Bishop estaba más que preparado para las críticas poco favorables. Obviamente, y de todos modos, aquellos que no estaban de acuerdo con lo que él y Cailleach estaban haciendo no eran su clientela.

Su pareja, sin embargo, no era tan indulgente. Las malas críticas y los comentarios sarcásticos a menudo la enfurecían. Especialmente cuando estaba claro que lo que más molestaba a algunas personas era el hecho de que el club no imponía ninguna restricción de clase o género. Hombres y mujeres de todos los ámbitos de la vida eran bienvenidos y se les animaba a participar en los numerosos beneficios que brindaba el club.

Ya varios grupos de los barrios circundantes llamaban al lugar su hogar, con cenas y juegos y discusiones animadas casi todas las noches. La galería de retratos albergaba actualmente una selección de pinturas de un artista local que había tenido su primera exposición una semana antes. Y un famoso cantante de ópera italiano había aceptado dar una actuación privada para los miembros del club en tan solo un par de días.

La única zona prohibida para los clientes en general eran las habitaciones en la esquina sureste, accesibles desde el exterior a través de una entrada privada enmarcada por un enrejado de rosas trepadoras. Esta parte más exclusiva del club no era conocida por muchos. No era exactamente un secreto, pero quienes la conocían tendían a comentarla en cierta compañía limitada. Mujeres de todo tipo, de cualquier profesión, origen o expresión, eran bienvenidas. Los hombres, no. Era la única forma en que algunas mujeres se sentían libres y seguras de decir, pensar y comportarse como querían. Las mujeres que habían estado demasiado tiempo bajo reglas creadas e impuestas por hombres necesitaban un lugar que eliminara ese factor. Los salones de Cailleach proporcionaban exactamente eso.

En un día cualquiera, una variedad de mujeres podía reunirse en cualquiera de las salas disponibles para discutir la última novela popular o analizar uno de los tomos clásicos de la historia. Podían debatir varias leyes que se estaban revisando en la Cámara y decidir cuál era la mejor manera de apoyar a quienes más las apoyaban. En ocasiones, se redactaba un nuevo panfleto de justicia social para su distribución futura. A veces, los miembros simplemente deseaban relajarse con un poco de clarete, cerveza o whisky y reírse de las interminables luchas cotidianas que muchas de ellas compartían. Otras veces, se calentaban con café caliente y chismorreos aún más candentes.

El único requisito que Cailleach exigía a sus invitadas era que sus salones fueran siempre

y únicamente lo que las mujeres que se reunían allí necesitaban que fueran. Por su parte, participaba en la mayoría de los salones y actividades programadas que se llevaban a cabo en el apartamento del sureste. Otras veces, se la podía encontrar paseando por el lugar, saludando a viejos amigos y presentándose a los nuevos. Pero por las noches, era más probable encontrarla en la parte principal del club, como muchas otras mujeres.

Con su perspicacia y aportes, el Bishop's Club se había convertido en mucho más de lo que él jamás podría haber imaginado. Y era solo el comienzo. A altas horas de la noche, después de que se hubieran retirado a su suite o habitaciones sobre el club o se hubieran escapado para disfrutar de la paz y privacidad de la casa adosada de Cailleach, compartían ideas y hacían planes para el futuro.

La primera vez que le había pedido que se convirtiera en su esposa, ella le había sonreído dulcemente y luego lo había besado, lo que rápidamente condujo a actividades que lo distrajeron lo suficiente como para no darse cuenta de que ella no había respondido.

La segunda vez, se había asegurado de preguntarle en un momento y lugar diferentes, caminando por St. James Park en el que ella no pudiera emplear la misma táctica evasiva. Fue entonces cuando ella le confesó que, aunque lo amaba con todo su ser y siempre lo amaría, no estaba segura de querer casarse.

Después de eso, él no insistió más en el tema. Sospechaba de sus razones para adoptar esa postura y lo comprendía. Ella valoraba su independencia y no tendría deseos de renunciar a ella fácilmente. Él podía esperar a que se sintiera cómoda con la idea. Y si nunca lo hacía, podía vivir con eso.

La mujer ya le había dado tanto. Su lealtad, su apoyo, su fe, su amor y mucho más. Nunca había creído que la profundidad de la felicidad que experimentaba todos los días pudiera ser suya. Una vez que logró finalmente confiar en que el amor podía ser suficiente, que el amor lo era *todo*, nada más importaba realmente.

Y entonces, en una fresca noche de otoño a finales de octubre, Bishop y Cailleach disfrutaban de una copa después de cenar en el salón principal del club cuando el único secreto que ella todavía no había compartido con él atravesó las puertas.

El señor Reginald Vane entró en el club de Bishop como si ya fuera miembro, cuando Bishop sabía a ciencia cierta que el hombre no había presentado una solicitud. Ese bastardo arrogante.

La inquietud recorrió la boca del estómago de Bishop mientras miraba a la mujer que amaba más allá de lo creíble. Ella aún no había notado la llegada de Vane. Su brillante mirada avellana estaba fijada bastante intensamente en él, una sonrisa que él conocía bien curvaba sus hermosos labios.

Una ráfaga de amor y deseo, profundo y puro, lo atravesó.

«Bishop», susurró, su voz era un suspiro gutural.

«Cailleach».

Su mirada se suavizó. «Te amo».

«Y yo te amo». Tan pronto como dijo las palabras, la inquietud dentro de él se disipó. Él extendió la mano sobre la mesa y tomó la de ella para llevársela a los labios.

Su sonrisa se volvió sensual. «¿Subimos?». La sugerencia estaba clara en sus ojos.

Aunque su corazón palpitaba con fuerza y su pene estiraba las costuras de sus pantalones, sacudió levemente la cabeza. «Todavía no, me temo. Tengo la sensación de que querrás saludar a nuestro recién llegado».

La curiosidad iluminó sus rasgos cuando se giró para mirar hacia la puerta. Bishop notó

el momento en que vio a Vane cuando su expresión cambió rápidamente de curiosidad a sorpresa y esperanza y su mano se apretó alrededor de sus dedos.

Quienquiera que fuera Vane para ella, el hombre era importante.

Bishop siguió su mirada para ver que Vane también la había notado. Había detenido su avance hacia la habitación y la observó con una mirada que era a la vez distante e inquisitiva. Ciertamente no era motivo de preocupación absoluta.

«¿Me retiro?», preguntó él simplemente.

La mirada de Cailleach volvió a la de él. Su respuesta fue rápida. «No». Entonces sonrió. «No más secretos».

Bishop miró a Vane y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios. «Puede que a *él* no le guste tanto esa idea».

La atención del hombre se había desplazado hacia Bishop y su mirada ahora estaba innegablemente molesta.

Cailleach sacudió la cabeza en un gesto irreverente. «Eso es una lástima, ¿no? Él está aquí. Ahora, tendrá que decidir qué viene a continuación».

A Bishop le hubiera encantado saber el contexto y la pertinencia de la repentina aparición de Vane, pero la información tendría que esperar hasta que alguien más entrara en la habitación.

Era Vane, pero no el otro Vane. El infame hermano gemelo, Nicholas, que prefería mantenerse apartado y tenía reputación de ser un tipo desagradable.

Cailleach jadeó suavemente al ver al segundo hombre ponerse al lado de su hermano. Pero cuando Nicholas Vane la miró con el ceño fruncido, fue Bishop quien apretó la mano sobre la de ella mientras se ponía de pie con suavidad.

No era que el segundo Vane pareciera amenazador, exactamente. Su expresión era más la de un hombre que realmente no quería estar donde estaba en ese momento y de alguna manera decidió culpar a Cailleach por ese hecho.

«Bishop», susurró en un tono que suplicaba paciencia y comprensión mientras también se ponía de pie, manteniendo su mano en la de él.

Con su llegada obviamente notada, los Vane se abrieron paso a través de los otros invitados que se arremolinaban en la sala común, muchos de los cuales se detuvieron para mirar con curiosidad y no poca fascinación a los dos caballeros conocidos por la mayoría por su excepcional belleza, así como por su malvada reputación.

Cailleach sonrió en señal de bienvenida, aunque Bishop sintió que su tensión aumentaba con cada paso que acercaba a los hermanos.

«Buenas noches, señor Vane y señor Vane», dijo con elegantes asentimientos a cada hombre. «Me complace y me sorprende que ambos hayan decidido unirse a nosotros esta noche».

Reginald, el hermano libertino y ligeramente más encantador, se encogió de hombros y miró alrededor de la habitación. «Es un poco difícil estos días ir a cualquier parte sin escuchar algo sobre el nuevo club en el Strand». Echó una mirada rápida a Bishop, quien arqueó una ceja antes de mirar de nuevo a Cailleach. «Sin mencionar a su propietaria mujer».

Cailleach sonrió ampliamente y el orgullo brilló en sus ojos. «*Parte* propietaria», corrigió. «Permítanme presentarles al Sr. Bishop Black, el propietario y visionario del Bishop's Club». Se volvió hacia él y continuó, «Bishop, el Honorable Reginald Vane y el Honorable Nicholas Vane».

Bishop asintió brevemente seguido de una mueca decididamente descortés de sus labios. «He oído hablar de ustedes».

Reginald arqueó una ceja. «No *solo* cosas buenas, espero».

Pero Nicholas murmuró algo oscuro y pesado en voz baja antes de dirigirle una mirada amenazadora a Cailleach. «Tanto por no decírselo a nadie», acusó enojado.

Pero la gloriosa mujer simplemente inclinó la cabeza en un ángulo regio. «No haga suposiciones, Nic. Está haciendo referencia a su reputación como los Villanos Vanes, nada más».

El hombre resopló ásperamente cuando Reginald inclinó la cabeza. «Entonces tal vez podamos retirarnos a un lugar más privado para discutir nuestra...», se aclaró la garganta y de repente pareció un poco inseguro.

«¿Asociación?», ofreció Cailleach amablemente.

«De hecho», reconoció el gemelo más amable, aunque con evidente renuencia.

«Claro que podemos hacerlo», convino Cailleach mientras daba un paso más cerca de Bishop, «pero el señor Black se unirá a nosotros».

«¿Ya está cambiando las reglas, señorita Claybourne?», preguntó Nicholas en un tono más bajo.

Ella se encogió de hombros en respuesta. «Si finalmente han decidido confiar en mí, entonces también tendrán que confiar en mi juicio. Bishop es mi compañero en *todo*. No le guardaré secretos».

El calor inundó el pecho de Bishop, haciendo que se le cerrara la garganta, ante la fuerza y la convicción en su voz. Pero los Vane no estaban tan contentos con su declaración. Por un segundo, pareció que Nicholas deseaba darse la vuelta y alejarse, pero luego su hermano asintió brevemente.

La sonrisa de Cailleach era cegadora y gran parte de la tensión que había estado albergando pareció fluir directamente de ella mientras señalaba hacia una puerta que conducía a un salón más pequeño que a menudo se usaba para juegos de cartas privados. «Por aquí, caballeros», les indicó.

Unos minutos después, ella y Bishop estaban sentados en el sofá frente a la chimenea. Reginald Vane había reclamado un sillón de cuero, mientras que Nicholas Vane permaneció de pie con la espalda contra la pared. Se les habían ofrecido copas de brandy y las habían aceptado, y todos bebieron un momento mientras el silencio se apoderaba de ellos de manera incómoda.

Bishop podía sentir que la expectación de Cailleach aumentaba junto con una excitación esperanzada apenas disimulada. No podía imaginar qué significaba para ella la presencia de esos dos hombres, pero era claramente algo que deseaba desesperadamente.

Justo cuando parecía que no podría tolerar ni un segundo más de ese pesado silencio, no tuvo que hacerlo.

Después de echarle una mirada a Bishop, que le sonrió en respuesta, Reginald se aclaró la garganta y le habló a Cailleach en un tono rígido y vacilante. «Como estoy seguro de que ya habrá supuesto», hizo una pausa para mirar a su hermano, quien asintió bruscamente, «Nic y yo hemos decidido aceptar su… oferta».

Observándola con atención, Bishop no pasó por alto el destello de alivio y deleite en sus ojos, pero hizo un trabajo asombroso al ocultar lo complacida que estaba. Respiró profundamente y deslizó su mirada rápidamente de un hermano al otro y viceversa. «¿Mi oferta de conocernos?».

Reginald asintió.

Cailleach le devolvió la mirada, su mirada era imperturbable. «¿Por qué?».

Los hermanos intercambiaron una mirada. Lo que sea que se hayan dicho en ese momento de silencio, a Bishop le quedó claro que estaba lleno de complejidad y emoción.

«Supongo que se podría decir que la curiosidad nos venció», respondió finalmente

Reginald.

Mirando a Nicholas, Cailleach preguntó, «¿están ambos convencidos?».

«No», respondió Nicholas con brusquedad, pero Reginald descartó su negación con un gesto de la mano.

«Hemos decidido aceptar los riesgos de iniciar una *asociación*, pero esto se manejará a nuestra manera. Insistimos en la discreción». Miró fijamente a Bishop. «Nadie fuera de la… *familia* puede saber la verdad».

El hombre pronunció la palabra *familia* con un énfasis extraño y desafiante, pero Cailleach no pareció notarlo ni importarle. Ella asintió vigorosamente. «Como siempre prometí que sería el caso».

«Entonces, ¿por qué demonios él está aquí?», lo desafió Nicholas con una mirada fulminante hacia Bishop.

Totalmente indiferente a la animosidad del hombre, Cailleach se puso de pie de repente, sacando a Reginald y Bishop de sus sillas también. Deslizó su brazo por el de Bishop y se acurrucó contra su costado. Sus ojos brillaron de amor mientras lo miraba y su garganta se apretó por la emoción.

«Él es mi familia», declaró suavemente antes de abrir los labios en una sonrisa de pura felicidad. «Y no podría estar más emocionada de finalmente presentarlo a mis hermanos gemelos».

Bishop se tensó y luego miró fijamente a los Vane, quienes permanecieron rígidos e inmóviles, pero no hicieron ningún esfuerzo por negar su declaración.

Luego miró a la mujer que estaba a su lado. «Santo cielo», murmuró asombrado.

Ella se puso de puntillas por la emoción y luego soltó una risa encantada. «¡Lo sé! ¿No es jodidamente maravilloso?».

Echó una mirada a los hermanos, quienes no compartían del todo su nivel de entusiasmo. Ni siquiera de cerca. Uno parecía claramente incómodo, aunque se permitió una ligera mueca en sus labios, mientras que el otro todavía parecía francamente irritado. O tal vez estaba aterrorizado.

Bishop esbozó una sonrisa.

Los pobres bastardos no tenían idea de lo que les esperaba.